

Un carmelo en el corazón de Madrid ("Las Teresas")

María Isabel Barbeito Carneiro

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Colección Relatos

© María Isabel Barbeito Carneiro

Edición: Editorial Círculo Rojo.

Maquetación: Germán Fernández Martín.

Fotografía de cubierta: Corresponde al Convento actual y fue cedida por la Comunidad de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa de Jesús.

Diseño de portada: © Antonio López Galdeano.

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9115-879-0

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

A nuestra Santa Fundadora, Madre y Maestra, Teresa de Jesús, en su quinientos cumpleaños de perenne juventud, agradecidas por los caminos de perfección que nos señala para alcanzar las moradas de Felicidad imperecedera.

El Carmelo de Santa Teresa de Jesús, de Madrid.

Esta edición se ha financiado gracias a la donación recibida de Dña. Ana Teresa Bernardo Díaz-Maroto (d.e.p.)

1. PRESENTACIÓN

Aunque no tuvo hijos, María de Bazán fue una mujer fecunda y contribuyó a que otras mujeres lo fueran. Voluntariosa y tenaz, consiguió después de muerta lo que había pretendido afanosamente en vida: un Carmelo de su fundación en Madrid. Fascinada por la Orden del Carmen Descalzo, estaba convencida de que las Carmelitas eran garantía de fecundidad espiritual para todo el orbe; y no andaba errada. El V Centenario que ahora se celebra evidencia cómo a los 500 años del nacimiento de la Fundadora Teresa de Jesús, prevalece pujantemente su doctrina, en carmelitas y devotos de ambos sexos.

El monasterio nacido en Ocaña (Toledo) el año 1595, bajo la advocación de San José, estaba destinado a Madrid. Su patrocinadora, Doña María de Bazán, así lo había deseado, aun cuando hubo de someterse a la prohibición de los Superiores de la Orden¹. La viuda del poeta Alonso de Ercilla, madrileña como su marido, hubiera preferido que los restos mortales de ambos reposaran en la población que los vio nacer. Pero si este propósito no pudo cumplirse y los cuerpos permanecen enterrados en Ocaña, desde 1684 la fundación quedaría establecida en la Villa y Corte.

El Carmelo objeto de esta publicación mantuvo una asombrosa vitalidad a través de los siglos, superando con éxito toda clase de vicisitudes. Nada arredró a las sucesivas Comunidades que lo conformaron. Todas supieron adaptarse a situaciones precarias, incómodas y hasta de máximo riesgo. Quizás quepa atribuirlo a que las Carmelitas disponen de un «castillo interior» para el alma, donde encuentran recursos esenciales para enfrentarse a las necesidades más perentorias.

Diríase que este Carmelo se corresponde plenamente con el espíritu de la Santa andariega Teresa de Jesús. Pues, si bien la vida contemplativa exige un «camino de perfección» místico, para llegar a unirse con Dios; también exige trasegar, con los pies en el suelo, todos los caminos impuestos por el Esposo providente, aunque a veces ello suponga abandonar el claustro. Así lo ejemplifica el cenobio que nos ocupa.

El dinamismo que evidencian “las Teresas”, como se las ha llamado popularmente, sorprende en las más variopintas situaciones a que hicieron frente. Siempre «a Dios rogando; pero con el mazo dando», demostraron no amilanarse, ni siquiera al contemplar sus conventos devastados o verse desprovistas de los mismos. Durante la Guerra Civil, lograron superar situaciones críticas con tal entereza y positividad que desarmaban a sus perseguidores. Así lo evidencian los testimonios escritos que conservan (propios de avezadas cronistas), de interés primordial para el presente

trabajo. Tampoco rehusaron acometer empresas tan audaces como las restauraciones conventuales o las fundaciones misioneras transoceánicas.

En parangón con las vicisitudes que vivió el Carmelo de esta historia, se encuentra el Libro de Becerro (o cronicón), que sirve de fuente primaria fundamental para este sucinto bosquejo. En gran parte fue destruido sin posibilidad de recuperación. Pero también en este caso, además del esfuerzo comunitario de las Descalzas de Santa Teresa, existen importantes aportaciones de estudiosos e investigadores que en su día manejaron esa primera fuente. Gracias a ellos, hoy disponemos de páginas enteras que permiten reproducir buena parte del mismo, sobre todo en lo que respecta a los períodos fundacionales. Así, Fr. Alonso de la Madre de Dios, Adolfo Aragonés, José Toribio Medina, el P. Silverio de Santa Teresa...

Es probable que para algunos lectores constituya este compendio un hallazgo. Si además de satisfacer curiosidades históricas, les estimula el constatar la existencia de un idealismo que da al traste con prepotencias, egoísmos y resentimientos, cumplirá también una función terapéutica.

Por último, quiero hacer patente mi agradecimiento a la M. Priora por su inestimable colaboración y disponibilidad, así como por su comprensión y apoyo ante las circunstancias adversas que me han impedido cumplir con los plazos de entrega previstos; tratándose de una celebración tan significativa para los Carmelos como es el V Centenario del Nacimiento de Teresa de Cepeda y Ahumada, la Santa Reformadora de la OCD Teresa de Jesús.

1.1. Abreviaturas y siglas utilizadas

ACSTM = Archivo de Carmelitas Descalzas de SantaTeresa, de Madrid

AMD = Alonso de la Madre de Dios (OCD)

Ap. = Apartado

BNE = Biblioteca Nacional de España

Cap. = Capítulo

C.E., CC.EE. = Carta de Edificación, Cartas de Edificación

Cfr = Confrontar

DRAE = Diccionario de la Real Academia Española

F, ff = folio, folios

H, Hna. = Hermana

L.B. = Libro de Becerro (Crónicas) CSTM

L° = Libro

M. = Madre

OCD = Orden del Carmen Descalzo

p, pp = página, páginas

SST = Silverio de Santa Teresa (OCD)

Vid., Vs. = Véase

1 No podían fundarse dos carmelos en una misma localidad, y en Madrid ya existía el de Santa Ana.

2. INTRODUCCIÓN

2.1. Los madrileños María de Bazán y Alonso de Ercilla¹

Gil Sánchez de Bazán, Guarda-joyas y Guarda-ropas en la Corte del Emperador Carlos I y de Felipe II, descendía de Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz de Marcenado. De su matrimonio con “Doña Marquesa de Ugarte”, nació María. Madre e hija fueron damas de la Reina Isabel de Valois y de la Princesa Juana de Austria. Todos ellos, por tanto, formaron parte del personal más próximo al servicio de la familia real. En Palacio conoció Alonso de Ercilla a María de Bazán, cuya juventud y belleza fascinaron al poeta como revelan los siguientes versos:

“Era de tierna edad, pero mostraba
en su sosiego discreción madura,
que a mirarme parece la inclinaba
su estrella, su destino y mi ventura;
yo, que saber su nombre deseaba,
(rendido y entregado a su hermosura)
vi a sus pies una letra que decía;
del tronco de Bazán doña María”.

Los dos jóvenes sintieron una atracción recíproca. El suyo no fue un matrimonio amañado, como tantos otros de la época. En aquellos momentos, María de Bazán se encontraba bajo la curaduría de su madre, puesto que el padre falleciera en 1568. En 1566, había nacido un hijo natural de Alonso de Ercilla². La futura suegra pretendía un marido más linajudo para su hija. El pretendiente tuvo que aceptar cuantas condiciones le impuso doña Marquesa de Ugarte. Pero, al fin, bien puede decirse que venció el amor, y la boda se celebró en Palacio el verano de 1571³. El 8 de octubre del mismo año, la feliz pareja fija su residencia en la Plaza del Cordón⁴, esquina con la callejuela del mismo nombre⁵. Para colmo de satisfacciones, el 31 de diciembre de 1571, Francisco de Rojas y Sandoval, Marqués de Denia, arma a Alonso de Ercilla Caballero de la Orden de Santiago, en la Iglesia de San

Justo, de Madrid.

Sin duda, ambos esposos eran inteligentes y cultos. Alonso de Ercilla, en *La Araucana*, poema épico inspirado en su experiencia personal como partícipe en la conquista de Chile, acredita no sólo sus dotes de versificador sino una aguda observación de otra cultura extraña para él. María de Bazán, que respetó siempre el espíritu aventurero de su marido, amaba la historia, pero atendió de modo prioritario a la administración de los bienes que éste le confió y de la fortuna legada por sus padres.

Gil Sánchez de Bazán, además de los cargos ya indicados que desempeñó dentro de la Corte, tenía encomendada la escribanía mayor de rentas del marquesado de Villena. Como consecuencia de todo ello, había acumulado una considerable fortuna. María de Bazán, por su condición de hija única, fue la heredera universal de sus padres, cuya última voluntad disponía que, si no llegaba a tener hijos, destinara los bienes subsistentes a la dotación de doncellas huérfanas sin recursos, preferentemente de la familia, ya eligieran el claustro o el matrimonio.

Gracias a la excelente biografía de José Toribio Medina, conocemos la semblanza que una carmelita anónima de San José, de Ocaña, escribió sobre María de Bazán, de la cual se reproduce a continuación las partes complementarias más significativas, habida cuenta de que la autora escribe de memoria y aporta algunos datos erróneos:

“[...] Era muy discreta y razonada y así adquirió especialísimo aplauso entre los caballeros y señores de la Corte. Pretendió don Alonso de Arcilla (sic por Ercilla), caballero del hábito de Santiago, (cuya nombre se hizo célebre en Castilla por sus hazañas en la conquista de Chile, de la cual escribió un libro en octavas con título de *La Heurecana* (sic por *La Araucana*) casar con esta señora; y aunque era su nobleza mucha, todavía fue despreciado de Doña María [Marquesa], porque sus pensamientos se levantaban más de punto. Sucedió que estando en un sarao [...], en que entraban las damas de palacio y los caballeros y señores de la Corte, don Alonso, llevado de sobrado afecto, hizo una demostración que obligó a ser precisa la boda, [...], casándose con doña María. Eran estos señores muy ricos, pero no quiso Nuestro Señor darles hijos, y viéndose don Alonso para morir dejó por heredera de toda su hacienda a su mujer, la cual, deseando emplearla en servicio de Nuestro Señor, intentó hacer una fundación de Carmelitas Descalzas en Madrid. No se le pudo conceder, por haberse fundado el de Santa Ana en 1586, y así tomó resolución de fundarlo en la villa de Ocaña. Supo con su mucha discreción y no menos con su mucha liberalidad granjear el ánimo de los Superiores, de modo que no pidió cosa que se le negase, y así como quien era tan gran sierva de Dios deseó que el convento que fundaba fuese con toda perfección; por tanto pidió a los Superiores todos los sujetos en quien entonces concurrían más relevantes prendas de discreción, religión y santidad; consiguiolo, pues trajo aquellas venerables madres y compañeras de nuestra madre Santa Teresa de Jesús; y viendo ya la fundación en el estado que deseaba, sacó breve de Roma para vivir dentro del Monasterio los más tiempos del año, en el cual las veces que estuvo, que fueron muchas, dio grande ejemplo, acudiendo a los actos de comunidad como si fuera religiosa, y a la noche cenaba de lo que tenía la Comunidad, y algunas veces, por mucho regalo, un pastel de a medio real. Debajo del vestido exterior se vestía de sayal como las monjas, diciendo que no las quería gastar lo que era del convento, y era menester grande cuidado en la Prelada, porque nunca pedía lo que había menester, aunque más viejo estuviese lo que la servía de abrigo. Dormía en un jergón de paja, ayunaba mucho, y a las vísperas de Nuestra Señora, de quien fue muy devota, a pan y agua. Era de trato apacible,

manso y humilde. En Madrid hizo otra fundación de religiosas recoletas, [...] y aunque dio mucho para aquella casa, así para la labor de ella como para el sustento de las religiosas y capellanías que para allí fundó, se presume no tomó el patronato de esta casa, contentándose con serlo de las Carmelitas de Ocaña, en donde decía ella había empleado tan solamente la hacienda que heredó de sus padres [...]. Y últimamente, cargada de años y mucho más de virtudes, habiendo dado grande ejemplo a todas, estando en Madrid le sobrevino una enfermedad de que conoció se moría. Dispuso su testamento con singular discreción y cristiandad. Dejó por heredero a este Convento [de San José, de Ocaña], recibió todos los sacramentos, y prevenida con heroicos actos de fe y esperanza, dio su alma a Nuestro Señor, dejando segurísimas prendas de su felicidad, año de mil seiscientos y tres. Mandó traer su cuerpo a este convento, como se ejecutó, y reposa junto con el de su marido el señor don Alonso y una hermana del dicho don Alonso. Todos tres están en la bóveda y entierro de las religiosas de este Convento”. (Medina, VI)

2.2. Fundación en Ocaña de las Carmelitas Descalzas de San José⁶.

El 24 de noviembre de 1594, ante el peligro de una muerte inminente, Alonso de Ercilla otorga poder a su esposa para testar, dándole atribuciones sobre cuanto “hiciera y ordenare”. Con referencia a donde quiere ser enterrado, manifiesta: “mi cuerpo sea sepultado o depositado en la iglesia o monasterio y en la sepultura que a la dicha doña María, mi muy amada mujer, le pareciere”⁷. Fallece el día 29 del mismo mes, a los 61 años de edad.

Al año siguiente, el 16 de agosto de 1595, María de Bazán firma una escritura con el Definidor Fr. Juan de Jesús María (OCD), para la Fundación de un Convento de Carmelitas Descalzas en Ocaña (Toledo)⁸, autorizada expresamente por el General de la Orden, Fr. Elías de San Martín. Se reproduce parcialmente a continuación:

“CCCCLII. Escritura de Fundación del Convento de San José de Carmelitas Descalzas de Ocaña, otorgada por doña María de Bazán. 16 de agosto de 1595.

“Elías de San Martín, General de la Orden de los Carmelitas Descalzos, por la presente doy licencia y todo mi poder cumplido, cuan bastante de derecho se requiere, al Rvdo. Padre Fr. Juan de Jesús María, Definidor de nuestra Orden, para que pueda hacer todas las Capitulaciones que fueren necesarias con la señora Doña María Bazán acerca de una fundación de monjas de nuestra Orden que su merced quiere hacer en la Villa de Ocaña, con condición que las dichas Capitulaciones no tengan fuerza hasta la confirmación de nuestro Difinitorio: en fee de lo cual, mando dar la presente firmada de nuestro nombre, sellada con el sello de nuestra Orden. Dada en Toledo, en veinte y ocho de julio de mil y quinientos e noventa y cinco años.- Fr. Elías de San Martín, General.

“E usando de la dicha licencia que de suso va incorporada, el dicho P. Fr. Juan de Jesús María, Definidor de la dicha Orden de Carmelitas Descalzos, de la una parte, y de la otra la señora doña María Bazán, viuda, mujer que fue del señor don Alonso de Arcilla, caballero del Hábito de Santiago, difunto, vecino de esta villa de Madrid, sobre y en razón de la fundación e dotación que la dicha señora doña María de Bazán hace de un monasterio de monxas Carmelitas Descalzas en la villa de Ocaña, dixeron que ellos están convenidos y se convinieron y concertaron en esta manera:

“Primeramente, que luego que vayan monjas a la fundación de este monasterio, que será en todo este presente año de quinientos e noventa y cinco, la dicha señora María Bazán se obliga de dar y entregar a la M. Priora que fuere a fundar el dicho monasterio de monjas de la dicha Orden, a la dicha villa de Ocaña, o monjas de él y a quien por el dicho monasterio lo hobiere de haber, siete cientos ducados de juro y renta en cada un año, a razón de a catorce y veinte el millar, situados por dos cartas de previlexios de Su Majestad sobre las rentas del servicio y montazgo de los ganados de estos reinos y de que ha de gozar el dicho monesterio, desde el día que entraren en la villa de Ocaña a la fundación del dicho monesterio, de que hará y otorgará en su favor escritura de renunciación a su contento e satisfacción.

“Item, que demás de lo susodicho, la dicha señora doña María Bazán dará y entregará a la dicha Priora e monxas del dicho monesterio cuatro mil ducados para la plata e ornamentos e otras cosas necesarias de él [...].

“Item, que demás de lo susodicho, la dicha señora doña María se obliga de dar y que dará trescientos ducados de renta en cada un año perpetuamente para siempre jamás, para tres capellanías que sirvan en dicho monasterio, las cuales dichas capellanías fundará e situará dentro de tres años primeros siguientes, que corran desde hoy día de la fecha desta, con que las misas que los dichos capellanes dijeren sean por la dicha doña María y sus difuntos. [...] y estos dichos capellanes por esta vez primera han de ser por nombramiento de la dicha señora doña María e aprobación del Provincial que eso fuere de la dicha Orden en esta provincia del Espíritu Sto., e los demás nombramiento para siempre jamás los haya de hacer y haga la madre Priora que fuere del dicho monasterio con aprobación e consentimiento del dicho Padre Provincial de esta Provincia o General de la dicha Orden [...].

“Item, la dicha señora doña María declara que es su voluntad que si en algún tiempo se fundare el monasterio de frailes carmelitas de dicha Orden en la dicha villa de Ocaña, pueda el dicho monasterio tener las dichas capellanías si les estuviere bien y, en tal caso, el dicho monasterio ha de poder gozar de las rentas de los dichos trescientos ducados, cumpliendo con la obligación de las dichas misas, las cuales se han de decir en dicho monasterio de monxas por lo menos dos misas cada día por los dichos religiosos e los sacerdotes que ellos mandaren. [...]

“Item, que todo el tiempo que la dicha doña María viviere ha de ser patrona e tener derecho de patronazgo en el dicho monasterio y ha de poder entrar y salir y estarse en él en su hábito de viuda tantas cuantas veces quisiere e por bien tuviere sin impedimento alguno; e queriendo estar más de asiento en el dicho monasterio, ha de traer vestido conforme al hábito de la dicha Orden; pero no con obligación alguna a la regla y observancia de relixión, e después de los días de la dicha señora doña María ha de suceder en el dicho patronazgo el Marqués de Sancta Cruz que se llamare Baçán y sucesores en dicho marquesado.

“Item, que en la capilla mayor del dicho monasterio se haya de hacer e haga entierro para la dicha señora doña María Baçán y el señor don Alosó Ercilla, su marido, con su bulto de piedra e un letrero e armas de la dicha señora doña María tan solamente en la pared del lado del Evangelio, y el entierro ha de ser en la forma que se suele poner a semejantes fundadores.

[...]

“Item, que por cada cien ducados de renta, hasta cuatrocientos ducados que la dicha señora doña María diere al dicho monasterio sobre los dichos setecientos ducados, esté obligado el dicho monasterio a recibir una monja perpetuamente, sin dote alguno, de manera que falleciendo una, haya de entrar otra: y las personas que ansí hobieren de entrar han de ser parientas de la dicha señora doña María, si se hallaren o acudieren a la dicha presentación dentro de dos meses de la vacante de la tal monja, e no acudiendo en dicho tiempo pueden ser proveídas otras personas [...]; y si después de los dichos cuatrocientos ducados que, como dicho es, ha de poder añadir la dicha señora doña María para el dicho efecto sobre los dichos setecientos ducados, ha de poder añadir más otros cien ducados de renta cada año, con calidad que el dicho convento haya de recibir tres freilas, sin dote alguno, y hayan de ser aquéstras como las coristas que se hayan de recibir sin dote, e pobres, como dicho es.

“Item, que la dicha relixión haya de dar y dé para la dicha fundación a la madre María de San Jerónimo, priora que al presente es del monasterio de Carmelitas de la ciudad de Ávila, para que sea presidenta y vicaria del dicho monasterio, con la hermana Ana de San Bartolomé por su compañera, e a la madre priora Ana del Espíritu Sancto, si pudiere ser, después que haya cumplido el oficio de priora, que al presente tiene en Madrid; y ansímismo a la madre Isabel de la Cruz, supriora de Madrid, y otras dos monjas, las que la dicha madre María de San Jerónimo nombrare. [...]

En testimonio de lo cual otorgaron la presente, ante mí el escribano público y testigos de yuso escriptos, que fue fecha y otorgada en la villa de Madrid, dentro del monasterio de los Carmelitas Descalzos della, a diez y seis días del mes de agosto de mil y quinientos y noventa y cinco años. Testigos que fueron presentes: Diego de Pereda Morquecho y Juan Ruiz Corroto e Vicencio de Luca, criados de la señora doña María Bazán, residentes en esta Corte, que yo el escribano doy fe que conozco, lo firmaron de sus nombre en el registro, Fr. Juan de Jesús María, Difinidor.- DOÑA MARÍA BAZÁN.- Ante mí.- Bonifacio de Leçama. E yo Bonifacio de Lezama, escribano del Rey, nuestro señor, vecino desta villa de Madrid, que a lo que dicho es en uno con los dichos testigos e otorgantes, fui presente e fice mi signo, hasta ahora no he llevado derechos algunos, e hice mi signo a tal en testimonio de verdad.- Bonifacio de Leçama, escribano.

(Sigue la ratificación otorgada por el Padre General y los Definidores ante el escribano Pedro Ordóñez, en Toledo, a 19 de agosto de 1595).[9](#)

El 30 de septiembre se presentó ante el Ayuntamiento la Real Provisión que permitía dicha Fundación. Obtenidas las necesarias autorizaciones municipales, así como la del Cardenal Alberto de Austria, por entonces Arzobispo de Toledo[10](#), la fundación de Carmelitas Descalzas de San José, de Ocaña, se llevó a efecto el 22 de noviembre de 1595, un año después del fallecimiento de Ercilla. La viuda puso todos los medios a su alcance para celebrar de este modo el primer aniversario.

Fundadoras

Como puede apreciarse en la Escritura fundacional, D^a María de Bazán seleccionó escrupulosamente las monjas que darían vida a un Monasterio émulo del de San José, de Ávila. El elenco de sus fundadoras acredita que lo consiguió. Fueron las siguientes[11](#):

María de San Jerónimo.- Pertenece a la familia de los Álvarez-Dávila-Salazar. Era prima de Teresa de Jesús. El 22 de octubre de 1565 profesó en el Monasterio de San José, de Ávila, primer Carmelo de la Reforma, formando parte de la primera Comunidad. Por sus excelentes cualidades fue elegida Priora en varias ocasiones; y por la misma razón puso los ojos en ella María de Bazán como Fundadora y Priora de Ocaña. Desempeñó ejemplarmente el primer trienio 1595-1598, que marcaría las líneas maestras para el debido encauzamiento de la Comunidad. Luego regresó a Ávila de donde quiso salir para el Destino final.

La Superiora de Ocaña en 1635, M. María de Jesús, dice de María de San Jerónimo: “Vino aquí a fundar y puso esta casa con tanta perfección y rigor como ahora se ve [...] El espíritu de nuestra Madre Santa Teresa parece que tenía embebido en sí [...] Profesamos en sus manos cuatro del coro y dos de velo blanco [...]. Y doy muchas gracias a Dios que me la dio por Madre y Maestra”.

Isabel de la Cruz.- Su nombre en el siglo era Isabel Arias. Fue una eficaz colaboradora en la fundación de Medina del Campo (1567). Del Convento de Santa Ana, de Madrid, pasó a Ocaña para desempeñar el cargo de Subpriora, tal como exigió María de Bazán. Luego regresaría a Madrid, siendo sustituida por Beatriz de Jesús.

Ana de San Bartolomé¹².- Nació en la villa de Almendral de la Cañada (Toledo) el año 1549, hija de Fernán García y de Catalina de Manzanas. Profesó como religiosa de velo blanco, en San José, de Ávila, el 15 de agosto de 1572. Le cupo el privilegio de ser la solícita enfermera que cuidó a la Santa Fundadora abulense hasta que exhaló el último suspiro (1582). En noviembre de 1595, Ana de San Bartolomé, todavía Hermana de velo blanco, salió para la Fundación de Ocaña, acompañando a María de San Jerónimo. Seguidora fidelísima de su «andariega» Madre y Maestra, años más tarde sería fundadora de los Carmelos de París, Pontoise, Dijón y Tours. Favorecida en Flandes por los Archiducos Alberto e Isabel, también fundó un Carmelo en Amberes, donde concluyó su vida terrenal el 7 junio 1626.

Isabel de Santo Domingo.- Sucedió esporádicamente en el cargo de Priora a María de San Jerónimo, que ostentaría a continuación Beatriz de Jesús.

Aragonés la pondera como “una de las doce religiosas que con Santa Teresa de Jesús integraron la primitiva comunidad de San José de Ávila”, y reproduce literalmente el registro de su profesión:

“A veinte y un días del mes de octubre de mil e quinientos sesenta y cinco, y siendo Obispo de esta ciudad de Ávila el ilustrísimo e reverendísimo señor don Álvaro de Mendoza, hizo profesión en esta casa de san Joseph de Ávila la Hna Isabel de Sancto Domingo, que en el siglo se llamaba Isabel de Ortega. Fue hija legítima de Juan Ortega y de María de Vespas, vecinos de Cardeñosa. Traxo de dote seiscientos ducados”.

Beatriz de Jesús.- Beatriz de Cepeda pasó a llamarse Beatriz de Jesús al vestir el hábito de carmelita descalza. Nacida en Alba de Tormes (Ávila) el 26 de octubre de 1560, se consagró a la vida religiosa en el Convento de su villa natal el 28 de octubre de 1584. Era hija de Juan de Ovalle Godínez y de Juana de Ahumada y Cepeda, hermana ésta de Santa Teresa de Jesús. Ambas nacieron fruto del segundo matrimonio de Alonso Sánchez de Cepeda con Beatriz Dávila Ahumada.

En la fundación de Ocaña, después de ejercer los cargos de Supriora y Maestra de Novicias, fue elegida Priora en abril de 1600. Lo era también en 1607, cuando por obediencia a sus superiores pasó al Carmelo de San José, de Toledo, donde había sido electa para desempeñar el mismo cargo, el 20 de junio. Tras siete años de fructífera labor, en julio de 1614¹³ regresó a Ocaña, donde “fue muy celebrada la dicha de verse gobernar segunda vez de la M. Beatriz de Jesús”. Poco duraría esa dicha, porque antes del año tuvo que salir definitivamente para ser la Priora del Monasterio de Santa Ana, de Madrid.

Resulta de sumo interés la información que aporta sobre la fundación de Ocaña una Carmelita anónima compañera conventual de Beatriz de Jesús, en Santa Ana. Su “Relación de la vida ...” corresponde a las declaraciones recibidas directamente de la biografiada, que reproducimos fragmentadas a continuación:

“Ofrecióse en este tiempo fundar en Ocaña el Convento de Descalzas Carmelitas. Hacía la fundación doña María Bazán, mujer de don Alonso de Ercilla, y pidió a los perlados le trujesen para ella a nuestra Venerable M. Beatriz de Jesús, por ser reliquia viva de nuestra Madre Sta. Teresa¹⁴. Diéronle palabra lo harían después de los días de Juan de Oballe, porque había quedado solo y estaba viejo y no era bien desconsolarle quitándole a su hija. Contentóse con eso doña M^a Bazán. A poco tiempo fue una mañana a oír misa a los Carmelitas Descalzos de Madrid, y viendo estaba de negro la iglesia, preguntó por quién. Dijéronle que por su cuñado de nuestra Madre Santa Teresa. No aguardó más y fue a pedir a los perlados le cumpliesen la palabra. Nuestro Padre General, que era entonces, despachó patente para que luego se viniese. Las monjas lo sentían y replicaron, pero no bastaba. La misma venerable [...] sentía dejarlas. Fuese con esta pena a hacer oración al sepulcro de nuestra Santa Madre, la cual la dijo: «Pues hiciste voto de obediencia, ¿en qué reparas?» [...]. Resuelta en obedecer, y resignada en la voluntad de Nuestro Señor y en la de los perlados, salió de Alba arrancándosele el alma de sentimiento, por dejar las madres que la habían criado [...], y el cuerpo de nuestra Santa Madre, que era lo que más amaba en la tierra.”

Cuenta la biografía cómo pasó por Salamanca; luego, por Villacastín. Allí paró “en casa de los hermanos de su Maestra, la M. Catalina de San Ángelo, que eran los caballeros Mejías de Tobar, que hoy son Condes de Molina. Llegó a Madrid y entró en el Convento, donde la aguardaba la M. Jerónima del Espíritu Santo, que era Priora entonces de él y prima de nuestra Madre Santa Teresa [...]. Detúvose algunos días, entre tanto que doña María de Bazán disponía su viaje. Llegó el día de la partida, y ella llevó en su litera a la venerable M. Beatriz de Jesús. En ella iban hablando en la buena disposición de aquel convento; y así le dijo: «M. Supriora, todo lo espiritual y temporal pongo por su cuenta de vuestra reverencia; el criar las que fueren entrando según el espíritu de nuestra Santa Madre; y que su hacienda, cuanta tenía, quería para servicio de Nuestro Señor en aquella casa. Fue esta señora dama de la Reina en tiempo de Felipe II. Casó con don Alonso de Ercilla, el que escribió el libro de «La Araucana». Quedando viuda y sin hijos y devotísima de nuestra Santa Madre, determinó emplear su hacienda en hacer una fundación de la Orden del Carmen Descalzo.

Llegaron a Ocaña. Era Priora del Convento la Madre María de San Jerónimo, parienta también de nuestra M. Santa Teresa, y muy parecida a la Santa en el talle y cara, y mucho más en el espíritu. Tenía consigo a la venerable M. Ana de San Bartolomé, que la había llevado de Ávila. Fue de las dos madres muy bien rescibida nuestra Subpriora [...]. Acabó el oficio de Priora la M. María de San

Jerónimo, y volvieron a Ávila con la Madre Ana de San Bartolomé, de donde había venido. Mucho fue el sentimiento de apartarse de nuestra venerable Beatriz de Jesús, porque era de amable condición y así la querían mucho todas. Hízose elección de Priora en la Madre Isabel de Santo Domingo; y a pocos meses les pareció a los perlados era más necesaria en otra parte; y así la llevaron y hicieron Priora a nuestra venerable M. Beatriz de Jesús. Fue para las súbditas de gran alegría y consuelo; para la Priora se dobló el trabajo, porque todo le tenía por su cuenta, éste y el de las novicias [...].

Hubo un año gran hambre en Ocaña y los pobres padecían mucho. Ordenó nuestra venerable M. Beatriz de Jesús que a todos cuantos llegasen al torno se les diese limosna de pan, y que se hiciese cada día una grande olla de nabos y berzas; y se les diese a escudillos a los que los querían; y a los que tenían hijos, a pucheros. Cocían dentro del Convento, y habían hecho mucha menos provisión de harina que otros años. Reparándolo las monjas, mandó la Perlada que, desde aquel día, se doblasen las limosnas; y la harina duró más que naturalmente podía durar, si solas las monjas hubiesen comido della. [...]

Procuró con doña M^a Bazán que diese para la Fundación de nuestros Padres Descalzos de Ocaña, porque decía la Venerable Madre que no era obra acabada no habiendo Padres de la misma Orden que confesasen a las religiosas [...]

Acabó de componer la casa de Ocaña y su Priorato, y satisfizo tanto a los Prelados su gobierno que determinaron llevarla a Toledo a componer aquella casa, que estaba con harta necesidad.

[...] Nueva estimación alcanzó nuestra Priora [...]; pero quien entre todas las demás religiosas se aventajó en el amor, fue la venerable M. María de Jesús, cuya vida y virtudes y prodigios ya gozamos impresa. Era esta Madre, desde sus primeros años, de grande oración y dotada de muchos dones del cielo. Rescibiola nuestra Madre Santa Teresa, y fue Subpriora de nuestra venerable M. Beatriz de Jesús. Cuando los Perlados quisieron llevarla a Toledo, se le apareció nuestra Sta. Madre a la Subpriora y le encargó ayudase a la Priora en lo espiritual y temporal del gobierno. Hízolo con tanto rendimiento y fineza y puntualidad, que ésta le duró toda su vida. [...] Y después, cuando por haberlo menester la religión salió de aquel convento nuestra Venerable, la escribía, sintiendo tiernamente su ausencia y la falta que la hacía, como acertada y doctamente escribe en la vida de la Venerable Madre María de Jesús el muy reverendo Padre Fr. Francisco de Acosta, de la Orden de San Agustín, que su devoción sacó a luz poco tiempo ha¹⁵. Lo mismo le sucedía con la Venerable Madre Ana de San Bartolomé, que desde Francia y Amberes, donde fundó, la comunicaba [...]. Con tal Priora y Subpriora, asistidas ambas de nuestra Madre Santa Teresa, ¿qué medras no se verían en aquella Comunidad? [...]

En acabando el Priorato de Toledo, y asentada la casa y todo dispuesto como convenía así al culto divino como a la vivienda de las religiosas, quiso Nuestro Señor volviere la Venerable Madre a acabar de perfeccionar el Convento de Ocaña; y así la eligieron en él por Priora con notable gusto de toda la Comunidad, porque deseaban notablemente tener allá a su querida Madre; y como habían experimentado su gobierno, hacían más estima que si no la hubieran conocido [...].

Llegó el tiempo a pocos meses de hacer elección en la casa de Madrid de Carmelitas Descalzas, y pareció a los Perlados traer a la Venerable Madre por Priora a ésta, a que se rindieron con sumo

gusto las religiosas por tener, ya que no podían a nuestra Madre Santa Teresa, prenda tan cercana suya [...]. Hízose la elección a dos de abril del año de 1615.[...].”

En este último destino, se despidió de la vida terrenal, con fama de santa, el 16 de febrero de 1639. Su cuerpo se conserva incorrupto.

Juana de Jesús.- De Medina del Campo, en el mundo se hacía llamar Juana de Ormara, aunque no coincidiera el apellido con el que le correspondería por sus progenitores: Juan Dueñas y Águeda de Hordas, algo admisible en aquel tiempo. Hizo profesión en el Carmelo de su villa natal el 7 de septiembre de 1581. De velo blanco, fue una de las fundadoras seleccionadas para Ocaña. Su alma pasó a gozar de la vida eterna el martes 6 de mayo de 1614, después de haber permanecido voluntariamente oculta cual “modesta violeta”, atenta sólo a complacer a su Esposo e ignorada por las criaturas que tenían en ella una importante valedora.

Mariana del Sacramento.- Procedía del monasterio de San José, de Toledo, en el que profesó a 5 de agosto de 1588. Era natural de Mascaraque (Toledo), donde nació de Gutierre de la Torre y de Luisa de Torres. Demostró la eficacia de su gobernanza en el Convento de San José, de Ocaña, cuando fue elegida en 1612 para tal fin. Falleció en el mismo el 5 de febrero de 1630, a los 73 años de edad, según informaciones facilitadas al Provincial de los Carmelitas en 1635¹⁶.

El P. Silverio comenta: “Entre las religiosas muy ejemplares que vivieron en esta casa, fue una la M. Mariana del Santísimo Sacramento, prima hermana del famoso doctor Luis de Montesinos. Profesa de Toledo (5 de agosto de 1588)[...]. En el coro la tomó la última enfermedad, que acrisoló [...] con dolores acerbos, a los que sólo la muerte (5 febrero 1630) puso fin”.

Estefanía Evangelista.- Profesó el 8 de octubre de 1595, en el Carmelo de Toledo, aportando la considerable dote de mil ducados. Estefanía de Villegas, que en el claustro adoptó el apellido religioso de “Evangelista”, era hija de Alonso de Villegas. Su madre se llamaba Bernardina. Ambos progenitores eran vecinos de Toledo. Fue una de las fundadoras de San José de Ocaña; pero, más tarde regresaría a su convento de origen, como otras lo hicieron. De hecho, falleció en Toledo el 9 de agosto de 1629. Se dice que contaba sesenta y un años de edad¹⁷.

Otras monjas pertenecientes a los principios de la fundación de Ocaña.

Siete primeras novicias:

Coincidiendo con el segundo aniversario del fallecimiento de Alonso de Ercilla, el viernes 29 de noviembre de 1596, profesaron en el Carmelo de San José, de Ocaña, las dos primeras novicias:

Inés de Jesús, de veintidós años, hija de los zaragozanos Juan de Losilla e Isabel de Espejo. Por su ejemplaridad, fue elegida Priora durante tres trienios. Y Catalina del Espíritu Santo, de dieciséis años, hija de Francisco de Figueroa y María de Vargas, de Alcalá de Henares. De ésta se dice que

“resplandeció por su especial mansedumbre y humildad”.

Al año siguiente, el diez y nueve de mayo de 1597, profesó María de la Trinidad, de seglar María de Rueda, natural de Daimiel (Ciudad Real). Era hija de Marcos García e Inés de Rueda. Contaba 22 años de edad y aportó 200 ducados de dote, renunciando a su legítima en favor del Convento. Sus períodos de Priorato le permitieron acometer algunas de las obras pendientes más importantes. Así, en el primero (1612) logró que se concluyera el Coro; en el segundo (1621) impulsó la realización de la iglesia propiamente dicha que correspondía al Monasterio; y en el tercero “tornó a andar la fábrica de la iglesia, tan felizmente, que se concluyó; de modo que la misma Priora hizo la traslación de la iglesia con toda la ostentación, gravedad y aseo que según la pobreza de aquellos tiempos se pudo conseguir. [...]”. Llegaron a reelegirla por sexta vez; pero su avanzada edad hizo aconsejable que se la dispensara de carga tan excesiva para sus frágiles hombros de anciana. Querida y admirada, “murió la M. María de la Trinidad a los 84 años de edad y 50 de hábito, y sintiose en su muerte y entierro un olor como de flores, las cuales no hubo por ser diciembre”.

Sor María de la Visitación, cuarta de las primeras novicias, profesó el 28 de octubre de 1597, a los 23 años de edad. Eran sus padres Juan Cano y Catalina Sánchez, naturales de Almendral. El acta está suscrita por la Priora y las dos carmelitas que coincidieron por entonces dentro del Convento con el nombre de Beatriz de Jesús.

Se da la circunstancia de que María de la Visitación que profesó como Hermana de velo blanco, era sobrina de Ana de San Bartolomé. Al parecer, llegó como seglar acompañando a las fundadoras María de San Jerónimo y su tía Ana de San Bartolomé. Según el P. Silverio: “Fue de las que, como diría Santa Teresa, se santificó entre perolas y cazoletas”. Falleció en 1630

La quinta profesa fue Leonor de la Madre de Dios, que figuraba en el libro de la fundación, como sigue: “Jesús María.- A seis de enero día de los Reyes, en este año de mil quinientos noventa y ocho, hizo profesión la H^a Leonor de la Madre de Dios, que en el siglo se llamaba Leonor Chacón, hija de Juan Sánchez Franco y Catalina Chacón, naturales de Yepes (Toledo), de edad de veintiocho años”.

En sexto lugar profesó María de Jesús. Inteligente, sencilla y bondadosa, fue nombrada Supriora en 1632. A continuación la eligieron para desempeñar el Priorato; y repetiría como Supriora en el trienio 1643-1646. Del primer Superiorato, se conservan informaciones firmadas por ella en 22 de julio de 1635; siendo entonces Priora la Madre María de San José.

Bárbara de la Encarnación fue la primera novicia natural de Ocaña, que ingresó en el Carmelo de San José; así como la séptima profesa. Era hija de Andrés de Llanos y Luisa Montoya, naturales de la misma Villa. Cuando profesó, el 13 de junio de 1598, contaba 30 años de edad. En 1607, la M. Beatriz de Jesús se la llevó consigo al Monasterio de San José, de Toledo, donde desempeñó el oficio de sacristana a satisfacción no sólo de las religiosas sino también de los seglares. De regreso a Ocaña, ejerció por espacio de cuatro trienios el cargo de Supriora; y rodeada de todas sus compañeras expiró en los últimos días de mayo de 1633.

En la información conventual dada sobre ella, se afirma que “era sobrina del P. Ripalda, confesor de nuestra Madre Sta. Teresa, y prima de D^a Marina de Escobar, la Santa que ahora murió en Valladolid. [...] Al morir D^a Luisa de la Cerda, su señora [...], con lo que ésta le dejó entró en las Carmelitas de

Ocaña. Trasladada a Toledo, desempeñó el oficio de Portera, bajo el priorazgo de Beatriz de Jesús. Regresó a Ocaña, donde fue Superiora y Maestra de Novicias. Murió a los 80 años de edad y 36 de religión”.

A las siete fundadoras carmelitas del Monasterio de San José de Ocaña más las siete novicias que engrosaron la primera Comunidad, se fueron sumando otras muchas, entre las cuales cabe citar a:

Catalina de Cristo —o de Jesucristo— († 1628).- Era natural de Ocaña. En el noviciado, fue su Maestra Beatriz de Jesús, que más tarde sería su Priora. Si, como informaron en el Convento, murió a los 50 años y 28 de vida religiosa, debió de ingresar a los 22, edad muy frecuente en aquella época para elegir estado. Mariana de San Pedro, autora de varias semblanzas, la define como “una de las religiosas perfectas que ha tenido nuestra Sagrada Religión”.

Ana de la Madre de Dios († 1631).- Parece que era natural de Ávila. Debió de ingresar en las Carmelitas de Ocaña a los 34 años. Mariana de San Pedro informa sobre ella a continuación de Catalina de Cristo: “Después de la muerte de esta religiosa, murió mi hermana Ana de la Madre de Dios. [...] Y la Madre María de San Jerónimo y M. Isabel de Santo Domingo, que estaban aquí y la recibieron, la querían y estimaban mucho [...]. Se iba sola por la huerta y ermitas”. Murió a los 70 años y 36 de vida religiosa.

Juana de Jesús María.- Esta Juana de Jesús fue la 7ª Priora de Toledo, electa el 2 de julio de 1614. El P. Valentín de la Cruz se refiere a ella como profesa de Ocaña, donde acabaría sus días. Y Aragonés hace la siguiente mención:

“Otra carmelita que los amantes de las efemérides de Toledo recuerdan gratamente, fue la M Juana de Jesús María, en el mundo doña Greida de Guzmán que pasó a la fundación de Ocaña procedente de las monjas jerónimas de San Pablo, de Toledo, de cuyo monasterio, al cabo de veinte años de religiosa y en mística aparición, la reclamó Sta. Teresa de Jesús para la Orden del Carmen Descalzo”. A su vez, reproduce el acta de toma de hábito que dice haber copiado de los folios 91 y 92, del Libro de la Fundación:

“Jesús María.- A quatro días del mes de sept. año de mil seiscientos y dos, hizo profesión doña Greida de Guzmán, que ahora se llama Juana de Jesús María, hija de don Basco Ramírez de Guzmán y de doña Greida Pesón Zanoguera, naturales de Toledo. Truxo de dote cuatrocientos ducados. No renunció en nayde. Es de edad de treinta y siete años.- Beatriz de Jesús, Priora.- María del Sacramento.- Juana de Jesús María”.

Continúa Aragonés:

“ Y nos merece especial atención esta benemérita toledana, que con tanto acierto ejerció los oficios de Priora y de Vicaria (1607-11), porque si en la fundación “Ercilla-Ocaña” coadyuvó a glorificar las excelencias de inspiración y de caridad del egregio autor de “La Araucana”, en el monasterio carmelita de San José de Toledo, desde que a él fue destinada para Priora (1614), cooperó a ensalzar al poeta toledano Eliseo de Medinilla, y dejó patentizada su ilustración y sus virtudes en interesantes cartas cursadas a la insigne M. Beatriz de Jesús [...]”.

Juana de San Ángel.- Era natural de Villacastín. Profesó como hermana de velo blanco en el Convento de San José, de Ocaña; y se santificó “entre pucheros”, habida cuenta de que se daba muy buena maña para la cocina.

María de la Asunción - Natural de Madrid, se consagró a Dios en el Carmelo de Ocaña, como respuesta a un llamamiento divino. Desempeñó diversos oficios, llegando a ser Maestra de Novicias y Superiora. Murió en 1635, a los 36 años de vida conventual y 60 de edad.

María de la Concepción.- Era sobrina de María de Bazán. De seglar se llamaba María de Herrera y fueron sus padres Ruy Gómez de Herrera y María Chacón, naturales de Cuéllar (Segovia). Profesó a los veintitrés años de edad, el 25 de julio de 1600. En el Libro de la Fundación se decía que, cuando Beatriz de Jesús fue a tomar posesión del Priorato de San José en Toledo, llevó consigo para desempeñar el oficio de Sacristana a Bárbara de la Encarnación, y para el de Tornera a la Hermana María de la Concepción. Más adelante, los superiores la llevaron de Prelada al monasterio de San Clemente de Daimiel (Ciudad Real), donde falleció en 1625.

María de San Jerónimo.- Ésta fue hermana de velo blanco. Hizo su profesión en el Carmelo de Huete (Cuenca), desde donde la trasladaron al de Ocaña.[18](#)

María del Espíritu Santo.- Era natural de Torrejón de Velasco (Madrid). Asombraba su sencillez y naturalidad, por haber sido dama de honor de la Virreina de Navarra antes de entrar en el Carmelo. De ahí que tuviera a sus compañeras conventuales “bien edificadas”. Murió en 1633, a los quince años de vida religiosa y 50 de edad.

María de San José.- Antes de consagrarse a la vida religiosa se llamaba María de Valdés. Fue la primera novicia natural de Guadalajara. Profesó el 12 de octubre de 1612, a los veintiséis años de edad, aportando la espléndida dote de mil ducados.

Su padre, Alonso Valdés, era Secretario del Duque del Infantado. Su madre, María de Garcés, quedó viuda con cuatro hijas. María, que era la mayor, se crió en el Palacio del Duque, donde acabó granjeándose la estimación de cuantos la trataban. Tanto es así, que la dote se la dio un caballero en agradecimiento a los sabios y sanos consejos de la joven por apartarlo del mal camino.

En el Monasterio observó una conducta ejemplar. Ya se ha visto que en 1635 era Priora (y firmante). Lo era por tercera vez, cuando en 1650 se agravó peligrosamente la enfermedad que padecía. Sus hermanas conventuales solicitaran la inminente asistencia de los Carmelitas Descalzos de San Alberto, para administrarle la Extrema-Unión. La negligencia de éstos frailes, so pretexto de ser una hora intempestiva, supuso que la Madre María de San José muriera sin recibir los últimos sacramentos. Se les reprochó doblemente su comportamiento, puesto que ella se había volcado en prestarles toda clase de ayudas cuando construyeron el Convento, donado asimismo por María de Bazán.

El 10 de marzo de 1603, al dejar este mundo María de Bazán, pudo hacerlo con la satisfacción de comprobar que su vida siempre en constante superación, sin escatimar esfuerzos, se veía recompensada aquí y parece indudable que también en el Más Allá.

1 Para este apartado, se han utilizado como fuentes principales: Adolfo ARAGONÉS, Ercilla-Ocaña, “Del tronco de Bazán”, pp. 41-50; José Toribio MEDINA, Vida de Ercilla, Ilustraciones VI (“La viuda de Ercilla”) y VIII (“El casamiento de Ercilla”); Pedro de RÉPIDE.

2 Recibió el nombre de Diego. Al contraer matrimonio, Alonso y María lo llevaron para que formara parte de su nuevo hogar. Tristemente, murió en 1588, luchando con los ejércitos españoles de la fracasada Armada Invencible.

3 31 de agosto ó 1 de septiembre.

4 También llamada del Conde de Puñonrostro, debe su nombre a que la casa de este noble ostentaba en su fachada un grueso cordón. “Esta casa de Puñonrostro fue la que sirvió de cárcel a Antonio Pérez, quien se evadió de ella por un pasadizo que comunicaba con la iglesia de San Justo”. (RÉPIDE)

5 Dicha casa la heredó el Monasterio de San José, de Ocaña.

6 Fuentes fundamentales para este apartado: L.B.; BNE, Mss. 7.018, ff. 348-ss.; BNE Mss. 8.693: “Relación de la vida de ntra. Venerable madre Beatriz de Jesús...”, ff. 465-ss; ARAGONÉS: “Las primeras religiosas”, pp. 76-ss.; MEDINA, Documentos; MATILLA, pp. 97-100; SST, Lº VII, Cap. XVII; VALENTÍN DE LA CRUZ.

7 A.H.P.M., Pº 626, ff. 909-914 (Cito por Matilla Tascón) .

8 Años más tarde, Dª María de Bazán fundó un convento de frailes Carmelitas, en la misma Villa de Ocaña.

9 “Sacado de una copia de fines del siglo XVIII que está en el Convento de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, calle Ponzano, en Madrid. Legajo I, número II, hojas 5-13.” Así lo manifiesta José Toribio Medina, que pudo utilizar el Libro de Becerro custodiado en las Carmelitas de Santa Teresa hasta la Guerra Civil, en que se incautaron del mismo entre otras pertenencias conventuales.

10 Había recibido tal nombramiento en 1594, para sustituir a Gaspar de Quiroga. Nombrado Gobernador General de los Países Bajos en 1596, en 1598 renunció al Arzobispado y a los hábitos, para contraer matrimonio con su prima Isabel Clara Eugenia, cuya boda se celebró el 18 de abril de 1599.

11 Adolfo Aragonés no podía imaginarse que su libro ERCILLA–OCAÑA, MDXXXIII-MCMXXXIII, publicado en 1933, acabaría por convertirse en la única fuente para conocer de primera mano el plantel de Carmelitas que constituyeron las primeras comunidades del Monasterio de San José de Ocaña, desde su fundación. Él pudo consultar en Ocaña la copia fiel del Libro de Becerro original, custodiado en las Carmelitas de Santa Teresa de Madrid. (Vid.: “Las primeras religiosas”, pp. 76-ss.).

[12](#) Declarada beata por Benedicto XV el 6 de mayo de 1917.

[13](#) Ese mismo año, aún en Toledo, el 14 de abril de 1614 celebra con inmenso gozo la beatificación de su tía.

[14](#) Aun cuando se actualiza la ortografía, por curiosidad y aproximación al momento lingüístico de su redacción, se mantienen algunos vocablos.

[15](#) Se refiere a la obra de Fr. Francisco de Acosta: Vida prodigiosa y virtudes de la Venerable Madre María de Jesús, Carmelita Descalza de Toledo. Madrid, D. García y Morrás, 1648. Esta fecha permite fijar aproximadamente la de la biografía que nos ocupa. Vs. tb.: Fr. Valentín de la Cruz: Vida y mensaje de María de Jesús...

[16](#) Consta cómo las informaciones facilitadas son “en cumplimiento del precepto de N.P. Provincial [...], siendo testigos la M. M^a de S. Josep Piora, la M. María de la Sma. Trinidad, ante el P. Prior Fr. Gerónimo de la Concepción, y de mí el P. Fr. Juan de S. Simón, Secretario, en 22 de julio de 1635” (firmas y rúbricas de todos). No obstante, en otro lugar se dice que Mariana del Sacramento murió a los ochenta años de edad y 36 de vida conventual.

[17](#) Las edades atribuidas por entonces, tanto a religiosos como a laicos, no siempre responden a la realidad.

[18](#) En el Mss. 7.018, al finalizar las informaciones a que nos hemos referido hasta aquí, se dice que “afirmó con Juramento” la M. María de Jesús, Supriora. La Piora es María de San José. Junto a ellas, firman también la M. María de la Sma. Trinidad, Fr. Gerónimo de la Concepción y Fr. Juan de San Simón, a 22 de julio de 1635.- Luego en aquellas monjas de las que no se dice año de su muerte, cabe afirmar que murieron antes de 1635.

3. LA MADRILEÑA MARIANA FRANCISCA

DE LOS ÁNGELES

Casi dos siglos después, esta otra madrileña tomaría la antorcha de María de Bazán para realizar el proyecto fundacional que había soñado la viuda de Ercilla. Inteligente, perfeccionista y audaz, muestra otro perfil de mujer que, como tantos otros de esta historia, desmiente algunos tópicos preconcebidos, lanzados al socaire con aviesas intenciones.

3.1. Veinte primeros años de una inconformista.

Mariana Blázquez Merino vino al mundo en Madrid el 14 de abril de 1637. Su madre, Melchora Merino, era una burgalesa de noble estirpe. Su padre, Juan Blázquez Dávila, pertenecía a una ilustre familia abulense, emparentada al parecer con la santa Fundadora Teresa de Jesús.

El memorial autobiográfico que ha llegado hasta nosotros, escrito de su puño y letra,¹ permite un acercamiento a parte de su singular existencia, en búsqueda permanente de mayor perfección:

“Favorecióme Nuestro Señor en darme padres muy cristianos y de muchas virtudes. Mi padre fue de singular entendimiento y prudencia, y muypreciado de hijo de la Iglesia [...]. Decía que en cosas de la salvación y de los mandamientos de Dios, todo se había de entender a la letra. Víle ejercitar en ricas virtudes. Mi madre es sierva de Dios y temerosa de ofenderle, aunque no de la capacidad de mi padre; pero grande cristiana también [...]. Tuvieron seis hijos. El primero murió a pocos días de nacido; y luego nació yo.

Estando mi madre preñada de mí, oí decir a su confesor, que era de una religión grave y Calificador del Santo Tribunal, que tuvo antojo de hacer penitencias terribles [...]. Después se halló ser una bejiga pequeña en que no les pareció podía nacer criatura, y creyeron era de agua; y, habiéndola abierto con tijeras, salí yo [...]. Nací [...] martes a catorce de abril, año de treinta y siete. No pudieron hacer que mamase y temieron moriría, y así el confesor de mi madre me bautizó; y luego mamé. Oí decir que estaba muy sumamente flaca y que miraba a todos con aquella atención que si conociera, cosa que causó tanto reparo que, porque mi madre no entrase en cuidado que le hiciese mal, me apartaban de su vista. [...]

Siempre fui de complexión muy delicada. Llegué a los cuatro años y no sabía andar y, ya que supe esto, di cuidado a mi padre, porque era de más de cinco y no hablaba cosa alguna ni movía la lengua,

que pensaron era muda; y mi padre hizo decir muchas misas a las ánimas por esto, y sólo le consolaba que entendía y oía, de que daba muestra con las acciones. Vi un día caer una cosa en la calle por una ventana y, llevada de que bajasen por ella, hice señas y dije una palabra mal pronunciada y a pocas horas otra; y, luego, todo lo demás lo hablé como ahora en toda buena pronunciación.

Fui ruda en el aprender a leer y las oraciones, especialmente el Credo [...], y era que me daba tal ternura en llegando a decir “padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fue crucificado...”, que, dando a llorar, no podía pasar adelante [...]. En aprender labores también fui algo ruda; pero, después que empecé a saber algo, me dio Nuestro Señor ingenio para ellas. [...]

Había un cuadro de San Pablo apóstol, de quien mi padre era devotísimo, y le llamaba “maestro de las gentes”. Yo pensaba que la pintura lo era, y me iba a él y le decía: “Señor San Pablo, dígame esta lección”; y la pintura me lo decía. Si era labor, me iba a una imagen que había de bulto en un oratorio y era de Nuestra Señora; que aquello de labores me parecía no lo sabría San Pablo; y así, le decía a Nuestra Señora me enseñase aquella labor; y la Soberana Reina lo hacía viendo mi bobería. [...] Aunque fui ruda, como he dicho, después tuve más habilidad que otras para las labores, en que fui con extremo prolija y curiosa, de que me preciaba no poco y en que tuve harta vanidad, como en prenderme² y desear parecer bien; y como ya con el uso de la razón sujeté en algo la condición, fui muy querida de mis padres; y como yo era de natural recatadísimo y grave, que no me dejaba manosear, mi padre llegó a tener notable aprecio de mí, que no hubiera cosa que no fiara de mí. Mi madre se despulsaba por mí, y de todos los de la casa era muy querida, no obstante lo recio de mi condición, porque de ordinario era agradable; lo malo era si me encolerizaba [...].

Como dejé a Dios y estaba estimada de mis padres, con galas y el natural brioso y amigo de lucir, dime a esgrimir y tirar arcabuces, y otras cosas de éstas que sabía yo hacer una amenaza; y como no era temerosa, no se puede decir cómo era con todos. Me temían. Un día mi padre me dijo con muchos agasajos que no me fuese a un cuarto donde estaba un primo mío, porque otros no lo notasen, si acaso él acertaba a ir estando yo sola allá. Enojéme de modo que le dije: “Sólo ahora me pesa sea vuestra merced mi padre, porque no puedo responderle como es razón. Yo sola entre ejércitos estoy segura; y a mí no se me ha de decir tal cosa”. Y dejéle y me fui echa un fuego de enojo. Y viendo que un hombre miraba a las ventanas, ya me sucedió enviarle a decir que si no se iba de allí irían allá un par de balas; y estuve con el tiro prevenido, que si no lo hace, se le tiro; y era de buen pulso [...].

Di en gustar mucho de la música, y en ella me hice diestra.

Llevaba ánimo de casarme, y así, me componía con cuidado; pero no tenía fin malo, porque yo en estas materias sabía lo que un niño de cuatro meses, antes me espanto del recato que tenía no entendiendo la materia, que si fuera muy maliciosa no podía hacer más, porque yo todo lo malo lo juzgaba tomar una mano un hombre a una mujer; y otra cosa yo no la supe en este tiempo. Delante de mí no se atrevió nadie a palabra menos modesta, ni hombre me la dijo jamás. [...]

Un día dio a mi padre un accidente repentino. Creí se moría y me fui a nuestra Señora, y díjele que si me sanaba a mi padre le hacía voto de castidad; no me acuerdo si dije por un año o dos. Yo no sabía lo que votaba verdaderamente; sólo, que no podía casarme. Y mi padre mejoró, y yo contentísima de no haber de meterme con hombre aquel tiempo; aunque hubiese un príncipe.

Me di a leer en libros de comedias y historiales; y con esto y mis músicas y amigas, tenía todo mi contento y gusto [...], hasta que me trataron de casar. Tomélo mal por el voto y porque picaba más alto de lo que me proponían; que era vanísima. Resistílo mucho hasta que me obligaron le viesse. Contentóme el sujeto y dije que yo lo admitiera si no fuese por el voto. Salió a esperar. En este tiempo, un primo mío trató de casarse conmigo. El otro súpolo y entre los dos hubo celos; y yo gustaba de ello, y a lo disimulado los picaba lo que podía. Hasta que supe trataban de matarse; que con eso despedí al primo y mi padre efectuó capitulaciones con el otro, y quedó en esperar el cumplimiento de mi voto, que no quise yo otra cosa.

En este intermedio tuvo mi padre algunos disgustos; y yo que lo atendía, ya las cosas del mundo me iban descontentando de él.

Tendría yo como dieciocho años y más, y creía que para tener hijos no era menester más que las bendiciones de la iglesia, que en esa virtud creía se tenían; y cómo oyese contar algunas cosas, entré en dudas; y como se lo pregunté a mi madre y me dijo qué más era menester [...], conocí algo y tomé tal horror que dije lo despidiesen, que no lo haría por todo el mundo. Y así se deshizo. Verdad es que yo puse otras excusas bastantes. Tuve yo esto a grandísima merced de nuestro Señor, y quedéme firme en no casarme [...]; pero con más extremo aborrecía ser monja [...].

Un día encontré las Meditaciones del padre fray Luis de Granada³; y así, poco a poco, leyendo en ellas y gastando cada día más tiempo en estas consideraciones, diome nuestro Señor tal gusto en ello que solía no poder mudar en un mes un paso de la Pasión [...].

Un día estaba yo como chaceando con una criada, cosa no usada de mí porque era entonces de modo muy severo. En otra pieza estaba mi padre; y, oído, parecióle era de género y en materia que yo la picaba en cosa de sentimiento para ella. Y Dios, que lo quiso así por mi bien, permitió que mi padre tomase tal enojo que, como fuera de sí, entró. Yo tenía el cabello tendido, que me estaba tocando. Asíome de él, y de tal manera me lo tiró que gran parte se le quedó en las manos; y a este modo hizo tales extremos que admiró a toda la familia, porque era un ángel en todo. Yo ponderé el caso de modo que en muchos meses no volví en mí. Miraba que, si de un padre tan cuerdo había experimentado tal desmán, no tenía que esperar de criaturas. Y así me retiraba a solas y me daba a leer libros buenos, y especialmente ‘Trabajos de Jesús’, del padre fray Tomás, religioso agustino. Este libro fue todo mi remedio, y sólo leyéndole o meditando en el Divino Cordero hallaba paz; porque todas las cosas se tornaban contra mí. [...]

Con esta atención a Dios y estos desengaños, empecé a tener algunos pensamientos de ser monja; pero repugnábalo mucho mi inclinación; y con todo, todas las mañanas al vestirme, cuando llegaba a ponerme la correa de San Agustín y los escapularios del Carmen y San Francisco, me parecía que, si hubiese de ser monja, lo sería mejor de San Agustín, con quien tenía devoción especial; pero por más de año y medio todas las mañanas, al punto que yo pensaba esto, oía una voz que me decía: «no serás sino de la Virgen del Monte Carmelo». Y ni de eso hacía caso, ni tomaba resolución en cosa, porque a tiempos me venía conocimiento de la fragilidad de las cosas y a tiempos más estimaba las honras del mundo que los bienes del alma. [...]

Un día antes de amanecer, al empezar la oración, de ningún modo podía recogerme. Tomé determinación de decir el Pater noster [...]; y apenas dije «Pater noster», cuando me arrebataron el

espíritu y, llevado como un relámpago, fui metida en un profundo conocimiento de lo que era el celestial Padre, en que tuve una luz de una cosa que no he atinado a decir, ni es posible, porque fue un conjunto de cosas en una y un todo sin expresármeme cosa particular; pero un abismo tan soberano que, dando amor, era con un respeto el cual no se puede tener a cosa de por acá, antes me quedó después de esto desprecio de todas las cosas, de modo que nunca he podido apetecer cosa de por acá. [...].

Todo se me hacía fácil, si no es el ser monja, y ya otra cosa era como imposible. Dejar de tomar estado veía no me lo sufrirían mis padres, y esto me congojaba terriblemente. Casi llegué a determinar el irme a un desierto; pero temí que mi padre había de morir de pena viéndose expuesto a que se presumiese me había ido con algún hombre. [...]

Un día miércoles santo, me cargó de género este tormento que tomé un libro, creyendo era de comedias, por divertirme [...]. Pues quiso Dios que errase para más acertar, y con la turbación tomé el de las obras de nuestra santa Madre⁴; y como ya le tenía en la mano cuando lo advertí, abrí para ver si hallaba algo que me consolase; y hallé un capítulo de su Vida que dice la fuerza que se hizo para ser monja [...]. Me pareció que el ser santa lo habría conseguido por haber hecho cosa tan terrible como sin gana ser monja. Y yo empecé nueva batería. [...] Tornéme a nuestra Santa Madre, y díjela que si me tornaba el ánimo que tenía yo, sería monja suya. Y tornóme, que chocara con todo el mundo. Y fue menester, porque [...] tomóle tal pasión a mi madre, que se encerró en un aposento y no sé si estuvo cuatro días o tres sin salir ni comer, fija en que hasta que yo jurase no había de ser monja que no había de comer. [...] Toda la parentela se levantó contra mí. Decían los quería deshonorar, porque yo tenía gotacoral⁵ y mucho mal de estómago; que luego me echarían [...]”.

3.2. De Madrid a Ocaña. Ingreso en las Carmelitas de San José

Tenaz en su propósito, el 15 de octubre de 1658, Mariana ingresa en las Carmelitas Descalzas de Ocaña y viste el hábito cinco días después bajo el nombre de Mariana Francisca de los Ángeles. Retomamos su relato:

“Y vine, siendo de veinte y dos años no cumplidos. Y, en llegando a este lugar, fue el horror que me temí [...], porque el desamparo de Dios desde que salí de Madrid, el horror al estado de religiosa se me hizo invencible [...]. Mirar las monjas era como ver demonios. Las mortificaciones y cosas de más importancia se me hacían ridículas [...]. ¡Válgame Dios!, ¡y lo que padecía a solas! Sólo Dios puede saberlo; yo no sé cómo pude resistirlo. Caí mala, que llegué a estar sacramentada, y no sé cómo salí viva [...]. Habiendo profesado, me dejó Dios en terribles sequedades interiores. [...] Temía no se me hubiese enojado por haber tomado estado de tanta perfección sin tener inspiración suya y no habiendo tenido vocación. [...]

Todos estos trabajos que dejó dichos me dio el Señor a conocer eran menester para hacerme merced de desposarse conmigo; y me hizo este favor una noche de Navidad después de comulgar. [...] Desde este día me empezaron grandes trabajos interiores y exteriores. Cierto que parece que todo el infierno y aún el mundo, y hasta las piedras, se tornaron contra mí, porque empecé a tener más cosas extraordinarias y algunos arrebatamientos de espíritu, que me quedaba sin sentido; muchas noticias

de cosas sobrenaturales, de noticias de ánimas del Purgatorio y de las penas del Infierno y de los pecados que se hacían en el mundo; y otras cosas con avisos de cosas venideras y ausentes [...].

Tras diversas vicisitudes, que hubo de superar hasta integrarse plenamente en el claustro, acabó siendo elegida para el cargo de mayor responsabilidad. Su condición de Priora ejemplar traspasó los muros del convento. Fue entonces cuando la Providencia dispuso que regresara a Madrid para “picar alto” en la consecución del objetivo anhelado por María de Bazán: un Convento de Carmelitas Descalzas en Madrid.

3.3. Requerimiento providencial de Madrid. El Príncipe de Astillano⁶

Don Nicolás Gaspar Felipe Núñez de Guzmán y Caraffa, Príncipe de Astillano, Duque de Sanlúcar la Mayor y de Medina de las Torres, estaba lejos de imaginar que la Providencia lo envolvería en un juego azaroso y zigzagueante entre éxitos y adversidades, con fines imprevistos.

A principios de noviembre de 1676, se ve favorecido con las Presidencias de los Consejos de las Órdenes, y casi inmediatamente del Consejo de Flandes. Desde el triunfo, experimenta cómo gran parte de los personajes influyentes lo agasajan y rinden pleitesía. No obstante, se conservan algunas cartas muy reveladoras en torno a estas circunstancias, formando parte de la correspondencia de Carlos de Gurrea, Aragón y Borja, Duque de Villahermosa, mantenida durante su gobierno en Flandes, las cuales constituyen un testimonio fehaciente de cómo hubo algo más que lisonjas y parabienes. En efecto, el Condestable de Castilla, al verse desposeído de la Presidencia de Flandes, mostró su descontento sin ambages y pronto fue de dominio público la consecuente enemistad. Así lo pone de manifiesto una carta que dirige el Barón de Bergeyck al Duque de Villahermosa con fecha 4 de noviembre de 1676, donde le comenta la “ruptura entre el Condestable de Castilla y el Príncipe de Astillano” (Mss 2.412, Tº 5, f. 271).

Pocos meses después, en carta de fecha 11 de febrero de 1677, D. Nicolás de Guzmán, a la vez que se interesa por la salud del Duque de Villahermosa, hace referencia al deterioro de la suya propia: “Yo no he andado bueno estos días; pero con dos sangrías y otros remedios quedo ya con conocida mejoría, gracias a Dios”. (Mss 2.414, Tº 7, f. 516).

Aún no ha transcurrido un mes de la anterior, cuando el Conde de Monterrey escribe desde Hita, con fecha 9 de marzo, una carta al Duque de Villahermosa donde alude al destierro del Príncipe de Astillano (Ibíd., f. 507).

Otra carta al mismo de D. Francisco de Borja, fecha 30 de junio de 1677, incluye un párrafo sumamente revelador: “[...] También corre que se proveerá la Presidencia de Flandes, quitándosela al de Astillano por inobediente; habiéndose venido a Madrid sin licencia y con sobrada publicidad, por falta de salud. Habiéndosela negado, fue un Alcalde a su casa, no le halló, y sabiendo S.M. que fue a Guadalajara, envió a prenderle para llevarlo a Segovia. Hallóle en el Carmen, enfermo, curándose, con que no pudo ejecutar. Veremos en lo que para [...]”. Y en la misma carta, más adelante: “Anoche estuve con el Presidente de Castilla, que me dijo era cierta la deposición del Príncipe de Astillano” (Ibíd., f. 328).

Nicolás de Guzmán había caído en desgracia, y fue en el Convento de Carmelitas Descalzos de Guadalajara donde buscó remedio, no sólo para sus males físicos sino también con respecto al giro que debería dar a su vida para acercarse a Dios. De modo inmediato, encontró consoladores y sabios consejos en la persona del Prior, por entonces Fr. Pedro de Jesús María; más tarde, General de la Reforma. A través del mismo, tuvo noticia de la M. Mariana Francisca de los Ángeles, con la que inmediatamente comenzó a mantener correspondencia.

Parece que el Príncipe confiaba plenamente en la mediación sobrenatural femenina. Una de las muestras evidentes son las cartas que dirigió a otra mujer de gran predicamento por entonces, llamada María de Orozco y Luján, vecindada en Alcalá de Henares⁷. En el manuscrito que custodia la BNE, bajo la signatura Mss. 7691, consta que le escribió muchas cartas “de su mano”. En una del 11 de octubre de 1677, a modo de confesión, le expone cómo se siente culpable de las desgracias que le ocurren a él y a su familia, por lo cual le pide que lo ayude con sus oraciones. Abiertamente se reconoce deudor de las misericordias de Dios: “no sólo por los riesgos de que me ha librado, pues sin duda puedo decir vivo milagrosamente; y que si hubiera muerto en ellos, el menor de mis pecados merecía cien mil infiernos; sino que persiguiéndome con la autoridad del Rey, quien se ha apoderado de ella⁸, a quien no he hecho mala obra nunca, y he procurado hacer muchas amistades y ha recibido no pequeños beneficios de mi casa; ahora emplea todas las violencias de la autoridad del Rey contra mí, sólo por haber sido frío en mantenerla, y en no querer cooperar en lo que no he entendido era razón ni era justo; y habiéndose enredado estas materias sin entendernos los unos y los otros; y no pareciendo justo el castigo por haber obrado desapasionadamente lo que he juzgado por mejor, conozco son estos efectos de mis pecados en que la Divina Misericordia, mostrándome su omnipotencia ha querido acordarme mis culpas [...]. Y porque esta persecución me precisa a una de tres resoluciones que es: salirme de España, confiarme y ponerme al arbitrio de quien me persigue, o a estar en la forma que estoy, que ya no puede durar mucho. Y por los inconvenientes que hallo en cualquiera de estas resoluciones, pido a Vmd., por amor de N^o Sr., me aconseje lo que he de ejecutar [...].” (f. 742).

En cuanto a la M. Mariana Francisca de los Ángeles, quiso conocerla personalmente, lo que contó con el beneplácito de los Superiores. Las conversaciones mantenidas con la misma, aumentaban su piedad. Un buen pretexto para intensificar esa relación, lo encontró en la necesidad de realizar obras de reparación en el Convento de San José, de Ocaña, que se ofreció a costear. Día a día, tomaba mayor fuerza en él convertirse en fundador patrocinador de un monasterio de carmelitas descalzas en Madrid, para el cual veía como Fundadora religiosa insuperable a la M. Mariana. De ahí que iniciara una estrategia conducente a tal fin.

En principio, planteó a las monjas que si se trasladaban a la Villa y Corte, dejarían de padecer la falta de agua, carencia a veces insoportable en el Convento de Ocaña. Aunque esa propuesta inicial fue rechazada con contundencia por la Priora, como apunta atinadamente el P. Silverio, “la semilla se había arrojado al surco y a su tiempo germinaría”. ⁹

Al fin, Nicolás de Guzmán, libre del destierro transitorio, pudo regresar a Madrid. No obstante, continuaba sintiéndose unido a las Carmelitas Descalzas de Ocaña, objeto de su predilección para el proyecto que mantenía en estado latente. Un día recibió la visita de varias de sus monjas las cuales, a instancias de los Prelados, se dirigían a Molina de Aragón para fundar un monasterio con un grupo de

beatas que pretendían incorporarse a la vida regular del claustro, para mayor perfección. Dicha visita reavivó el interés del Príncipe, que se mantuvo a la espera de una oportunidad favorable para volver a la carga. Apenas tuvo que esperar. Aquellas Carmelitas se sintieron totalmente defraudadas al conocer in situ la realidad de Molina: “no hallaron nada hecho, ni posibilidad siquiera de asentar allí la fundación, la casa ruinoso y sin hacienda ninguna”.

El Príncipe de Astillano debió de informarse a su debido tiempo y, ni corto ni perezoso, fue a comprobar cómo iban las obras de Ocaña. Una vez allí, planteó nuevamente el traslado a la Corte. De modo inesperado, una de las Carmelitas dejó caer la siguiente idea, que fue aceptada por el Príncipe e incluso por la M. Mariana: las monjas destinadas a Molina podían regresar a Ocaña y las de Ocaña pasar a Madrid. Así no se desharía el Convento de San José y se haría realidad la tan deseada ubicación en Madrid. ¡Ah!; pero volvían a encontrarse con el inconveniente que había impedido a María de Bazán satisfacer su idea inicial: la Constitución prohibía que existieran dos fundaciones, ya fuera de monjas o frailes en la misma población. No obstante, se ve que el proyecto había calado con fuerza en la propia M. Mariana, que sugirió al fundador en ciernes: “Señor, ahora se acaban de hacer prelados nuevos; si éstos quisieren, querré; y si no, no”. Con gran sorpresa, la única condición que fijaron éstos fue que se obtuviera Breve pontificio donde constara la dispensación de ese punto establecido en la Constitución. El 12 de septiembre de 1682 llegó el Breve pontificio dispensando de la citada prohibición. Pero ahora los Definidores estimaron conveniente contar con la autorización del Cardenal Portocarrero, Arzobispo de Toledo, antes de otorgar la del Definitorio.

Era don Luis Manuel Portocarrero muy celoso para el cumplimiento de sus deberes pastorales. Aunque las comunidades reformadas contaban generalmente con su apoyo, acababa de suceder el fracaso de Molina, y no quiso exponerse a otro tanto en la Corte. Prefirió, por tanto, mantenerse firme en el criterio de que no procedía la fundación propuesta. La contrariedad de las religiosas y del Príncipe no es para dicha; y tampoco fue pequeña la de la reina María Luisa de Orleans.

Pero la inflexible actitud de D. Luis Portocarrero iba a durar poco, según descubre el siguiente episodio:

Con fecha 16 de agosto de 1683, la M. Mariana escribió una carta a D. Alonso Frías, Caballero de Santiago y amigo íntimo del Cardenal, en la que veladamente fijaba un ultimátum, la Festividad de San Luis Rey de Francia, para conseguir esa autorización del purpurado. La lectura de uno de los párrafos resulta algo alarmista: “Ya poco puede tardar el día de San Luis, si su Eminencia lo hace ese día; y si no lo hace, desesperaré de ello, a lo menos todo lo que tardare Dios en darle algún porrazo”. Y lo curioso es que “el «porrazo» anunciado por la M. Priora no tardó mucho en llegar. El mismo día de su santo (25 de agosto) se sintió indispuesto [...] con síntomas poco tranquilizadores. El Doctor Juan Fernando de Frías, chantre de Alcalá y Letrado de Cámara de Su Eminencia, que tenía noticia de la carta de la M. Mariana, entró en cuidado de si la enfermedad del Cardenal tendría alguna relación con el consabido porrazo, que había ya hecho fortuna en la Corte y todo el mundo hablaba de él, y escribió a la Madre si podría asegurar que, concedida la licencia de la fundación que deseaba, el Arzobispo de Toledo recobraría la salud”.

A esto respondió la M. Mariana con una carta sutil a la par que sinuosa el 29 de agosto. Dice entre otras cosas: “[...] es tal mi fe, que a fuerza de ella se lo puede Vuestra Merced decir a su Eminencia

tome la resolución de honrar a Santa Teresa, que yo le aseguro experimentará el premio de la Santa”.

Es evidente que la inquietud del Arzobispo toledano crecía por momentos. “Su Eminencia confió el estudio del caso a su confesor, el dominico Fr. Jacinto Parra, y a otros de su confianza, y si la juzgaban útil, daría enseguida su consentimiento. Por útil la dieron todos, e inmediatamente ordenó a su Secretario D. Pedro Sagasta extendiera la licencia, e incorporándose en la cama, ceñido a su muñeca el autógrafo de la Santa, la firmó. Era el 2 de septiembre de 1683. La mejoría del Cardenal se inició enseguida [...] hasta su total restablecimiento”.

1 Se encontró junto a su cuerpo incorrupto. La encuadernación actual, en rica y bella tela guarnecida, ostenta una placa ovalada de plata con el emblema del Carmelo. Fue realizada en 1984 por las Carmelitas de Santa Teresa para conmemorar el tricentenario de la fundación del Convento en Madrid. El preámbulo muestra el valor ejemplarizante que solían tener estos escritos: “Aunque otras veces siento muy mucho escribir papeles en orden a las cosas de mi interior, por las experiencias que tengo de lo que se publican, éste lo escribo con todo consuelo, [...] porque sólo ha de ser para vuestra Reverencia y el otro sujeto que tenemos comunicado [...], y sin que sepa cuyo es, pues como no conoce mi letra [...]”. Los embates sufridos por los Carmelos de Ocaña y Madrid ocasionaron — según se ha dicho — la pérdida de su acervo documental; lo cual aumenta el valor de este memorial. Por otra parte, gracias a la biografía de Fr. Alonso de la Madre de Dios, se conoce lo mucho que escribió la Madre Mariana Francisca.

2 Entiéndase conforme a la siguiente acepción del Diccionario de Autoridades: “Prender = Vale también adornar, ataviar y engalanar las mugeres. Díxose assí, porque para esto se ponen muchos alfileres”.

3 Se refiere al Libro de la oración y meditación (Salamanca, 1554), que explica en catorce meditaciones cinco grados de oración.

4 Se refiere obviamente a Santa Teresa de Jesús.

5 En Cobarruvias: “Es una enfermedad, que por ser como gota que cae sobre el corazón le dieron este nombre. En latín se llama morbus comitialis [...]”.

6 Fuentes principales de este apartado: SST, L^o XI, Cap II, pp. 30 y ss. y los manuscritos de la BNE Mss. 2408, t^o 1, ff. 77 y 74; Mss. 2412, t^o 5, ff. 271 y 256; Mss. 2413, t^o 6, f. 246; Mss. 2414, t^o 7, ff. 516, 507, 328.

7 Para mayor información puede consultarse BARBEITO: María de Orozco.

8 Posible alusión al Condestable.

9 Los demás textos en cursiva hasta el final de este apartado 3.3, corresponden todos al P. Silverio.

4. DE OCAÑA A MADRID.

CARMELO DE SANTA TERESA

4.1. Avatares del asentamiento en Barquillo¹

Al fin, regresaron a Ocaña las frustradas fundadoras de Molina de Aragón, reuniéndose así las dos comunidades que iban a hacer posible el trueque previsto. Ahora se trataba de actuar con paso firme y seguro. Era notorio cómo había elementos perturbadores que estaban al acecho, para impedir la segunda fundación de Carmelitas Descalzas en Madrid. Incluso, desde Ocaña, el Patrón del Convento de San José, que lo era por entonces D. Enrique de Benavides Conde de Chinchón, intentó impedir por todos los medios a su alcance que el Ayuntamiento de la Villa y Corte otorgara licencia para el establecimiento de ese nuevo Carmelo. Veía con inquietud los posibles perjuicios derivados del traslado de una Comunidad tan arraigada en su Monasterio.

Sin embargo, era mayor el número de quienes estaban preparados para llevar a buen fin el plan previsto, con la máxima discreción y eficacia. Fr. Alonso relata con gran aproximación la estrategia utilizada:

“[...] El día 8 de septiembre del año de 1684, salieron de Madrid con vestidos de Corte, como a paseo, [...] el Sr. D. Juan Fernando de Frías, Dignidad de Chantre en la Santa Iglesia de Toledo, (y el principal instrumento, que puso Dios, para que se ejecutase esta Fundación) y el Excmo. Sr. Don Pedro Coloma, Marqués de Canales [...]. A estos dos señores acompañaban D. Dionisio González de Andía y D. Juan de Prado, que en todas ocasiones se mostraron muy finos. A las Ave Marías llegaron al Convento de Religiosos Franciscos, que llaman de Esperanza², donde esperaron que llegase otro coche del Excmo. Fundador, que a corto espacio los seguía, y era en el que habían de caminar las Religiosas. A las diez de la noche entraron con gran secreto en Ocaña; y llegando al Convento de nuestras Religiosas, enviaron a llamar al Padre Prior de nuestro Convento, que lo era N.P. Fr. Francisco de Santo Tomás, quien al punto vino, y por compañero N.P. Fr. Manuel de San José, que se hallaba Lector. Juntos ya, mostró el Sr. D. Juan Fernando de Frías los despachos, licencias, y patentes, que le había entregado N.P. General, Fr. Juan de la Concepción; y en cumplimiento de ellas se determinó el viaje para las dos de la noche [...]”.

Llegó, pues, el momento de las despedidas, siempre difíciles entre quienes se sienten unidos por lazos de fraternidad. La Comunidad saliente se repartió entre los coches que fueron a buscarlas para

llevarlas a su nuevo destino. Al del Fundador se subieron Mariana Francisca de los Ángeles; Luisa de Jesús, destinada a ejercer el Priorato; la que sería Subpriora, Isabel de San José; Águeda de Jesús María; Ana María de San José; Jerónima de la Trinidad; Ignacia de San José y María del Espíritu Santo, ésta de velo blanco.

En Pinto, se hizo un cambio de ganado y cocheros. Se consideró conveniente que éstos vistieran la librea propia de los lacayos del Arzobispo, para evitar rechazos.

Era noche cerrada cuando llegaron a Madrid, a la calle del Barquillo, donde se encontraba la casa donada por D. Nicolás de Guzmán y su esposa D^a María Álvarez de Toledo. La toma de posesión fue “tocando a las Ave Marías con una campanilla que pusieron en una ventana. Al eco de esta novedad concurrió innumerable gente a los contornos [...]”. Pronto pasó a darles la bienvenida, en nombre del Padre General, Fr. Blas de San Jerónimo, Prior del Convento de Carmelitas Descalzos de San Hermenegildo³. Un Capellán les llevó el aviso de que a las siete de la mañana del día siguiente, iría el Cardenal Portocarrero para decir la primera Misa y colocar el Santísimo.

Al quedarse solas, se dedicaron a comprobar la casa y el susto que se llevaron fue mayúsculo. Lo cierto es que nunca había sido habitada por Don Nicolás de Guzmán, quien compró el inmueble al Príncipe de Parma el 6 de septiembre de 1683⁴, para la Comunidad de su Fundación de Carmelitas Descalzas. Las casas que lo componían habían pertenecido al de Parma desde 1671, que quizás tampoco hizo uso alguno de esa propiedad. La impresión fue tan penosa, que la cronista debió de sentir la necesidad imperiosa de manifestarla inmediatamente, con la espontaneidad que puede observarse⁵:

“Vimos (dice)⁶ parte de la Casa, que era un asco; y todo tan estrecho, (y en especial lo que estaba dedicado para Coro) que ni podía ser peor ni más húmedo. No sólo negro, sino es asqueroso, y de un olor pestilencial. No tenía para oír Misa más que una ventanilla sin puertas, como un agujero, y enclavados unos palos dados de almagre. Ventana de comunión, ni otra cosa que oliese a Convento, (excepto algunas celdas) no lo había. Todas las ventanas clavadas, que ni entrada tenía la luz, ni había por donde echar una gota de agua, habiendo no poca basura que arrojar. La casita, aunque pequeña, si no la hubieran hecho tantos tabiques, se conocía no ser mala; mas la habían repartido tan mal, que la hacía congojosa; mayormente que todos los tabiques eran de cascote, teja y ladrillo, y todo sin dar de yeso negro. En toda la casa no había ni un clavo. Las camas las compusieron los mismos señores y religiosos que concurrieron a esta función, buscando materiales en la vecindad y ocho mantas que se compraron a aquella hora. [...]”.

A la extrañeza que suscita esta descripción, argumenta Fr. Alonso como atenuante las circunstancias anómalas que rodearon a la tan controvertida Fundación. Incluso parece que cuando comenzaron las obras, apresaron a los obreros, los cuales, una vez puestos en libertad, siguieron trabajando de noche, prácticamente a escondidas. Deshabitado el inmueble tantos años y sin llevar a efecto las obras de rehabilitación más necesarias, es fácil imaginar el estado en que se encontraría.

Lo cierto es que, ante esa realidad, las monjas recién llegadas tuvieron que afanarse para adecentar y adaptar en pocas horas la parte que debía ser utilizada como Iglesia, con el fin de que el Cardenal pudiera inaugurar el nuevo Monasterio. Retomamos a Fr. Alonso:

“[...] Con que a toda prisa se compuso la Iglesia con unos brocateles prestados; un dosel con un cuadro de nuestra Santa Madre, que dio el Señor D. Juan Fernando de Frías; frontal y demás adorno de Altar y Urna en que colocar el Santísimo, que lo prestó el Excmo. Sr. Marqués de Canales; y un Copón, que asimismo prestaron nuestros Religiosos. Este fue todo el principio y adorno que tuvo este Real Convento; y todo él nos representa a la memoria la Fundación que hizo mi Seráfica Madre en Medina del Campo”.

Costó; pero se consiguió aún antes de la hora prevista. Y, “a corto espacio de rayar el sol”, llegó el Cardenal acompañado del Fundador y de nobles tan insignes como el Duque de Arcos, Conde de Lemos, Marqués de Canales y otros devotos fieles a la Orden del Carmen Descalzo, cuyos religiosos estuvieron representados por el Padre General y todo el Definitorio. A lo largo de la ceremonia, demostró el ilustre oficiante un fervor tan sentido que conmovió a todos los asistentes. Pudo contribuir la gratitud que experimentarían al purpurado al recordar cómo ese mismo día “se cumplía el año en que se limpió totalmente de calentura”. Cabe imaginar cuánto gozaron las Fundadoras, que darían por bien empleados sus esfuerzos y sinsabores.

En cuanto a la amenaza que se cernía sobre aquellas pobres recién llegadas, quedó claramente demostrada al irrumpir un Alcalde de Corte, dispuesto a impedir la toma de posesión del nuevo Convento; “pero aunque a su parecer había madrugado mucho, madrugó más el celo de nuestro Eminentísimo Prelado, quien afirmó después que toda la noche parecía le estaban llamando y apresurando a que viniese. [...] Con que, viendo el Alcalde de Corte que estaba ya ejecutado lo que venía a estorbar, sólo sirvió de testigo de lo mismo que no podía impedir”. El 10 de septiembre de 1684, se incorporaba un nuevo convento al corazón de Madrid: el de las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, advocación elegida por el Príncipe de Astillano, por su acendrada devoción a la Reformadora y Fundadora de la Orden del Carmen Descalzo.

Lo principal estaba conseguido; ahora había que hacer el resto; no poco, por cierto; y eso pertenecía al día a día, que les exigía el Esposo para que el convento donde se habían asentado fuera un auténtico Carmelo. De hecho, “ni la Casa tenía competente clausura, ni el Santísimo Sacramento la debida seguridad y decencia”. Por de pronto, el hortus conclusus propio de los recintos monásticos, carecía de cercado. Se dice en la citada Relación transcrita por Fr. Alonso: “no había más que una puerta, rejada de hierro, con una llave que con harta facilidad se podía abrir”.

Esa misma tarde del día de la inauguración oficial eclesiástica y civil, pasó a visitarlas la Reina María Luisa de Orleáns, a la que entre los plácemes y enhorabuenas quizás le manifestarían su decepción. Al siguiente día, por orden del General de los Carmelitas Descalzos, Mariana Francisca de los Ángeles fue nombrada Vicaria, a la espera de elegirla Priora cuando transcurrieran los tres años exigidos entre uno y otro Priorato. Por su parte, para mayor efectividad, la Madre Luisa de Jesús renunció al cargo de Priora, siendo aprobado todo ello por las seis fundadoras que tenían voto. La designada era consciente del “tropel de trabajos” que se le venían encima.

Días después, se incorporaron las diez Carmelitas procedentes de Ocaña, que completaban la Comunidad de Madrid: Isabel de la Cruz, Bernarda de Jesús María, Josefa de la Encarnación, María Teresa de la Concepción, Manuela de Santa Teresa, Teresa de Jesús, Ángela de San José y Bernarda del Espíritu Santo. Las dos últimas pertenecían al grupo que había ido a Molina de Aragón con el propósito fallido de fundar un Carmelo. A las ocho coristas citadas, se sumaban dos Hermanas de

velo blanco: Ana de la Cruz y Agustina de San Pablo.

Los comienzos de la vida conventual madrileña fueron desalentadores. La cronista sigue relatando: “No teníamos qué comer ni con qué hacer un ascua de lumbre; y aunque el Fundador enviaba la comida y cena, como era de cocinero y de Viernes⁷, eran tan notables potajes que ni la buena gana los podía embestir”.

Y si la comida era paupérrima, también lo eran los medios de que disponían para necesidades perentorias, como podía ser una enfermedad. Bien es cierto que recibían limosnas con frecuencia; pero la clausura y consecuentes obras exigían atención prioritaria conforme al criterio de la M. Mariana. Por otra parte, sorprende cómo ésta evitaba recurrir a las personas que mejor podían ayudarla y en cierto modo debían hacerlo. Se dio la circunstancia de que tanto el Fundador como el Padre General de la Orden, la socorrieron con cien doblones, cada uno de ellos, los cuales fueron destinados íntegramente para satisfacer los apremios del Maestro de Obras. Pero lo curioso es que ambos lo habían hecho espontáneamente, sin saber la necesidad imperiosa en que se encontraba la Priora. Lo mismo ocurrió con un donativo de cincuenta ducados del Presidente de Hacienda, que los enviaba por tratarse “de una pena de Cámara”.

Con esas dádivas providenciales y las privaciones voluntarias de las monjas, se realizaron todas las obras que exigía la clausura, se construyó la cerca, adecentó la casa y amplió la Iglesia. Todo lo hicieron con gusto para ofrecer al Esposo lo que exigía su condición de Carmelitas Descalzas.

Pronto aumentó la Comunidad con el ingreso de dos Camaristas de la Reina: Juana de Avilés y Ortiz, que quiso pasar a llamarse Juana de la Presentación, y Manuela María de la Peña, que en la Descalcez sería María de la Concepción.

4.2. Muerte del Fundador y consecuente Patronato Real⁸.

Apenas comenzado el mes de febrero de 1689, muere el Príncipe de Astillano. Deja para su querida Fundación objetos y obras artísticas de gran valor; pero lo que más debía de preocuparle era resolver la situación económica antes de partir para el mundo sin retorno. Y puesto que eso ya resultaba más problemático, quizás consideró el Patronato Real como un seguro de solvencia para el futuro del Monasterio. Fr. Alonso se refiere así a los bienes donados:

“[...]. La más principal es una colgadura de seda y oro de realce muy crecido, que es de lo más precioso que tiene la Corte [...]. Dio también una efigie de Cristo Crucificado, su estatura crecida y la materia de bronce; pero de lo mejor fabricado que se conoce en el Arte; la Cruz y adornos de concha y ébano, de primor exquisito. Asimismo una imagen de la Concepción, obra de las manos del insigne [Pedro de] Mena [...]. Dejó multiplicadas pinturas de los mayores pinceles, que admiró hasta aquel tiempo la Europa. Pero entre todas sobresale una de la Transfiguración, de muy crecida grandeza, pintada en tabla, de mano de Raphael de Urbina [...]. Por su preciosidad ha servido de Altar Mayor y aún ahora goza preeminente puesto en el nuevo Retablo. Dio asimismo diferentes alhajas de plata para el adorno de la Sacristía e iglesia; adornos de altar y gruesas limosnas propias de su corazón generoso. Pero en las rentas que dejó se experimentaron notables bajíos, con que se halló después de su muerte muy alcanzado el Convento. Dejó en su testamento el Patronato del Convento a la Católica Majestad de Carlos Segundo, quien con singular gusto le admitió el mismo

año de 1689, adjudicándole al Patronato Real, como joya de su mayor estimación y aprecio”.

A lo largo de este compendio, iremos comentando las vicisitudes por las que pasaron todas estas pertenencias, perdidas en gran parte por los sucesivos avatares que afectaron al Carmelo de Santa Teresa. Ahora sólo se añadirá alguna información complementaria sobre dos de especial relevancia:

La “colgadura de seda y oro” a que alude Fr. Alonso, es “una tapicería bordada, de realce, de oro y plata, que se compone de nueve paños de cinco varas y media de caída y un dosel, cuerpo y cielo, con un escudo de armas y cinco goteras, y es cada uno de dichos paños con cuatro columnas, todas bordadas de relieve, con sus emparrados en forma de galería con diferentes pájaros y flores, y en lo bajo un corredor y en medio dél un león, y en los demás, diferentes animales del tamaño natural.⁹”

Lo cierto es que esta colgadura puede considerarse la manzana de la discordia, como evidencian diversos documentos notariales y los que incorpora Vignau a su artículo sobre este tema:

El Príncipe de Astillano (o Stigliano), Nicolás Felipe Guzmán y Caraffa, empeñó esa valiosísima pieza a D. Vicencio Justiniano. Meses antes de morir, el 29 de noviembre de 1688, hizo donación de la misma al Convento de Santa Teresa; pero aún no se había entregado a las monjas cuando le sorprendió la muerte a comienzos del mes de febrero de 1689. Para las beneficiadas era tan importante, que la reclamaron judicialmente. Y puesto que “de poca o ninguna utilidad les es la renta de los juros (que el fundador les había concedido para su mantenimiento) por la mala calidad dellos y no poder percibir maravedís algunos de sus réditos”, deciden renunciar y devolver estos juros al Mayorazgo de Medina de las Torres, a cambio de que la Princesa les entregue la “tapicería rica”. Doña María de Toledo y Velasco, viuda del Príncipe y su testamentaria, tuvo que hacer frente a una difícil situación que se resolvería con el propio convento, mediante la firma de algunas escrituras¹⁰.

Costó dos días evitar la salida de la valiosa carga, custodiada junto al cercano Convento de Santa Bárbara en casa del Marqués de Serra. Éste no quería dar la cara; la propia viuda Princesa de Astillano, que seguía viviendo en la calle del Caballero de Gracia —donde había fallecido su esposo—, parecía rehuir el asunto. Al fin, el día 13 de febrero¹¹ se rescató la colgadura, embalada en dos cajas para llevársela a Génova. El 4 de mayo de 1689, pasó a poder de sus destinatarias. La entrega se hizo en clausura “donde se reconocieron primero los dichos cinco paños primeros, y luego los otros cinco, en que estaba incluido el dosel bordado y las cenefas del mismo dosel”. Las monjas que firman como receptoras son: Luisa de Jesús, Priora; Isabel de San José, Supriora; Ana María de San José; Josepha de la Encarnación; Mariana Francisca de los Ángeles; Bernarda del Espíritu Santo; María Theresa de la Concepción; Ignacia de San José; Manuela de Santa Theresa; Theresa de Jesús; Jerónima de la Trinidad; Juana de la Presentación; María Manuela de la Concepción. El 30 de agosto de 1689, se tasa en 329.200 reales de vellón.¹²

En cuanto al cuadro de La Transfiguración, “de muy crecida grandeza, pintada en tabla, de mano de Raphael de Urbina”, en realidad una excelente copia¹³, lo había adquirido durante su Virreinato en Nápoles el padre de D. Nicolás de Guzmán, Duque de Medina de las Torres, a la Iglesia del S. Spirito degli Incurabili, donde se ostentaba por voluntad de Clemente VII. Supone José Miguel Muñoz Jiménez que otras de las pinturas donadas por el Príncipe de Astillano tuvieron el mismo origen¹⁴.

La Princesa de Astillano se mostró conforme en acceder a que el rey Carlos II se hiciera con el patronato del Convento y consecuentemente pasara éste a formar parte del Patronato Real. Pero el cambio, a simple vista favorable para el Carmelo recién fundado, más de una vez influyó negativamente en su trayectoria conventual, como podrá observarse a través de distintos episodios conflictivos.

4.3. Dificultades de la Madre Mariana Francisca hasta su A-Dios¹⁵

En medio de penosas enfermedades que presagiaban su próximo final, la Madre Mariana hacía balance del esforzado caminar que había seguido para encontrarse con Dios. Obviamente, analizaba de modo preferente su obra más próxima, que era el Carmelo de Santa Teresa en Madrid. Tenía a gala, porque en efecto lo había logrado, la semejanza que guardaba con el de San José de Ocaña y otras fundaciones implantadas por la Santa reformadora. Así lo expresa en una carta escrita el 19 de septiembre de 1685: “[...] en un pelo no se ha mudado el estilo de Ocaña; antes puedo asegurar que, en algunas cosas, y no pocas, se ha hecho el plantel más estrecho [...] con gozo de todas”. (Hasta aquí AMD, Cap. XXXI).

En la crónica conventual, recogida por Fr. Alonso, se relata cómo al principio “andaban las Religiosas muy trabajadas, así por las obras (que en muchos años no faltaron), como por la asistencia a la labor; porque cuanto se hacía de nuevo lo trabajaban las Religiosas, como se trajo tan poca ropa de Ocaña; con que hubo mucho que hacer, así para la Sacristía como para las demás Oficinas. [...] Cesaron ya los trabajos de las obras, aunque no los de manos; pues, a imitación del Apóstol, hacen especial estudio de granjear con su propio trabajo el penitente sustento [...]”.

Estos continuos esfuerzos convenientes para la buena marcha del Monasterio; incluso las propias enfermedades que permitían superaciones de alto alcance, no acibararon los últimos años de la vida de la Madre Mariana. Sin embargo, las tensiones derivadas del forcejeo que se produjo con tanta inmediatez a la dolorosa muerte del Fundador, por exigencias económicas, y el fallecimiento inmediato de María Luisa de Orleáns, coincidiendo con el cambio de Patronazgo, es seguro que sí dejaron un sabor amargo en la Fundadora. Hasta cabe suponer que el propio Príncipe de Astillano la pusiera en antecedentes de lo que sucedería caso de faltar él.

Otra penosa situación para la rectitud de la Madre Mariana, fue sin duda el dilema que se planteó a la Comunidad en 1695, respecto a la admisión de Mariana de Cárdenas, hija de los Marqueses de Mota y Condes de Villalonso¹⁶. La aspirante en cuestión era singularmente afecta a las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa; pero su incorporación suponía incumplir la norma fijada por las Constituciones, que imponía el número clausus de 21 monjas en cada recinto conventual. Aceptarla, sería darle entrada como supernumeraria. Tenían ante sí uno de los primeros escollos que conllevaba el Patronato Real; puesto que a favor de esta dama de la Reina presionaba el Nuncio, acuciado por los Reyes; pero, en contraposición, tenían al Padre Juan de la Anunciación, General de la Reforma carmelitana, que se oponía tenazmente. Tras salirse con la suya, el Nuncio escribió al P. General, reprochándole la cerrazón de éste a la vez que defendía su actuación, con el siguiente razonamiento: “[...] Me parece un poco áspero el modo con que obran en el lance que está sucediendo entre Vuestra Paternidad Reverendísima y sus religiosos, que es esto querer indirectamente con preceptos a las religiosas y religiosos desvanecer mi autoridad y la dispensación que he dado en un caso que no es de la substancia, ni de lo interior y espiritual de la perfección religiosa, cuasi (sic) no pudiesen ser

tan buenas y santas estas monjas siendo veintidós como si fuesen veintiuna”.

La toma de hábito de Mariana de Cárdenas, que en el claustro pasó a llamarse Manuela de San Bartolomé, tuvo efecto el 25 de junio de 1695. Los propios Reyes se interesaron ante su Santidad, para que confirmara la dispensa de número y pudiera profesar al año siguiente.

Lo peor recayó en la Comunidad que —como vulgarmente se ha venido diciendo— debió de sentirse “entre la espada y la pared”. Pronto se les dio a conocer que “el Definitorio, con nombre y representación de toda la Orden, desertaba dicho Convento de Santa Teresa, y que le pone, cuanto es de su parte, a la obediencia y disposición de su Señoría Ilustrísima, para que consultada la Majestad del Rey Nuestro Señor, a quien pertenece el patronato de dicho convento, y de cuyo real agrado quiere el Definitorio que dependa toda la ejecución de esta materia, Su Señoría Ilustrísima le tome a su protección y dé providencia para su gobierno”.

El General a su vez dirigió a las atribuladas monjas una carta con fecha 16 de septiembre de 1695, en la que les decía, entre otras cosas: “Cuando el Definitorio esperaba que esa Comunidad le hiciera algún reconocimiento de las pesadumbres que ha dado a la Religión y de las vejaciones que nos ocasiona, han procedido vuestras Reverencias con tan cuidadoso artificio en que la Religión no las pueda mortificar ni sujetar, que [...] nos hallamos con un ministro del Señor Nuncio que me atase las manos para esto. Sea enhorabuena la prevención; pero bien reconocida por el Definitorio, decretó lo que va en ese testimonio del P. Secretario; porque no puede gobernar la Orden a quien no se deja gobernar. [...] Mas reconociendo [...] que este desafecto no es de todas, antes presume hay algunas verdaderas hijas de la Religión [...], las que lo son nunca serán desamparadas, aunque sea necesario trasladarlas a otros conventos [...].

La respuesta no se hizo esperar, y el día 20 del mismo mes de septiembre, escribían las amonestadas:

“Padres nuestros:

Hemos recibido una carta de nuestro P. General que nos ha congojado en extremo, con el Decreto o respuesta de todo el Definitorio al Nuncio [...] por la gran novedad que nos hizo [...]. Fue la desgracia saberlo tarde [...]. Miren Vuestras Reverencias, Padres nuestros que hablamos delante de Dios, el cual nos ha de ser juez [...]. Nosotras hemos padecido hartas violencias; recíbalos Dios todo. [...] A Vuestras Reverencias sólo queremos como padres y prelados, y ofrecemos como humildes hijas admitir cualquier cosa, aunque sea emparedarnos [...]; mas dejar la Religión ni la obediencia que votamos, no [...]”.[17](#)

Las aguas volvieron a su cauce.

♥♥♥♥♥♥♥♥

Aún siendo heroica la aceptación de sus enfermedades, no cabe duda de que el padecimiento psicosomático era lacerante. Relata la monja cronista en sucesivas Relaciones transcritas por Fr. Alonso[18](#):

“En muchos años no se pudo echar en la cama noche alguna: las pasaba todas sentada y con un

manteo por los hombros, porque el mucho mal del pecho y palpitaciones del corazón no la dejaban estar de otra forma. El comer era tan poco que parecía pasaba de milagro. Es verdad que la Comunidad, así por el cariño como por lo que a todas nos importaba, la traíamos todo aquello que la pudiera despertar el apetito; pero ni esto ni algunos platos con que los Reyes la honraban de su mesa (viendo su mucho padecer) la servía de nada; porque como llevamos dicho, nada podía comer [...]. Por dolores que la vimos padecer, con accidentes raros y muy penosos e intensos, nunca la oímos pedir a Dios que se los quitase o aliviase. [...]"

Y ya muy próxima a su muerte¹⁹:

“Llamó a la Prelada, que lo era la Madre Bernarda del Espíritu Santo, y renovó en sus manos la Profesión religiosa [...]. Dijonos que nos amásemos mucho unas a otras, [...]”. Recibió la Extrema-Unción, no como quien medrosa se prepara a la batalla; sí como quien festiva se ungía y adornaba para las eternas Bodas [...]. El rostro macilento con las enfermedades y penitencias, se retocó de belleza singular. Las carnes consumidas del fuego del amor y destrozos de la edad, rejuvenecieron como en su estación más florida. [...]

Fue su feliz tránsito en viernes [...], veinticinco de octubre [...] año de 1697, en que cumplía la V. Madre sesenta años, seis meses, diez días y nueve horas”.

La reacción popular fue clamorosa, el “boca a boca” tuvo efectos inmediatos:

“No avisamos a nadie, porque los Reyes estaban en Toledo y el Señor Cardenal, también; ni nuestra turbación dio lugar a nada; pero fue grandísima la conmoción de la gente. Aquella mañana [del sábado día 26], venía el Agente del Convento por la Cava Baja y encontró un gran tropel de gente, que venía diciendo: “Vamos al Convento de Santa Teresa, que se ha muerto la Santa” [...].

El concurso de la gente fue de tal forma, que no cabían en la Iglesia, y fue menester enviar un recado al Capitán de las Guardias, pidiendo nos enviase algunos soldados, temiendo que la apresura pudiese ocasionar alguna desgracia. Todo el concurso se mantuvo desde el sábado por la mañana, que la bajamos al Coro, hasta el domingo por la noche que la enterramos. No nos dejaba la gente sosegar, porque eran tantos los rosarios, las medallas y camándulas que daban, para que se las tocaran, que a todas horas del día estaban entrando por el Torno grandísima cantidad de ellos. La gente que acudió fue de todos estados [...]; unos y otros, todos la aclamaban por Santa”.

Con la descripción física, que sigue a continuación, concluye Fr. Alonso el Capítulo XXXIV de su Libro Primero de la biografía y también se concluye este apartado:

“Era la V. Madre de mediana estatura. Agraciada cuando moza; y de agradable parecer cuando anciana. De pocas carnes, que con las penitencias llegó casi a consumirlas. Tenía el rostro aguileño. El color trigüeño claro, que pasó a pálido con los accidentes que la sobrevinieron y mortificaciones que siempre ejerció. La cabeza muy grande, capaz morada a su crecido entendimiento. La frente ancha y espaciosa. Los ojos hermosos, rasgados y negros; con gravedad, atractivos; y con agrado, severos. Las cejas y pestañas, grandes y muy pobladas. La nariz un poco larga, aunque en proporción no desmedida. La boca, mediana de proporción airosa. [...]"

4.4. Siglo XVIII. Bonanza perturbada por conflicto jurisdiccional.[20](#)

Cuando sale impresa la obra que venimos citando de Fr. Alonso de la Madre de Dios (1736), se encuentra instaurada y consolidada la dinastía borbónica. Felipe V ocupa el trono por segunda vez, al morir prematuramente su hijo Luis I en 1724, tras un efímero reinado de siete meses. Por entonces, el Carmelo de Santa Teresa disfruta de un período que cabe definir como de bonanza.

Para las Teresas[21](#) y muchos creyentes concedores del hecho, una circunstancia providencial, impulsó la prosperidad del Convento. Aún podemos contemplar en la Iglesia actual a su principal protagonista, la imagen de Nuestra Señora de Europa, la cual, si admitimos el milagro que se le atribuye, no deja de ser milagroso que haya sobrevivido a los múltiples trasiegos de que fue objeto. Fr. Alonso, testigo directo del suceso, lo relata así:

“Por el año de 1704 en que empezaron los muchos desórdenes que causó la guerra en España, tomaron los ingleses a Gibraltar [...]. Venerábase en el Monte que domina la Plaza, una imagen de Nuestra Señora, en una ermita situada en aquella punta que mira al Mar Mediterráneo, a la embocadura del Estrecho, que del título y advocación de la Imagen llaman Nuestra Señora de Europa, por terminar esta parte del mundo, respecto de África, en este Promontorio.[...]. Entre otros desmanes profanaron la imagen de Nuestra Señora de Europa, a la cual cortaron las manos y la cabeza, que arrojaron al mar. Había a la sazón en Madrid un venerable varón, que vivió y murió con opinión de santidad, llamado el Hermano Pedro de Jesús María. Este santo hombre con esta noticia hizo hacer una imagen de Nuestra Señora años adelante, a quien dio el título y advocación de Nuestra Señora de Europa, en desagravio de la que en Gibraltar fue objeto de la bárbara osadía [...]. Andaba el Hermano Pedro cuidadoso de la iglesia que había de elegir para dar culto a esta santa imagen y cumplido desagravio a María Nuestra Señora; y no se determinaba, indeciso siempre de dónde sería gusto de Dios se colocase. Hasta que, pasando muy acaso por este Convento y entrando en la iglesia antigua de él, lo inspiró Dios que en ella se había de colocar la santa imagen. Hízolo así, habiendo prevenido antes a la Comunidad. [...] Y al entregar a las Religiosas el Hermano la Santa Imagen [el 4 de agosto de 1713], las dijo: “Aquí viene nuestra Señora de Europa a acabar la nueva Iglesia y a hacer muchas mercedes a esta santa Comunidad. [...]. Así sucedió [...]”.

En efecto, pronto se multiplicaron las limosnas y ayudas, con el resultado de que, apenas transcurridos seis años desde que Nuestra Señora de Europa entró en el Carmelo de Santa Teresa, pudo celebrarse jubilosamente y con gran solemnidad la inauguración de la Iglesia. Y aunque medio siglo después sería derribada sin dejar más huella que los testimonios gráficos, de nuevo Fr. Alonso se convierte en testigo de excepción, al describirnos el Convento de Barquillo tal como pudo admirarlo con sus propios ojos:

“Lo material del edificio es lo mejor y más bien dispuesto que tenemos en nuestros claustros. Tiene su situación en lo más elevado de la calle que llaman del Barquillo. Goza cielo muy alegre y desembarazado [...]. Parte del cierzo le defiende el religiosísimo Convento de Santa Bárbara, y casi todo el Solano le cierra con montecillo cercano al Convento, gozando libres el Mediodía y Poniente, y pequeña parte del Cierzo; con que logra lo saludable, hermanado con lo alegre y vistoso. [...] El claustro es de lo más alegre y bien trazado que pudo ejecutar el arte, para acreditar lo vistoso sin

ofender lo modesto. La Huerta, muy dilatada y frondosa; con que no menos sirve a la utilidad que al recreo. Acompañala un jardín muy adornado y curioso, y goza abundancia de agua, que da vida a todo el vegetable vulgo. Todas las oficinas muy capaces, alegres y bien colocadas. Los adornos de las celdas, de los más pobres que nuestra Pobreza permite, según el estilo de la Religión. Pero la Sacristía y otra pieza que llaman de los Reyes [...], baste decir que ha sido este Convento el depósito de las liberalidades de nuestros Católicos Monarcas; el Camarín, donde se han juntado las alhajas más preciosas de grandes señoras que abrazaron su clausura; y el centro de muchos piadosos afectos, que consagraron a Dios sus riquezas. [...]. Muchas alhajas de plata de singulares hechuras y precio, entre las cuales sobresale la Custodia de grandeza singular y cuajada de rubíes y diamantes, dádiva de la Católica Reina Doña María Luisa [...].

De las reliquias insignes [...], entre ellas, tienen el velo que tenía puesto mi Madre Santa Teresa de Jesús cuando expiró; un sudario entero de la misma Santa [...], la caja en que estuvo por mucho tiempo depositado su virginal cuerpo [...].

La Iglesia es muy alegre, capaz y de singular hermosura. Púsose la primera piedra año de 1691, y se dedicó año 1719, que con un grandioso retablo, que se ha fabricado por la liberalidad y especiales favores de nuestro Rey y Señor Felipe V, que Dios guarde, queda toda su hermosura con su última perfección y complemento [...].”



Pero si bien ese entorno monástico parece propiciar los medios adecuados para el desarrollo de una vida regular propia del espíritu carmelitano, irrumpe intramuros un proceso de perturbación provocado arteramente.

En la segunda mitad del siglo, se va sucediendo un clímax de incompreensión, larvado con funestas intenciones, que desembocará en el desgajamiento de una Comunidad fiel a la Reforma carmelitana. ¿Cómo siendo así, es posible que acataran otras Constituciones escritas por un intruso ajeno a la Orden? Nada más lejos de las religiosas contemplativas, atentas al perfeccionamiento espiritual, que las insidias políticas. Son por tanto presa fácil para quienes mediante la ambición y la falacia saben envolverlas sutilmente en sus redes.

Conviene recordar el conflicto a que dio origen la aceptación como Supernumeraria, en 1595, de la dama de la Reina Mariana de Cárdenas. En 1734, se hace referencia a ella como Hermana Manuela de San Bartolomé, lo cual permite deducir que se mantenía fiel a su vocación sin haber desempeñado ningún cargo relevante. Y lo traemos a modo de antecedente, porque en el siglo XVIII la Comunidad de Santa Teresa volvía a ser víctima de sucesivas reyertas entre los Capellanes Reales y los Padres Carmelitas.

En tal sentido, el año 1779 constituyó un punto álgido de inflexión para el Monasterio de Santa Teresa, que, so capa de ayuda incondicional para un problema de las monjas con los confesores de su Orden, fueron utilizadas como intentaremos reflejar someramente. El Padre Silverio de Santa Teresa analizó este tema a fondo, por lo que remitimos al mismo y aquí nos limitaremos a ofrecer una visión rápida de conjunto, entresacando los planteamientos más significativos. El eminente Cronista expone cómo se trató de “desgajar dicha comunidad de Descalzas del árbol de la Religión, separándola de la

obediencia de sus prelados y poniéndola debajo de la jurisdicción del Ordinario [...]. La principal culpa la tuvieron algunas personas habilísimas en la intriga y los llamados “capellanes reales”, clérigos de campanillas, que intentaban, no sólo decirles misa y celebrar las fiestas solemnes que en el convento se hacían con inusitada solemnidad; sino también gobernarlas y dirigir sus conciencias. [...] La animadversión a los Descalzos fue creciendo. Sus enemigos lograron abrir brecha en la misma comunidad y ganarla por malas artes, hasta el punto de que, después de algunos años de trabajo disimulado y artero, consiguieron que las religiosas pidieran a Su Majestad (18 de mayo de 1779) la exención de los Superiores de la Orden y que se las pusiera bajo la jurisdicción inmediata del Cardenal Patriarca de las Indias o del Arzobispo de Toledo, que entonces era el Ordinario de Madrid [...]. El Rey mandó la exposición que le elevaron las monjas al Arzobispo de Sebaste, nuncio del Papa en Madrid [...]”.

Nada extraño sería que algunas religiosas se sintieran disconformes con la dirección espiritual de los Padres Carmelitas a quienes tenían acceso. Si los Superiores hacían oídos sordos a las quejas y rehuían ofrecerles soluciones, bien pudieron valerse los malintencionados adversarios para convencer a las incomprendidas de lo pernicioso que sería “si se mantuviesen en el estado en que se hallaban; y no confesándose cada una libremente”.

Entre las estrategias utilizadas, en “una visita canónica a la Comunidad [...] el Visitador culminó sus investigaciones con una votación secreta de las religiosas, para cerciorarse si persistían en su petición. Las votantes eran dieciséis: trece pidieron quedar sujetas al Arzobispo de Toledo, y tres se conformaban con lo que determinara Su Santidad. [...]”.

El resultado definitivo fue que las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa quedaron bajo la jurisdicción del Arzobispo de Toledo, lo cual permitió al Arzobispo de Sebaste y Nuncio de Su Santidad, Nicolás Colonna, redactar nuevas Constituciones, algo que parece constituía su máxima aspiración dentro del tema que nos ocupa. En estas maniobras con marcados tintes políticos, intervenía a su vez D. Manuel de Roda, Secretario de Estado del Despacho de Gracia y Justicia. Ambos presentaron ante el Santo Padre la necesidad imperiosa de separar a las monjas “en un todo del gobierno y dirección de los regulares de su Instituto; y más cuando los disturbios principados entre los capellanes y religiosos, cuyas inquietudes trascendían también a las monjas, era de temer fuesen en aumento [...]”. A tal efecto, Su Santidad Pío VI expidió el Breve *Vineam Domini Sabaoth*, de fecha 23 de junio de 1779²².

Los fragmentos de la carta que el Nuncio Nicolás Colonna dirigió al Cardenal Pallavicini son suficientemente reveladores:

“He dado cumplimiento a la visita espiritual de este Real Convento de Carmelitas Descalzas, dicho de Santa Teresa, en conformidad con el Breve de Su Beatitud, y por las fiestas de Navidad lo entregué al Arzobispo de Toledo, a fin de que en lo futuro dependa de su jurisdicción y gobierno²³. Por el mismo tiempo comuniqué a las religiosas las nuevas Constituciones al tenor de las que deberían regular su vida en lo futuro, y espero que con esto se alcanzará la paz que necesitan [...]. De todo lo hecho se ha dado cuenta al Soberano, que ha quedado satisfechísimo, como podrá Vuestra Eminencia inferir por la inclusión de la adjunta copia de un billete que de orden de Su Majestad me escribió el Ministro Señor de Roda.

En los ejemplares que le incluyo se contienen las nuevas Constituciones, hechas por mí, y entregadas a las monjas con la Pastoral que las acompañaba, y que las mismas religiosas hicieron imprimir solícitamente por el vivo deseo que tenían de poseer cada una un ejemplar en propiedad y de informarse por entero de ellas, como ya exactamente lo ejecutan contentísimas. [...].

En la composición de dichas Constituciones he procurado ciertamente tener presente, además de la paz y bien espiritual de las religiosas, las máximas, sobre todo de la Iglesia Romana, y las enseñanzas y reglas del santo Concilio de Trento; por lo que presumo que este mi trabajo merecerá la bendición de nuestro Santo Padre y la aprobación de Vuestra Eminencia, a cuyo respetable parecer me adhiero humildemente [...]”[24](#).

No parece que la humildad fuera la cualidad predominante en el Arzobispo de Sebaste, Nuncio de Su Santidad Pío VI.

4.5. Siglo XIX. Invasión francesa y peligros para los conventos[25](#).

El siglo XIX no fue nada fácil para los religiosos en general y para las Carmelitas Descalzas en particular. Con motivo de la invasión napoleónica, la Comunidad de Santa Teresa tuvo que abandonar su Convento durante ocho días, sufriendo el acostumbrado saqueo: “[...] robaron los franceses varios objetos de plata de la Sacristía y un precioso terno [...] del cual se conserva sólo el capillo, que representa a nuestra Madre Santísima del Carmen, dando el escapulario a S. Simón Stock, bordado primorosamente y con perlas finas”.

También fue objeto de rapiña el vecino Convento de Mercedarios de Santa Bárbara. En éste sucedió un curioso episodio: los soldados invasores se llevaron la urna de plata que contenía el cuerpo incorrupto de la Beata Mariana de Jesús[26](#), pero abandonaron el cadáver sin la menor alteración. “Así lo hallaron los Padres cuando volvieron al Convento. Temerosos de alguna otra profanación y pensando estaría más seguro en el Convento de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa [...], avisaron a la Comunidad, y por la noche descolgaron el precioso cuerpo envuelto en una sábana, por la tapia de la huerta. Fue grande el consuelo y reverencia con que lo recibieron las religiosas, que lo tuvieron varios meses en su Convento. Le mandaron hacer una hermosa caja forrada de seda y le hicieron un hábito también de seda, que era el mismo que tenía cuando abrieron la caja después de varios años. Algunos meses estuvo en nuestro antiguo Convento; luego la llevaron los Padres Mercedarios al Convento de Mercedarias de D. Juan de Alarcón, en donde se conserva en el día de hoy”.

El 10 de agosto de 1810, el Monasterio de Santa Ana, fundado en 1586, fue demolido por orden de José Bonaparte.[27](#) Esta penosa circunstancia determinó que el 3 de septiembre la Comunidad fuera acogida en el Carmelo de Santa Teresa, donde permanecerían durante un lustro reunidas en fraternal convivencia las Carmelitas Descalzas de ambas fundaciones madrileñas. No obstante, las “asiladas” deseaban lógicamente disponer de casa propia; y el 21 de noviembre de 1815 lograron realizar esta aspiración, al convertir en monasterio unas casas de su propiedad situadas en el Paseo del Prado.

Pero la Providencia dispuso que las Teresas tuvieran que acoger nuevamente a sus Hermanas de Santa Ana, expulsadas a causa del Decreto de Mendizábal, que imponía la supresión de conventos.

Esta vez la estancia se prolongaría hasta el año 1851. Comenta la Cronista de Santa Teresa cómo “cada Comunidad hacía su vida independiente; pero se juntaban para el coro, refectorio y recreación, viviendo en perfecta armonía [...]”.

Los sucesivos gobiernos desprotegeron a las órdenes religiosas, facilitando su desaparición de una u otra forma. A los frecuentes derribos por nuevos trazados urbanísticos se sumaron diversos decretos que atacaban frontalmente a las órdenes y congregaciones religiosas, desposeyéndoles de conventos y monasterios.

Por Decreto del Conde de Toreno de fecha 18 de agosto de 1835, se extiende la prohibición de otro anterior sobre admisión de novicios (22 de abril de 1834) a las novicias. También al Conde de Toreno se debe una Real Orden de fecha 25 de julio de 1835, por la que se suprimen todos los conventos con menos de doce religiosos profesos.

El 14 de septiembre de 1835 dimite el Conde de Toreno, al que sustituye Juan Álvarez Mendizábal, quien el 11 de octubre de ese mismo año decreta la disolución de las órdenes religiosas, excepto las hospitalarias; y el 19 de febrero de 1836, dicta el primer Decreto desamortizador, produciéndose la enajenación de bienes de las órdenes religiosas, extinguidas por el citado R. D. de 11 de octubre. Por otro Decreto de 8 de marzo de 1836, suprime todos los conventos de religiosos (excepto Hospitalarios y Escolapios); una nueva redacción del mismo amplía dicha supresión a las religiosas (excepto las Hermanas de la Caridad), mediante Real Decreto de 29 de julio de 1937.

Merced al Concordato con la Santa Sede, de fecha 16 de marzo de 1851, se conservan las casas de religiosas dedicadas a la educación y enseñanza de niñas u otras obras de caridad.

Cuenta la cronista conventual que cuatro de las novicias del Carmelo de Santa Teresa, tardaron cerca de quince años en profesar. Curiosamente, fue el Duque de Riansares²⁸, con quien casó en segundas nupcias la Reina María Cristina, el que no sólo abogó por ellas sino por las demás novicias que se hallaban en idéntica situación.

Cuando se dio la opción de conservar los conventos siempre que fueran dedicados a la educación o caridad, dice la misma cronista que “El Comisario de la Descalcez, Fr. Juan de Santo Tomás de Aquino, pasó una circular a las monjas, animándolas a aceptar la enseñanza, de momento, para poder admitir novicias”.

4.6. 1865: Consecuencias del cólera para “las Teresas”²⁹

Si las leyes anticlericales a que se acaba de hacer referencia, no afectaron demasiado a las Teresas, la epidemia del cólera de 1865 les cobró un carísimo tributo.

Dentro del siglo XIX, fueron varias las epidemias de esta devastadora enfermedad³⁰, la primera de las cuales se vio ensangrentada con una cruel matanza de religiosos en Madrid, iniciada el 17 de julio de 1834, so pretexto de que éstos habían envenenado las fuentes públicas. Para la situación política y social del momento, en cierto modo era conveniente que la maledicencia inventara un “chivo expiatorio” tan inofensivo.

Como queda dicho, del Convento de Santa Teresa se enseñoreó la epidemia de 1865. En ocho días murieron doce monjas. Según la Crónica conventual:

“El día de la Virgen del Pilar había tres de cuerpo presente. Todas tuvieron una muerte muy edificante [...]. Tanta fue la edificación que causaron estas muertes en dos Siervas de María, que vinieron a asistir a las enfermas (además de cuatro Hermanas de la Caridad), que se quisieron quedar en la Comunidad, a pesar del cuadro desolador que presentaba en esos días. Realizaron sus deseos tomando el santo hábito el día de Todos los Santos con los nombres de Hermana Bautista de San José y Hermana Josefa de Santa Teresa, siendo las dos ejemplarísimas religiosas. Nuestro Señor no desamparó a la Comunidad en esta terrible desolación y les mandó buenas vocaciones, que en breve llenaron las plazas vacantes. Después del cólera, quedó como Priora y Maestra de Novicias la Madre Salomé del Sagrado Corazón³¹, que nombró como ayudanta a la Hermana Filomena de San Luis Gonzaga, que tenía 23 años. El acierto con que cumplió este cargo y formó a las doce novicias que entraron, hizo que después la nombraran Maestra de Novicias”.

La Madre Filomena de San Luis Gonzaga merece una especial focalización no sólo por su ejemplaridad, sino por algunos aspectos biográficos, vinculaciones familiares y trayectoria, a partir de la epidemia que comentamos en este apartado. Conviene por tanto hacer referencia a todo ello, aunque sea someramente:

Era hija de Miguel de Neira y Valentina de La Puente, ambos de profundas raíces cristianas. Tuvieron tres hijos y cinco hijas, cuatro de las cuales se consagraron a la vida religiosa.

“Miguel de Neira era Secretario del Intendente de Barcelona, en donde vivía con su familia; pero el año 1835 por causa de los disturbios políticos de nuestra patria, tuvo que huir a Francia, en donde poco después llamó a toda su familia” (C.E.); de ahí que Filomena naciera en Montauban el 21 de diciembre de 1841. Su hermana Casimira fue madrina de Bautismo.³²

Ya de regreso en Madrid, cuando Filomena contaba doce años, sintió la llamada para consagrarse a la vida religiosa el día de la festividad de la Virgen del Carmen, lo que la abocó al Carmelo de Santa Teresa de Jesús. “[...]. Recibió el santo hábito el 15 de mayo de 1860, a los dieciocho años, con el nombre de Filomena de San Luis Gonzaga [...]. Hizo su santa Profesión el 16 de mayo de 1861, fiesta de N.P. San Simón Stock” (C.E.). La flamante profesa no podía imaginarse lo convulsa que iba a ser su vida de religiosa contemplativa y las penalidades que la esperaban.

“El primero de estos trabajos fue la terrible epidemia del cólera, que en 1865 hizo tantos estragos en nuestra patria. Solía decir la Madre Filomena que aquellos días parecían verdaderamente días del último juicio y que el cuadro que ofrecía el Convento era en extremo desolador”. (C.E.)

Dentro de la Comunidad, otras supervivientes del cólera fueron María Josefa de la Purísima Concepción, Inés de la Virgen del Carmen, Concepción del Santísimo Sacramento y Petra de San Juan de la Cruz.

Pero, como dice el refrán, «a grandes males, grandes remedios». Y pronto se hizo notar un «efecto llamada», que supuso la entrada de religiosas cuya trayectoria conventual sería muy fructífera.

Especial mención merecen las dos Siervas de María, Ministras de los Enfermos, ya citadas. Soledad Torres Acosta³³, ante la petición de auxilio del Carmelo de Santa Teresa, “reunió a sus hijas [...], diciéndoles que como se trataba de enfermedad tan contagiosa no obligaba a ninguna a ir. Sor Bautista [...] se ofreció enseguida con muchísimo entusiasmo y lo mismo una novicia que se llamaba Sor Josefa. La M. Soledad tuvo un poco de dificultad en dar licencia a esta última por ser aún novicia, pero se empeñó tanto en ello que por fin la dejó ir”³⁴. Las consecuencias derivadas de esta prestación ya las conocemos. De ahí que, ante el temor de ver reducida su Comunidad con casos similares, la M. Soledad evitara proporcionar más ayudas personales.³⁵

Esas dos de las Siervas «más útiles» para la M. Soledad, Bautista de San José y Josefa de Santa Teresa, se llamaban de seculares Ana y Apolonia, respectivamente. La primera era natural de Vitoria; la segunda, de Almendral de la Cañada (cuna de la Beata carmelita Ana de San Bartolomé. Ambas habían carecido de medios económicos para costearse las dotes exigidas en casi todos los conventos. De ahí que les aconsejaran el ingreso en las Siervas de María “cuyo Instituto acababa de fundar la Madre Soledad”, y la realidad es que fue un carisma muy acorde con sus sentimientos humanitarios. Cuando acudieron al Carmelo de Santa Teresa para atender a las enfermas de cólera, despertaron gran admiración, “pues decían las Madres antiguas que parecían dos ángeles y las asistieron con muchísimo cariño. La M. Bautista, al verse en un Convento de Carmelitas Descalzas y al presenciar las muertes tan edificantes de las religiosas que murieron entonces, sintió renacer en su alma su primera vocación de Carmelita Descalza, y le dijo a su compañera: “vamos a quedarnos aquí”. Ésta también lo deseaba, pero le contestó: «que pena va a tener la M. Soledad si no volvemos». Sor Bautista dijo: «Sí, comprendo que va a tener mucha pena y yo también la tengo de dejarla; pero no importa, vamos a aprovechar esta ocasión que nos ofrece Nuestro Señor» [...]. La Comunidad las recibió con los brazos abiertos. [...] Algo de dificultad tuvieron en alcanzar la licencia de la M. Soledad; pero por fin se la dio con la condición de que no cambiasen los nombres que tenían en el Instituto, y por eso se quedó con el nombre de Bautista, añadiendo el apellido de San José; y la novicia el de Josefa de Santa Teresa”. Ambas profesaron el 3 de noviembre de 1866.

Pronto se fueron cubriendo las vacantes causadas por la epidemia fatídica. A finales de 1865, ingresaron Teresa del Santísimo Sacramento y Eugenia de Jesús, que profesaron el 17 de diciembre de 1866. En 1867, son seis las profesas. De no haberse dado esta circunstancia, algunas de ellas hubieran tenido que elegir otro convento:

A la madrileña Gregoria de Santa María Magdalena de Pazzis, “un Padre de la Compañía de Jesús, que la había conocido desde pequeña, solía decirle que ella había nacido en el Convento de Santa Teresa, porque durante una temporada que el Gobierno obligó a la Comunidad a tener enseñanza pusieron una escuela de parvulitas y nuestra Gregoria que a la sazón sólo tenía tres años fue una de las alumnas”. Tenía dieciséis años cuando tomó el hábito en 1865. Estaba dotada de una hermosa voz. Gran parte de su vida conventual transcurriría entre el oficio de Sacristana y el cargo de Superiora.³⁶

Dos vascas se sumaron a la nueva Comunidad emergente: Francisca del Purísimo Corazón de María, natural de Legorreta (Guipúzcoa), no obstante su dificultad para expresarse en castellano, irradiaba afabilidad. “Siempre la hallaban dispuesta para todo lo que era trabajo. Esto no le impedía el ser un alma de mucha oración”³⁷. Su paisana Ángela de Santa Teresa de Jesús había nacido en Aulestia

(Vizcaya). Huérfana de madre desde muy niña, su infancia transcurrió a merced de los sucesivos matrimonios del padre. Acabó por desplazarse a Madrid, donde “estuvo colocada en una casa muy buena y tomó por confesor a un Padre Capuchino muy santo que la ayudó mucho [...]”. Deseaba ser Carmelita Descalza; de ahí que el año 1865, le indicara su Confesor la posibilidad de entrar en el Carmelo de Santa Teresa, para ocupar una de las plazas vacantes. “Así lo hizo, ingresando con gran alegría de su alma la víspera de Todos los Santos. El Convento presentaba entonces un aspecto muy triste, pues no se veían más que celdas vacías, montones de desinfectantes, etc.; y la Comunidad reducida a su mínima expresión, estaba traspasada de pena; pero a nuestra fervorosa postulante le parecía que había entrado en el Cielo [...]. Era incansable para el trabajo y cumplía con mucha diligencia y fervor todas sus obligaciones de hermana de velo blanco y, sobre todo, cuando la Comunidad tuvo que salir de su amado Convento el año 1868, ella fue la que empaquetó casi todas las cosas que se pudieron salvar”.[38](#)

El nombre de pila de la catalana Isabel de la Santísima Trinidad era Francisca, y había nacido en un pueblecito llamado Santa María dels Pens. “Ella y su madre estuvieron un tiempo de demandaderas en un convento de religiosas Mínimas, y entraban en la clausura para ayudarlas a lavar la ropa y otras cosas de trabajo. El trato con estas religiosas hizo nacer en su alma el deseo de consagrarse a Dios; y el año 1865, sabiendo que por el cólera habían quedado muchas plazas vacantes en nuestra Comunidad, ingresó en ella”. Dejó un recuerdo entrañable, puesto que “era un alma angelical, un carácter bondadoso y pacífico que no se turbaba por nada, muy trabajadora y amiga de cumplir perfectamente con sus obligaciones”.[39](#)

Joaquina de San Miguel, vivió junto con sus Hermanas conventuales la amarga experiencia de verse expulsada del Carmelo de Barquillo, dos años después de la profesión, a sabiendas de que el mismo iba a ser totalmente destruido. Gran parte de su vida monástica transcurriría por tanto en El Pardo; y produce satisfacción la idea de que tuvo el consuelo de conocer el nuevo emplazamiento de Ponzano. No se conserva Carta de Edificación, pero en el Libro de Becerro reconstruido se encuentra la siguiente mención: “La Hermana Joaquina de San Miguel fue la primera que murió en este Convento. Era andaluza, y recuerdan las mayores que estando un día hablando quién estrenaría la bóveda, dijo señalando a la más anciana: «por ‘rasón’ natural...». Murió el 7 de julio de 1893”. Según parece, ella se adelantó a la más anciana.

Lo que no podían imaginarse las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa es lo que iba a suponer para el Convento e incluso para la misma Orden la admisión de Justa Sanz García, que quiso llamarse Justa de la Virgen del Pilar cuando tomó el hábito el 6 de abril de 1866. El apellido religioso evidencia cómo había arraigado en ella su origen aragonés, y en cuanto a heroísmo y arrojo, cabría parangonarla con su antepasada Agustina de Aragón. Vino al mundo en Encinacorba, el 9 de agosto de 1849, donde el mismo día recibió las aguas bautismales en su Parroquia de Santa María. El padre cultivaba las tierras de un rico hacendado de Cariñena, por lo cual la familia, el matrimonio y seis hijos, residía habitualmente en dicha villa. Era por tanto hija de «cristianos viejos», como en tiempos de Cervantes, Lope y Calderón se llamaba a los labradores de acrisolada honradez. Desde los dieciséis años, sólo pensó en satisfacer la voluntad divina; lo cual la llevaría a importantes consecuciones, como se irá conociendo a lo largo de esta sucinta historia.

Muy niña, dio muestras de una inteligencia extraordinaria, que los padres cultivaron enviándola al

mejor colegio de Cariñena. Terminó los estudios previstos, con gran aprovechamiento, apenas cumplidos los 14 años, e inmediatamente sintió la llamada vocacional para el Carmelo. Resolvió el hándicap de la dote cuando un tío suyo Escolapio le dio a conocer “las muchas plazas que habían quedado vacantes en el Convento de Santa Teresa de Madrid, con motivo de haber muerto varias religiosas víctimas de la epidemia del cólera”. Establecidos los oportunos contactos, se le propuso ingresar para una plaza de Cantora, lo cual la colmó de gozo; y sin dar el menor margen a posibles cambios, sin acercarse siquiera a Zaragoza para visitar a la Virgen del Pilar ni a una tía suya carmelita profesa en aquella ciudad, se presentó en el Monasterio de Barquillo, acompañada de su madre. Hizo la Profesión solemne el 8 de abril de 1867. Sin poder imaginarlo, había iniciado un peregrinaje lleno de obstáculos, que desde su fe y tesón lograría superar prodigiosamente.

4.7. Primera República. De la calle del Barquillo al Pardo.[40](#)

Todavía en la década de los sesenta, las Teresas son víctimas de otro golpe catastrófico. Si en 1865 habían perdido más de media Comunidad, incluida la Madre Priora, en 1869 pierden el Convento que las había recibido en Madrid, el de la calle del Barquillo. Desaparecería como si fuera arrasado por un terremoto devastador; tanto es así que actualmente resulta imposible situarlo a simple vista. Sabemos que se encontraba entre las calles de Campoamor, Génova, General Castaños y Fernando VI. “En su solar se levantó un parque de recreo denominado Jardines Orientales y posteriormente se abrieron las calles de Justiniano, parte de las de Campoamor y Argensola y la prolongación de Santa Teresa”. (Gea).

La Comunidad de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, “tuvo que apurar el amargo cáliz de verse expulsada de su amado Convento a 18 de abril de 1869[41](#), siendo acogida con gran caridad por las Religiosas Salesas del primer Monasterio que, compadecidas de su enorme trabajo, no vacilaron en dar hospedaje”. (Vida M. Justa)

La crónica contenida en el Libro de Becerro ofrece la siguiente información:

“Al principio les dio orden el Gobierno que saliesen inmediatamente del Convento sin llevarse nada. Pudieron alcanzar que dilatasen un poco la salida y que pudiesen llevar algunas cosas al primer Monasterio de las Salesas, que les habían ofrecido muy generosamente la hospitalidad. Consideramos como cosa admirable todo lo que pudieron sacar. Como en este tiempo llevaban las señoras miriñaques, llevaron envueltos en ellos los mejores ternos. Las monjas se hicieron dos grandes bolsillos que llevaban llenos de cosas [...]. Hasta las hermosas campanas que tenían, pidiendo para esto licencia a Zorrilla[42](#) una vez que entró en el Convento. Pero también perdieron muchas cosas. La pérdida mayor fue la preciosa custodia de gran tamaño, cuajada de rubíes y diamantes que la Reina D^a M^a Luisa de Orleans había regalado a nuestra Venerable Madre Mariana de los Ángeles. También salvaron el comulgatorio, pues lo arrancaron de cuajo y sigue siendo la misma ventanilla que tenemos, por la que tantas veces recibió la Sagrada Comunión Nuestra Venerable y tantas santas Hermanas nuestras. La imagen de Nuestra Madre Santísima y de Nuestro Padre San José, que actualmente tenemos en el claustro, estaban en las credencias de la iglesia primitiva. [...] Entre las muchas cosas que entonces se perdieron, figuran: dos cuadros de pintura valenciana, el uno de la Oración en el Huerto, y el otro de la Crucifixión [...]”.

En el Monasterio de las Salesas permanecieron hasta octubre de 1870, en que también las Salesas

fueron expulsadas de su Monasterio. Ante la separación forzosa de ambas comunidades, las Carmelitas tuvieron que desplazarse al Real Sitio del Pardo, donde se les permitió ocupar un Convento que había pertenecido a Religiosas Concepcionistas.

Por entonces, seguía siendo Priora Salomé del Sagrado Corazón. El nombramiento de la sucesora, que ya fue elegida en El Pardo, recayó sobre Filomena de San Luis Gonzaga, “cuando era aún muy joven, pues entonces se podía con licencia del Prelado ser elegida Priora a los 30 años. Gobernó con tanto acierto y prudencia a la Comunidad, que fue elegida varios trienios para este cargo”. (C.E.).

A la M. Filomena la sucedió Justa de la Virgen del Pilar. Estas dos religiosas ejercieron una influencia altamente beneficiosa para el porvenir del Carmelo. Siendo dos personalidades muy dispares, formaron un tándem valiosísimo. Ambas trabajaron con denuedo por el bien material y espiritual de la Comunidad. Se deduce que la Madre Justa era quien tomaba las iniciativas; mientras que la Madre Filomena la secundaba. Así sucedió con respecto al nuevo Convento de Ponzano; luego, con la Restauración de Beas.

Pero 22 años de permanencia en un convento, que se pretendía fuera transitorio, supone la acumulación de múltiples vicisitudes. Entresacamos las siguientes retazos:

Uno de los episodios que ayudaría a mitigar la penosa expulsión de Barquillo, lo revive Mariana de los Ángeles⁴³ con el entusiasmo que despertó en la atribulada Comunidad:

“[...] Aunque ofrecieron con generosidad este sacrificio a Dios, no fue lo mismo cuando se trató del cuerpo de la Venerable Madre Fundadora, pues no se podían decidir a verse privadas de tan preciado tesoro. Inmediatamente se comenzaron a practicar las diligencias necesarias para conseguir que se efectuase la exhumación del bendito cuerpo de nuestra Fundadora y Madre muy amada, que yacía en el convento de Santa Teresa de Madrid para trasladarle al Pardo, donde entonces estaba esta Comunidad.

Obtenidas las licencias del Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, Prelado nuestro, se reunieron en nuestro desmantelado convento de Madrid el señor visitador eclesiástico, un abogado, el notario público, un médico y varios señores, y últimamente el hermano de la Madre Priora⁴⁴, don Gregorio de Neira, Jefe de Estado Mayor, que era el encargado por la misma Madre de averiguar el sitio y descubrir el cadáver.

Sucedió, efectivamente, que ordenando a un albañil que abriera con la piqueta el tabique que ocultaba el precioso tesoro, según las señas que la misma Madre Priora había dado, se halló una gruesa caja o féretro de pino⁴⁵, desencajadas las tablas y medio podridas, y habiéndolas separado, apareció íntegro y entero el cuerpo de la Venerable Madre Mariana Francisca de los Ángeles, en estado de momia, con las manos sobre el pecho y los dedos cruzados. Los hábitos completamente deshechos por la polilla formaban como un ligero velo, que apenas cubría su cuerpo; únicamente la correa con su gruesa hebilla de hierro se conservaba ilesa. A vista de sorpresa tan agradable, fácilmente se deja comprender la impresión de gozo que experimentaron cuantos la presenciaron. Las religiosas habían preparado una preciosa arquita, cubierta de nácar por la parte de afuera, creyendo sería bastante capaz para encerrar los restos de su Venerable fundadora, después de dos siglos de su muerte; pero, afortunadamente, de nada sirvió esta precaución, siendo preciso comprar en el

momento una caja o féretro para el bendito cuerpo, y alquilar un carro fúnebre para conducirlo al Pardo, el cual, en lugar de estar cubierto de negro, se adornó con vistosas telas, con un pabelloncito encarnado; el féretro era blanco con galones azules, y, para que nada faltara, el mismo notario, ante los testigos que allí estaban, hizo que se cerrase la caja herméticamente y quedase sellada hasta nueva orden.

Al mismo tiempo, enviaron aquellos señores un recado al Párroco del Pardo, para que ordenara que se saliera a recibir el bendito cadáver con cruz alzada y demás requisitos convenientes, tocando las campanas. Por otra parte, las monjas prepararon su coro, alfombrándole de negro, y también con la cruz y los ciriales, para recibir aquellos restos sagrados, no creyendo que estuviese el cuerpo entero.

El día 6 de junio de 1877, a eso de las cinco de la tarde, se realizó la deseada traslación del cuerpo de la Venerable Madre, que con ansia y santa curiosidad esperábamos⁴⁶, no cesando de añadir nuevos preparativos para solemnizar su recibimiento, cubriendo de flores el trayecto que había desde la puerta reglar al coro. Emprendimos, además, hacer un magnífico arco de flores naturales para colocarle en la puerta del convento, y no bien terminado nuestro trabajo, oímos exclamar con voz de júbilo y alegría al Apoderado de la Comunidad, que habiéndose adelantado a los restantes de la comitiva, repetía: “¡Viene entera, viene entera!

Imposible sería poder explicar el gozo que experimentaron nuestras almas con tan alegre nueva. Pasados breves instantes, se abrió la puerta reglar y entraron los sacerdotes que habían de subir el féretro de nuestra Fundadora hasta el coro. Reunidos todos, se rezaron las oraciones fúnebres que en tales casos se acostumbra, y habiendo salido las personas que habían acompañado a la Venerable Madre, nos quedamos llenas de alegría con este gran tesoro. Se condujo el féretro a la pieza de recreación, por ser la mejor del Convento, hasta que llegara el día señalado para levantar el sello y cinta con que estaba herméticamente cerrado por el Notario la caja o féretro.

Obtenidas que fueron las licencias para este nuevo descubrimiento de nuestra Fundadora, se preparó anticipadamente otro féretro para conservarla con mayor decoro. Era mucho mayor y estaba sostenido sobre pies de bronce, forrado por la parte de afuera de terciopelo azul, con galones plateados y precintado con cinta color grana, y en la tapa un cristal por donde se podía ver a la Venerable, y la parte interior se forró de seda blanca almohadillada, y al mismo tiempo se la vistió un hábito nuevo de seda y la capa blanca y velo negro, de seda también, todo adornado con puntillas doradas.

El día 19 de julio fue el señalado para este solemne acto. La sala se entapizó y adornó lo mejor que se pudo. A las nueve de la mañana se abrió la clausura para que entrara el Notario que había de extender el acta de todo lo que fuera ocurriendo en aquella ocasión; entraron como testigos los señores sacerdotes de la Parroquia, estando las monjas con sus capas blancas, velos grandes y velas encendidas en las manos; se abrió el féretro que había venido desde Madrid, y el bendito cuerpo fue trasladado a la nueva arca; mientras las religiosas vestían al santo cuerpo, salieron todos de la clausura menos el Notario, que tenía que dar fe legal de cuanto sucedía.

Terminado este acto, volvieron los sacerdotes a entrar en la clausura, y habiendo de nuevo examinado el cuerpo de la Venerable Madre, se cerró el arca, que precintó y selló el Notario con una fuerte cinta de seda encarnada; así preparada, la llevaron los sacerdotes a la celda de Santa Teresa,

colocándola en una mesa, se cubrió con gruesa funda cerrada (para preservar en lo posible el incorrupto cadáver) y por último se cubrió todo con un damasco encarnado. En este convento del Pardo, que por caridad nos habían cedido las religiosas Concepcionistas mientras se terminaba con las limosnas de los fieles el nuevo convento de Santa Teresa, toda la Comunidad de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, alegres en medio de tan penosos sacrificios por haber podido conseguir no tenerse que separar de los restos de su venerada Madre, hasta que el día 14 de abril del año 1893 pudieron entrar en su nuevo convento de Madrid. [...]"



A pesar de los pesares, la Comunidad del Carmelo de Santa Teresa seguía creciendo. En el Pardo profesaron: Manuela de San Elías (1877), Carmen de San Ángelo (1880), Josefina del Espíritu Santo (1887) y Rafaela de los Ángeles (1890). Todas ellas inauguraron el Monasterio de Ponzano; pero no se detendrían mucho tiempo en él; porque, recién comenzado el año 1899, acompañaron a la Madre Justa de la Virgen del Pilar, para acometer la Restauración del Carmelo de Beas.

Otras dos profesas corrieron suertes diferentes, debido a la distancia en años que separó las últimas etapas de su existencia. Rosario del Corazón de Jesús y M^a Carmen del Niño Jesús profesaron respectivamente en 1885 y 1890. Madrileñas ambas, convivieron los tres últimos años de estancia en El Pardo hasta 1893, en que se produjo el traslado al nuevo emplazamiento madrileño en la calle de Ponzano. La primera murió en 1923, cuando ni remotamente se presagiaban las convulsiones de los años treinta. Obviamente, M^a Carmen del Niño Jesús, sí sería testigo y actuante a lo largo de ese período, como se irá conociendo.

Rosario del Corazón de Jesús en sus dos años de Noviciado tuvo por Maestras a Justa del Pilar y Filomena de San Luis Gonzaga. Aprovechaba su conocimiento del francés para traducir los libros de ese idioma, que había en la biblioteca; pero, a la vez, se dedicaba afanosamente a los trabajos domésticos sobreabundantes en todo hogar monástico, donde, para no escatimar esfuerzos, se utilizan los instrumentos de limpieza más rudimentarios. Su biógrafa comenta: “solíamos decirle de broma, que gozaba cuando tenía en la mano los zorros y la escoba, que cuando muriese, en vez de palma, había que ponérselos en el ataúd”. Desempeñó muchas veces el oficio de Sacristana. También fue tornera, Ayudante y Maestra de Novicias y Supriora.[47](#)

María Carmen del Niño Jesús hizo su profesión solemne el 14 de abril de 1890, cumplidos los veinte años. Era hermana carnal de Josefina del Espíritu Santo, hijas ambas de Gregorio de Neira, hermano a su vez —como ya se ha dicho— de Filomena de San Luis Gonzaga. No hay duda de que, para ésta, los ingresos sucesivos de sus sobrinas supusieron una de las grandes satisfacciones que tuvo durante el destierro del Pardo. M^a Carmen del Niño Jesús es una de las Carmelitas con singular protagonismo en esta historia, por lo que nos valemos de su biógrafa para hacer una somera presentación:

“Tuvo cuatro hermanas religiosas: otra carmelita descalza, una trinitaria descalza, una salesa y una capuchina. “[...] Siendo aún muy pequeña, estuvo gravemente enferma y atribuyeron su curación a la bendición que le echó el Beato Padre Claret, muy amigo de la familia, quien predijo sería religiosa. Sus padres ofrecieron que llevaría un año el hábito de N^a S^a del Carmen y, en efecto, cuando la pusieron de corto la hicieron en nuestro convento, adonde tenía una tía suya hermana de su

padre, un pequeño hábito de monjita [...]. Siendo aún pequeñita fue con toda su familia a Lourdes [...]. Llamó mucho la atención que su padre se subió un día a la tribuna de la Basílica adonde estaba el órgano con sus ocho pequeñuelos y empezó a tocar y cantar con ellos el Magnificat [...]; y como todos tenían muy buenas voces parecían verdaderamente un coro de ángeles. [...] Ella cuando entró, ayudaba mucho en el canto, pues tenía muy buena voz; pero después empezó a padecer mucho de anginas y ya no podía cantar. Cuando su padre enviudó tuvo el consuelo de verle ingresar en N. S. Orden con el nombre de Padre Gregorio del Purísimo Corazón de María y de verle cantar su primera misa, que lo hizo el día de la Visitación en la Iglesia de nuestro Convento⁴⁸, y siendo ella Sacristana”.

Asimismo, en su C.E. se hace referencia a los siguientes rasgos caracterizadores, que habrá ocasión de comprobar: “Tenía el candor y la inocencia de una niña de dos años [...], muy animada y jovial en las recreaciones, que nos hacía pasar muy buenos ratos”. (Vs. Ap. 6.2.)



También corresponden a este período, dos casos de acogida que se suman a la fraternidad evidenciada en circunstancias adversas para las religiosas, ya pertenezcan a conventos de distintos países o de distintas órdenes. Los representan las venezolanas expulsadas por el Presidente de su país Antonio Guzmán Blanco⁴⁹. Una de ellas, Rita de la Sagrada Pasión, fue la primera en llegar; pero ya no salió del Pardo, puesto que falleció el 30 de abril de 1889. En cuanto a la otra, el transcurso de su larga y aventurada existencia sugiere un atrayente guión cinematográfico, como se desprende de la semblanza escrita por una compañera conventual de Ponzano, que transcribimos fragmentada:

Isabel del Corazón de María “se llamó en el siglo Carmen Palacio y nació en El Guarico (Venezuela) de una de las principales familias de Caracas [...]. Su padre era hombre de muchísima caridad, como lo demuestra el siguiente ejemplo [...]: Tenía una hermosa finca en donde solía la familia pasar los veranos, y por esa finca pasaba un río. Un hombre de bastante mala fama vino un día a pedirle permiso para pescar en dicho río y se le dio. Le extrañó a la familia el que le consintiera esto por la mala reputación del hombre; pero el padre contestó: «Haz bien y no mires a quien». Nuestro Señor recompensó su caridad de una manera maravillosa por cierto. Como en ese país estaban casi siempre de revolución, vinieron unos revolucionarios a pedir al Sr. Palacio que les ayudase con dinero y, como se negó a hacerlo, determinaron matarle, no sólo a él sino a toda su familia cuando volvían de la finca; pero se enteró ese hombre de mala fama y se lo fue a decir, ofreciéndose él mismo y su hijo a acompañar a toda la familia por caminos extraviados, y así les salvó la vida a todos. [...] Deseó ser religiosa en el Convento de Carmelitas Descalzas de Caracas; pero se opuso muchísimo su familia, creyendo no tendría salud para una vida tan austera [...]. Habiendo muerto su padre, creció aún más la dificultad, por no querer dejar sola a su madre. Sin embargo, no desistía de su propósito [...]. Se casó un hermano suyo en El Guarico y su madre quiso ir a conocer a la nuera [...]. Ella se quedó en casa de unas primas. Habiendo caído enferma una de ellas, le mandaron las Carmelitas un Niño Jesús, que tenían costumbre de mandar a los bienhechores y [...] se empeñó con él para que le arreglase el entrar pronto en su deseado Carmelo [...]. Y como su confesor que era un Padre Capuchino ya había hablado a la Comunidad en su favor, se le arregló muy pronto su entrada [...].

Estuvo siete años en su querido Convento de Caracas; pero al cabo de este tiempo, el impío Presidente de la República Guzmán Blanco expulsó a todas las religiosas de los conventos de Caracas [...]. Una de las religiosas [...], la H. María Teresa de Jesús se fue enseguida al Carmelo de Bruselas, en Bélgica, valiéndose Nuestro Señor más tarde de ella para que se pudiera restaurar el Convento de Beas. Otra, llamada H. Rita de la Pasión se vino a Madrid e ingresó en nuestra Comunidad, que estaba entonces en El Pardo. [...] María Isabel del Purísimo Corazón de María [...] estaba deseosa de venir también a Madrid; pero le dijo su confesor que esperase un poco para hacer el viaje con una sobrina suya [...]. Entre unas cosas y otras se le retrasó su venida siete años, que con grande pena pasó en el mundo, aunque no se le pegó nada de él, pues al entrar en El Pardo encajó enseguida en toda la vida religiosa [...]. Era muy primorosa para las labores y bordaba muy bien en oro, y tanto que bordó un escapulario para la imagen de Nuestra Santa Madre que era de un trabajo ímprobo [...]"[50](#).



Habría que contar otros muchos sucesos, porque los días y meses comprendidos en veintidós años conllevan toda clase de vivencias; pero el compendio que nos ocupa aconseja pasar a uno de los retazos históricos más importantes para el Carmelo de Santa Teresa de Jesús, el que pervive actualmente en el corazón de Madrid.

La Madre Justa y el Padre Hidalgo impulsan el retorno a la Villa y Corte.

Hasta 1885 en que fue elegida Priora Justa de la Virgen del Pilar, el Convento de Santa Teresa parecía resignado a permanecer en un exilio forzoso. Pero pronto se puso de manifiesto que la Madre Justa estaba dispuesta a luchar con todas sus fuerzas para volver al destino que les correspondía, y decidió valerse de cuantos medios divinos y humanos pudiera tener a su alcance.

La fuerza oracional de aquel grupo de mujeres impetrando tenazmente ayudas sobrenaturales, “movió los corazones de muchas personas pudientes y caritativas que empezaron a mandar grandes donativos y limosnas, reuniéndose así lo necesario para comprar el terreno y empezar las obras”. (L.B.)

El entusiasmo de la Madre Justa era contagioso. Pronto logró transmitirlo al Jesuita Isidro Hidalgo[51](#), quien a su vez consiguió interesar de tal modo a los Marqueses de Vallejo, que fueron los principales donantes. En realidad, si la afeción hacia el Padre Hidalgo se debía de una parte a que éste era Confesor de la Marquesa; de otra, la generosidad del Marqués, Diego Fernández y Vallejo, era proverbial.[52](#)

Otras importantes ayudas económicas procedieron de amigas poderosas, algunas tan relevantes como las duquesas de Sotomayor y de Pastrana, las marquesas de Nájera, Cienfuegos, Sástago, Peñalba... En el L.B. se añade respecto a otros benefactores: “[...] ayudó mucho espiritualmente en la Comunidad el P. Cumplido, también Jesuita. Era pariente de una religiosa. Los Marqueses de Murillo fueron también grandes bienhechores de la Comunidad, dando en varias ocasiones generosas limosnas, por lo que en todos los Capítulos Conventuales se les nombra, para que no los olvidemos en nuestras oraciones, junto con los Marqueses de Vallejo y el P. Hidalgo, empezando primero por los Príncipes Fundadores [...]”.

Eran muchos los aficionados a las Teresas deseosos de ver puesta la primera piedra que significaba una garantía para la construcción del nuevo Convento.

Por si esto fuera poco, “la Divina Providencia deparó a la Comunidad al inteligente y piadoso Maestro de Obras, D. Antonio Mayo, que tomó con sumo interés y recta conciencia el comprar un terreno, entonces en las afueras de Madrid y completamente despoblado, situado al final de la calle de Ponzano”. (L.B.)

Lo cierto es que, en su primer trienio, la M. Justa consiguió que se pusiera la primera piedra, con el beneplácito de la M. Filomena, puesto que ambas compartían los mismos deseos.

El relato que sigue en torno al evento, está tomado de un escrito titulado Breves apuntes de algunos acontecimientos interesantes de la Comunidad de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa de Jesús, de Madrid, que abunda en textos dignos de reproducirse por la forma de aproximar a los hechos narrados:

“El día 19 de octubre de 1886 fue el señalado por Dios para el acto tan consolador para todos y tan solemne con que se puso la 1ª piedra de la Iglesia por el Excmo. Sr. Obispo Auxiliar entonces de Madrid, D. Ciriaco María Sancha. Llegó a las tres en punto de la tarde en su coche con otros sacerdotes, al sitio donde tenía que hacerse la ceremonia, que estaba adornado de banderas blancas y lleno de gente aristocrática, entre las cuales figuraban las señoras ya mencionadas.

La primera piedra estaba suspendida en alto y adornada con cintas de colores, que tenían las señoras en sus manos.

La banda de Música tocó un escogido repertorio durante todo el acto.

Hizo el Sr. Obispo la bendición con todas las ceremonias, preces, oraciones y plática muy fervorosa alusiva al acto, según ordena el Ritual. Después, en una pequeña caja de metal se metieron los nombres de su Santidad el Papa, del Sr. Obispo de la Comunidad; y de todas las personas más principales allí presentes. Se cerró la cajita depositaria de los nombres perfectamente y quedó dentro de la 1ª piedra de la Iglesia, que fue bajando lentamente mientras la banda de música ejecutaba una hermosa melodía.

Tanto el R.P. Hidalgo S.J., como el R. P. Víctor, Prior de los PP. Carmelitas Descalzos de la Residencia de Madrid (Calle de D. Evaristo) dieron muy expresivas gracias al Sr. Obispo en nombre de la Comunidad, por el interés y amor paternal con que se ofreció para ayudar en todo a tan santa obra.

Concluido el trienio de la M. Justa, volvió a ser Priora Filomena de San Luis Gonzaga; y, cuando ésta acabó el suyo, fue electa por segunda vez Justa de la Virgen del Pilar.

“En este trienio se excedió a sí misma, haciendo los mayores esfuerzos por conseguir que la Comunidad se estableciese en su nuevo Monasterio de Madrid” (Vida de M. Justa).

Los fondos económicos se habían agotado como lo mismo podía suponerse respecto a los donantes.

Pero la Madre Justa no se arredraba ante nada. Otra vez emprendió una intensa campaña de oración, que de nuevo fue escuchada y volvió a llover el maná de las limosnas. Esos apoyos la empujaron con tal fuerza que decidió avanzar saltando toda clase de obstáculos, como se verá en el siguiente apartado.

1 Fuentes fundamentales: AMD, L° I, Cap. XXIX, AHPM.

2 El Convento de Ntra. Sra. de la Esperanza, de Ocaña, era uno de los más importantes de la Provincia franciscana de Castilla. Fue destruido, sin que quede el menor rastro, en 1835.

3 Actualmente, Iglesia de San José, en la calle de Alcalá, enfrente del Banco de España.

4 Vs. AHPM, P° n° 6.331, ff. 249-250, escribanía de Antonio de Pineda, escritura de venta de las casas al Príncipe de Astillano.

5 Si bien la Relación original contenida en el L.B. ya no existe, nos llega gracias a la obra de Fr. Alonso.

6 Los paréntesis se encuentran así en la obra citada de Fr. Alonso.

7 Se deduce que era de vigilia.

8 Fuentes: AMD, L° I, C. XXX; MUÑOZ JIMÉNEZ: “El Real Convento de Santa Teresa”, pp. 497-ss.; VIGNAU; AHPM.

9 Así consta en la Escritura del Patronato del Real Convento de religiosas de Santa Teresa de Jesús de esta Corte, Leg. 1°, n° 1, f. 68 (Cito por VIGNAU). En este mismo artículo, se aclara la indiscutible pertenencia anterior a la Madre del Príncipe de Astillano que nos ocupa, D^a Ana Caraffa, Princesa de Stigliano (Stillano o Astillano), casada con D. Ramiro Núñez y Felipe de Guzmán, Duque de Medina de las Torres.

10 Vs. AHPM, P° n° 10.893, ff. 408-417, y 806-807, Escribanía de Isidro Martínez.

11 El 12 de febrero falleció la Reina M^a Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II.

12 Actualmente se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Remitimos al magnífico artículo de Milena VICECONTE: “«No hay más que ver en el mundo». I panni ricamati del duca di Medina de las Torres da Napoli a Madrid”.

13 Este bellissimo cuadro pintado al óleo sobre tabla (396 x 263 cm.), se encuentra actualmente en el Museo del Prado, identificado como copia de Rafael hecha por Giovanni Francesco Penni, entre 1520-1528.

[14](#) Vs. su artículo: “El Real Convento de Santa Teresa”, pp. 497-ss.

[15](#) Fuentes: AMD, L° I, Caps. XXXI, XXXII, XXXIV; SST, L° XI, Cap. VI.

[16](#) Sobre este asunto se sigue a SST, pp. 169-ss.

[17](#) Las firmantes de esta carta son la Madre Luisa de Jesús (Priora), Isabel de San José (Supriora) y demás religiosas de la Comunidad.

[18](#) Éstas se encuentran en Cap. XXXII.

[19](#) Lo que sigue está tomado del Cap. XXXIV.

[20](#) Fuentes: AMD, L° I, C. XXX; SST, L° XI, Cap. XIX y L° XII, Cap. XIII.

[21](#) Apodo cariñoso con que fueron bautizadas por el pueblo de Madrid.

[22](#) Vs. SST, L° XI, Cap. XXIX, pp. 775-ss.; y Apéndice VIII, pp. 821-ss.

[23](#) En Crónica de la Comunidad consta cómo “al verificarse la restauración de los religiosos en 1868, la Comunidad se mostró singularmente adicta a nuestros Padres; pero hasta el año 1904 no pudo, por más que lo pidieron volver a recibir las Constituciones de la Orden”. (Vs. 5.3.).

[24](#) Vs. en ibídem, Libro XII, Cap. XIII, pp. 314-ss. y Apéndice IV, pp. 868-ss.

[25](#) Fuentes: L.B., ÁLVAREZ Y BAENA, GEA, GONZÁLEZ DORIA, HISTORIA DE MADRID (2007), TUÑÓN DE LARA.

[26](#) En ÁLVAREZ Y BAENA, “Convento de Santa Bárbara de Religiosos Mercenarios Descalzos”, leemos: “En el Altar mayor se venera el cuerpo de la Beata María Ana de Jesús, natural de esta Villa, que murió en 17 de abril del año de 1624. Está entero y fresco como si acabara de expirar; e inmediato a el Convento la casa y huerto en que vivió” (p. 140).

[27](#) Se encontraba en el lugar que ocupa actualmente la Plaza del mismo nombre.

[28](#) La boda de la Reina María Cristina de Borbón y Agustín Fernando Muñoz y Sánchez, Capitán de la Guardia Real, se celebró primeramente en secreto el 28 de diciembre de 1833. El 12 de octubre de 1840 María Cristina renuncia a la Regencia. El 8 de noviembre de 1843, Isabel II es proclamada mayor de edad y comienza su reinado. El 23 de junio de 1844 otorga a su padrastro el título de Duque de Riansares, y el 13 de octubre de 1844, se hace público el matrimonio de los Duques de Riansares, que tuvieron ocho hijos también en secreto.

[29](#) Fuentes: L.B.; Cartas de Edificación, que corresponden a los textos en cursiva de las distintas religiosas citadas; VIDA DE MADRE JUSTA DE LA VIRGEN DEL PILAR; PANEDAS; HISTORIA DE MADRID.

[30](#) A la primera de 1834, siguieron las de los años 1854, 1855, 1865 y 1885.

- [31](#) Cuando el cólera invadió el Convento, era Priora la Madre María de San José, que al parecer fue una de las fallecidas como consecuencia de la epidemia.
- [32](#) Dentro de la vida religiosa, fundó el Monasterio de Nuestra Señora Caridad Refugio, de Begoña, donde murió en olor de santidad.
- [33](#) Santa María Soledad nació y murió en Madrid (1826-1890). Su Fundación parte de 1851. Fue canonizada el 25 de enero de 1970.
- [34](#) En C.E. Bautista de San José.
- [35](#) “El último fallecimiento en Madrid ocurre el 29 de noviembre [...]. El saldo de las Siervas es positivo; ninguna de ellas se ha contagiado. [...] Hay, sin embargo, defecciones: dos «de las más útiles», que tras asistir en un convento de clausura, cameladas por las escasas supervivientes, piden el hábito carmelita; lo cual motivará la durísima protesta que la siempre humilde M. Soledad Torres y el normalmente pacífico P. Angel Barra envían al Arzobispo”. (Panedas, p. 173).
- [36](#) Murió el 29 de enero de 1916.
- [37](#) Falleció el 15 de enero de 1929, a la edad de 87 años.
- [38](#) Una epidemia, ésta de gripe, fue causa de su fallecimiento el 9 de enero de 1920.
- [39](#) Murió el 17 de enero de 1911.
- [40](#) Fuentes: L.B.; BREVES APUNTES...; Cartas de Edificación; [MARIANA DE LOS ÁNGELES]: Vida de la Madre Mariana Francisca..., Cap. XXIII; VIDA DE MADRE JUSTA...; GEA; RÉPIDE.
- [41](#) Seguía siendo Priora la M. Salomé del Sagrado Corazón; la M. Filomena de San Luis Gonzaga era Tornera por entonces.
- [42](#) Manuel Ruiz Zorrilla (1833, Burgo de Osma-1895, Burgos). Inició su carrera política en 1858, ingresando en el Partido Progresista. Fue Ministro de Fomento durante los años 1868-1869; Ministro de Gracia y Justicia de 1869-1870; Presidente del Consejo de Ministros de España, en 1871; en 1872, volvió a la presidencia del Consejo de Ministros hasta 1873 en que abdicó Amadeo de Saboya. Sus actividades conspirativas a finales de 1874, motivaron su expulsión fuera de España en febrero de 1875.
- [43](#) Volveremos a encontrarla como importante protagonista del Ap. 5.4.
- [44](#) Era ésta la Madre Filomena de San Luis Gonzaga. La nota siguiente sugiere que no sólo dependió la exhumación de las licencias eclesiásticas. Es muy probable que hasta la Restauración borbónica en 1874, tampoco pudiera actuar la Casa Real; y todos los trámites se pusieran en marcha a partir de los años 1875 ó 1876.
- [45](#) Parece coincidir esta recuperación con las fechas en que por deseo expreso de la Casa Real se rescató el sarcófago de María Josefa de Borbón, hija de Carlos III y de María Amalia de Sajonia,

que fue llevado al antiguo Panteón de Infantes el 7 de mayo de 1877 y trasladado al nuevo del Monasterio de El Escorial el 9 de octubre de 1883, donde se encuentra actualmente. En el epitafio, a la vez que se destaca su piedad, afabilidad y benevolencia, se dice cómo “quiso descansar, después de su muerte, entre las vírgenes carmelitas”.

[46](#) Esta parte debe de estar copiada de alguna relación de las religiosas contemporáneas al hecho. Obsérvese cómo se utiliza la primera persona.

[47](#) El año 1923 la eligieron Superiora por segunda vez. Fue el 31 de diciembre de ese mismo año, cuando la sorprendió la muerte.

[48](#) El dos de julio de 1902. Murió el 12 de mayo de 1912, en su celda, cuando acababa de decir Misa.

[49](#) Antonio Guzmán Blanco fue Presidente de la República de Venezuela en tres ocasiones, entre 1870 y 1888.

[50](#) Murió de una bronconeumonía a los 84 años de edad, el 28 de noviembre de 1915. Se cuenta cómo cinco días antes de morir, quiso abrazar a todas las Hermanas de la Comunidad para despedirse.

[51](#) El Padre Jesuita Isidro Hidalgo y Soba (1832-1912) fue Confesor y protector incondicional de la Comunidad de “Terasas” durante su estancia en el Pardo, “hasta que murió siguió ayudando muchísimo a la Comunidad”, que en prueba de reconocimiento se obligó “a recordarle semanalmente en los capítulos conventuales” y a decirle “una misa de Requiem perpetuamente en el aniversario de su muerte” (23 de enero). En sus últimos momentos dijo: “Me entregué al Corazón de Jesús, a quien toda mi vida he amado con todo mi corazón” (L.B.). Estuvo también muy vinculado a la Congregación de Religiosas de María Inmaculada y a su Fundadora Vicenta María López.

[52](#) Antes de su muerte, en 1901, dejó Fundaciones tales como el Colegio de Huérfanas de la Guardia Civil; la Fundación Instituto de San José, para enfermos epilépticos, etc. Su esposa, Nicolasa Gallo, continuaría realizando obras de la misma envergadura. A ella se debe la Fundación del Instituto Católico de Artes e Industrias (ICAI), para obreros; la Casa Asilo de los Convalecientes, etc. Al morir (7 de enero de 1905), dejó en su testamento múltiples donaciones, entre las cuales también incluyó a las Carmelitas de Santa Teresa, en cuyo Monasterio quiso ser enterrada.

5. DEL PARDO A LA CALLE DE

PONZANO EN MADRID.

5.1. Nuevo emplazamiento en la calle de Ponzano.[1](#)

“Sin esperar a que las obras del Convento estuvieran terminadas ni cercada de tapias la clausura de la huerta, y sumamente atrasada la construcción de la Iglesia, resolvió que la Comunidad tomara posesión contra el parecer de muchas personas que, mirando a sangre fría el asunto, les parecía una grandísima imprudencia, sobre todo a varios artistas y obreros, que se hallaban muy estacionados en el Convento, haciendo su pacotilla (como suele decirse) a la sombra de la morosidad con que practicaban sus trabajos. También el Prelado se oponía, atendidas las causas que algunas personas, con la mejor intención, le habían expuesto. Pero, a pesar de todo, fueron tales las instancias de la Madre y las razones que le representó, que hubo de ceder, concediendo gustosamente su licencia”. (Vida de M. Justa)

La estrategia fue tan eficaz que el 14 de abril de 1893, la Comunidad al completo se trasladaba al nuevo emplazamiento del Carmelo de Santa Teresa en la calle de Ponzano[2](#), junto con una espléndida comitiva formada por los religiosos y civiles que habían contribuido a la feliz consecución. Además, los Padres Carmelitas destinaron un coche especial para llevar el arca donde se encontraba el cuerpo incorrupto de Mariana Francisca de los Ángeles “y ellos la acompañaron hasta su nueva morada, donde fue colocada en una pieza que la llaman “El Relicario”, por contener cuerpos enteros de algunos santos y gran cantidad de preciosísimas reliquias, entre las cuales se colocó el arca donde descansa el cuerpo de nuestra Venerable Madre Mariana Francisca de los Ángeles, venerada y amada por todas sus hijas, a las que ella, como Madre amorosa guía desde el cielo por las sendas de la perfección [...]”. (Mariana de los Ángeles)

Pero las Carmelitas no podían olvidar la deuda de gratitud contraída con las Salesas, cuando se sintieron acogidas en su primer Monasterio de la Visitación el 18 de abril de 1869, al expulsarlas del Convento de Barquillo. Y quisieron compartir esta efemérides con las compañeras ocasionales, que ya disponían por igual motivo de un nuevo emplazamiento en el Paseo de Santa Engracia[3](#). Consideramos insuperable el relato de una cronista anónima, participe en ese gozoso encuentro y siguientes celebraciones hasta finalizar el día:

“A las 10 de la mañana llegamos a las puertas, que se abrieron de par en par, y en donde nos

esperaban con los brazos y corazones abiertos desde las RR. MM. Ana María (Superiora) y M. Angélica Amada (Asistente) hasta la última novicia de esta fervorosa Comunidad de cerca de cincuenta, con una alegría, con un entusiasmo y con una veneración tan grande [...] que nos tenía confundidas.

Después de visitar al Santísimo fueron enseñándonos todos el enorme y regio Monasterio, cuyos claustros parecían calles. En el refectorio tan grande y amplio como todo lo demás, pusieron en la mesa de las Madres Superiora y Asistente a nuestras Madres Priora y Supriora; y todas las demás intercaladas con las Salesas, reuniéndonos entre todas unas setenta.

Nos sirvieron una comida de vigilia riquísima y abundante. Cuatro de las religiosas más jóvenes servían a la mesa, dos por un lado y dos por otro, con mucha ceremonia y uniformidad. Hubo lectura, y leyó la H^a Francisca de Sales el Camino de Perfección de nuestra Santa Madre, con una entonación que parecía un predicador de primera.

Acto seguido fue la recreación, que aquello fue el disloque. Todas a porfía preguntándonos mil cosas, recordando las antiguas el tiempo que pasaron juntas, y a obsequiarnos cuanto podían y con cuanto tenían.

A las dos fuimos al Coro a rezar vísperas y completas y volvimos a la sala de recreación, hasta que llegaron los coches con las mismas señoras, que algunas eran las madres de nuestras religiosas. Y con un sentimiento general y abrazos inacabables nos despedimos de tan cariñosas monjitas.

Con los briosos caballos que tiraban de los coches, pronto perdimos de vista el Monasterio de la Visitación y empezamos a oír el alegre volteo de nuestras antiguas campanitas (eran las mismas del primer Convento) que parecían decirnos: “¡Venid acá!, ¡venid acá!”. Muy grande alegría se apoderó de nuestros corazones. Al bajar de los coches, un cordón de gente estaban esperándonos. Entramos lo primero en la Iglesia, que estaba todavía sin terminar y nos pareció muy bonita; y el grupo de la Santa Madre precioso y muy hermoso, ninguna otra imagen había aún en los altares.

D. Antonio Mayo, que dirigía la obra, estaba contentísimo, y nos iba explicando todo detalladamente.

La Comunidad quedó satisfechísima del acierto, solidez y distribución del Convento, tan alegre y ventilado. [...]

Entramos después al Convento y nos sorprendieron agradablemente las Religiosas de la Divina Pastora, todas reunidas con sus numerosas niñas vestidas de uniforme de gala en dos grandes filas, desde la puerta reglar, los claustros, escalera grande y tránsitos, cantando a coro y una sola, una preciosa plegaria a la Stsma. Virgen, que nos conmovió sobremanera. Entre las muchísimas personas que asistieron, estaban el Rv. P. Víctor de la Cruz (OCD), el R. P. Isidro Hidalgo y muchos sacerdotes y religiosas de diferentes Órdenes; Hermanas de la Caridad francesas y españolas, Siervas de María, etc. etc.

Cuando estábamos viendo el convento, nos avisaron que el Sr. Obispo estaba en la puerta. Era a la sazón Obispo de Madrid-Alcalá el Excmo. Sr. D. José María Cos, de arrogante figura y bondadosísimo semblante, y que con su acostumbrada amabilidad nos dio a besar el anillo y nos

bendijo, dándonos la enhorabuena por haber logrado lo que tanto deseábamos.

Fue viendo muy despacio todo el convento y enterándose de todo. Estaba muy satisfecho y contento. Por último, antes de salir de la clausura nos dijo unas palabritas muy fervorosas. Y en tono profético, añadió: “De esta Comunidad tienen que levantar el vuelo algunas palomitas para ir a fundar nuevos palomarcitos de la Virgen”. Y dándonos de nuevo su paternal bendición y mil parabienes, besamos con mucha gratitud su anillo pastoral y todas las personas hicieron lo mismo y se fueron marchando poco a poco, hasta quedarnos sola la Comunidad, que estábamos bien deseosas de quedarnos en soledad y descansar de día tan agitado.

Nos fuimos después al refectorio, donde nos sirvieron la espléndida y succulenta cena enviada por las Salesas y hasta un hermoso ramo de flores (de rosas) para adornar la mesa de las RR.MM.

Muy animada estuvo la cena por lo mucho que teníamos que comentar de acontecimientos, impresiones y conmociones de aquel día tan extraordinario. Terminada la cena fuimos al Coro provisional (la sacristía interior), rezamos los Maitines y nos retiramos a descansar, bien rendidas por cierto”. (Breves Apuntes, III).

Al día siguiente, 15 de abril, el P. Víctor de la Cruz dijo la primera misa en la Sacristía exterior, habilitada como Capilla provisional hasta tanto se dispusiera de la nueva Iglesia.

Antes de dar la Comunión, el oficiante hizo renovar la profesión religiosa, en voz alta, a las 21 monjas que componían la Comunidad, comenzando por las Madres Priora y Supriora. Las diecinueve siguientes lo hicieron por orden de antigüedad. Fueron éstas:

- 1) Justa de la Virgen del Pilar (Priora). (→Beas)
- 2) Teresa del Santísimo Sacramento (Supriora).
- 3) Concepción del Santísimo Sacramento.
- 4) Petra de San Juan de la Cruz.
- 5) Filomena de San Luis Gonzaga.
- 6) M^a Bautista de San José.
- 7) Josefa de Santa Teresa.
- 8) Eugenia de Jesús. (→Beas)
- 9) Gregoria de Santa Magdalena de Pazzis.
- 10) Francisca del Corazón de María.
- 11) Joaquina de San Miguel.

- 12) María Isabel del Corazón de María.
- 13) Manuela de San Elías. (→Beas)
- 14) Carmen de S. Ángelo (→Beas)
- 15) Rosario del Sagrado Corazón de Jesús.
- 16) Josefina María del Espíritu Santo. (→Beas)
- 17) María Carmen del Niño Jesús. (La “Decana” en Guerra Civil)
- 18) Rafaela M^a de los Ángeles. (→Beas).
- 19) Inés de Ntra. Señora del Carmen. (→Beas)
- 20) Ángela de Santa Teresa de Jesús.
- 21) Isabel de la Santísima Trinidad.

Durante más de tres meses, aún tuvo que soportar la Comunidad bastantes incomodidades, debido en gran parte a las obras pendientes, “no pudiendo salir a la huerta ni apenas abrir una ventana, por estarse fabricando las tapias de la misma”. En consecuencia, la Madre Justa hubo de mantener un control permanente sobre los obreros para conseguir de éstos el mayor y mejor rendimiento, a lo que se habían acostumbrado por ambas partes al parecer con cierta empatía.

El resultado de la eficiente autoridad de esta singular Priora fue que también la Iglesia quedó terminada en el mes de septiembre de ese mismo año 1893; eligiéndose para su consagración y solemne inauguración el día 29, por ser la festividad de San Miguel Arcángel.

Concluida la ceremonia, que duró desde las ocho de la mañana hasta la una del mediodía, los Marqueses de Vallejo regalaron al Obispo D. José María Cos un precioso cáliz de oro, con la fecha de la Consagración de la Iglesia, grabada al pie.

Meses después, el 17 de mayo de 1894, tuvo lugar otra acción, que quiso dejar realizada la M. Justa antes de concluir su segundo trienio, la cual se refleja así en el Libro de Becerro:

“Fueron trasladados desde El Pardo los restos de las religiosas que murieron durante aquellos 22 años, y eran: “La M. Salomé del Sgdo Corazón, que, como ya vimos, sufrió muchísimo cuando las echaron del antiguo Convento; la H. Josefa de la Purísima Concepción, que murió de un cáncer terrible, según contaban las antiguas⁴; y la H. Rita de la Sagrada Pasión (caraqueña), que vino expulsada por el Gobierno de su país, y formó parte de la Comunidad. En la Sacristía se conserva la casulla de N. Sta. Madre bordada por ella con sedas viejas. Murió el 30 de abril de 1889”.

Una vez terminado su Priorazgo, desempeñó los oficios de Sacristana y Ayudante de ropería. Sufrió

por entonces varias enfermedades graves. En marzo de 1896, le diagnosticaron un cáncer incurable de estómago, que la abocaba irremediamente a la muerte. Transcurridos cincuenta días, la enfermedad mostró síntomas de un fuerte agravamiento, por lo cual se le administraron los Santos Sacramentos y el Viático. Pero la M. Justa tenía que acometer otra tarea nada fácil antes de dejar este mundo. Así lo cuenta su biógrafa: “Al creer que había concluido su carrera mortal y favorecida de Nuestro Señor con una esperanza casi cierta de su eterna felicidad, se inundó su alma de alegría [...]. En esta disposición sintió la presencia de la gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús, que sin ruido de palabras la dio a entender que no moriría de aquella enfermedad y que se prolongaría su vida hasta que la hiciese un nuevo servicio”.

Lo cierto es que se recuperó en breve tiempo y jamás volvió a resentirse de la temible enfermedad.

5.2. Restauración de Beas. Justa del Pilar⁵.

Por entonces, volvía a ser Priora Filomena de San Luis Gonzaga, la cual demostró nuevamente su buena disposición para favorecer los audaces proyectos de la M. Justa; pues aun cuando es probable que le produjeran vértigo, cabe asegurar que despertaban en ella una gran admiración.

En 1897, paseaban por la Huerta las MM. Filomena y Justa, cuando ésta indicó a la primera que convenía averiguar el estado en que se encontraba el Monasterio de Beas, fundado por Santa Teresa “que según noticias hacía muchos años que estaba inhabitado y completamente abandonado”⁶. Obviamente, el origen de esta pregunta formaba parte de la ruta que se le había marcado a la Restauradora en ciernes. A la Priora no le pareció que esa cuestión tuviera mucho alcance; pero condescendió por satisfacer la curiosidad de su Hermana conventual. En consecuencia, escribió al Vicario Eclesiástico. “A pocos días recibió la contestación del Sr. Cura Párroco de aquella Villa, que era el Superior Eclesiástico de la misma, informando del estado lamentable de aquel antiquísimo Convento, que casi se había convertido en un montón de ruinas, a excepción de algún que otro paredón, incluso la celda que habitaba Santa Teresa, que estaba sin techo, y algunas otras que apenas llegaban a cuatro, casi en el mismo estado”⁷.

La respuesta parecía desalentadora; pero no lo fue para la M. Justa, que insistió en que la paciente M. Filomena volviera a escribir al Párroco pidiéndole dos aproximaciones estimativas: la primera, de lo que costaría una obra que permitiera instalarse a cuatro o seis religiosas; la segunda, a cuánto ascendería la restauración total del Monasterio. Es fácil imaginar la sorpresa del Cura, que cauteloso y amable iba contestando a las sucesivas consultas. Pues sin duda la Providencia se mostraba propicia y resultó que ese bendito Párroco “desplegó el gran celo que tenía reconcentrado, y su ardiente devoción a Santa Teresa, según lo comprobaron los hechos. Sin cuya ayuda hubiera sido imposible vencer las muchas dificultades que se presentaron. Porque si bien es verdad que el estar en pie la Iglesia del Convento era una gran ventaja, en esto mismo veía inconveniente el Prelado de la Diócesis, por haberla habilitado hacía muchos años para Parroquia”. Pero quizás el mayor inconveniente se debía a que el solar ocupado por el Convento pertenecía a diferentes propietarios.

En julio de 1897 es electa Priora por tercera vez la M. Justa; y a partir de ese momento ya puede imaginarse el lector la vertiginosa carrera que emprende nuestra intrépida aragonesa tras la consecución del proyecto que bien sabía la Fundadora abulense a quién lo había encargado. “Obtenida anteriormente la licencia del Sr. Obispo de Jaén, consiguió también la del Prelado

Diocesano, el Sr. Obispo de Madrid. La faltaba sin embargo lo más difícil [...], contar con los fondos suficientes, así para la obra colosal de levantar aquel convento arruinado, como para la manutención perpetua de las Religiosas que habían de formar la nueva Comunidad. Con nada de esto contaba la Madre; mas perseverando en su constante y ferviente oración, recibió la Comunidad por donde menos se pensaba una manda de dos mil duros [...]. La pareció que aquello sería indicio de la voluntad de Dios, por ser lo bastante para la pequeña obra provisional”.

Por si esa ayuda económica fuera poco, surge de pronto un colaborador valiosísimo, hasta entonces desconocido. Se trata del Carmelita Agapito del Sagrado Corazón de Jesús que, recién llegado de La Habana, asiste a una Misa solemne celebrada el 27 de agosto. Al finalizar la misma, se acerca al locutorio para saludar a la Comunidad; y aquí actúa el sexto sentido de la M. Justa, intuyendo que este religioso podría ser un magnífico colaborador para realizar el plan previsto. Y atinó otra vez más.”No necesitó el Padre de muchas palabras, para entusiasmarse con una proposición tan conforme a su genio, conviniendo ambos en pedir licencia al Rvo. Padre Provincial para que permitiese al P. Agapito hacer el viaje a Beas, a fin de explorar todo aquello antes de comenzar las obras”.

El P. Agapito regresó entusiasmado. A la promotora no hacía falta animarla más; pero sí a todas las demás monjas, para conseguir su apoyo e implicación, de modo que algunas se animaran a partir en calidad de Restauradoras; y las otras estuvieran dispuestas a secundarlas. El entusiasmo del nuevo colaborador contagió a la Comunidad en pleno, que se mostró dispuesta a no escatimar esfuerzos hasta lograr el fin deseado. Ante estos apoyos, el siguiente paso fue encargar al Cura Párroco de Beas que “buscase obreros y se arreglase enseguida el local en que pudieran establecerse unas seis Religiosas, por de pronto, mientras se terminase lo restante”.

La cooperación de las Teresas fue proverbial. “Además del sacrificio inexplicable que tuvieron que hacer en desprenderse de las siete religiosas destinadas a fundar la nueva Comunidad, repartieron con ellas sus escasos bienes, confiando en que no les faltaría la Divina Providencia; y animadas de esta fe destinaron para cada una el dote de mil duros, sacándolo del pequeño fondo destinado al sustento de las Religiosas. Las dieron también parte de algunas limosnas que por entonces habían recibido, costeano los gastos del tren”.

Pero Justa de la Virgen del Pilar seguía cuidando distintos flancos a la vez. Así, antes de partir para Beas, quiso dejar arraigada en el Carmelo de Ponzano la devoción a las dieciséis Carmelitas Mártires de Compiègne⁸. “Al efecto, hizo que se leyera en Refectorio su interesante historia, para fomentar en las monjas el espíritu de sacrificio [...]. Con este fin, mandó celebrar una misa en su obsequio y compró muchas estampas que representaban el martirio de estas heroínas del siglo XVIII [...]. Fue la primera de las Prioras de España que tuvo la gloria de firmar el documento Postulatorio que vino de Francia, solicitando del Sumo Pontífice la canonización de las Santas Mártires”.

Dados todos los pasos necesarios, el 11 de enero de 1899, la diezmada Comunidad del Carmelo de Ponzano despidió, con el dolor propio de la separación y la alegría de cumplir con la Voluntad divina, a las siete Restauradoras:

- - Justa de la Virgen del Pilar (Priora), de 49 años.
- - Carmen de San Ángel (Supriora), 52 años.
- - María Eugenia de Jesús, 55 años.

- - Manuela de San Elías, 45 años.
- - Josefina María del Espíritu Santo, 33 años.
- - Rafaela María de los Ángeles, 37 años.
- - M^a Inés de la Virgen del Carmen (de velo blanco), 64 años.

“Esa misma noche salieron rumbo al nuevo destino. “Por la parte de afuera había mucha gente esperando la salida de las monjas. En representación del Sr. Obispo estaba el Sr. Visitador de Religiosas, algunos sacerdotes y las familias de alguna de las que salían del Convento, que habían traído coches para conducir las a la Estación del Mediodía, donde las esperaban otras personas y algunos Padres Carmelitas, incluso los dos que habían de acompañarlas hasta el mismo nuevo Convento”.

En el viaje siguieron entremezclándose los sentimientos: de una parte, la pena que suponía haberse despedido para siempre del Carmelo de Madrid; de otra, la ilusión por conocer el nuevo destino. El tren sólo llegaba a Baeza; por tanto, el transporte a Beas tuvo que ser en coche. En esta segunda etapa, abundaron las peripecias, suavizadas por un día de estancia con las Carmelitas de Úbeda, junto a las cuales “fortalecieron sus espíritus para poder soportar las pruebas que las esperaban”.

Ya desde mucho antes de llegar a Beas, empezaron a observar el gran entusiasmo y alegría popular, palpable en las muchas personas que salían a recibirlas⁹. Pero el desencanto fue mayúsculo al ver in situ los restos ruinosos de la que había sido décima fundación femenina de la Reforma teresiana. Se evidencia en una de las cartas que escribieron a sus hermanas de Madrid:

“[...] Sólo al verlo, nos dijo uno de nuestros Padres: “¡Madres mías, esto es peor que Duruelo! [...]. Pero no se apuren, [...] Santa Teresa de Jesús que no menos cuida su sagrada Orden desde el Cielo que cuando estaba en la tierra [...] dispuso las cosas de modo que la restauración de su antiguo Monasterio viniera a reconstruirse sobre los mismos fundamentos de extrema pobreza y mortificación con que la Santa fundaba todos sus conventos cuando vivía en la tierra, sin que haya podido impedirlo la prudente previsión de los Superiores ni la caritativa solicitud de las monjas del Convento de Madrid [...]”.

Sin embargo, la M. Justa no se decepcionó como cabría esperar; estaba acostumbrada a situaciones semejantes. Animó a sus atribuladas copartícipes; e inmediatamente se puso manos a la obra, con la incondicional y valiosa ayuda de D. Leandro Vago, el Cura Párroco y Superior eclesiástico de la Villa de Beas. Ambos acometieron las obras de reconstrucción, llevando la dirección de las mismas, sin recurrir a ningún arquitecto. Y a pesar de las dificultades, “fue tanta la diligencia y actividad del Sr. Párroco y la prisa que la Madre metía a los obreros, que para el mes de mayo de aquel mismo año en que había de ir el Sr. Obispo de Jaén a la santa visita del pueblo y Comunidad, tuvieron el consuelo de ver terminada alguna parte de las obras [...]”. La sorpresa del Prelado le hizo exclamar: «Aquí se respira el espíritu de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz».

Como el Carmelo de Beas a partir de ahora es objeto de otra historia, vamos a cerrar este apartado con el epílogo de la vida de su Restauradora:

En 1901 “ya habían recibido el santo hábito algunas novicias y las obras prosperaban aquel año con velocidad”. Era como apresurar el merecido premio a quien lo diera todo para complacer a la Fundadora de la Reforma y por ende al Esposo divino. Como ella, sacrificó la vida contemplativa a la activa y sus exigencias terrenales, en aras del «camino de perfección».

La salida definitiva hacia una venturosa realidad, fue el miércoles 19 de junio de 1901, a la una menos cuarto de la madrugada. Le faltaban dos meses para cumplir cincuenta y dos años.

5.3. Siete ausencias que dejaron sementera¹⁰

La marcha de las Restauradoras de Beas afectó mucho a la Madre Filomena. Sabía que ya no las volvería a ver. Sobre todo, dos de ellas dejaban un vacío que conseguiría superar gracias a la Fe; pero con dificultad. La M. Justa había sido algo así como su otra mitad durante muchos años; y Josefina del Espíritu Santo, fue la primera hija de su querido hermano Gregorio, que profesó en El Pardo.¹¹

Al salir para Beas la Priora, que como ya se ha dicho era la M. Justa, hubo que nombrar a quien debía sustituirla. La elegida fue Rosario del Sagrado Corazón de Jesús, que puso al frente del Noviciado a la Madre Filomena. Ese cargo iba a tener mucha más trascendencia de lo que nadie entonces hubiera podido imaginar, puesto que le correspondió ser la formadora del nuevo plantel de jóvenes que fueron llegando en poco espacio de tiempo para ocupar las siete plazas vacantes. Era como una recompensa providencial de Quien no se deja ganar en generosidad.

“Siendo la Madre entonces de 57 años de edad parecía que todavía había de trabajar muchos años en cargos de gobierno de la Comunidad; pero ¡qué diferentes son los juicios de Dios de los nuestros!” (C.E.)

En la festividad de la Inmaculada de ese mismo año 1899, era la toma de hábito de Josefina María del Amparo, otra Carmelita extraordinaria de gran repercusión para la historia del Convento de Santa Teresa. La Madre Filomena cuidó con el mayor esmero todos los detalles que requería la ceremonia. “A la noche se sintió muy cansada y apenas podía arrastrar los pies[[...]]. Era el principio del terrible reuma articular que progresivamente fue invadiendo toda su naturaleza hasta imposibilitarla por completo”. (C.E.)

La Priora que siguió a Rosario del Sagrado Corazón de Jesús, en 1902, fue Bautista de San José, elegida contra su voluntad. Como se recordará, “desertó” de las Siervas de María para hacerse Carmelita (Vs. 4.6., 5.1.). Y lo cierto es que su trienio se vio altamente favorecido: “Le concedió Dios la gracia el día de su santo de 1904, [de] volver a recibir las Constituciones de la Orden que tanto deseaba; y desde entonces la Comunidad celebra con gran solemnidad la fiesta de San Juan Bautista; y también se remedió la situación económica de la misma, pues aunque gracias a Dios no tenía deudas, estaba muy escasa de recursos. El día 7 de enero de 1905 murió la Excm. Sra. Marquesa de Vallejo [...] y, por insinuación del Rvdo. P. Isidro Hidalgo S.J., dispuso que la enterrasen en el enterramiento de las religiosas y dejó a la Comunidad un legado de 250.000 pesetas, con lo cual quedó muy bien y tanto es así que imitando el ejemplo de nuestras fundadoras de Ocaña,

pidieron licencia a la Santa Sede para repartir algunas limosnas más cuantiosas a las Comunidades pobres de la Orden”.[12](#) (C.E.)

Antes del 24 de junio de 1904, fueron siete las primeras profesas que ocuparon las plazas de las restauradoras:

- — Julia del Corazón de Jesús (14-09-1899)
- — Ana María de la Presentación (04-05-1900)
- — Luisa de la Asunción (28-06-1900)
- — Josefa de San Miguel (16-10-1900)
- — Josefina María del Amparo (10-12-1900)
- — Asunción de San José (26-11-1901)
- — M^a Mercedes de Jesús (16-01-1902)

Excepto la M. Josefina María del Amparo, que salió para Borneo como Fundadora y Priora de la primera Misión de Carmelitas Descalzas en Oceanía, el resto viviría las sinrazones de la Primera República y de la Guerra Civil, como habrá ocasión de conocer.

La que profesó en sexto lugar, Asunción de San José, fue sumamente beneficiosa para la Comunidad a lo largo de su vida conventual. A Wenceslao Ramírez de Villaurrutia[13](#), su padre, se debió en gran parte poder recuperar las Constituciones de la Orden. A ella, una de las Cronistas fundamentales para el conocimiento de la historia monástica, se debe la información que sigue:

“Desde el año 1868, en que destronaron a la Reina Isabel II, no se volvieron a ocupar los Reyes para nada del Patronato de la Comunidad, ni les pagaron nada de renta, ni la Comunidad tampoco hizo diligencias para ello, pues estaban ya hace tiempo deseando volver a tomar las Constituciones de la Orden [...].

En El Pardo, [...] confesaba a varias religiosas el Rdo. Padre Víctor de la Cruz, Superior de nuestros Padres, y se enfervorizaban cada día más en sus deseos de volver a la Orden, haciendo diligencias para ello [...].

También se dirigieron a Roma; pero como el Prelado se oponía y el ser Patronato Real era además otro obstáculo, no alcanzaban nada. [...] El año 1904, [...] 50 aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, [...] fue nombrado Obispo de Madrid el Excmo. Sr. D. Victoriano Guisasola, que era Obispo de Jaén cuando fueron religiosas nuestras a restaurar el Convento de Beas, y las tomó mucho cariño [...]. Vino a visitarnos, le hablaron las Madres [...] dejó las cosas en suspenso y dijo que tenía que pensarlo. Volviendo a los pocos días, dijo un no categórico [...] ¡Qué grande es el poder de la oración! A los pocos días vino el Sr. Obispo y nos contó que había estado en Alba de Tormes, y que al venerar el corazón de N. Sta. Madre había sentido una tan fuerte inspiración de concedernos lo que le pedíamos que no podía dudar era éste el agrado de Dios y de la Santa [...]. No sólo nos dio la licencia, sino que nos dijo hiciéramos las Preces y que él mismo las presentaría a Su Santidad, como lo hizo en efecto en la audiencia particular que tuvo con Nuestro Santo Padre el Papa Pío X, que en vez de remitir el asunto a la S.

Congregación de religiosos, allí mismo de su puño y letra concedió la autorización a la Comunidad para tomar nuevamente las Constituciones de la Orden. [...] El día 11 de junio [...] vino el Sr. Obispo a vernos y nos trajo la buena noticia, que recibimos con un júbilo indescriptible [...]; y dispuso que el día del santo de la Madre Priora, que lo era entonces la M. Bautista de San José, nos diera en su nombre las nuevas Constituciones el Rdo. Padre Juan Marín, O.P., que era entonces nuestro Confesor y Capellán. Nosotras hubiéramos deseado nos las diesen nuestros Padres y parecía lo más propio; pero no nos atrevimos a disgustar a Su Exc., después de todo lo que había hecho por nosotras. En efecto, el 24 de junio después de la Misa de comunión [...] nos entregó a cada una un ejemplar de las Constituciones. [...]

Cuando acabó su trienio el P. Marín, ya pudimos tener a nuestros Padres por confesores [...]; y nosotras nos parece que no cedemos a nadie en el amor a N. S. Orden; y así, cuando Su Santidad Pío XI dijo que las Comunidades que deseaban estar a la obediencia de la Orden lo podían pedir, fuimos de las primeras [...]"



Y siguieron sucediéndose las profesiones de Teresas, parte de las cuales tuvieron que hacer frente a la Primera República y a la Guerra Civil; mientras otras se aventurarían por espacios ultramarinos. Junto a las ya citadas, volveremos a encontrarnos con las religiosas que se citan a continuación:

- — Antonia de la Inmaculada Concepción (27-02-1908)
- — María Cruz de Jesús (14-04-1912)
- — María Dolores del Corazón de Jesús (22-04-1913)
- — Carmen del Santísimo Sacramento (14-01-1915)
- — Nieves de San Juan de la Cruz (27-09-1927)



Entretanto, en 1911 fueron acogidas con la hospitalidad habitual¹⁴, dos religiosas portuguesas, obligadas a abandonar su Carmelo de Aveiro, como consecuencia de la Revolución que sufría por entonces Portugal. La más joven, Isabel de Jesús María, permaneció en el Convento de Ponzano, hasta que, con otras hermanas dispersas por varios Carmelos de España, pudieron reunirse en la nueva Fundación de Viana do Castelo. La mayor, Carmen del Santísimo Sacramento, murió el 29 de diciembre de 1912, con la satisfacción de haber podido hacer la profesión solemne. Como el Gobierno portugués se había incautado de su monasterio desde hacía muchos años, durante el tiempo que permanecieron en él antes de la expulsión, la Iglesia no lo reconocía como convento, ni consecuentemente tenían validez los votos que hacían. Al venir a España, el Papa Pío X les permitió que hicieran votos simples perpetuos hasta que pudieran reunirse en Comunidad, ya fuera en España o Portugal, para poder realizar la profesión solemne.

De Carmen del Santísimo Sacramento, se cuenta en las Crónicas: “Había entrado en el Convento de Aveiro a los diez años de edad [...]. Estando desde tan pequeña completamente apartada del mundo y muy inclinada a la virtud, se conservó como un ángel y así lo parecía aún siendo anciana. Tenía más de 70 años cuando vino aquí, y había tenido un ataque de perlesía; así es que estaba medio tullida; y desde luego fue un gran sacrificio para ella tener que dejar su patria a esa edad y enferma. Pero

Nuestro Señor le recompensó este sacrificio, dándole el consuelo de poder hacer su profesión [...]. Siempre fue muy amable y cariñosa, y aunque no sabía hablar más que el portugués, como tenía una pronunciación muy clara, se la entendía bastante bien. También era muy mortificada y no se quejaba nunca de su enfermedad y molestias; y cuando le preguntábamos cómo estaba, siempre decía: «No estoy peor»”.



En las bodas de oro de su profesión, celebradas el 16 de mayo de 1911, Filomena de San Luis Gonzaga mereció que las hermanas conventuales la reconocieran como “Madre Universal”. Ese año llevaba ya doce años imposibilitada, “sentada en un sillón de ruedas que permitía llevarla al Coro, al Refectorio y a la recreación [...]. Después se le calmaron algo los dolores tan continuos y tan agudos y procuraba en todo lo que podía seguir la vida de Comunidad [...]. Como tenía el perfecto uso de su inteligencia, ayudaba mucho a las Preladas para escribir cartas”. (C.E.)

También escribió un libro de Ejercicios Espirituales para Religiosas y una pequeña Crónica de la Comunidad desde su fundación. Ninguna de estas obras llegó a imprimirse; lo que es de lamentar, por cuanto al estar manuscritas, probablemente sin haber sacado copia, bien pudieron perderse durante la Guerra Civil en su totalidad, entre otros documentos del archivo conventual, o acaso llegar fragmentadas de modo que haya sido imposible reconocer la autoría.

“El día 16 de mayo de 1911 celebró la Madre las bodas de oro de su profesión religiosa con grandísimo fervor , y toda la Comunidad se esmeró en obsequiarla y festejarla [...]. Fue un pequeño “Tabor” [...] antes de que emprendiese la última estación de su calvario [...]. Su cuerpo agotado por la enfermedad se iba como consumiéndose [...]. Decía que sentía como una destrucción interna de todo su ser [...]. También la probó Nuestro Señor llevándose para sí en el año 1912 [a] su querido hermano Gregorio que murió el 12 de este año de una embolia cerebral, cuando acababa de decir misa. Este hermano suyo, que fue un bizarro y valiente Coronel de Estado Mayor, cuando quedó viudo entró en nuestra Sagrada Orden con el nombre de Padre Gregorio del Inmaculado Corazón de María, y la Madre Filomena tuvo el grandísimo consuelo de oírle cantar su primera Misa el dos de julio de 1902, fiesta de la Visitación, en la iglesia de nuestro Convento. Murió como un santo, como había vivido [...].

El día 28 de julio asistió con la Comunidad a la recreación del mediodía. Al poco tiempo de dejarla arreglada para la siesta, le dio un vómito que fue el primer síntoma de la bronconeumonía que en tres días acabó con su vida [...]. Ese mismo día 30 de julio de 1912, a las tres y media de la tarde [...] entregó su hermosa alma en manos de su Creador.”



En 1930, buena parte de las Carmelitas “de nuevo cuño” alzaron el vuelo para consumir su entrega en una Misión pionera transoceánica, como se pone de manifiesto en el siguiente apartado.

5.4. Vuelo transoceánico a otro Palomar. Misión de Borneo [15](#)

El 5 de noviembre de 1930 salieron de Madrid, y el 9 del mismo mes embarcaban en Barcelona, con

rumbo a Jesselton (Norte de Borneo), siete arriesgadas aventureras, cuyo objetivo era fundar la primera Misión de Carmelitas Descalzas en Oceanía. Al frente de las mismas, en calidad de Fundadora y Priora, iba la veterana Josefina María del Amparo, que había recibido el hábito de manos de la M. Filomena de San Luis Gonzaga el 8 de diciembre de 1899. Podría decirse que también había recibido la antorcha. A poco que nos fijemos, es fácil observar cómo, a partir de Teresa de Jesús, primera portadora, las antorchas carmelitanas se multiplican y sus hijas pasan unas a otras las que deberán iluminar los caminos de sus sucesoras.

Josefina María del Amparo (10-12-1900 / †27-11-1958)¹⁶ fue una magnífica portadora. Había nacido en Sevilla, dentro de una familia numerosa bien acomodada. En su infancia tuvo problemas de salud, los cuales no impidieron que llegara a convertirse en una joven atractiva. Hacia los veintidós años se sintió llamada a la vida religiosa contemplativa y optó por el Carmelo hispalense. Pero el retraso en admitirla determinó que, transcurridos cuatro años, ingresara en el de Santa Teresa, de Madrid, aprovechando las plazas libres que habían dejado las restauradoras de Beas. A tal efecto, abandonó el hogar paterno el 5 de octubre de 1899. El 10 de diciembre del año siguiente hizo la Profesión Solemne.

Otro privilegio para su formación religiosa fue tener por Confesor al Padre Isidro Hidalgo, al cual atribuía en gran parte la plenitud de su vida espiritual. A los treinta y dos años fue elegida Superiora y Priora a los treinta y cinco, cargo que desempeñó durante cuatro trienios, alternando con el de Maestra de Novicias.

El revulsivo que la impulsó a la gran aventura misionera se debió a la revista de los Benedictinos de Bélgica Oración y Apostolado, sobre fundaciones misioneras, en la que se ponía de manifiesto el deseo del Papa Pío XI, de que algunas fueran llevadas a efecto por monjas contemplativas.

“La idea de que S.S. lo deseaba era un motivo muy poderoso para animarla. Comprendió era la Voluntad de Dios y sin reparar en el sacrificio que se le imponía se rindió a la voz de la gracia [...]. Permitted el Señor que la Madre Asunción de San José, entonces Priora, viera en ello su Santísima Voluntad y así le dio su licencia para llevar adelante sus planes. Pronto se iniciaron los trámites para decidir el lugar de la nueva Fundación, hasta que Borneo obtuvo el voto decisivo; la pobreza de aquel lugar atraía poderosamente a las Religiosas destinadas y la Madre estaba muy de acuerdo. [...] La negación fue completa, no es posible expresar todo lo que suponía a causa de su carácter, su salud, su manera de ser, el dejar su Patria, su cuna religiosa y amadísima Comunidad, idioma, en fin, todo”.(C.E.)

Las seis hermanas que la acompañaban habían sido novicias suyas. Los perfiles que siguen, apenas esbozados, intentan una ligera aproximación a sus respectivas personalidades.

Mariana de los Ángeles (13-08-1917 / †29-01-1935). Había nacido en Madrid el año 1893, hija del matrimonio Rodrigo Manso de Zúñiga y Mercedes López de Ayala. Fue bautizada con el nombre de Valentina. Descendía de la primera nobleza española. Era prima hermana del eminente erudito Juan Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, que tanto hizo por el Arte y la Historia. En religión quiso llamarse como la Fundadora del Carmelo de Santa Teresa, de Madrid, donde vistió el hábito a 7 de enero de 1916. El 13 de julio de 1917 hizo la profesión solemne. Desde el primer momento, se sintió fascinada por la Fundación de Borneo, cuyo viaje de Madrid a Jesselton relata con gracia y

frescura insuperables, propia de su destreza en el manejo de la pluma, como ya se ha podido comprobar en el Ap. 4.7. Fue valiosísima para la Misión recién nacida. Se le asignó el oficio de tornera, por su conocimiento del inglés.

M^a Josefa del Sagrado Corazón de Jesús (15-09-1926 / †28-10-1937). Su Carta de Edificación, manuscrita de puño y letra, la escribe Josefina María del Amparo, que por entonces aún era Priora. Cuenta, entre otras cosas, cómo “tuvo la consolación de recibir el velo negro de manos de su santo hermano el P. Larragán, S.J.”, que murió mártir el 15 de octubre de 1936¹⁷, y hasta febrero de 1937 no recibieron la noticia en el Carmelo de Borneo. Trabajadora infatigable, procuraba evitar todo tipo de molestias a sus hermanas conventuales. Murió a los 47 años, tras doce de vida religiosa.

Casilda de Sta. Teresita del Niño Jesús (21-11-1924/ †28-05-1953). Natural de Cádiz, donde transcurrieron los primeros años de su vida, acabó de educarse en las Teresianas, de Madrid, debido al traslado de la familia. En principio, había decidido ingresar en las Esclavas del Sagrado Corazón, para cumplir la vocación que sentía; pero la llamada recibida un sábado en el Convento de Ponzano, la decidió por la vida del Carmelo. Aunque tenía otras dos hermanas y un hermano, lo que más le costó fue separarse de su madre, viuda por entonces. Nunca hacía referencia a sus vínculos nobiliarios; sólo nombraba a dos tíos suyos: el Jesuita Luis Martí y una tía religiosa de María Reparadora. Se incorporó al grupo de Misioneras Fundadoras de Borneo, porque comprendió que era el mayor sacrificio que podía ofrecer a Dios por la salvación de las almas. Las peripecias ocasionadas por la guerra japonesa en los años 40, le afectaron grandemente. (Vs.: Apartado 7.2.)

Margarita María de Jesús (12-10-1918 / †23-03-1963). María Ana Bugallal Yravedra era natural de Madrid, donde nació el 15 de abril de 1898, en el seno de una familia distinguida y de sólida situación económica. Su padre era Notario, muy recto y bondadoso. Su madre se volcó con abnegada generosidad en cuidar física y moralmente a los ocho hijos que trajo al mundo. No obstante, a pesar de las profundas raíces cristianas de ambos, costó convencerles para que aceptaran el ingreso de su hija en el Carmelo. Al fin, vencieron la tenacidad y dotes persuasivas de María Ana, que logró hacer realidad su propósito el 8 de abril de 1917, bajo el nombre de Margarita¹⁸ María de Jesús. La toma de Hábito fue el 10 de octubre del mismo año; y la Profesión el 12 de octubre de 1918. Empeñada en intensificar su consagración religiosa mediante caminos aún más sacrificados, vio en la propuesta fundacional de Borneo el mejor encauzamiento. Al principio, sólo compartió esa ilusión su connovia Mariana de los Ángeles; pero, a partir del momento en que la Madre Josefina María del Amparo decidió acometer tamaña empresa, el entusiasmo se generalizó y pronto el equipo fue una realidad. Comenta Teresa del Niño Jesús, la biógrafa que escribe en Kuching su Carta de Edificación, cómo la formación recibida en el Convento de Ponzano, junto con sus conocimientos de inglés, le permitieron infundir “la vida interior en las Misiones, ya que desde su llegada, se le encomendó el cargo de Maestra de Novicias, y aquí se desplegaron sus grandes cualidades, inculcando en las jóvenes que habían de formar la Comunidad aquella su intensa unión con Dios”. Recién llegada fue elegida Superiora y además primera clavaria. En 1947, saldría de Jesselton para fundar una nueva Misión en Kuching (Vs.: Ap. 7.2.)

María Teresa de la Virgen del Pilar (03-11-1917 / †22-01-1976). Murió a los 86 años de edad y 59 de vida religiosa. Era natural de Ariza (Zaragoza). Sus padres no querían que entrara en el Carmelo; pero al fin tuvieron que resignarse cuando lo hizo a los 27 años. De todos modos, en adelante, la

familia fue muy generosa con los Carmelos de Madrid y Borneo. En el Noviciado se sintió muy identificada con Mariana de los Ángeles y Margarita María de Jesús, a las que luego se uniría para la gran aventura misionera. “Disfrutó siempre de buena salud, excepto durante algún tiempo que sufrió fiebre malaria. Desempeñó todos los oficios del Convento”. (C.E.- Vs. Ap. 7.2.)

Concepción de la Santísima Trinidad (04-06-1931/†11-05-1998). María Concepción de Carlos Ortiz nació en Madrid el 27 de julio de 1910, hija de Manuel de Carlos y María Ortiz y Gómez. Fue la séptima de doce hermanos. A los diecinueve años sintió la convicción de que donde mejor podía vivir la vida de consagración religiosa era en el Carmelo. De ahí que ingresara en el Convento de Santa Teresa el 21 de noviembre de 1929, adoptando el apellido religioso «de la Santísima Trinidad». Cuando al año siguiente “Monseñor Wachter pidió una Fundación de Madres Carmelitas para su diócesis de Borneo (Malasia), con la generosidad que siempre la caracterizó, Hna. Concepción, entonces novicia, aceptó como voluntad de Dios esta invitación [...] de llevar la Orden del Carmelo a Malasia” (C.E.). Hizo su Profesión simple el 4 de junio de 1931 y la Profesión solemne el 4 de junio de 1934. Treinta y dos años después, saldría de Jesselton para fundar un nuevo Carmelo en la Isla de Guam (Islas Marianas). (Vs.: 7.2.)

Mariana de los Ángeles fue la encargada de relatar el viaje a Jesselton de principio a fin; y lo hizo con la espontaneidad, verismo y gracia, que puede apreciarse a través de los fragmentos seleccionados:

“Emprendimos ya nuestro viaje hacia Génova, saliendo de España con un tiempo espléndido y un mar muy tranquilo, y así la primera noche fue bastante buena. A la mañana siguiente, gracias a los muchos misioneros que venían en el barco, comulgamos y oímos tres misas. Estas misas a bordo, dichas por la mañana temprano y en distintos altares portátiles, hacen recordar los primeros tiempos del cristianismo y las catacumbas [...]. Aquel día llegamos, según dicen al Golfo de Lyon y aquí empezamos a dar tumbos, pues el Golfo estaba muy picado y sufrimos las causas naturales del mareo. Llegamos a Génova el día 11, a las siete y media; no pensábamos bajar del barco, pero al poco tiempo de llegar se presentaron sobre cubierta el P. Provincial de Génova y el P. Federico, secretario de N.P, General, que venían a buscarnos de su parte para que bajáramos a Génova, pues tenía licencia de la Sagrada Congregación para que el día que había de pasar el vapor en esta ciudad, pudiéramos pasarlo dentro de clausura en el convento de nuestras Madres. [...] Todo les parecía poco para obsequiarnos; las pobres nos dejaron sus propias celdas para pasar la noche. Fue para nosotras un consuelo aquel día pasado entre nuestras hermanas y, a pesar de la diferencia de lenguas, nos pudimos entender muy bien.

Desde Génova a Port Said tuvimos bastante mal tiempo, llovió mucho y el mar estuvo muy movido; la llegada a este puerto fue de lo más pintoresco. Llegamos por la tarde, ya casi de noche. Salió a recibir a nuestro vapor el práctico del puerto iluminado con luces blancas y de colores. [...] Como también el puerto estaba muy iluminado y todas las lucecitas se reflejaban en el agua, resultaba de lo más fantástico. A nuestra llegada, rodearon a nuestro barco infinidad de barquichuelos de árabes y otras nacionalidades, que en sus diferentes lenguas ofrecían frutas, pescados y otra porción de cosas y baratijas. [...]

Salimos de Por Said en la mañana del día 18, y cuando subimos sobre cubierta nos encontramos ya en el Canal de Suez. Es algo verdaderamente ideal y que no se puede uno figurar, pues es

completamente distinto de lo que estamos acostumbrados a ver por nuestras tierras. Al salir del Canal se encuentra a un lado el Sinaí y el desierto de Arabia [...]. Al otro lado estaba El Cairo, en el que se ven de vez en cuando poblados y algunos oasis que hacen un contraste precioso con la aridez del desierto. [...] Nos llamó mucho la atención unas casitas flotantes que navegaban sobre el canal y que le dan un aspecto de lo más pintoresco. [...] Lo que más impresiona en toda esta parte del Canal [...] es el silencio profundo que se respira. Es un ambiente tan callado el que se siente, que instintivamente calla también el alma para saborear en el silencio esa muda y callada impresión de la grandeza de Dios que en sus obras se descubre. [...] Saliendo del Canal de Suez, entramos en el Mar Rojo, que tardamos cuatro días en recorrer, llegando el 23 por la mañana al puerto de Djibouti¹⁹. [...]

El día 23, víspera de N. P. San Juan de la Cruz, [...] por la tarde, nos sucedió una cosa graciosa, pero que también nos conmovió profundamente [...]. Desde que subimos al vapor, era cosa que extrañaba mucho a todos, nuestros gruesos hábitos, pero esto fue en aumento desde que entramos en el Mar Rojo, donde todo el mundo se pone de verano {...}. Esto, sin duda, hizo pensar al buen Padre misionero holandés, que habla español y que debe tener un corazón más grande que su persona, que es como un castillo, que estas pobres hijas de Santa Teresa con sus hábitos gordos, debían tener necesidad de refrescar un poco, y cuando estábamos sobre cubierta, vino a preguntar a nuestra Madre si no podría obsequiarnos con una limonada. S.R. le dijo que no era necesario, pero él comprendió que la podíamos tomar; al poco rato se nos presentó muy ufano y con una cara muy alegre, con sus siete vasos de limonada que él mismo nos dejó sobre la mesa y que nosotras tomamos llenas de gratitud, pues realmente era una sed ardiente la que todas teníamos. [...] Lo que se agradecen estas delicadezas de amor con que nos regala el Señor, sólo se puede comprender probando la sed horrible que en el barco, entre el calor, las comidas fuertes y el ser el agua completamente intolerable, se experimenta [...].

Seguimos atravesando el mar de las Indias entre fiestas y bailes, con que los pasajeros se entretienen, mientras que nosotras en nuestro rincón, unas veces rezando el oficio divino, otras aprendiendo el inglés, pasamos tranquilamente los días sin incidente particular.

El día 1º de diciembre llegamos al puerto de Colombo, en la isla de Ceylán, este es el puerto más importante y hermoso de los que hasta ahora hemos pasado; su aspecto es precioso, en forma de concha y muy grande; aquí subieron al barco bastante gente del país, entre ellos había un buen hombre que vino a pedirnos un rosario porque era católico, nos dijo que antes era budista, pero que estaba muy contento desde que se había hecho católico. Nos consoló mucho el saber que en Colombo había muchos católicos y que en cinco años se había convertido la mitad de la ciudad [...].

Desde Colombo ya no volvimos a parar hasta Belawan, donde llegamos el día 6 por la mañana temprano. El aspecto de este puerto a la llegada es sucio y feo, aunque también puede ser que influyera lo mucho que estaba lloviendo; con todo, al salir del puerto, se ve una ría hermosísima con una orilla fertilísima, que resulta precioso. Según nos dijeron, esta isla es una mina de riqueza [...].

El día 7, víspera de la Inmaculada, tuvimos también sobre cubierta misa cantada de terna. Cantaron la misa los PP. Salesianos, que como iban diecisiete entre padres y postulantes, tenían un coro nutrido. Resultó muy devoto y asistieron a esta misa todos los pasajeros católicos del barco, tanto de primera como de segunda²⁰ [...]. El P. Javier nos hizo subir una limonada de despedida; no es

decible lo que todos estos buenos padres han procurado aliviarnos en el viaje; el día de San Nicolás vino otro padre con media libra de chocolate, porque decía que este santo es patrón de los estudiantes; como siempre nos encontraba estudiando el inglés, debieron pensar que estábamos en esa categoría; otro padre nos dio un botecito de unguento muy eficaz para las picaduras de bichos venenosos [...]. Aquella noche llegamos a Singapur, pero no pudimos desembarcar hasta el día siguiente.

El día 8, día de la Inmaculada, empezamos por comulgar [...]. En vista de que nadie nos daba razón, ni nadie venía a buscarnos, decidimos bajar a tierra y explorar el terreno por nosotras mismas; no era cosa tan fácil, pues queríamos ver y contar los equipajes antes de salir de la estación; al mismo tiempo no podíamos dejar la maleta de los vasos sagrados de la mano, pues el aspecto del puerto no era nada tranquilizador. En un momento nos vimos rodeadas de toda clase de gentes de todas las naciones y lenguas, que nos ofrecían toda suerte de cosas y baratijas; fue un momento verdaderamente terrible y estuvimos un rato como palominos atontados sin saber dónde dirigir nuestros pasos; al fin determinamos meternos en dos taxis y dividirnos en dos grupos; uno se fue a la agencia del vapor donde veníamos, para arreglar los pasaportes para el otro vapor que nos ha de llevar a Jesselton. El otro grupo se fue con las maletas y los trastos a llamar a las puertas de las caritativas religiosas del Niño Jesús, donde nos hospedamos [...]. Fuimos atravesando rápidamente la ciudad en manos de la divina Providencia [...], y a nuestro paso por ella nos llamó la atención los contrastes de ver los adelantos más modernos de las ciudades europeas al lado de un sinfín de carricoches pequeñitos tirados por pobres criaturas humanas, que sin descanso trotan por las calles con una ligereza pasmosa. En su mayoría dicen son chinos. ¡Pobrecitos, qué compasión da verlos!

Esta ciudad en su conjunto da una idea de su materialismo y de su afán de ganar dinero, que encoge el corazón y que hace pedir con todas las fuerzas del alma al Padre Celestial que envíe buenos operarios a su viña [...].

Al fin llegamos a las puertas de esta santa casa, que nos pareció más deliciosa que el arca de Noé, después de las pasadas impresiones, y donde fuimos recibidas con todo afecto y caridad por estas buenas madres. Cuando estábamos aún en la portería, llegaron las del otro grupo, y ya todas juntas dimos gracias al Señor por haber llegado sanas y salvas de alma y de cuerpo al término de la primera parte de nuestro viaje [...].

En Singapur estuvimos hasta el sábado 13 [...]. Aquella tarde embarcamos en el puerto de Singapur en un vapor pequeño, que tiene por nombre “Dawel”. [...] Por amor a la santa pobreza y en vista de que el fondo de pesetas de que disponíamos era pequeño y, por lo tanto, era necesario reservarlo para mayores necesidades en la misión, al bajar de los taxis en que habíamos venido, nos rodearon una porción de mozos para llevarnos las maletas que pesaban no poco, no quisimos aceptar sus servicios. Como no nos comprendían a pesar de las señas que no tenían duda, pues no había medio de que soltáramos el bulto que a cada una nos señalaron, emprendimos muy ufanas nuestra procesión hacia el barco. Hay que advertir, además, que de las siete que éramos, dos son bastante ciegatas y, por lo tanto, tenían que dejar a las otras pobres forzosamente los bultos más grandes y de importancia, pues hartos tenían que hacer con llevar las capas blancas [y] la botija del agua, y no fue poco que no dieran contra todos los que pasaban junto a nosotras. [...] Llegamos con no pequeño trabajo a la escalinata del vapor y aquí fue ella, ¡válganos Dios! La escalinata era sumamente estrecha, no había

manos para agarrarnos a los pasamanos; los bultos, pesadísimos, y era un peligro continuo de rodar hacia abajo lo que con tanto trabajo habíamos subido y aún las que iban delante cuidaban de dar una mirada a la retaguardia donde venían nuestras dos cegatas, pues a cada paso pensaban que habían dado ya con sus personas en algún atolladero, ¡buen Dios, y lo que nos costó llegar a la cumbre! Lo más gracioso del caso es que en el muelle presenciaban nuestros trabajos todos los mozos a los que no habíamos querido aceptar sus servicios y reían a todo reír, de este famoso espectáculo. En fin, gracias a Dios y a su bendita Madre, llegamos sanas y salvas con todos nuestros bultos a la cubierta del barco [...]. Este trayecto desde Singapur a Jesselton fue un poco nuestro Getsemaní, era la última etapa de nuestro viaje y por eso, sin duda, quiso el Señor que fuera la más trabajosa. [...] El mar estaba bastante picado, lo mismo fue levantar el ancla que marearnos todas, unas más y otras menos; la mañana siguiente era Domingo Gaudete, pero ¡qué Gaudete pasamos, válgame Dios!: sin misa, pues no venía ningún sacerdote en el barco, sin Comunión, sin poder comer, pues ni los estómagos iban para ello ni las comidas eran comibles; sin poder dormir, pues ni una triste sábana tenían las camas. Pero, como Nuestro Señor en el huerto, en un fiat amoroso a la Voluntad de Nuestro Padre Celestial, encontramos toda nuestra alegría y toda nuestra fortaleza, pues era de ver la tentación de risa que nos causaba en llegando la hora de comer y sentarnos a la mesa; empezando a tomar algo empezábamos a jugar al ratón y al gato, pues cuando salía una porque su estómago no podía retener más de lo que ya había recibido, por una puerta, por la otra entraban las que volvían para ver si podían tomar alguna cosa más de repuesto, para el momento de después, y era de ver cómo encontrándonos tan mal, nos reíamos tanto. [...]

Llegamos a Miri el 16 a las siete de la mañana, y cuando más descuidadas estábamos se nos presentó sobre cubierta el Padre Sanson, que es el padre misionero encargado de aquella misión, y tuvo la feliz idea de venir a bordo con su altar portátil para decirnos la Santa Misa y darnos la Comunión. [...]

Al día siguiente, o sea, el 17, llegamos a la pequeña isla de Labuan, donde también nos esperaba el buen padre misionero encargado de la misión y nos invitó a que fuéramos a su humilde casita, donde tenía su capillita con el Santísimo Sacramento [...].

Llegó al fin el momento tan deseado. A eso de las cinco de la tarde empezamos a divisar las montañas de Jesselton y al poco rato también algunas casitas. [...] Llegamos a Jesselton²¹ el 17 de diciembre de 1930 a las seis de la tarde. Como nos habían dicho que hasta el jueves por la mañana no desembarcaríamos, aquella noche nos pusimos a cenar [...]. Al poco rato hicieron su aparición en el comedor Mgr. Wachter²² con todos los Padres de la Misión y la Rvda. M. Albán, Superiora, y otras religiosas de las hermanitas misioneras de San José, de la residencia de Jesselton. Mgr. estaba muy conmovido y casi no podía decirnos otra cosa que: «¡Dios las bendiga a todas!» [...]

Y llegó el momento de bajar a tierra. Vinieron a buscarnos un Padre y un Hermano y dos Hermanas Misioneras. [...] Después de breves momentos subimos en unos taxis que nos tenían preparados y que nos dejaron al pie de una escalinata que conducía a la Iglesia. Allí nos esperaba Mgr. revestido de Obispo y a los lados del camino aguardaban nuestra llegada los cristianos de la misión y muchos que habían venido de las misiones cercanas como la de Penappang, que es la de Mgr. y que él había hecho venir expresamente para recibirnos. Fue un espectáculo conmovedor, todos nos miraban con respeto y agrado. [...]. Subió Mgr. al presbiterio y en inglés nos dijo unas palabritas llenas de

unción. Empezó diciendo a sus fieles que el motivo de haberles reunido aquella mañana era motivo de acción de gracias al Señor, pues les había concedido lo que tanto habían deseado y pedido, el tener Carmelitas en su misión. [...] Que desde entonces no dudaba que las carmelitas pedirían siempre y de continuo por ellos, por los misioneros y la misión y que él [...] les pedía que a su vez que cada día pidieran al Señor por nosotras y se unieran a su oración, para que así, unidos todos en la oración y en la acción, atrajéramos sobre toda la misión y todas las almas, las abundantes gracias y bendiciones del Cielo. Terminó después dándonos la bienvenida y agradeciéndonos en nombre de la misión el sacrificio que habíamos hecho de venir a este pobre Borneo [...]

Mgr. nos hizo referirle todo lo de nuestra fundación, que algunas veces resultaba un tanto dificultoso por tener que hacerlo en inglés. Después que se hubo enterado bien de todo y hecho con la Rvda. Madre Albán, Superiora de la Casa, una lista de todo lo que podíamos comer y demás necesidades, se fue diciéndonos volvería a la una para llevarnos a nuestro montecillo, que ya tiene por nombre «El Carmelo de nuestra Señora». [...] Era la una y media de la tarde y, aunque las hermanas nos ofrecieron sombrillas para resguardarnos del sol, como nosotras dijimos a Mgr. que con el Santo Escapulario por la cabeza hacía el mismo efecto, a él le pareció muy bien y como corderos echamos a andar detrás de nuestro pastor sin pensar en más. Pero empezamos a subir y ¡aquí fue ella!; el calor era regular, llevábamos, como es natural, el santo hábito con su peso propio y al brazo algunas de las capas que no habían encontrado sitio en las maletas. El santo escapulario a guisa de sombrilla, encima de la cabeza, era lo mismito que un sinapismo, sudábamos a chorros, y como Mgr. está ya tan acostumbrado a andar por estos terrenos, iba muy ligero y era menester ir en su seguimiento, casi trepando por barrancos y peñas. Creímos no contarle [...].

Al fin, gloria a Dios, llegamos al ‘Montecillo de Nuestra Señora’ sanas y salvas [...].

En el pico mismo del montecillo se encuentra una simpática casita de madera, propiamente parece un palomarcito en aquellas alturas, en aquella soledad. Nunca hubiéramos podido pensar encontrar un sitio tan adecuado para nuestra vida. La entrada de la casa es una hermosa galería con sus rejas de hierro, una galería abierta donde se ve el mar, es una vista ideal. [...] Termina en una hermosa rotonda de cristales en donde nos tenían preparada una pobre capillita monísima, con su altar y sagrario para poder decir Misa y reservar el Santísimo Sacramento el día siguiente. La vista desde la capillita eleva el alma hacia Dios, aquí todo convida a orar. Por un lado se ve el mar con su inmensidad; por otro, los montes y valles que forman la población de Jesselton, todas sus casas en su mayor parte están diseminadas por esos montes y valles [...]. Por estar nuestra casita en la misma cumbre del montecillo, por encima de nosotras, no se ve más que el cielo, recordándonos sin cesar que aquella es nuestra patria verdadera y que nuestra misión aquí abajo es atraer a las almas por medio de la oración y del sacrificio [...].

En un cuarto muy hermoso de la planta baja, nos tenían preparado el refectorio, una mesa y siete sillas, la planta baja tiene otras cuatro habitaciones y una escalinata que lleva a la cocina, separada del resto del edificio; en el piso de arriba nos habían preparado también dos dormitorios hasta que se puedan hacer las celdas, en uno tres camas y en otro cuatro. Son del estilo del país, unas tablas y una esterita encima y sus famosos mosquiteros, pero lo que más gracia nos hizo, es que con la alta idea que de nuestra vida de oración y penitencia tiene Mgr. fuera de esto no encontramos más en toda la casa que catorce reclinatorios de madera blanca. [...] Los hemos dedicado a la iglesia, por no ser de

uso carmelitano. Después de recorrida la casa, Mgr. quiso bendecirla, pero como no tenía ni estola ni agua bendita, nos dijo que por la tarde vendría el P. Valentín, que es nuestro capellán y confesor [...]. Desde entonces, todos los días viene el P. Valentín a decirnos la Santa Misa, acompañado de todos sus seminaristas que son doce. Comulgan en nuestra capillita causando gran devoción verlos tan fervorosos y con la devoción que vienen [...]. En su mayoría son chinos y cuando por casualidad hablan con nosotras, nos piden con mucha insistencia que pidamos mucho para que sean buenos sacerdotes.

Alrededor de nuestra casita tenemos una vecindad de lo más variada: enfrente, por la galería, hay una escuela de mahometanos; por otro, una iglesia anglicana; un poco más abajo, en la hondonada de la montaña, está el convento de San Francisco, de las Hermanas misioneras de San José. Sin duda, que la dulce Madre ha querido que [...] «El Carmelo de Nuestra Señora» quedara en las alturas y así rodeado para extender sus maternales caricias sobre todas estas pobres almas que no conocen a Dios y sobre estos infatigables misioneros que trabajan sin cesar por extender el reino de Dios”. (Un Carmelita Descalzo)²³

Y a fe que lo hicieron. Mariana de los Ángeles no escatimó esfuerzos hasta que la malaria precipitó el viaje a la Misión del Reino celestial. En sendas cartas dirigidas a su madre²⁴ por la Priora Josefina María del Amparo, el día 28 de enero de 1935, le cuenta la emotiva visita de Mgr. Wachter, a quien habían telefoneado y se presentó en el Carmelo aquella misma noche: “Fue [...] conmovedor ver a nuestro Prelado, con su venerado aspecto, arrodillarse junto a la cama de nuestra querida enferma y, con su tono de fervor, tomar las palabras de los discípulos de Emaús diciendo: «Hermana Mariana, no nos deje tan pronto; las novicias y la Comunidad necesitan sus ejemplos; la Misión, sus oraciones; no nos deje todavía. Usted ha sido una gran misionera y un alma muy amante de la Cruz; enséñenos a amar la Cruz y los sufrimientos. Y si la voluntad de Dios es que se vaya al cielo, siga siendo misionera»”. El 29, la M. Josefina le comunica el fatal desenlace: “empecé esta carta llena de esperanza y la acabo con un doloroso «fiat», porque mi corazón rebosa de amargura”; y concluye: “con un semblante muy apacible, sin movimiento alguno más que levantar los ojos al cielo, expiró dulcemente.[...]”. Siempre obediente al mandato de sus superiores, Mariana de los Ángeles obedecería a Mgr. Wachter.

La Madre Josefina María del Amparo fue reelegida Priora durante tres trienios. El mayor hándicap para ella, lo supuso el idioma. Recién llegada a Borneo “ni siquiera podía entenderse con su Prelado”. Estudiaba inglés; pero “no era suficiente al principio para entenderse sola con los de fuera, y había que traducirle las cartas, las pláticas del Capítulo, etc. [...] Añoraba su Convento de Madrid [...]”.

(Vs. Ap.7.2.)

¹ Fuentes: L.B.; BREVES APUNTES...; [MARIANA DE LOS ÁNGELES]: Vida de la Madre Mariana Francisca..., Cap. XXIII; VIDA DE MADRE JUSTA...; GEA; RÉPIDE.

² La calle Ponzano, donde se ubica este nuevo Convento, pertenece al Barrio de Ríos Rosas, sobre cuyos primeros edificios, se dice: “en los últimos años del siglo XIX y principios del XX se

asentaron varias comunidades religiosas. La primera comunidad instalada fue la que regentaba el Asilo de la Divina Pastora [...], es hoy Colegio Divina Pastora [...]. La segunda institución religiosa fue la de las RR. MM. Carmelitas Descalzas, que inauguraron el Monasterio de Santa Teresa de Jesús, en 1893, en la calle Ponzano 79, esquina a María de Guzmán. Este convento de clausura se conserva casi intacto en la actualidad, con sus extensos paramentos de ladrillo [...]”. (Instituto Geológico y Minero de España, p. 20)

3 Sigue ocupando el mismo lugar (Santa Engracia nº 20).

4 Había sobrevivido a la epidemia del cólera.

5 Fuentes: L.B.; SANTA TERESA: LIBRO DE LAS FUNDACIONES; VIDA DE MADRE JUSTA..., pp. 87-ss; C.E. Filomena de San Luis Gonzaga.

6 Fundado el año 1575, dice la Santa Fundadora: “Al venir a fundar el monesterio, se pareció bien que lo tenía negociado con Dios, en quererlo acetar los perlados, siendo tan lejos, y la renta muy poca. Lo que Su Majestad quiere no se puede dejar de hacer”. Fue destruido cuando la «francesada» (1808), quedando en pie solamente algo de la Iglesia.

7 Los textos en cursiva de este apartado, sin referencia, corresponden a la Vida de Madre Justa...

8 La obra Diálogo de Carmelitas, de Bernanos, popularizó el martirio de las dieciséis monjas carmelitas (incluida una novicia), del Monasterio de Compiègne. Al estallar la Revolución Francesa (1789), las monjas rehusaron despojarse de su hábito carmelita, y cuando los disturbios fueron aumentando entre junio y septiembre de 1792, siguiendo una inspiración que tuvo la Priora Beata Teresa de San Agustín, todas se ofrecieron al Señor en holocausto. El 22 de junio de 1794 eran recluidas en el Monasterio de la Visitación, que se había convertido en cárcel. Al día siguiente de la festividad de la Virgen del Carmen, de 1794, todas ellas fueron conducidas a la guillotina por el crimen de ser católicas... La fundación del Monasterio de Compiègne data de 1641, cuando se cumplían 37 años de la llegada a Francia de la Beata Ana de San Bartolomé con Ana de Jesús y otras cuatro Carmelitas también españolas.

9 La historia se repetía: “Recibiólas el pueblo con gran solemnidad y alegría y procesión”. (Fundaciones, Cap. 22).

10 Fuentes: L.B.; Doc. “Vuelta a la Orden” CSTM; CC.EE. Bautista de San José, Carmen del Santísimo Sacramento, Filomena de San Luis Gonzaga.

11 Años más tarde la seguiría M^a Carmen del Niño Jesús.

12 Bautista de San José “falleció con grandísima paz el 22 de febrero de 1914”.

13 Wenceslao Ramírez de Villaurretia nació en La Habana (Cuba) el 17 de febrero de 1850 y falleció en Madrid en 1933. Político y diplomático, fue ministro plenipotenciario en Constantinopla, Atenas y Bruselas, y embajador en Viena, Londres, Roma y París. Senador vitalicio en 1905, ocupó la cartera de Ministro de Estado entre el 27 de enero y el 23 de junio de 1905, en un gabinete presidido por

Raimundo Fernández Villaverde. Por su condición de historiador, fue Miembro de la Real Academia de la Historia, siendo autor, entre otras obras, de *Las mujeres de Fernando VII* (1916), *Madame de Staël* (1930), *Fernán-Núñez, el embajador* (1931), etc. En 1916, recibió el título de marqués de Villaurrutia. Se le otorgó la Medalla 27 de la Real Academia de la Historia.

[14](#) Son frecuentes este tipo de acogidas. Aparte de los casos ya citados y otros más, el año 1961 recibirían a una Carmelita expulsada por Fidel Castro del Convento del Vedado, de La Habana. Ésta pudo regresar en 1964.

[15](#) Fuentes: L.B.; *BREVES APUNTES...*, pp. 22-ss.; CC.EE. Josefina María del Amparo y demás Misioneras de Borneo que se citan; *UN CARMELITA DESCALZO* (1976), especialmente Caps. XIX-XXVI, pp. 147-227.

[16](#) Para ésta y todas las Carmelitas que siguen, el año indicado en primer lugar es el que corresponde a la Profesión.

[17](#) Efectivamente, el P. Manuel de Larragán Alfaro murió mártir en Madrid, junto a otros muchos jesuitas, el 15 de octubre de 1936.

[18](#) Entre las Carmelitas que contiene este compendio, sólo hay tres con el nombre de Margarita. Uno de los significados que tiene la palabra margarita en el DRAE es el de “perla”. Las tres se corresponden con esta acepción.

[19](#) Se encuentra en el noroeste de África, y es la puerta de entrada al Mar Rojo para la navegación marítima.

[20](#) Las Carmelitas iban en segunda, según consta en otra parte de este relato.

[21](#) Actualmente Kota Kinabalu, capital de Sabah, ubicada en el este de Malasia.

[22](#) Monseñor Wachter, Prefecto Apostólico de Borneo.

[23](#) Corresponden a la misma biografía los textos que siguen sobre la muerte de Mariana de los Ángeles.

[24](#) Era hija del Conde de Cedillo, D. Luis López de Ayala y Álvarez de Toledo y de la Condesa doña Ventura del Hierro.

6. LOS ACIAGOS AÑOS 30 DEL SIGLO XX

Es éste un decenio de prueba para las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, que comienza con la proclamación de la Segunda República en 1931.

Para mayor proximidad, se ha hecho una selección de los sucesos narrados por quienes fueron sus protagonistas, que contienen las crónicas conventuales, evitando al máximo las adiciones explicativas.

6.1. 1931: Segunda República¹.

El 14 de abril de 1931, se proclama en España la Segunda República. Es como el punto de partida para una década turbulenta, que estaría llena de sucesos fratricidas. ¡La sinrazón de la razón!:

“Por la tarde vinieron personas amigas a decirnos que aquella noche saldría el Rey y que habría alborotos. [...] Esa misma noche se proclamó la República. Nos pasamos casi toda la noche en el coro. Presentíamos todo lo que pasaría después, aunque algunos nos decían que sería una República muy buena. [...]

El 11 de mayo [...] vino el Dr. D. Fernando Mateos, padre de nuestra Postulante Hermana Ángeles del Niño Jesús, a avisarnos que la cosa se estaba poniendo fea², insistía en que debíamos salir cuanto antes. La Priora le rogó fuese a llevar una carta al Sr. Pro-Vicario General, Don Manuel Rubio Cercas, pidiéndole licencia para salir de la clausura. Cuando volvió con la licencia nos dijo que urgía saliésemos pronto, pues las turbas habían incendiado la Casa Profesa de los Jesuitas, y estaban incendiando el Convento de nuestros Padres.

Reunió la Priora a la Comunidad y le dijo lo que pasaba. La impresión fue muy grande, todas se llenaron de tristeza. Lo primero fue salvar al Santísimo, por lo que el Sr. Capellán nos dio la Sagrada Comunión [...]. Después, vestidas de seglares fuimos saliendo. El Sr. Mateos expuso su vida, pues él solo contuvo la turba que se nos echaba encima.

Nos repartimos en casa de nuestras familias y conocidos, y algunas religiosas que eran de fuera de Madrid se marcharon a casa de sus familias. Quedaron en Madrid ocho religiosas. A los dos días volvieron dos y vieron que aún no lo habían incendiado, aunque habían traído gasolina. Un lechero

muy bueno impidió que lo incendiaran, diciendo que este edificio serviría para escuela, y se puso con un revólver en la puerta. ¡Dios se lo haya premiado! Las religiosas que entraron sacaron ropa y hábitos. El día 15 le tocaba tomar el santo hábito a la H. Ángeles del Niño Jesús³; ella había sacado su hábito en una maleta. Se consultó el caso al Sr. Vicario y dijo que le diera el hábito la Priora cuanto antes. [...] Decidió dárselo el 14 [de mayo], fiesta de la Ascensión, en presencia de algunas religiosas, pues por prudencia no quisieron algunas personas que fueran las otras religiosas.

A pesar de los miedos que nos ponían, deseábamos todas volver al Convento y decidimos venirnos la víspera de Pentecostés; pero, a causa de una manifestación comunista, lo retrasamos hasta el tercer día de Pascua de Pentecostés, 26 de mayo. Para tener en donde guardar las cosas más importantes y tener a donde ir en caso de tener que volver a salir, tomamos un piso en Alonso Cano. La M. Supriora, M. Julia Teresa de Jesús, fue a hablar con el Sr. Nuncio sobre nuestra situación y le dijo que no debíamos quedarnos por las noches en el Convento. Por las noches, teníamos que vestirnos de seglares para irnos al piso y por la mañana tempranito volvíamos. Al fin alcanzamos licencia del Sr. Obispo para podernos quedar las que no teníamos miedo. Pero todas las familias y las personas conocidas estaban muy preocupadas con lo que nos iba a suceder, y no nos dejaban tranquilas.

En vista de todo esto, la Excma. Sra. D^a Josefã Arnedo, Viuda de Domínguez Pascual, ofreció a la Comunidad su casa, en donde tenía oratorio con el Santísimo reservado, mientras se iba a veranear. Trató este asunto con el Rvdo. P. Florentino del Sagrado Corazón, el cual nos animó mucho a que aceptásemos. Salieron la Priora y Supriora a consultar el caso con el Sr. Obispo, el cual también lo aprobó. Fueron tantos los revuelos, que tuvimos que irnos al piso, y el día de San Juan Bautista la señora nos llevó a su casa. Nos hospedó con muchísima caridad, preparándonos cuartos para todas. Cuando se marchó despidió a la cocinera, dejándonos solas con la doncella que quería ser carmelita. H. Antonia nos guisaba la comida, que costaba toda la señora. Nuestro Capellán, D. Gabriel Borreguero, iba a decirnos la Misa, y el P. Conrado de San José, que era nuestro Confesor, nos confesaba. Procurábamos en todo seguir nuestra observancia; pero añorábamos volver a nuestro querido Convento. Decidimos volvernos para la novena de nuestra Santísima Madre del Carmen. Avisamos a la señora, que nos había dicho que antes que nos marchásemos quería pasar unos días con nosotras. No pudo venir inmediatamente, y para condescender tuvimos que retrasar un poco la venida. Al enterarse que no habíamos visto el Corazón de nuestra Santa Madre, como ella deseaba mucho entrar en la clausura de nuestras Madres de Alba, se le ocurrió pedir licencia al Sr. Nuncio para llevarnos a Alba, a San José y a la Encarnación de Ávila y al Cerro de los Ángeles, pudiendo entrar en la clausura de todos. El Sr. Nuncio dio la licencia; pero con la condición de que estas visitas fueran todas el mismo día.

Salimos en dos autos a las tres de la mañana, pero para tantas cosas como teníamos que ver resultó muy precipitado. Primero fuimos a Alba, comulgamos en la Iglesia y después entramos en clausura. Vimos y veneramos todas las reliquias de nuestra Santa Madre; las Madres estuvieron cariñosísimas con nosotras. Algo después de la hora de comer, llegamos a San José, en donde comimos y a las dos rezamos Vísperas con la Comunidad. Disfrutamos lo increíble en aquel “Palomarcito” primero de nuestra Santa Madre. También gozamos mucho en la Encarnación, aunque por la mucha prisa no pudimos ver muchas cosas. Al Cerro llegamos rendidas, vimos el Convento, y las Madres, como en los demás, estuvieron cariñosísimas. De todas estas visitas guardamos gratísimo recuerdo.

El día 20 de julio, fiesta de nuestro Padre San Elías, volvimos a nuestro querido Convento, cantamos la misa del Santo, y empezamos con gran fervor nuestra vida de observancia. Pronto se pudieron unir a la Comunidad las Hermanas que estaban fuera de Madrid”.

Con la preocupación derivada del trasfondo político, que conocían las Teresas a través de familiares y amigos, transcurrió para ellas casi un lustro de relativa tranquilidad. Entre 1931 y 1935 profesaron:

- Concepción de la Santísima Trinidad (1932, 4 de junio)
- María Dolores del Espíritu Santo (1935, 22 de noviembre)
- María Jesús de la Santísima Trinidad (1935, 26 de noviembre)
- Piedad de Jesús (1935, 14 de diciembre)



Lo peor llegó a partir de febrero de 1936, otro lustro de peripecias que las sumió en toda clase de aventuras y desventuras. Durante este tiempo, su consagración a la vida contemplativa sería puesta a prueba de múltiples maneras. Se irá viendo cómo fueron capaces de sortear las distintas situaciones.

6.2. Adversidades, dispersión y destierro durante la Guerra Civil⁴

Toda comunidad religiosa de vida regular constituye un equipo compacto y disciplinado, en el que cada componente tiene marcada la función a desempeñar; al igual que ocurre con las piezas de un reloj, el ensamblaje ha de ser perfecto para su correcto funcionamiento. A partir del período convulso que supuso la Guerra Civil, las Carmelitas de Santa Teresa, sin dejar de pertenecer al mismo equipo y manteniendo siempre los vínculos fraternos propios de su carisma, hubo momentos en que debieron actuar de motu proprio. Quizás sea en estas circunstancias cuando mejor puedan apreciarse los perfiles de cada una; así como las distintas reacciones, que en algunos casos abocarían a traumas patológicos e incluso a la muerte. Las más fuertes llegaron indemnes al final de la contienda y reanudaron la vida regular con un excelente bagaje experiencial, que les permitió convertirse en maestras de excepción para sucesivas generaciones.

El detonante de la odisea que las arrastrará también a ellas, comienza con las elecciones del 16 de febrero de 1936.. Los textos que siguen permiten dar un salto atrás en el tiempo para vivir de cerca los distintos sucesos:

“Tuvimos que salir a votar; pero volvimos enseguida al Convento. [...] El 19, cuando estábamos haciendo la colación, dieron un gran campanillar en el torno. Era el Vicario General, Don Francisco Morán, que venía a decirnos saliéramos inmediatamente de la clausura, porque esa noche iban a sacar a los presos de la cárcel y se temía que hubiera algún alboroto. Le dijimos si no podíamos esperar al día siguiente para que la Hna. Teresa [de San José] pudiera hacer su profesión; pero dijo que no era prudente y se marchó. Nosotras estábamos en un conflicto, pues se nos hacía muy duro que no hiciera nuestra querida hermana su profesión [...]. Nuestra Madre Priora, que lo era entonces la Rvda. Madre María Cruz de Jesús, mandó a uno de los capellanes a preguntar al Pro-Vicario D.

Manuel Rubio Cercas, que era también Párroco de Nuestra Señora de los Ángeles (nuestra Parroquia), a ver si podíamos adelantar la profesión, y contestó que sí. Como todo estaba preparado para el día siguiente, nos pusimos enseguida las capas y fuimos al Capítulo, en donde se hizo la ceremonia sin omitir ningún detalle: plática, Te Deum cantado, etc.; aunque estábamos todas impresionadísimas y algo violentas, pues el Sr. Conde de Santa Ana de las Torres, padre de la Hna. María Dolores del Espíritu Santo, y el Sr. Baselga, padre de la Hna. Margarita-Teresa de Jesús, que habían venido a buscarnos con sus autos, no hacían más que llamar al torno y decir que nos diéramos prisa.

Enseguida que terminó la ceremonia, nos vestimos de seglares y fuimos saliendo en varios grupos a las casas de nuestras familias y conocidos. Como los Capellanes dijeron que no iban a salir, pidieron licencia la M. Julia y las dos Hnas. de velo blanco, Hna. Antonia y Hna. María Dolores, para quedarse en casa del primer Capellán; y así es que al día siguiente volvieron a entrar en el Convento. Al otro día, que era viernes, volvimos varias; y el sábado, las que faltaban; así es que para el domingo de Carnaval, que cayó el 23 de febrero, estábamos todas reunidas, aunque con muchos temores, pues se sentía la tempestad rugir sobre nuestras cabezas.

El 12 de marzo le tocaba hacer la profesión solemne a la Hna. María de la Eucaristía, que, por haber entrado a los quince años, tuvo que esperar para hacerla hasta los 21, que cumplía el 11 de ese mes. Toda nuestra ansia era pedir a Nuestro Señor que nos diese tiempo para que la pudiese hacer, y escuchó nuestra oración y la pudo hacer con tranquilidad, viniendo el Padre Provincial Fr. José Vicente de Santa Teresa a imponerle el velo y predicar el sermón.

Esa misma noche vinieron los padres de la Hna. María Dolores [del Espíritu Santo] y de Hna. Margarita-Teresa, a decir a los Capellanes que había rumores de que iban a quemar los conventos; pero el mismo Capellán no quiso llamasen al torno y dijo que él nos lo diría al día siguiente, como así lo hizo. No sabíamos qué hacer, pues nos parecía mal estar saliendo de la clausura a cada paso; y nuestra Madre mandó preguntar al Sr. Obispo a ver qué hacíamos. Contestaron que, desde luego, teníamos licencia para salir si veíamos algún peligro; pero que no hiciéramos mucho caso de los rumores y que procurásemos resistir a salir lo más posible.

Con esto nos decidimos a quedarnos; pero esa misma noche del 13 de marzo, cuando estábamos en Laudes, llamaron los Capellanes al torno, porque habían venido a avisar que habían prendido fuego a las Parroquias de San Luis y de San Sebastián. Dijeron que nos iban a dar la Sagrada Comunión, y en efecto empezaron a hacerlo; pero en vista de que el copón estaba lleno vieron que era imposible poder desocuparlo todo, aunque nos dieron varias formas a cada una. Como el Sr. Baselga tenía oratorio en su casa con el Santísimo reservado, dieron el copón a la Hna. Margarita-Teresa para que lo llevase allí, y por ser ya tan tarde nos fuimos casi todas a casa de este señor, aunque alguna fue a casa de Hna. María Dolores. Esa noche, cuando ya habíamos salido del Convento, rociaron las paredes con gasolina, con el intento de prenderle fuego; pero habiendo visto unos guardias que estaban en el Noviciado del Servicio Doméstico⁵, hicieron huir a los hombres y limpiaron la pared.

Estuvimos unos días fuera del Convento, volviendo a él la víspera de nuestro Padre San José, y pudimos celebrar su fiesta todas juntas aunque sin ninguna solemnidad. La Semana Santa la pudimos celebrar como siempre, y el día 3 de mayo, en que celebramos ese año la solemnidad externa del Patrocinio de nuestro Padre San José, tuvimos misa con terno y con sermón. Por la tarde vino a

vernos nuestro Padre Provincial, y estaba muy optimista [...]. No sabía cuán cercanos los teníamos. Ese día habían los malos esparcido entre el pueblo la calumnia de que las religiosas y las señoras de la catequesis y de las Escuelas Católicas repartían caramelos envenenados a los niños para matarlos⁶. A las doce de la noche, estando todas acostadas, llamaron los padres de nuestras hermanas sobredichas al torno y dijeron que estaba el pueblo muy alborotado y querían prender fuego al Asilo de los Ángeles, que estaba al lado de la Parroquia y, por consiguiente, cerca de nuestro Convento, y que debíamos levantarnos y vestirnos de seglares, mientras ellos iban a ver lo que pasaba. A la una volvieron y dijeron que los guardias habían sofocado el alboroto y nos podíamos quedar. Al día siguiente, por la mañana vinieron las hermanas de la Hna. Carmen-Teresa y otras personas a decirnos que el barrio estaba imponente y que sería más prudente el salir. En efecto, debíamos de haberlo hecho así; pero nuestra Madre estaba cansada de tanto salir, y por escrúpulo de si faltábamos a la clausura, no nos dijo nada. A la hora de la siesta, estábamos todas descansando por no haber dormido apenas la noche anterior. Llamaron los mismos señores al torno para decir que ya estaban quemando el Asilo de los Ángeles, y que el peligro era inminente, como lo pudimos comprobar bien pronto; pues apenas nos empezamos a vestir de seglares cuando oímos el ruido de unas gruesas piedras que estaban tirando contra la puerta reglar, que parecían enteramente descargas. Las turbas habían forzado la verja de hierro y habían entrado en el patio que está delante del Convento. Nos preguntábamos con espanto cómo podríamos salir; y creció más nuestra aflicción cuando supimos que se habían apoderado las turbas de la Señora Condesa de Santa Ana de las Torres y el Sr. Baselga. Había sucedido lo siguiente:

La señora Condesa se había adelantado a su marido y, cuando entraron las turbas en el patio, se apoderaron de su bolso y lo registraron. Encontraron en él una tarjeta de una señora que le daba las gracias por una limosna que había mandado para su escuela dominical, y unas muestras de unas telas que había comprado para sus hijas; y empezaron todos a gritar diciendo que era una de las señoras de los caramelos envenenados, y que las muestras de tela eran pedazos de los delantales de las niñas que había matado; y todas las mujeres se echaron sobre ella como unas fieras. Al oír el alboroto, salió el Sr. Baselga y dijo: «llevadme a mí si queréis; pero dejad a esta señora». Y todos dijeron: «este es cómplice», y se lo llevaron los hombres al Sr. Baselga. Le tiraron al suelo, le arrastraron y le dieron muchos golpes, tanto, que con uno de ellos le hicieron una herida en la cabeza de la cual le salía bastante sangre. Al ver esto, los entraron a los dos en el hospital de obreros que estaba cerca para curarle; pero apenas le habían empezado a curar, subió una comisión de las turbas para pedir que les entregaran a sus dos víctimas, y los médicos fueron tan cobardes que se los entregaron.

Como al Sr. Baselga le habían registrado y encontrado una licencia para usar armas, temieron un poco y ya no le hicieron nada y se lo querían llevar a su casa; pero él dijo que lo llevasen a una taberna que conocía; y desde allí se fue a su casa⁷. Pero a la señora Condesa, entonces fue cuando empezó verdaderamente su martirio; pues [...], aunque la habían dado muchas bofetadas y golpes, no le habían hecho aún gran daño; pero ahora la tiraron al suelo, la arrastraron por los cabellos, sacándole mechones de ellos, le arrancaron los zapatos y las medias, la rasgaron el abrigo y quisieron desnudarla del todo; pero no lo permitió nuestro Señor. La dieron muchísimos golpes con los zapatos y la hicieron muchísimas heridas; pues dijo después el médico que había estado expuesta a morir por la mucha sangre que había perdido. La dislocaron una muñeca y le dieron tantos golpes en un ojo que estuvo a punto de perderlo. La pobre señora lo sufría todo con mucha paciencia, acordándose de la Pasión de Nuestro Señor; pero cuando vio que se ensañaban tanto con ella les

dijo: «Pero me van a matar». Y aquellas fieras le contestaron: «es lo que queremos». Entonces ella cerró los ojos y procuró no hacer ningún movimiento para que creyeran que estaba muerta; y así parece lo creyeron, pues después de haberla dado una gran patada en el pecho, con la que le rompieron una costilla, la dejaron tendida en la calle diciendo: «Si no estás muerta, ya volveremos para matarte». Pasó entonces un taxi por allí que quiso recogerla; pero no se lo consintieron [...]. Se conoce que era persona buena y avisó a la Cruz Roja para que vinieran a recogerla en una ambulancia, como así lo hicieron, llevándola primero a una clínica y después a su casa.

Mientras sucedía esta tragedia, [...] en el patio gritaban que había que quemar a las monjas dentro del convento; y probablemente lo hubieran hecho así, si no hubiera sido por la demandadera, que tenía una hija enferma y con una pierna escayolada. Empezó a gritar la mujer que no le quemaran a su hija, y ellos se ofrecieron a sacarla y empezaron a hacer una especie de camilla. Mientras tanto, la demandadera pidió por el teléfono que mandasen unos guardias; y, en efecto, al poco tiempo llegó un par de ellos, que despejaron el patio [...].

Otra aflicción [...], salvar el Santísimo Sacramento [...]. En esta ocasión llegó la Srta. María Teresa Reina, hermana de H. Carmen Teresa, a quien dio nuestra Madre las llaves de la Iglesia y la llavecita del Sagrario, pidiéndole que nos pasase el copón por el torno de la Sacristía, como así lo hizo. [...] Se pudo vaciar con facilidad en una cajita de plata, que envolvimos en un corporal y se le puso en el pecho Hna. Margarita-Teresa, que con otras hermanas subieron en el coche de su padre. Esta hermana hizo todo el trayecto de rodillas; y aunque al salir el auto lo apedrearon [...], no les hicieron nada. En el auto del padre de H. María Dolores, subió ésta con varias Hermanas; y, por fin, la H. Carmen-Teresa pidió a una amiga suya por teléfono que le mandase su auto, como así lo hizo, saliendo en él en dos viajes las religiosas que aún quedaban. Quedaron para salir las últimas nuestra Madre Priora y las tres hermanas de velo blanco. Cuando ya iban a salir del patio, dijo nuestra Madre a Hna. Antonia que fuese al torno a recoger unas cartas que había visto en él.

[...] A nuestra Madre, una mujer le agarró del velo; otra dio un empujón a Hna. Dolores y no querían dejarlas subir al auto. Tuvieron que ponerse los guardias al lado del coche, apuntando con sus fusiles para que pudieran entrar en él, y enseguida echó a correr el auto, pues el chofer estaba viendo que lo iban a destrozar. Entonces se dio cuenta nuestra Madre que faltaba Hna. Antonia, que, como hemos dicho arriba, había ido a buscar el correo; y se puede suponer su angustia, pues era imposible retroceder. La Hna. Antonia, al salir al patio vio que arrancaba el auto, y lo peor es que también la vieron las turbas a ella, y por nada se dispersaban, sino que se hacían cada vez más amenazadoras. Los guardias estaban muy apurados [...]; pero la Divina Providencia que nunca falta de socorrer a los que confían en ella, hizo que en este punto se presentase un señor con un brazalete de la Cruz Roja, y preguntó a los guardias si había algo que hacer allí. Ellos le contaron el conflicto en que se hallaban, y él dijo que procuraría buscar un taxi para sacar a nuestra Hermana; pero en vista de que no lo pudo lograr, se fue a buscar un carro de guardias de asalto y salió en medio de ellos nuestra querida Hermana con este señor que resultó una buenísima persona. Se la llevó a su casa, en donde su mujer la agasajó mucho, y al día siguiente la trajo a la casa en donde estaba nuestra Madre, habiendo telefoneado enseguida que la sacó del convento, para que estuviéramos tranquilas.

En vista de lo que había pasado y que nuestro barrio seguía todavía bastante alborotado, decidió nuestro Padre Provincial R.P. José Vicente de Santa Teresa, que las hermanas del Noviciado, que

eran entonces seis, y su Madre Maestra fueran al Convento de Boadilla del Monte, [...] mientras las demás religiosas de la Comunidad se reunieron en un piso de la calle de Lagasca 80. Después de tres semanas que estaban las novicias en Boadilla del Monte, hubo una alarma de que los socialistas querían incendiar el convento, con lo cual se asustaron mucho las familias y nuestro Padre Provincial vino a buscarlas y las llevó al piso donde estaba la Comunidad.

Estábamos todas deseando volver a nuestro Convento; pero las cosas se iban poniendo cada vez peor y los Prelados temían darnos licencia para ello. En el piso teníamos el Santísimo reservado y nos decían misa todos los días y procurábamos seguir la observancia [...].

El día 20 de julio, cuando oímos el bombardeo del Cuartel de la Montaña, [...], desgraciadamente, era ya el calvario que empezaba, y nos encontramos bajo el dominio de los rojos. Ese día nos quedamos sin Misa y sin Comunión, y al anochecer incendiaron nuestro Convento; aunque no lo supimos hasta el día siguiente, causándonos a todas la impresión que se puede suponer.

Esa mañana, en vista de que no podíamos tener misa, fue una hermana a las Siervas de Jesús, a ver si podía venir su Capellán a darnos la Comunión, como en efecto lo hizo varios días.

El día de Santiago vino nuestro Padre Provincial, nos dijo misa y nos confesó a todas, y volvió al día siguiente, que era domingo, a decirnos misa [...]; y el domingo 9 de agosto volvió nuestro Padre Provincial a confesarnos y a decirnos misa. Esta fue la última vez que vimos a este buenísimo Padre que tanto se interesaba por nosotras. Quedó en volver a hacer lo mismo el día de la Asunción; pero la víspera nos avisó por teléfono que le era imposible volver al piso, con lo que quedamos muy desconsoladas pensando que en ese día tan grande nos íbamos a quedar sin misa y sin comunión; pero aún era mayor la prueba que Nuestro Señor nos tenía reservada. Esa tarde, cuando estábamos tomando la colación, subió la chica de la portera apuradísima, diciendo que los milicianos estaban [...]. Nuestra Madre consumió enseguida el Santísimo Sacramento y las demás nos pusimos a arreglar el altar. En esto subió la portera a decirnos que ya se habían marchado los milicianos, con lo que respiramos un poco [...].

El día de la Asunción lo estábamos pasando con bastante tristeza. Hacia las cuatro de la tarde, sonó el timbre muy fuerte; y al abrir la mirilla, la Hna. Tornera (Hna. Nieves) se encontró con unos cuantos milicianos que la apuntaban con sus fusiles y la amenazaban con disparar si no abrían inmediatamente. La Tornera dio una voz diciendo: «¡Las milicias!»; y abrió. Y en ese mismo instante nos vimos rodeadas de unos diez o doce milicianos armados hasta los dientes, descamisados, los brazos al aire y con unos pañuelos rojos al cuello; en fin, un retrato vivo de los Sans-culottes de la Revolución Francesa. Nos acorralaron a todas en la sala, sin dejarnos salir de allí, mientras iban recogiendo todos nuestros breviarios, rosarios y crucifijos, que pusieron en un montón, diciendo: «Todo esto tiene que desaparecer, porque ya se ha acabado la religión». También nos dijeron que nos quitásemos los escapularios [...]. Después tomaron nota de nuestros nombres; y uno de ellos, acompañado de nuestra Madre y de otra religiosa, fue registrando todo el piso; y, habiéndose marchado otro de ellos, volvió diciendo que teníamos que presentarnos al Comité para hacer una declaración.

Nos llevaron a todas en dos camiones de transportes, sentadas en el suelo, a casa de la Marquesa de Villapadierna, Goya 10, donde tenían establecido un cuartelillo [...]. Nos metieron allí en un sótano,

de donde nos sacaban una a una para que nos registrasen dos mujeres, que por suerte nuestra eran buenas; pues no nos quitaron los escapularios que teníamos, y aún una de ellas le enseñó a una hermana el que ella misma tenía; y aunque les habían mandado los milicianos que nos pusieran desnudas delante de ellas, nos hicieron poner en un hueco para quitarnos la túnica, y nos dieron el vestido para que nos le pusiéramos mientras la registraban. Después fue tomando declaración el jefe del cuartelillo a algunas cuantas; y por fin decidieron que no nos encontraban culpables y que por lo tanto estábamos libres; pero que no nos podíamos volver al piso ni reunirnos en otra parte, si no, ir a casa de nuestras familias; o si queríamos nos llevarían a la Dirección General de Seguridad. Como a todo esto eran ya las doce de la noche, dijimos que preferíamos quedarnos esa noche ahí, y que a la mañana siguiente iríamos con nuestras familias. Nos contestaron que en ninguna parte podíamos estar mejor. Después de habernos dado de cenar, nos llevaron a un gran salón, lujosamente amueblado, para que durmiéramos allí en los sillones y sofás; aunque ya se comprende que no pudimos pegar los ojos en toda la noche, que se nos hizo eterna. Nos guardaban unos milicianos armados hasta los dientes, y cada rato entraban otros a dar una vuelta por allí. Uno de los que nos guardaban, se echó en una silla y daba unos ronquidos espantosos. Según dijeron ellos al día siguiente, era para ver si hablábamos entre nosotras algo que les pudiera interesar. Hay que confesar, la verdad, que a nosotras nos trataron con respeto y no nos faltaron en nada; pero sufrimos mucho de oír sus conversaciones. Uno de ellos, se dedicó a ver si podía inculcarnos el Comunismo; pero, se comprende fácilmente, sacó poco fruto de su largo discurso.

Como dijeron que no podíamos volver al piso y que se incautaban de él con todo lo que teníamos allí, pidió nuestra Madre permiso para recoger siquiera alguna muda. Estando en el piso, se encontraron los milicianos un papel en donde estaban apuntados los títulos de la Comunidad; y, a fuerza de amenazas, obligaron a nuestra Madre a decirles donde los tenían, que era en casa de Carmen Villa-Urrutia, hermana de Madre Asunción. Allí se presentaron enseguida con mucha malicia. Le dijeron que venían de parte de nuestra Madre, para que les entregase todo lo que tenía perteneciente a la Comunidad. Como teníamos allí los títulos, vasos sagrados, las reliquias, Libro de Becerro, en fin, todo lo más precioso de la Comunidad, se apoderaron de todo.

Pasó un caso curioso con una devotísima imagen del Ecce-Homo de la Comunidad. La bajaron para llevársela en la camioneta; y, ya en la escalera, le preguntó la hermana de Madre Asunción al que lo llevaba: «¿Qué van a hacer con él?» El miliciano contestó que lo llevarían a algún museo; y entonces, volviéndose hacia ella, le dijo: «¿Le gustaría a usted tenerle?» Ella le contestó enseguida: «Ya lo creo, pues mi padre le tenía mucho cariño». Entonces le dijo: «Bueno, pues yo se lo regalo a usted; ya no es de las monjas, es suyo». Con esto, lo subieron otra vez a la casa, y le dejó también algunas otras imágenes que tenía.

A todo esto, se pusieron enfadadísimos los milicianos con nuestra Madre y con todas nosotras, porque decían que los habíamos engañado, y decían que iban a hacer y acontecer; aunque después que vieron que ya nos habían quitado todo lo que teníamos, quedaron un poco más apaciguados; y ya al otro día pudimos irnos repartiendo en las casas, excepto Hna. Nieves y Hna. María Dolores del Espíritu Santo, que por ser esta última prima política de Gil Robles, y haberlas encontrado a las dos pasaporte, las detuvieron un día más.

En casa de su hermana, estaba la Madre Asunción con la Hna. Dolores [del Sagrado Corazón] y Hna.

Josefa [de San Miguel], dos hermanas de velo blanco; y el día 11 de septiembre, cuando fueron a hacer un registro, se las llevaron presas a las tres. Como vieron que las sacaban fuera de la ciudad, al campo, creyeron que las iban a matar; y más aún, porque decía el miliciano que iba con ellas en el auto al chofer: «en la primera columna que encuentres de tu gusto, ahí». Una de las hermanas, Hna. Dolores, le preguntó: «¿Es que nos van a matar?» Y él le contestó: «¿No sabe Vd.? El quinto mandamiento, no matar. Nosotros no matamos a nadie». Ella replicó: «Pues, ¿por qué nos sacan al campo?». Entonces dijo: «Ya vamos a entrar en la ciudad». Como así fue; y las llevaron a una comisaría y después a la Dirección de Seguridad [...]. Como muchas religiosas han pasado por ahí, no me alargo en contar lo que se sufría en ese gran calabozo sin luz del día, sin aire ni ventilación, mezclados hombres y mujeres, con solo dos banquitos para sentarse alternativamente unas pocas personas.

A la tarde siguiente (continúa M. Asunción)⁸, nos llevaron en un coche de prisiones, una porción de hombres que iban a la Cárcel Modelo, una señora con dos hijas jovencitas que iban a la cárcel de mujeres que estaba entonces en el Convento de las Capuchinas, y nosotras tres que íbamos a un sitio que me parece se llamaba Asilo Social⁹. Cuando nos quedamos solas en el coche, el chófer —que parecía un buen hombre— nos preguntó si no teníamos familia en Madrid. Yo le dije que sí y que nos habían sacado de casa de mi hermana. Entonces me dijo: «Ustedes están libres, ¿por qué no vuelven ahí?» Le dije que nos volviera a la Dirección de Seguridad para pedir esto; pero dijo que no lo podía hacer. Le preguntamos qué era eso de «Asilo Social», y nos dijo: «es un sitio adonde llevan a todos los mendigos y vagabundos; así es que no estarán ustedes muy bien; pero ahí, nada más que oír y callar». Cuando llegamos allí se nos encogió el corazón viendo una pareja de mendigos sucísimos que estaban ahí paseando. El chofer nos hizo bajar del coche y dijo nos esperásemos un poco mientras hablaba con el Director. Me parece que tenía deseo de que no nos quedásemos ahí. Y después de estar conferenciando un rato, volvió a hacernos subir al coche y nos llevó otra vez a la Dirección de Seguridad; y ahí, sin preguntar nada, nos volvieron a bajar al calabozo.

A la tarde siguientes, ya nos llevaron al Convento de Capuchinas, que —como he dicho— era la cárcel de mujeres. Ahí, aparte de las incomodidades propias de la cárcel, no estuvimos del todo mal, porque en nuestro departamento éramos casi todas religiosas y unas cuantas señoras muy piadosas. Por la mañana al levantarnos hacíamos nuestra hora de oración; a las cinco de la tarde nos retirábamos a nuestro cuartito para hacer la otra hora; rezábamos el rosario y los Padres Nuestros del Oficio Divino; y los demás ratos hablábamos con las religiosas que estaban allí; sobre todo con una comunidad de Esclavas que tenían su cuarto al lado del nuestro, y tres de ellas dormían con nosotras. Nos encontramos en la cárcel con toda la Comunidad de Carmelitas Descalzas de San Benito, y la Madre Priora con una postulante del Convento de Malagón; también una Carmelita del Convento de la Imagen, de Alcalá de Henares y otra del Convento de Maravillas; aunque como estaban en distintos departamentos no las podíamos hablar, sino cuando bajaban al patio para ir al locutorio.

Después de tres semanas de estar en la cárcel, nos dieron libertad y volvimos a casa de mi hermana. Alcanzamos la libertad por medio de los vascos; en esto se portaron muy bien y sacaron a muchos religiosos y religiosas de la cárcel. Todo este tiempo estuvimos sin confesar ni comulgar, hasta el nueve de noviembre que nos trajo mi hermana tres sagradas formas para comulgar, que, aunque no lo hicimos ese día por haber ya desayunado, el consuelo que tuvimos al tener a Jesús Sacramentado con nosotras fue indecible; y al día siguiente por la mañana tempranito comulgamos. Mi hermana solía ir

de vez en cuando a oír misa al Sodalicio de San Pedro Claver; y habiéndose enterado que un Padre Jesuita había llevado unas formas a casa de una religiosa nuestra, dándole permiso para que ella y su familia comulgasen ellas mismas, preguntó al Capellán que decía misa en el Sodalicio, si podía traer las formas, y le dijo que sí; y con eso comulgamos unas dos o tres veces hasta el día 3 de diciembre, que un sacerdote secular vino a confesarnos y decir misa en casa, y al terminar la misa, tuvimos la gratísima sorpresa de que nos dejó reservado el Santísimo Sacramento, y nos dio facultad para poder comulgar nosotras mismas. Este sacerdote y un Padre Filipense venían de vez en cuando a decirnos misa y confesarnos y, además, comulgábamos nosotras mismas todos los días. Habiéndose suscitado algunas dudas sobre esto último, nuestro amado Padre Florencio (q.e.p.d.) pidió licencia a un Padre Redentorista que hacía las veces de Pro-Nuncio, para que todas las Carmelitas Descalzas siguieran con este privilegio y pudieran tener el Santísimo reservado, así es que casi todas nosotras tuvimos este consuelo tan grande”[10](#)



La situación se agravaba por momentos, lo que obligó a tomar una decisión arriesgada y dolorosa para todas y cada una de las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa: aquellas que no tuvieran la necesidad de quedarse por compromisos ineludibles, recurrirían a emigrar hacia la zona nacional.

Las que renunciaron a emigrar fueron:

- La toledana Piedad de Jesús, que había ingresado en las Carmelitas de Santa Teresa el 13 de junio de 1934. Contaba entonces veintidós años, y sobre ella pesaba el dolor de que, un año antes, “le mataron a su padre, a dos hermanos y a varios miembros más de su familia, delante de su madre y hermanas, arrojándolos después al pozo de la casa”. Renunció a formar parte de alguno de los tres grupos, para consolar y ayudar a la familia; no obstante, se unió a sus Hermanas Carmelitas cuando éstas fijaron la residencia en Betoño, haciendo vida comunitaria.
- Las hermanas M^a Luisa de la Asunción y M^a Mercedes de Jesús, naturales de Talavera de la Reina (Toledo). Fueron sus padres Enrique Uzábal y Matilde Jiménez, matrimonio del que nacieron diez hijos. Siete de las hijas se consagraron a la vida religiosa.

María Luisa estaba “dotada de buen entendimiento y mucho ingenio, fuerte temperamento, carácter alegre y gracia natural”. Todavía muy niña, sufrió las consecuencias propias de un hogar arruinado, circunstancia que se agravó por el fallecimiento de su padre. “Recibió su madre esta prueba con gran fortaleza, y llena de fe y confianza en Dios, afrontó todas las dificultades, que, poco a poco fue superando”. Ingresó en las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, de Madrid el 23 de abril de 1899, a los veinticinco años de edad. Cuando en agosto de 1936, fue llevada a la checa con sus hermanas conventuales, a pesar de que “siempre había tenido mucho miedo a la muerte, demostró en aquellos días gran valentía y serenidad, animando a todas y sintiendo mucha alegría con el pensamiento de poder llegar a ser mártires”.

Mercedes de Jesús había nacido en Talavera como su hermana M^a Luisa. Ingresó en el Carmelo de Sta. Teresa, de Madrid, a los diecinueve años, el 8 de noviembre de 1900. Desempeñó hasta edad muy avanzada el oficio de Cantora. “Tenía una gran voz y llevaba con mucha seguridad el coro”. También era “de temperamento muy vivo, espontáneo, con mucha gracia, Que caracterizaba a todas

las hermanas”.

Luisa y Mercedes se fueron a Talavera para cuidar de su madre anciana. En la Crónica del L.B. se pone de manifiesto cómo “salieron las mejor libradas, pues pudieron ir a Talavera de la Reina a casa de su madre a pocos días de estallar la guerra, con un salvoconducto que les dieron los milicianos; y aunque hicieron un viaje muy trabajoso por ir en compañía de los rojos, llegaron bien; y como al poco tiempo tomaron los nacionales esta ciudad, estuvieron en zona liberada”. Más tarde, se reunirían con las demás Carmelitas acogidas en Betoño.

En Madrid se quedaron cuatro Carmelitas de la Comunidad de Ponzano: María de la Eucaristía, María Jesús de la Santísima Trinidad, Teresa de San José y Margarita Teresa de Jesús, que era aún novicia.

- De María de la Eucaristía, ya se ha dicho anteriormente cómo su profesión solemne se celebró con evidente riesgo el 12 de marzo de 1936. Era natural de Santander, donde había nacido hija de Máximo de la Lama y Concepción Gutiérrez. El padre, médico de profesión, realizó una importante labor benéfico-social. De los cinco hijos que tuvo el matrimonio, tres hijas fueron religiosas. María sintió muy pronto la llamada del Carmelo, por lo que, contando con el beneplácito del P. José Rubio y de sus propios padres, ingresó en Ponzano el 27 de junio de 1930, a los quince años. Tuvo el privilegio de gozar algún tiempo del magisterio de Josefina María del Amparo, cuya marcha a Borneo le costó lágrimas. Una hermana carnal, que adoptó el nombre religioso de María Pilar de la Santísima Trinidad, profesó el 13 de octubre de 1941 en el mismo Carmelo de Santa Teresa; y en 1954 dejaría Madrid para incorporarse a la Misión de Kuching. María de la Eucaristía “no pudo salir a zona nacional con las hermanas de la Comunidad, por atender a su hermano Gaspar¹¹, que estaba en la cárcel y tenía que llevarle la comida, exponiendo incluso, a veces, su vida.[...] Tuvo el consuelo de reunirse con varias carmelitas en algunos pisos donde estaban refugiadas. Allí conoció a la Beata Maravillas de Jesús” (C.E.)¹². Consta en las Crónicas conventuales que “estuvo hospedada algún tiempo en las Madres Carmelitas Descalzas de Guadalajara, del Convento de Nuestra Señora de las Vírgenes, que estaban refugiadas en un piso, y con gran caridad se ofrecieron a ello”. El 28 de marzo de 1939, se encontraba en Madrid; y presencié el izado de la bandera, que daba fin a un trienio de horribles luchas fratricidas. “Tenía 21 años, y cuando volvieron al finalizar la guerra, decían las Hermanas mayores que era ya un alma totalmente afianzada en el Señor. [...] Si hubiera que elegir una bienaventuranza donde el alma de Madre María se encontrara identificada, sería la bienaventuranza de la paz, de los que trabajan por la paz”. (C.E.)

- M^a Jesús de la Santísima Trinidad era natural de Toledo. Su padre murió cuando ella tenía cinco años, y Felisa, su madre, como primera medida optó por marcharse a Rio Lobos (Extremadura), de donde era natural, con los seis hijos nacidos del matrimonio. Luego se atrevió a llevárselos a Madrid, para sacarlos adelante con su trabajo de costurera. Como auténtica madre coraje, que era, consiguió una audiencia con el Rey Alfonso XIII, al que expuso lo mucho que le preocupaba la educación de sus hijas (dos hijos habían muerto), y su falta de medios. Conmovido el Monarca, intervino para que le proporcionaran una plaza en el Colegio de la Unión, regido por las Hijas de la Caridad. Accedió a ella Felisa, la hija mayor. Después, entró María Jesús, que resultó ser una alumna muy aventajada. Cuando ingresó en las Carmelitas de Santa Teresa a los veintiún años, en junio de 1934, poseía “una buena cultura general y estudios de solfeo, piano, pintura y mecanografía.

Tenía una bonita voz y buen oído musical, por lo que fue una buena cantora”[13](#).

María Jesús estuvo en la cárcel con sus hermanas conventuales; y “pasó la guerra en Madrid, sufriendo toda clase de carencias y sufrimientos” junto a su madre, que bien lo merecía. Tendría que posponer la Profesión solemne hasta 1941, como se verá en el Ap. 6.3.

- Teresa de San José había nacido en Saldaña (Palencia) en 1898, donde por entonces el padre era juez; años más tarde, se trasladó la familia a Valladolid. Una hermana suya ingresó en el Convento de Carmelitas Descalzas de Beas, razón por la cual la madre se desplazaba los veranos a esa población para estar cerca de su hija monja. Allí se encontraba la buena señora cuando le dio un ataque de hemiplejía del que ya nunca se recuperó, falleciendo un Viernes de Dolores de 1933. Contó siempre con los solícitos cuidados de su hija Teresa. Ésta, buscando consuelo, se fue a Madrid, a casa de un tío suyo, con el que vivía uno de sus hermanos. Ante las dudas que empezaron a surgir en ella sobre una posible llamada a la vida contemplativa, los consejos de su hermana Priora en Beas y del Padre Carmelita Diego de Jesús Crucificado, la decidieron a ingresar en el Convento de Carmelitas Descalzas de Ponzano el 18 de agosto de 1934. La profesión, prevista para el 19 de febrero de 1936, fue muy accidentada como se relata al principio de este apartado. “La virtud en que más resplandecía era la abnegación y olvido de sí misma. Durante la guerra se quedó en Madrid, expuesta a todas las privaciones y sustos de esos días, por cuidar a su tío enfermo”. (C.E.)

- De Margarita Teresa de Jesús hemos ido teniendo numerosas noticias en torno a ella y a su padre, cuyo comportamiento habla por sí solo. Había sido asesinado hacía apenas diez meses. Margarita, que contaba diecinueve años, aún era novicia. Todo lo cual determinó que permaneciera en Madrid junto a su familia. Luego se incorporaría al Monasterio de la Encarnación con las otras Hermanas suyas conventuales, donde ya pudo profesar.



Y ha llegado el momento de conocer quiénes eran y cómo vivieron sus respectivos viajes las componentes de los tres grupos que emigraron a la zona nacional:

1937, 19 de septiembre. Primer grupo.

El primer grupo, compuesto de nueve religiosas, pudo salir mediante la denominada “Casa Murcia”. Las Teresas eran siete, y en cierto modo constituían una Comunidad completa, en cuanto a estructura piramidal:

- Asunción de San José ya es sobradamente conocida. En estos momentos cruciales, la Priora Madre María Cruz, la pone al frente del primer grupo por su condición de Supriora y algo más. Le sobran cualidades y veteranía. A los 58 años, suma muchas experiencias: desde niña, los cargos diplomáticos de su padre y la muerte de su madre la habían acostumbrado a desplazamientos y cambios de entorno tanto familiares como estudiantiles; después de su profesión religiosa, en 1901, había desempeñado “con mucha perfección todos los oficios”.

Cuando la Comunidad tuvo que dispersarse al principio de la persecución, no dudó en llevar consigo a casa de su hermana las dos monjitas que debió de considerar más frágiles e indefensas: Dolores del Sagrado Corazón y Josefa de San Miguel, prodigándoles la atención y cuidados, propios de una madre. Se acaba de ver no sólo su actuación determinante, sino la de su propia familia. A mayor abundamiento, ha dejado escrita la crónica de los hechos vividos en primera línea junto a sus compañeras conventuales.

La elección no hubiera podido ser mejor. Se volcó en cuidar a todo el grupo que le fue encomendado hasta arribar a Betoño. Pero siempre sentiría el punzante dolor de que Dolores del Sagrado Corazón no alcanzara esa meta.

- Nieves de San Juan de la Cruz, aunque bastante más joven, es otro «peso pesado» en quien podía apoyarse la Madre Asunción. Había nacido en Vitoria el 4 de enero de 1900. Era la quinta de ocho hermanos. Perdió a su padre a los once años. Estudió las carreras de Magisterio y Piano; de seglar, había sido una buena deportista. El haber profesado en el Carmelo de Ponzano, se debió al traslado de la familia a Madrid, en 1923, para facilitar los estudios de ingeniería de sus hermanos pequeños. Por entonces, participando activamente en el Patronato de enfermos, había conocido al Padre José María Rubio, que la puso en contacto con las Carmelitas Descalzas. El 19 de marzo de 1926 ingresa en el Convento de Santa Teresa, contra la voluntad de su madre, y recibe el hábito de manos del mismo P. Rubio. Resultó penosísima para ella la marcha a Borneo de su Maestra y Priora Josefina María del Amparo, así como de las demás misioneras cofundadoras, a las que se sentía muy unida. La Priora sustituta, Asunción de San José, la nombró Ayudante de Noviciado, cargo en el que evidenció las excelentes cualidades que poseía para ser Maestra. Entre otros oficios, desempeñó el de Enfermera y Provisora. Tornera en 1936, actuó con gran serenidad y mesura ante las difíciles situaciones a que hubo de hacer frente.

Junto con sus hermanas conventuales, fue llevada a la checa de la U.G.T., donde tuvieron que prestar declaración una a una, como se relató anteriormente. Decidieron soltarlas a todas, excepto a María Dolores del Espíritu Santo, porque una prima suya estaba casada con José María Gil Robles. La Madre Nieves solicitó que le permitieran quedarse con ella y correr la misma suerte. Pocos días después, fueron puestas ambas en libertad.

- La madrileña que acabamos de citar, María Dolores del Espíritu Santo, aristócrata por su linaje; lo era aún más de espíritu. Sus padres Tomás Sanchiz y Rafaela Armada, Condes de Santa Ana de las Torres, tuvieron ocho hijos, entre ellos, tres religiosas. La fe profunda e implicación social de la madre, quedó bien patente en la escena que narra Asunción de San José, donde se ha visto lo poco que faltó para acabar con su vida. María Dolores entró en el Carmelo el 20 de mayo de 1934, a los veintitrés años. La toma de hábito fue el 21 de noviembre del mismo año, y la profesión el 22 de noviembre de 1935. Desempeñó muchos oficios; pero “el connatural a ella fue el de enfermera”.

La generosidad de sus padres con respecto al Convento siempre fue proverbial, como se verá cuando llega el momento de restaurarlo.

- Carmen Teresa de la Cruz es la única novicia que forma parte del grupo. María del Carmen Reyna Cerero, natural de Madrid, era la octava de nueve hermanos. Dos de sus hermanas mayores se habían consagrado a la vida religiosa en la Congregación del Sagrado Corazón, colegio donde se educó la

futura Carmen-Teresa de la Cruz. Tuvo por confesor al Jesuita P. Alfonso Torres. Después, al que llegaría a ser Arzobispo de Madrid, D. Casimiro Morcillo. Entró en el Carmelo el 31 de mayo de 1935, a los 34 años de edad.

Antes de salir esta primera expedición, Carmen Teresa fue a casa de los padres, donde se encontraban también sus hermanas religiosas del Sagrado Corazón, que acabaron incorporándose a la misma. Una de ellas escribió la crónica que puede hacer las delicias de muchos lectores. La triple despedida resultó muy dolorosa para sus padres ancianos, “que, a pesar de todo, no pusieron inconveniente a esta separación, sabiendo que ya no volverían a ver a sus hijas. Los dos murieron poco tiempo después, antes de entrar los nacionales en Madrid”. (C.E.)

- Josefa de San Miguel, en el siglo Josefa Garmendia, vino al mundo en Urnieta (Guipúzcoa). “Cuando era aún muy pequeña, estuvo en plena guerra carlista y en casa de sus padres se reunían las tropas para oír misa, y se hospedaban los oficiales. Por eso nos solía decir que ella se había criado entre balas, y no le daban miedo. Una hermana suya entró religiosa en las Salesas del 2º Monasterio de Madrid [...]. Nuestra Hermana Josefa estaba entonces sirviendo en Madrid. Entró en nuestro Convento para hermana de velo blanco el año 1899, siendo ya de 34 años de edad. Era muy trabajadora y lista; pero a los cinco años de profesión religiosa se trastornó y hubo que llevarla a Ciempozuelos. Estuvo allí veinte años, y el año 1925 la dieron de alta y dijeron estaba curada. Ella volvió gozosísima [...]. Después empezó a tener algunas rarezas que nos hacían unas veces sufrir y otras reír”. Cuando el 11 de mayo de 1931, la Comunidad tuvo que abandonar el Convento, superó satisfactoriamente esta experiencia; no obstante, se consideró más conveniente enviarla a su pueblo; pero, cuenta su biógrafa que “estaba deseando volver con la Comunidad, y lo hizo el 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen. El año 36 participó de todas las aventuras de la Comunidad; por supuesto, siempre muy valiente, y fue una de las tres que estuvieron en la cárcel. La pobre se acomodaba a todo, y le hacía gracia aún a los mismos milicianos. Estuvo con la Comunidad en Betoño y en las Agustinas de la Encarnación, hasta que volvimos a nuestro Convento en 1941”. (C.E.)

- Antonia de la Inmaculada Concepción era natural de Vidaurre (Navarra). Quedó huérfana de madre a los cuatro años, cuando nació su segundo hermanito. El padre volvió a casarse y de nuevo enviudó. Con la tercera esposa tuvo más suerte. De la segunda le había quedado una hija; con la tercera llegó a reunir una prole numerosa. Contrariamente a lo que suele ocurrir, todas esas vicisitudes repercutieron en la pobre niña de manera positiva, pues a lo largo de su vida demostró un gran espíritu de sacrificio, generosidad para con los demás, fue muy trabajadora y sufría en silencio las adversidades. Convencida de que la Orden del Carmen Descalzo era la más perfecta, el padre la llevo a que conociera a las Carmelitas de Pamplona. La impresión fue muy satisfactoria. Entre los Carmelos que disponían de plazas en aquellos momentos se encontraba el de Santa Teresa, de Madrid, y a él se vino el año 1907, a los veintitrés años de edad, profesando el 27 de febrero de 1908. Tuvo por Maestra a Josefina María del Amparo, de la que le costó mucho separarse cuando ésta salió para la Misión de Borneo.

Entre las peripecias de la Guerra Civil, ya se ha visto con cuánta valentía y serenidad reaccionó al quedar fortuitamente abandonada en momentos de gran tensión que pudieron costarle la vida, como relata con gran verismo la Madre Asunción de San José.

Corrió igual suerte que todo este primer grupo de «desterradas». Ya en zona nacional, antes de reunirse con las demás compañeras en Betoño, pasó unos días con su familia —mucho más agrandada— en Vidaurre.

- Dolores del Sagrado Corazón de Jesús, en el siglo Sabina Arteta, era natural de Vidaurre como Antonia de la Inmaculada Concepción; pero muy diferente de su paisana en cuanto a temperamento. “Perdió a su padre, siendo aún muy jovencita, y tuvo que ponerse a trabajar en el campo a jornal, para ayudar a mantener a su madre. Desde niña [...] tenía deseos de consagrarse a Dios, aunque no sentía inclinación especial a ninguna orden [...]. El señor Cura del pueblo, que la conocía muy a fondo, le pareció que su vocación era más bien para una orden contemplativa, y la propuso entrar de Hermana de velo blanco en nuestro Convento, en donde ya tenía otra dirigida suya, Hna. Antonia de la Inmaculada Concepción. Era muy candorosa y sencilla, y nos hizo gracia que, al decirle por qué no se había quedado algún día fuera para ver Madrid, nos contestó muy convencida: «Ya lo he visto todo por la ventanilla del coche»¹⁴. [...] Era incansable para trabajar en la huerta, y tenía mucha idea para hacer las cosas, tanto, que fue ella la que discurrió cómo se podía hacer un lavadero en lo que era entonces la carbonera [...]. Tuvo que hacer también un sacrificio muy grande a nuestro Señor cuando murió su madre, pues desde que entró en religión no la pudo volver a ver, ni vio a ninguno de su familia hasta el año 1937. [...]”¹⁵

Sufrió mucho con todos los sucesos ocasionados por una guerra que escapaba a su comprensión y le causaba un miedo visceral. Especialmente dolorosas para ella fueron las situaciones ya narradas: cuando se la llevaron junto con Asunción de San José y Josefa de San Miguel en un coche, a las afueras de Madrid, haciéndoles temer que sería para matarlas (Vs. Ap. 6.2.); y cuando, encontrándose las tres encarceladas, llegó la orden de libertad sólo para la M. Asunción. Horas después, el miedo volvió a invadirla al verse libres ella y Josefa de San Miguel; pero de noche, sin conocer Madrid...¹⁶. En la Crónica conventual se pone de manifiesto cómo durante las tres semanas que permaneció en la cárcel, no sólo padecía “por las muchas incomodidades que se pasaban en ella, sino por la preocupación de lo que iban a hacer con tantas religiosas como tenían allí presas. Se acordaba entonces mucho de nuestras Misioneras de Borneo y decía: «Si estuvieran aquí las de Borneo, qué fervorosas y contentas estarían, deseando padecer por amor de Nuestro Señor, y yo estoy con muchísimo miedo». Esto la desconsolaba mucho. El día 6 de octubre de ese año de 1936, vino la Pasionaria a la cárcel, a echar un discurso a todas las religiosas que estaban ahí detenidas, que eran unas 600 de todas las órdenes religiosas. En ese discurso, dijo que las iban a llevar a todas a trabajar en talleres, bajo el mando de milicianas. Esta noticia le produjo verdadero terror a nuestra querida hermana [...]”.

Es obvio que todas esas tensiones emocionales, muchas de las cuales la hacían sentirse culpable, unidas a la escasa alimentación y demás carencias, pudieron ir minando su naturaleza.



Ya se ha dicho que también iban dos religiosas del Sagrado Corazón, hermanas de la novicia Carmen Teresa. Una de ellas es la cronista a que se acaba de hacer referencia, cuyo estilo cercano y vivaz, convierte su relato en otra aportación inestimable. Comienza desde esa mañana del 19 de septiembre de 1937, en que sale el primer grupo:

“[...] Dos o tres horas de sueño y... [17](#) ¡en pie! ¡Aprisa! Hay que correr. La expedición sale a las 7 de la mañana [...]. Llega el momento de la despedida, muy emocionante: padres ancianos... sobrinos con el padre escondido... A pesar de ello, nadie se inmuta... Sólo los sobrinos dejan correr alguna que otra lagrimilla. Allí se sabe lo que son cárceles y checas. El padre, a los ochenta años recorre tres de aquéllas; la madre de los peques ha pasado ya por la Dirección de Seguridad; la Carmelita, novicia aún, estuvo en un cuartelillo y no lo puede olvidar... En cuanto ve el gorro de un miliciano, tiembla como la hoja en el árbol, y eso que no estuvo sola. Su Reverenda Madre y varias de sus hermanas de religión siguieron la misma suerte. Aquellas torturas de ayer son hoy uno de sus mayores triunfos y timbres de gloria... Tuvieron la dicha de sufrir prisiones por la fé de Cristo.

Amanecer despejado. Soledad en las calles [...]. Deprisa, porque el tiempo urge. Doblamos una esquina y un sol espléndido nos sale al encuentro. Todavía unos pasos más y ya está nuestro vehículo de viaje: una camioneta en donde se irán acomodando tablones a guisa de asientos. Nuestros compañeros de viaje nos esperan [...]. Hay un camión para los milicianos y otros para los expedicionarios. Un hombre amable y de buenos modales, va pronunciando los nombres de los viajeros, que se acomodan lo mejor que pueden en el carramato. Pronto queda éste lleno. El último, sube el responsable. Un derechista disfrazado de miliciano para poder pasar mejor la frontera. Excepto cuatro hombres, todas las demás son mujeres, ¿y quienes son éstas? Unas facciosas como nosotras. ¿Monjas también? No lo parecen; pero, ¿acaso lo parecemos nosotras? Vamos hechas un figurín: amplios abrigos; pelo rizado; pendientes de última moda, largos, largos, ¡de a 0,75!... Suenan nuestros nombres. [...] Con el corazón palpitante esperamos la señal de la partida. Allí en la acera están las que quedan... ¿Cuándo nos volveremos a ver, y cómo?... Por fin, el trepidar del camión... Una arremetida, y ¡adiós! [...] El vehículo arranca... Nos encomendamos al Señor y ¡a correr la suerte! Era la primera expedición de aquella empresa. ¿Qué seguridades?, ¿qué garantías?... Y sin embargo no teníamos ni sombra de miedo. El Corazón de Jesús velaba; y, además, ¿no íbamos con la Rvda. Madre Asunción?, ¿qué había pues que temer? No cabía duda, nuestro camión es todo de derechas: los hombres, las mujeres y esa partida de chiquillos que gritan a todo pulmón. Pero, ¿y aquel individuo de gesto atravesado que se ha colocado el último? ¿Es un policía?, ¿un espía?, ¿algún fascista que trata tal vez de pasarse para vengar la muerte de los suyos? Nunca lo supimos. Y el camión corría, corría por aquellas calles de Madrid que tantos horrores presenciaron de continuo.

Llegamos a Ventas. ¡Qué impresión! Aquellos campos están aún calientes con la sangre de los mártires. De aquellas casuchas convertidas en checas parecen salir gemidos de nuestros hermanos que sufren crueles suplicios [...]. Una revuelta de la carretera, y... ¡Alcalá! Allí está el frente. Ametralladoras, municiones, soldados... Desorden... confusión, y a dos pasos la muerte. Un obús, una bomba que hubieran estallado en aquel momento, nos hubieran dejado sepultadas con aquellos infelices rojos tan apartados de Dios. Y en aquella vertiginosa carrera, todo va quedando atrás como una pesadilla que se desvanece... Ya estamos en la carretera de Valencia [...]. Un ¡alto! imperativo, desentonado, estridente, hizo parar el camión en seco. ¿Nos harán bajar? ¿Sumaremos un registro más a los muchos que hemos sufrido? Por esta vez el rojo se contenta con examinar la documentación del conductor. Por éste no hay que temer. Es un afiliado de la C.N.T., como todos los de su oficio. Conduce a maravilla, ni un pinchazo en todo el trayecto. Continuamos nuestro camino, encontrando a cada paso camiones deshechos, autos destrozados, más allá unos sacos por el suelo. A su lado, un hombre tendido boca abajo. ¿Duerme? ¿Está muerto? ¿Sería un fascista? ¿Un rojo? Siempre la misma incógnita.

Alrededor de las doce llegamos a Saelices (Cuenca). Podía bajarse a comer. Lo hicimos unas cuantas. [...] Al fondo, la Iglesia... desierta... ruिनosa como todas. Torcemos a la derecha, y... un ventorro sucio, destartado [...]. En la mesa un vaso para tres [...]. ¿El menú? Dos hermosos pares de huevos que nos supieron a gloria. Terminamos y... a instalarnos de nuevo, volviendo a tragar kilómetros y más kilómetros. Los chiquillos amenizan el viaje cantando “La internacional”, “El joven guardia”, todo el repertorio entonces en boga, interrumpidos por forzados vivas a la República, que se convierten en verdaderos arranques patrióticos, cada vez que nos cruzamos con un auto, un camión o cualquier transeúnte a quien nuestro silencio pudiera parecer sospechoso. Y por cierto, que el lujoso autocar que nos seguía nos hace pasar más de un mal rato. Era un verdadero pugilato entre los dos conductores por quién llegaría antes [...].

Llegamos por fin a Valencia. Son las siete de la tarde. Hostilidad en el gesto, en las actitudes, hasta en las palabras. Los valencianos no nos quieren en su población. El “responsable” viene a toda prisa, nos ordena desaparecer cuanto antes. Nuestra presencia podría provocar al pueblo hambriento que teme vengamos a quitarles el pan. Oscuridad profunda en el andén, por miedo a los bombardeos. Casi a tientas encontramos nuestro tren [...]. Iremos hasta Barcelona. Nos instalamos. Imposible ir juntas. Un ronquido sale del techo mismo del coche... Era un rojillo que dormía tranquilamente en la red. [...] A las doce de la mañana, poco más o menos, llegada a Barcelona. Mientras las compañeras de viaje con su prole se dirigen al hotel, las monjitas nos instalamos en la Sala de Espera. El empleado, rojo hasta la médula, no nos pierde de vista. Se instala en su mesa y observa. Nuestras modestas provisiones le arrancan alguna que otra exclamación, no precisamente a favor nuestro. Terminado nuestro «suculento» banquete, se aburre y se va. ¡Respiramos! Aprovechamos aquel momento para lavarnos algo en la fuente allí instalada. Hace más de veinticuatro horas que no vemos el agua. Después, cada una en nuestro rinconcito procura hacer no una larga, pero sí intensa oración, dando gracias al Señor por su amorosa asistencia, y pidiéndole no nos abandone. Aunque muy unidas a Él en todo el trayecto, aquel inesperado silencio fue un sedante para el alma.

Los viajeros empiezan a volver poco a poco. Nadie falta: señoras, niños... Sólo los hombres quedaron en Valencia. Fue una despedida triste la suya... No tenían permiso para pasar la frontera... Sus pobres mujeres, ¡con qué angustia los dejaron! [...]. Tampoco nos quieren en la Ciudad Condal. Falta pan. Por eso andan a tiros [...]. Nuestra espera se prolonga hasta las diez. A esta hora tomamos el tren para Portbou. En el andén un regimiento, de niños casi, se embarca para el frente. La población se indigna. Saben que los mandan a la muerte. [...]

La máquina pita. En marcha... Siempre guardamos silencio. Cualquier palabra pudiera convertirse en grave imprudencia. El revisor, mal encarado y tono indigesto, pide los billetes. Nos remitimos al “responsable”. Median palabras más o menos vivas y explicaciones entre uno y otro. Nos dejan en paz. Ahora les toca el turno a dos milicianos. Por lo visto, no llevan los papeles en regla. Pero con los rojos es otra cosa: su actitud es imponente; su tono, amenazador. Acarician con nerviosismo el revólver que llevan al cinto. El empleado baja el diapasón y se pone manso como un cordero. [...] Todo queda en silencio. No había transcurrido mucho tiempo cuando dos rojillos, que van más animados de lo que es menester, comienzan a cantar e imitan a las mil maravillas a varios animales. Una muchacha a quien no vemos, les ruega que callen. Ya que no comemos, durmamos al menos. Se entabla un gracioso diálogo, que termina ofreciéndonos pan uno de los cantores [...]. A cada una, su rebanada de pan blanquísimo untado de miel, que nos hubiera sabido a cielo, a no ser porque limpia

cada vez la navaja en su mugrienta cazadora... De nada sirvieron remilgos, protestas... «Es que la que rehúse, lo tomo a desaire» —dijo ya mohíno el obsequioso miliciano—. La cosa se pone seria y no hay más remedio que apechugar [...].

Ocho de la mañana. Para el tren. Estamos en la frontera. Despedida cariñosa y una buena limosna de nuestras Hermanas Carmelitas al eficaz y atento «responsable». Empiezan a revisar primero las maletas. Pronto acaban; no llevamos nada. Luego a declarar el dinero. Igualmente rápido. Queda el «cacheo». Las primeras fueron la M. Nieves y la Hna. María Dolores. Apenas acaban de entrar, vemos que salen con caras satisfechas. Habían dicho francamente que eran monjas, así como las que venían detrás. La mujer que debía ser buena, no pudo estar más amable, reduciendo el registro a una mera fórmula. Pero todavía faltaba un requisito: había que enseñar los pasaportes. Esto fue lo peor. Una malhadada señal de la Embajada inglesa, hecha en el pasaporte de una de nuestras queridas Carmelitas, hizo pasar un mal rato a ella y a todas. Después de varios dimes y diretes, pasó libre y... al tren. Antes de arrancar, la policía entra por lo menos media docena de veces. Suena el pito... El maquinista arremete y a las pocas horas en Cerbère. [...]. La M. Nieves y la Hna, M^a Dolores hablan confidencialmente con una señora vestida de negro [...]. Nos enteramos del “Socorro Blanco” establecido en Perpignan. [...] La llegada es rápida; y mientras nuestras ecónomas M. Nieves y Hna. M^a Dolores van a la población a tramitar la salida, otras van a visitar al Señor a una iglesia cercana. Esto da lugar a un incidente desagradable. La distracción de entregar el billete y salir al andén sin tomar otro, junto con que se olieron lo del Socorro Blanco, que tan a mal llevaban, fue causa de tenernos confinadas en una sala. Comisarios, policías,... todos nos rodearon... Pero el Corazón de Jesús nos guardaba y ¡adelante! [...] Faltaba que en San Juan de Luz nos dieran el permiso para pasar a la España Nacional.

El tren va lleno de españoles que han logrado escapar de Madrid. Unos mozalbetes, españoles también, tratan de entrar en conversación, ya con unos ya con otros, y por medio de preguntas más o menos capciosas averiguar quiénes son y qué familias dejan en Madrid. Es el servicio de espionaje de que tanto hay que guardarse [...].

En Narbonne (Narbona en español), cambio de tren. Ya es de noche. Mientras llega el que hemos de tomar, ¿por qué no disponernos para la cena? Nos instalamos en el mismo andén [...], cuando la intempestiva máquina empieza a pitar con todas sus fuerzas. ¡Era nuestro tren que se iba!... ¡Adiós cena y tranquilidad y por poco, adiós cacharros! [...]. Pero... ¿y la Rvda. M. Asunción y la Hna. María Dolores? [...] ¿Se habrán enterado? ¿Llegarán a tiempo? ¿Qué haremos sin ellas? ¡Qué apuro! Ya el tren en marcha, alguien nos hace señas desde otro departamento. ¡Allí están! ¡Por fin llegaron!

Amanecía cuando paraba el tren en San Juan de Luz. Desfallecíamos después de tantas horas de viaje. Se nos había olvidado lo que era tomar algo caliente. La Rvda. M. Asunción tuvo la caritativa idea de hacernos desayunar en un restaurante que se encontraba al paso. Todas mejoramos enormemente, sobre todo después que nos blanqueamos con el agua, pues estábamos tan negras que parecía habíamos cambiado de raza.

Pero todo pasa... ¡Llegó la hora de las despedidas!... La Rvda. M. Asunción con la Hna. Carmen Teresa toman el camino de Biarritz. Por una parte y otra sentimos la separación; pero no hay lugar para muchas demostraciones. [...] Nos dan inmediatamente el permiso para Fuenterrabía, y esto da lugar a una segunda despedida [...] ¡Qué solas nos encontramos las dos monjitas del Sagrado

Corazón, y con qué fruición recordamos las horas pasadas con nuestras queridas hermanas Carmelitas! Ya instaladas en nuestra Casa de San Sebastián, contábamos y volvíamos a contar aquel viaje que tan hondos y vivos recuerdos nos dejó [...]”.

Segundo grupo. 1937, 6 de octubre.

El segundo grupo de emigrantes lo componían Julia Teresa del Corazón de Jesús, Ana María de la Presentación¹⁸ y Carmen del Santísimo Sacramento.

- Julia Teresa del Corazón de Jesús era natural de San Sebastián. Pasaba temporadas en Madrid con unos tíos suyos y en una de estas estancias conoció al P. Isidro Hidalgo, que contribuyó de manera decisiva para encauzarla hacia la vida contemplativa en el Carmelo madrileño de Santa Teresa. Ingresó el 12 de noviembre de 1898 y profesó al año siguiente el 14 del mismo mes. Procuraba hacerlo todo con perfección, puesto que era para agradar a Dios. Fue dos trienios Supriora y tres Priora. “Tenía un corazón sumamente bondadoso y sentía las penas de los demás como si fuesen propias” (C.E.). Obviamente, sufrió mucho con las distintas situaciones provocadas por la Guerra Civil, al principio de la cual era Supriora. Su resistencia para salir del Monasterio la evidencia el que quisiera quedarse en casa del Primer Capellán junto con las Hermanas Antonia y María Dolores, coincidiendo con la Profesión de María de la Eucaristía el 12 de marzo de 1936. Cuando la llevaron junto con las demás hermanas conventuales al cuartelillo de la U.G.T., “estuvo de lo más valiente, y habiéndole dicho uno de los milicianos que merecía que la hubiesen matado, contestó con entereza: «Están todavía a tiempo; mátenme si quieren».” (C.E.). En Madrid sufrió múltiples amenazas y registros en la casa donde estaba refugiada. Pudo salir formando parte de este segundo grupo de desterradas, pero ya nunca regresaría, como se dirá más adelante.
- Ana María de la Presentación era madrileña. Los padres habían tenido un hijo antes de nacer ella. Murió prematuramente, por lo que recibió el cariño multiplicado. Su padre tenía tres hermanas monjas; también él quiso consagrarse a la vida religiosa cuando quedó viudo, y de hecho ingresó en los Trapenses de Getafe, “pero no pudo perseverar en esa vida tan austera”. Era muy amigo del Coronel de Estado Mayor Gregorio de Neira, que sí perseveró en la OCD, al enviudar, como queda dicho. Parece que esa amistad influyó bastante en la llamada de Ana María para el Carmelo de Santa Teresa, donde se encontraban una hermana y dos hijas de D. Gregorio: Filomena de San Luis Gonzaga, Josefina del Espíritu Santo y M^a Carmen del Niño Jesús, respectivamente. Se dice que esta decisión contrarió bastante a su tía Benedictina de San Plácido, quien ambicionaba llevarse a la sobrina como organista del Convento. En efecto, la que luego pasaría a llamarse Ana María de la Presentación, tenía la carrera de música; y, entre otras muchas habilidades sabía poner inyecciones, a lo que unía una singular caridad para con las enfermas. Como el resto de la Comunidad, sufrió las sucesivas penalidades de los años 31 al 36, “pero tuvo el consuelo de estar siempre unida a ella”, tanto en Betoño como luego en el Monasterio de la Encarnación, de Madrid. A pesar de su fortaleza física, en este viaje de 1937 a la zona nacional se sintió aquejada por una pulmonía que le dejaría dañados los bronquios para siempre. (C.E.)
- Carmen del Santísimo Sacramento, de seglar Carmen Sotillo, nació en Madrid el 22 de octubre de 1886. Aprovechó ventajosamente los estudios escolares, gracias a su inteligencia y memoria

excepcionales. Sin embargo a su también extraordinaria sensibilidad le costó asimilar la sucesión de adversidades, como fueron: la muerte de su madre cuando ella contaba diecinueve años; la ruina total de los negocios de su padre, al extremo de que se vieron obligados a refugiarse en distintas casas familiares, para sobrevivir; el fallecimiento de su único hermano antes de que Carmen ingresara en Ponzano con dote costeada por el Marqués de Rafal... Por si fuera poco, al practicarle una intervención quirúrgica, quizás como consecuencia de la entonces tan temible anestesia, sufrió una “perturbación mental”. En cualquier caso, su cerebro quedó dañado para siempre. No obstante, en la vida conventual daba continuas muestras de caridad para con sus hermanas, a quienes amenizaba las recreaciones merced a la “gracia especial” de que estaba dotada.

En la semblanza biográfica escrita —según costumbre— después de haber fallecido, quedan claramente reflejadas las penalidades que experimentó durante la Segunda República y la Guerra Civil:

“Mucho tuvo que sufrir nuestra Hermana durante el tiempo de la República con tantas salidas del Convento. Algunas veces se hospedó en casa de algunas familias conocidas suyas, que la apreciaban mucho; otras veces con alguna familia de nuestras hermanas. En el año 1936, después de la salida del cuartelillo, donde estuvimos presas, fue con la Hna. Ana María [de la Presentación] a casa de una prima suya. Allí la trataron con gran cariño; pero tuvo no poco que sufrir por los registros que hacían los milicianos en aquella casa, y por el bombardeo, pues estaba muy cerca del barrio de Argüelles. Además, tuvo allí una enfermedad muy dolorosa de reuma articular, de lo que le debió de quedar, según dijo el médico, la lesión de corazón que se manifestó después de varios años [...]. Cuando estuvo algo mejor, la M. Priora dispuso que la llevaran a la casa de la hermana de la M. Asunción, porque estuviese más tranquila, por estar ese barrio menos castigado de obuses, etc.”.

Sería un gran alivio para ella poder salir de Madrid, en compañía de la M. Julia y de la Hna. Ana María, formando parte de este segundo grupo que comentamos, bastante infortunado por cierto. Según consta en las Crónicas, “salieron de Madrid el 6 de octubre y no llegaron a Hendaya hasta el 12, por las largas paradas en Alcázar de San Juan, Valencia y Barcelona. Pasaron en Hendaya el día de la Virgen del Pilar con las Religiosas del Servicio Doméstico, que las recibieron con grandes demostraciones de cariño”. M^a Carmen del Niño Jesús, en el relato de su viaje correspondiente al tercer grupo, hace referencia a la reclamación, en la Comandancia de Fuenterrabía de una maleta extraviada por la Madre Julia. Cuando consiguieron llegar a Irún, las tres se hospedaron en casa de las hermanas de Julia del Corazón de Jesús. La ya citada pulmonía de Ana María de la Presentación, retrasó el encuentro con las Hermanas de Betoño. Al llegar, “fueron acogidas por la Comunidad y por las Madres de allí con gran contento y no fue poco lo que nuestra Hermana Carmen alegraba y amenizaba las recreaciones de las dos comunidades con su buen humor y gracia de siempre. Sin embargo, cuando ya habían entrado los nacionales en Madrid y algunas religiosas de la Comunidad ya estaban allí, cayó enferma la Madre Julia, agravándose enseguida; y después de muchos días de penosa y larga agonía, murió. Hna. Carmen se impresionó tanto y tuvo tanta pena que otra vez su cabeza se perturbó.”(Vs. 7.3.)

Tercer grupo. 1937, 15 de octubre.

El tercer grupo se componía de sólo dos viajeras: la Madre Priora, que era María Cruz de Jesús, y su sobrina María Carmen del Niño Jesús («la Decana»), que había profesado en El Pardo, por lo cual ya se han aportado algunos datos biográficos (Vs. Ap. 4.7.)

M^a Carmen del Niño Jesús, sensible, ingenua, confiada y también miedosa, sufrió mucho con los sucesos de la Segunda República; pero sobre todo, con la Guerra Civil y sus consecuencias. A tal extremo iban minando en ella los sustos y sobresaltos que según cuenta su biografía en la Carta de Edificación, “el médico de la Comunidad, Don Jorge Mariscal de Gante, tuvo la bondad de llevársela a su casa, y tenerla allí hasta que nos pudimos pasar a la zona de los Nacionales. Nunca olvidaremos este acto de caridad tan grande”.

A María Cruz de Jesús ya se ha visto cómo le tocó desempeñar el cargo de Priora en aquellos tiempos demenciales para las gentes enemigas de odios fratricidas.

Había nacido en Madrid el 14 de septiembre de 1884 del prolífico matrimonio formado por Pablo Zaragoza y Pilar Calvo, padres de doce hijos. María Cruz fue la tercera. Entró en el Carmelo de Santa Teresa el 30 de noviembre de 1910. Era muy dada a plasmar sus vivencias religiosas en poesías que reflejan su acendrada piedad. Por ejemplo: “En mi santo noviciado / Tú me has hecho comprender / que el camino más seguro / es callar y obedecer; / yo lucharé con tu ayuda / mientras dure mi destierro / porque el cuerpo ama la tierra / y el alma suspira el cielo [...]”.

Desempeñó todos los oficios menores; aunque también fue Supriora durante varios trienios y Priora desde 1935 a 1940. El 14 de marzo de 1937 no pudo celebrar sus Bodas de Plata como se acostumbra en los carmelos; por eso recordaba con gratitud que “fue ese día como otros muchos a oír Misa al piso donde estaba la Madre Maravillas y que ésta, con su generosidad acostumbrada, la obsequió con un tarro de dulce, que en aquellos días de la guerra era un tesoro”. Cuando después del viaje relatado a continuación, logró reunirse en Betoño con su casi completa Comunidad, se sintió inmensamente feliz.

María Cruz de Jesús y su sobrina M^a Carmen del Niño Jesús (la Decana) salieron de Madrid el 15 de octubre a las 10 de la mañana, también por la «Casa de Murcia». Ambas relatan las incidencias del viaje en sendos escritos, que coinciden respecto a la información; pero literariamente resulta más atractivo el de la Decana. Por tanto, es el que se incorpora a continuación, añadiendo en notas complementarias al pie algunos datos que aporta la Priora:

“Llegamos a Tembleque a las cinco de la tarde, donde nos dieron un plato de arroz (que sabía a sebo) y un pedazo de pan.

Después volvimos a subir a la camioneta que nos condujo a la Estación, donde tomamos el tren a las 8 de la noche, llegando a Valencia el sábado 16, a las 11 de la mañana. Allí estuvimos hasta las 10 de la noche, donde continuamos hasta Barcelona, llegando el domingo 17 a las doce del mediodía. Aquí nos ocurrió un grande contratiempo, pues el representante de la «Casa Murcia» se llevó nuestros pasaportes en el bolsillo y, como lo perdimos de vista, fue grande nuestro apuro, pues hubiéramos tenido que pasar la noche en Barcelona, que parecía una Babilonia. Entonces se me ocurrió salir en busca de este buen señor, dejando en la estación al cuidado de las maletas a mi sobrina (M. Priora). Entré en diferentes fondas, donde me dijeron solía frecuentar, y me dirigí a un

corro de hombres que me dijeron estaría en su casa en la calle de tal... ¡Pobre de mí, con mis cerca de 70 años, sin haber estado nunca en Barcelona! ¿Cómo iba a conocer la calle?... Me dijeron que pasara tres larguísimos paseos, y seguido a ellos una plaza grande, al término de la cual encontraría un jardín; y cruzando a mano derecha de la alameda, encontraría la casa de dicho señor, piso 3º, con entresuelo y principal. ¡Qué aflicción!... Volviéndome a la Santísima Virgen, la pedí me socorriera y ayudara en tan grande tribulación. Como así lo hizo, poniendo ante mis ojos un matrimonio joven, que tenían cara de buenos y llevaban de la mano unos niñitos de 5 ó 6 años. Me aproximé a ellos, refiriéndoles en pocas palabras mi triste historia. Mostrando mucha compasión, me acompañaron a la estación, asegurándome que allí lo encontraría. Efectivamente, allí estaba y mi sobrina también (donde la había dejado dos horas antes) y tan asustada y disgustada, pensando que me habían cogido los rojos, que me dijo cogiéndome fuertemente del brazo: «Ahora ya no volveremos a separarnos por nada del mundo».

Como estaban hambrientas, fueron al restaurante de la estación. La Priora pidió un plato de sardinas¹⁹; la Decana, otro de filetes. Retomamos su relato:

“Estando en esto, vemos que echan los cierres, cierran puertas y ventanas a toda prisa, y apagan todas las luces, diciendo a voces: “¡aviones!, ¡aviones!, que vienen tirando bombas y obuses. ¡A los sótanos!, ¡a los sótanos! todo el mundo”. Yo me fui con mis filetes; que a pesar del grande susto que tenía, no podía renunciar a ellos.

Pasado ya el peligro, nos mandaron subir, encontrándonos la estación destrozada y el tren en donde teníamos que salir; tardando mucho en organizar otro; saliendo por fin el 17 a las once y llegando a Port Bou el lunes 18 a las 8 de la mañana, en donde registraron maletas y personas. Y proseguimos, llegando a Cerbère a las doce²⁰, y a Perpignan a las cuatro de la tarde. Estando en la estación, un caballero nos guió al «Socorro blanco», llevándonos en coche después de preguntarnos si éramos religiosas. Aquí fue para nosotras como un oasis, pues había un matrimonio al cargo de la casa buenísimo, y nos recibieron con gran caridad y amabilidad. Era una casa con varios pisos y muchas habitaciones grandes y hermosas, para hospedar religiosos de todas clases, monjas, sacerdotes y prelados.

Muy cerquita había un convento de Franciscanos, y en descansando un poco, nos fuimos a confesar para comulgar tempranito al día siguiente. Después nos dieron de cenar a todos, que éramos unos veinte, una cena riquísima y abundante, y nos fuimos a descansar, que buena necesidad teníamos, pues llevábamos cuatro noches sin dormir. Nos dieron una habitación muy hermosa con dos camas en el piso segundo; y en el principal, los Monseñores, sacerdotes y religiosos.

Poco antes de las seis, me levanté con el deseo de pedir a los Monseñores, antes que salieran a decir Misa, alguna ayudita para poder llegar hasta la misma Gruta de Lourdes, y cumplir el voto que tenía hecho a la Sma. Virgen, por habernos sacado con bien de tantos males y peligros. El día anterior, estos Monseñores habían distribuido algunas limosnas entre las religiosas necesitadas; y animada con esto, bajé muy silenciosamente al piso principal; y dando unos golpecitos en la puerta de uno de estos señores, entreabrió una rendijita de la puerta y me preguntó:

- — «¿Qué se le ofrese (sic), Madre?»
- — «Una consultita, Monseñor. Vengo a solicitar de su bondadoso corazón una pequeña ayuda

para cumplir un voto que tengo hecho a la Ssma. Virgen, de visitar Lourdes para darla gracias por haberme sacado de tantos peligros como he tenido todo el tiempo...»

- — «¡Oh Madre, Madre!, ese voto no le obliga en absoluto, toda vez que no tiene medios para el viaje. Yo se lo conmutó por tres Avemarías, que resará (sic) con mucha devoción (sic), cuando pase el tren por la Gruta. Esté, Madre, muy tranquila, muy tranquila...».

Sin perder del todo la esperanza, me dirigí a la habitación del otro Prelado; y, en cuanto oyó los golpecitos, abrió de par en par la puerta, y estaba ya en disposición de salir a celebrar.

- — «¿Qué se le ofrese, Madre?».
- — «Monseñor, una consultita». Y repetí lo mismo que había dicho anteriormente.
- — «¡Oh, Madre, esté tranquila!, —me contestó— porque esa promesa no le obliga, y la Ssma. Virgen la acepta como si tuviera facilidad para realizarla. Se la conmutó por tres avemarías, que resará con gran fervor al divisar desde la ventanilla del tren a la Virgen, que le sonríe y bendice». Así lo hice, y rezamos no sólo tres Avemarías, sino los cinco Misterios gloriosos todos los que íbamos en el mismo departamento.

Estuvimos en Perpignan todo el día 19, saliendo enseguida para Hendaya, llegando el 20 a las ocho de la mañana.

En Irún nos dieron a todos los viajeros, por orden del Generalísimo [una taza de café con leche y un panecillo]. En la Comandancia de Fuenterrabía, encontramos a [nuestras] Hermanas Ana María [de la Presentación] y Carmen del Ssmo. [Sacramento], que estaban reclamando la maleta de M. Julia, que había perdido en el viaje. Estas tres del segundo grupo quedaron unos días en Irún, y nosotras proseguimos el viaje, llegando a Vitoria a la una de la madrugada del 21 de octubre. Como el telegrama puesto en Irún llegó con retraso, no encontramos a nadie en la estación, y tuvimos que cargar con las maletas y echar calle arriba, hasta que encontramos al sereno, que nos acompañó a casa de mi hermano (D. Santiago Neira), donde permanecemos hasta el día 26, que en un coche nos trasladamos a Betoño con las del primer grupo que estaban también en Vitoria, unas en casa de Hna. Nieves de San Juan de la Cruz y otras en la de Hna. M^a Dolores [del Espíritu Santo] .

Allí [en Betoño], hay un precioso Convento de Carmelitas Descalzas, fundado por D. Lorenzo Rolland con religiosas del Convento de Toulouse²¹, de las que sólo quedan tres, pues la Comunidad volvió a su Convento, en cuanto les fue permitido regresar a su patria”.²²

El mayor deseo de los tres grupos era reunirse en Comunidad; lo cual lo consiguieron como queda esbozado al final del relato de los dos anteriores. Pero es en el Libro de Becerro, entre las Crónicas de los años 1936-39, donde se expone con mayor detalle esa feliz consecución:

“Por fin, casi todas nos reunimos en Vitoria después de salir de Madrid, y estuvimos tratando a qué convento iríamos. Las religiosas Bernardas del monasterio de Barria²³ nos ofrecieron hospitalidad, con mucha caridad; pero habiendo tratado del asunto con el Rvdo. Padre Provincial de Navarra, P. Sergio de Santa Teresa, que fue para nosotras un verdadero padre, nos dijo que era mejor fuésemos a San Sebastián, al convento de nuestras Madres de allí. Estaba todo arreglado para ir a dicho Convento, y aún señalado el día, que fue el de la Fiesta de Cristo Rey, cuando nos escribieron las Madres muy cariñosas; pero diciendo que no tenían sitio más que para doce a lo más; y nosotras

éramos quince. Nuestra Rvda. Madre Priora no quería que nos separásemos de ninguna manera; y así decidió otra vez a Barria, a ver si nos recibían; pero entonces ya tuvieron un inconveniente para no hacerlo. Cuando estábamos todavía en ir a San Sebastián, nos fuimos a despedir de nuestras Madres de Betoño; y nos ofrecieron una casita suya que llamaban “la Capellanía”, por vivir en ella el Capellán; pero que tenía dos pisos independientes y en donde dijeron estaríamos muy bien; y después escribieron al P. Provincial, haciéndole ese mismo ofrecimiento, y el mismo nos fue a llevar la carta. Mucho nos edificó este buen padre en esta ocasión; pues siendo toda su ilusión el que fuésemos a San Sebastián, se sometió en todo a lo que disponía nuestra Madre. Así que avisamos a todas las hermanas que aún no estaban en Vitoria para que vinieran, y entonces tuvimos el consuelo de volver a ver a nuestras queridas hermanas Luisa y Mercedes, después de catorce meses de separación. Por entonces no nos juntamos más que nueve, pues la Hna. Ana María cayó enferma en Irún, y se quedaron con ella Madre Julia y Hna. Carmen”.

Sobre Dolores del Sagrado Corazón, a la que nunca volverían a ver, dejan constancia del final agrídulce de su existencia en el hogar familiar de Vidaurre:

“Su hermano la recibió con muchísima alegría y, como la encontró tan desmejorada, procuró alimentarla muy bien, tanto, que después tuvo temor de si había sido esto la causa de su última enfermedad [...]. La cosa es que la víspera del día en que iba a venir a reunirse con la Comunidad, para ir al Convento de nuestras Madres de Betoño, le dio una fuerte calentura y tuvo que quedarse en cama. Creíamos sería una cosa pasajera, pues no parecía que su hermano le daba mucha importancia; pero se agravó de suerte que el día 15 de noviembre de ese año de 1937, falleció. La víspera recibió todos los Santos Sacramentos con pleno conocimiento y con grande resignación y conformidad con la voluntad de Dios, aunque sintiendo mucho estar separada de la Comunidad. Su hermano le decía que moría mártir, y no hay duda que lo mucho que sufrió en los últimos años de su vida le aceleró la muerte. Murió de edad de 44 años”.

Y siguen haciendo historia de cómo acabaron formando una auténtica Comunidad, hasta tanto no les fue posible regresar a Madrid:

“La Hna. Piedad y la Hna. Josefá tuvieron que quedar todavía algún tiempo con sus respectivas familias; pero al fin se reunieron las catorce en Betoño. Mucho hubiéramos deseado entrar enseguida en la clausura; pero las Madres tuvieron al principio alguna dificultad en admitirnos. (Nuestras Madres de Alba nos ofrecieron también hospedarnos en su Convento). Así estuvimos en la casa de la Capellanía [de Betoño] hasta el 23 de diciembre [de 1937], en que por fin tuvimos la dicha de entrar en su clausura.

Sería muy largo de contar todo lo que hicieron por nosotras estas amadas Madres. Y aún quedaríamos cortas para ponderar la caridad, generosidad y delicadeza que nos mostraron. Nos dieron hábitos, capas, tocas y velos, quitándose todo de lo suyo; nos estuvieron alimentando durante cerca de dos años; y eso que estaban en un estado de gran pobreza y tenían que trabajar para fuera. Así es que aún era más de agradecer. Nos trataban con un cariño grandísimo, y todo les parecía poco para nosotras. Nos dieron también un copón de plata sobredorada muy bonito, unas sacras y un misal; y ropa de iglesia, libros para la biblioteca; y nos procuraron de las Carmelitas francesas de Creteil un ornamento verde y otras cosas. En fin, nunca olvidaremos la caridad tan grande que tuvieron con nosotras estas queridas Madres, ni los ejemplos de edificación que nos dieron por su rendida

obediencia, verdadera caridad y profundo silencio.

En este Convento hizo su año de Noviciado la Hna. Carmen Teresa, y profesó en la noche de Nochebuena ([de 1938]), después de la Misa del Gallo; y también hicieron su Profesión solemne las Hermanas María Dolores [del Espíritu Santo] y Piedad [de Jesús]. A la primera le dio el velo el Rvdo. Padre Provincial, y a la segunda nuestro Confesor, Rvdo. P. Amalio de San Luis Gonzaga; y en ambas cantaron la Misa los colegiales de nuestros Padres, haciéndolo todo sin querer retribución ninguna. No podemos agradecer bastante todo lo que hicieron por nosotras nuestros amados Padres de Vitoria. Nos prestaron breviarios para el rezo; el Padre Amalio, que venía a confesarnos puntualmente todas las semanas, nos traía además cada vez veinticinco pesetas de limosna y nos mandaba verduras de su huerta. En fin, tuvieron una caridad grandísima con nosotras, como también todas las personas en general de Betoño y muchas de Vitoria. Hemos de mencionar especialmente a la hermana de Madre Nieves [de San Juan de la Cruz], Carmen Herrero, que hospedó a varias religiosas en su casa al llegar, y después hacía lo mismo con las que fuimos más tarde a reunirnos con la Comunidad, desviviéndose siempre por atendernos en todo. Y a sus hermanos, que siempre ponían su coche a nuestra disposición y nos acompañaban en tantos viajes que tuvimos que hacer a Betoño. También a los padres de Hna. María Dolores, Sres. Condes de Santa Ana de las Torres, que hospedaron igualmente a algunas de las Hermanas, y el Sr. Conde ayudó muchísimo en la tramitación de entrada en España. Que el Señor pague a todos cuanto hicieron por nosotras.

Nosotras estábamos muy contentas allí, aunque, como es natural, suspirábamos por la liberación de Madrid; y además estábamos preocupadas por la suerte de las cuatro Hermanas que teníamos allí. De vez en cuando, sabíamos de ellas por unas tarjetas postales que mandábamos por ambas partes a Francia; y aunque no se podía decir nada claro, ya nos entendíamos; pero temíamos que lo estarían pasando muy mal, sobre todo en la alimentación.

Cuando la toma de Barcelona ya respiramos, pues nos pareció la aurora de la toma de Madrid, como así fue.

El Rvdo. P. Miguel de la Sagrada Familia, que estaba ya en la zona liberada y nos fue a ver a Betoño, nos procuró salvoconductos para nuestra Madre y la M. Superiora, y nos dijo que enseguida que se tomase Madrid, se tenían que ir a Ávila para unirse allí a la columna de vigilancia y policía, que era la primera que iba a salir para Madrid. En Betoño corrió la voz que se había tomado Madrid el 25 de marzo [de 1939]; y así salieron nuestra Madre y la Madre Superiora para Ávila al día siguiente 26, que era Domingo de Pasión; pero al llegar a Ávila se enteraron que no era cierta la noticia, aunque decían no tardaría en rendirse Madrid.

Nuestro buen Padre Miguel, al saber que habían llegado, alcanzó licencia del Sr. Obispo para que pudiesen entrar en el Convento de San José, pasando encantadas dos días en ese palomarcito embalsamado con los recuerdos de nuestra Santa Madre, y disfrutando de la compañía de esas amadas Madres que estuvieron de lo más cariñosas con ellas.

El martes 28 se tomó por fin Madrid, y el miércoles por la tarde les hicieron salir para unirse a la columna de vigilancia; pero resultó que no les valían sus salvoconductos para ir con dicha columna, aunque dijeron que les valían para ir en algún coche particular. Con eso, se quedaron en casa de los demandaderos de la Comunidad y les mandaban la comida las Madres, y todos los días iban a pasar

un rato con ellas. Por fin, el Miércoles Santo pudieron salir en el coche de un militar que tenía una hija en nuestras Madres de las Batuecas. Nuestros Padres fueron quienes les proporcionaron este conocimiento (las ayudó mucho especialmente el P. Heliodoro, que era entonces el Prior de Ávila).

Al llegar a Madrid avisaron enseguida a las cuatro Hermanas desterradas, que acudieron presurosas, y fue grande la alegría por ambas partes. Al día siguiente, 30 de marzo, fueron a ver el Convento que encontraron en estado lastimoso, todo en ruinas. El noviciado y el coro bajo hecho un montón de escombros, el coro alto había desaparecido por completo; y, como había estado tanto tiempo a la intemperie, hasta crecían hierbas en él. La escalera pequeña había desaparecido y también un tramo de la grande. El piso de abajo tenía todavía bastantes puertas y ventanas; pero por lo demás todo estaba hecho un desastre. Lo único que se conservó milagrosamente fue la iglesia, pues aunque salieron las llamas por el coro bajo y el coro alto, y hasta había empezado a quemar[se] la entrada de la misma, no se quemó; y aunque robaron la puerta del sagrario, que era de bronce, y las coronas de las imágenes, estas últimas estaban intactas, y lo mismo las pilas del agua bendita y hasta el cirio pascual se conservaba. Esto nos sirvió de gran consuelo en medio de tantas penas, al ver cómo nuestra Santa Madre había velado por su iglesita. Nuestra Madre empezó a buscar alguna casita o piso donde nos pudiéramos refugiar; pero en vista de que no lo encontraba, decidió ir a vivir a la casa del segundo Capellán que, aunque tenía un boquete en el techo, estaba algo más pasable. Estando allí las dos Madres y la Hna. Margarita [Teresa de Jesús], les avisaron de Betoño que la M. Julia [del Corazón de Jesús] estaba gravísima, con una hemorragia tremenda que creían era producida por un tumor canceroso. Ya había recibido los Santos Sacramentos; pero deseaban que fuesen allí una de las dos Madres; y como nuestra Madre [Priora] deseaba inaugurar nuestra Iglesia el día del Corpus, que era el 8 de junio, partió para Betoño la M. Superiora el 6 de ese mismo mes. Encontró a la Madre [Julia] malísima; pero fue tirando con alternativas hasta el 21, [en] que Nuestro Señor se la llevó para sí. Nuestros Padres de Vitoria vinieron a cantar el funeral y hacer el entierro con tanta caridad, que no sólo devolvieron las 50 pesetas que les habíamos mandado, sino que añadieron otras 50 más. Allí descansa” [24](#)

6.3. De vuelta en Madrid y regreso a Ponzano [25](#)

La Priora entendió que ya había llegado el momento en que todas debían de reunirse en Madrid y, a ser posible, habitar el maltrecho Carmelo de Santa Teresa. Como se verá, sus deseos no pudieron cumplirse ante la tozuda realidad, y para regresar definitivamente a Ponzano tuvieron que acogerse nuevamente a la caridad de otras contemplativas. Acudimos al relato de Asunción de San José:

“Después de la muerte de Madre Julia, dispuso nuestra Madre que todas volviésemos a Madrid. [...] El día 30 de junio ya estábamos todas en Madrid, instaladas en las ruinas de nuestro convento. Dormíamos unas en la Sacristía; otras, en el Capítulo; otras, en la Provisoría; algunas, en el Refectorio. Pasamos unos días con bastantes trabajillos y algunas con bastante temor de que se les hundiera el techo de las habitaciones donde dormíamos, como así sucedió a los ocho días, que se desplomó el techo de arriba de la Sacristía, que esta habitación tenía los dos techos, y gracias a eso no ocurrió ninguna desgracia y sólo tuvimos un susto espantoso [26](#); y ya no nos podíamos quedar allí. [...]

Y así, la Señora Viuda de Baselga, madre de Hermana Margarita [Teresa de Jesús], nos ofreció con mucha caridad un piso desalquilado que tenía en su casa de la calle de Núñez de Balboa; y allí nos

trasladamos todas. Aquí tenemos que hacer mención de la grandísima caridad que tuvieron con nosotras las Hermanas de la Caridad, en especial Sor Consuelo, que era Superiora del Hospital de Vitoria, y habiendo hecho el viaje a Madrid con alguna de nuestras Hermanas, se tomó tanto interés por nosotras que nos proveyó de colchones, de sábanas, toallas, de vajilla, de sillas y hasta nos trajeron un día una tortilla ya guisada, café, azúcar, legumbres, etc., que agradecemos en el alma, como también todas sus demás bondades que no olvidaremos nunca, y pedimos a Dios se las premie con creces.

Instaladas ya en la casa de la Sra. Vda. de Baselga, como ella tenía facultad para tener oratorio [...], trasladó el Santísimo y todo lo de la capilla a nuestro piso, y empezamos a hacer allí vida de Comunidad en todo lo que podíamos, mientras buscaban las Madres alguna casa por Chamartín o Ciudad Lineal, donde pudiéramos recogernos.

Nuestro Convento quedó al cuidado de un vecino que durante la guerra se ocupaba de la huerta, y siguió trabajando en ella. Aunque lo hacía por su ganancia, sin embargo fue providencial su trabajo, pues así no se estropeó del todo la huerta, ni talaron todos los árboles, como sucedió en otras partes. [...]

Al fin pensamos sería mejor ver si nos podían hospedar en algún convento [...].”

Una vez más, vemos a las Teresas buscando otro convento que pudiera albergarlas. En esta ocasión, el amparo lo encontrarían en las Agustinas Recoletas, cuya Fundadora Mariana de San José siempre se sintió estrechamente vinculada a Santa Teresa de Jesús²⁷. No resultó muy fácil esa acogida, puesto que el Monasterio de la Encarnación había sufrido grandes daños; pero con buena voluntad todo se arregla, y de ello andaban sobradas ambas partes. Eso sí, puesto que «de bien nacidos es ser agradecidos», las Carmelitas de Ponzano no han dejado escapar ninguna oportunidad, para expresar la gratitud imborrable hacía sus hermanas Agustinas. Veamos cómo se refleja en el Libro de Becerro la feliz convivencia que mantuvieron durante dos años ambas Comunidades:

“Por fin, el día 31 de julio nos dirigimos al Convento de las Agustinas Recoletas de la Encarnación, que guardaban ya clausura, aunque no papal. Este Convento padeció mucho por los bombardeos y la parte que podían dar para que pudiesen hospedarse algunas religiosas estaba llena de boquetes de los obuses; y por eso, aunque religiosas de diferentes órdenes y aún de la suya propia les habían pedido hospedaje, se lo habían negado; pero Nuestro Señor movió el corazón de la tornera; que aunque al principio nos dijo que no podía ser, por el motivo arriba dicho, por fin avisó a la Priora y hablamos con ella y la Madre Superiora; y como nos conformábamos con cualquier rinconcito que nos pudiesen dar, aunque estuviera con muchos boquetes, dijeron lo pensarían y lo consultarían [...]. Y entramos en su clausura el 23 de agosto [de 1939].

Hacíamos vida independiente, pues nos dieron una tribuna o coro alto, en donde rezábamos el Oficio Divino. Para la Misa de Comunión, bajábamos con ellas al coro bajo; y también los sábados para cantar la Salve; y los días de Navidad y Resurrección cantamos también juntas los Maitines. Nos dieron una pieza para refectorio y algunas celdas. En unas dormían dos, y otras se arreglaron en algunas habitaciones; pero todas encantadas de estar por fin en clausura.

[...] Nos juntábamos en la hora de recreación con ellas y también los días de grandes fiestas nos

convidaban a comer, y en todo nos dieron muestras de grandísima caridad; y vivimos muy unidas con ellas formando un solo corazón las hijas de San Agustín y de Santa Teresa”.

En el Monasterio de la Encarnación hizo su año de noviciado la Hna. Margarita Teresa de Jesús, profesando al año siguiente, el 24 de agosto de 1940. También tomaron allí el hábito las Hermanas Ángeles de la Eucaristía, María Pilar de la Santísima Trinidad y María Pilar del Corazón de Jesús. La primera profesó el 30 de abril de 1941; las otras dos, en el Convento de Ponzano. María Jesús de la Santísima Trinidad, que no había podido hacer la profesión solemne a su debido tiempo, al fin lo consiguió el 8 de septiembre de 1941²⁸.

Confiesa Asunción de San José que llegaron a pensar en vender el ruinoso Convento de Ponzano, sobre todo “porque como estaban construyendo una casa de siete pisos pegada a la tapia y que nos dominaba toda la huerta, nos parecía una falta de clausura el volver a él; y se hicieron diligencias para venderle; pero en vista de que no salía comprador; y por otra parte, cada año que pasaba a la intemperie se estropeaba más, nos decidimos por fin a reconstruirle.

Se puede decir que casi por milagro se había recuperado el capital de la Comunidad, pues aparecieron los títulos en unos cajones que se llevaron los rojos a Figueras. De lo que no ha aparecido rastro es de los vasos sagrados y reliquias, como tampoco de varias imágenes, aparte de las que se quemaron [...]. Viendo pues que Nuestro Señor nos había devuelto ese capital, decidimos vender parte de él para reconstruir nuestro querido convento; pareciéndonos esto mejor que no pedir algún préstamo y quedar después con deudas que no pudiéramos pagar.”

Las obras se comenzaron en julio de 1940. Concluidas un año después, el 3 de julio de 1941, decidieron instalarse definitivamente en su Carmelo. Obviamente, la feliz convivencia con las Madres Agustinas había establecido lazos de fraternidad que hicieron penosa la separación por ambas partes. En el Libro de Becerro las agradecidas Carmelitas hicieron constar las muestras de afecto, que recibieron de sus protectoras: “Nos regalaron las buenísimas Madres Agustinas un hermoso Vía Crucis y un Cristo yacente, que aunque está algo estropeado es muy devoto [...], libros y medicinas y cosas de enfermería. Además, algunas mesas [...]. Hasta la buena Demandadera de las Madres Agustinas, que se llamaba Matilde Alonso y nos hacía nuestros recados con muchísima caridad, nos regaló una cómoda y algunas cosas de ropa”.

¹ Fuente principal L.B.

² Desde las diez de la mañana se comienza la quema de iglesias, conventos y colegios católicos.

³ En diciembre de 1934, ya profesa, saldría de Madrid para unirse a las fundadoras del Carmelo de Tánger. No acabó allí su andadura, ya que años más tarde, tras un período de estancia en el Carmelo de Talavera de la Reina, salió con otras religiosas para una fundación en Fuenterrabía y algunas más.

⁴ Fuentes: L.B.; BREVES APUNTES...; CARTAS DE EDIFICACIÓN respectivas; REYNA CERERO: “Crónica 19 de septiembre...”; SST, L^o XV, Cap. IX. SST, L^o XV, Cap. IX.

[5](#) Religiosas de María Inmaculada, que mantienen el Noviciado en Río Rosas. Su Fundadora fue Santa María Vicenta Carvajal y Vicuña.

[6](#) Recurso muy manido, como también se ha visto cuando la epidemia del cólera en 1834.

[7](#) No tardarían mucho tiempo en ir a buscarlo a su casa para matarlo. Así se relata en la semblanza escrita a la muerte de Margarita Teresa de Jesús, en la Misión de Miri (Sarawak, Malasia): “One night they came to their home and took him away in the presence of her mother and the whole family [...]. Amalia Maycas accompanied him until the car of the communists. That was the last time they saw him. [...] He died a martyr”. Amalia Maycas, madre de Margarita Teresa, era la esposa de Fernando Baselga y Recarte, asesinado el 7 de noviembre de 1936.

[8](#) Esta acotación entre paréntesis, así como las sucesivas referencias a su hermana seglar, tan involucrada en la situación, y el próximo paréntesis, evidencian que la autora del relato, al menos en gran parte, es la M. Asunción de Villaurrutia, de la cual ya hemos transcrito una información en torno a la vuelta de las Constituciones propias de la Orden, en 1904. Es muy probable que también sea autora de gran parte de la crónica relacionada con la Guerra Civil, a partir de las votaciones de febrero de 1936.

[9](#) ¿“Auxilio Social”?

[10](#) Al final de este párrafo, se hace constar entre paréntesis: (hasta aquí la Madre Asunción).

[11](#) Era Ingeniero de Montes.

[12](#) Hoy Santa Maravillas de Jesús. Fue canonizada por Juan Pablo II, en Madrid, el 4 de mayo de 2003.

[13](#) Los textos entrecomillados corresponden a su Carta de Edificación.

[14](#) Profesó el 22 de abril de 1913, a los 20 años.

[15](#) No existe Carta de Edificación; su semblanza se encuentra en el Libro de Becerro, dentro de la Crónica relativa a los hechos relacionados con la Guerra Civil durante los años 1936-1939.

[16](#) En relación con este episodio, la crónica relata la actuación conmovedora de un miliciano “que las acompañó hasta el tranvía, que se lo pagó, y las recomendó al conductor para que las bajase en la calle de Lista”, cerca de donde vivía la hermana de Asunción de San José.

[17](#) Los puntos que no van entre corchetes corresponden al relato.

[18](#) Las Carmelitas Julia y Ana María habían sido las dos primeras que cubrieron las vacantes dejadas por las restauradoras de Beas.

[19](#) La Priora, María Cruz de Jesús, dice en su relato que las sardinas les habían costado 3 pesetas y la carne, 3.50.

- [20](#) Comenta la Priora respecto a la llegada a Port Bou el día 18: “Aquí fue el registro de las maletas y de nuestras personas; la revisión de la documentación (tuvimos que pagar 40 pesetas por cada una); el recuento del dinero que llevábamos, y un sinfín de intrínquilis que creí no acabábamos nunca”.
- [21](#) Siendo Cónsul en Toulouse, compró una parcela en Betoño (actualmente, término municipal de Vitoria-Gasteiz), para construir un monasterio de Carmelitas Descalzas bajo la advocación de la Santísima Madre de Dios de Betoño. El 11 de septiembre de 1904 se puso la primera piedra. Se completó el mismo con un cementerio anexo, una pequeña capilla y la iglesia. Por falta de vocaciones, se procedió a su cierre el 14 de abril de 1999, siendo trasladados los restos del cementerio a otro convento.- En el mismo lugar, se encuentra ahora el Centro de Documentación de la Cultura Vasca.
- [22](#) En Crónica de 1936-39, se confirma que hasta aquí es autora la Decana Carmen del Niño Jesús.
- [23](#) Diócesis de Bilbao.
- [24](#) “Y rodeada de las dos Comunidades, que la asistieron con todo interés y cariño, y del Sr. Capellán, D. Agustín, murió el 21 de junio de 1939 a las 9 de la mañana. Al día siguiente fue el entierro en el grande y precioso cementerio que tienen en el extremo de la huerta. Precisamente, la Rvda. M. Julia, q.e.p.d., era prima del fundador”. (BREVES APUNTES).
- [25](#) Fuentes: Fundamentalmente, L.B. y C.E. M^a Carmen del Niño Jesús.
- [26](#) La más asustada fue M^a Carmen del Niño Jesús, puesto que fue a ella a quien se le cayó parte del techo encima de la habitación donde dormía. Con sus setenta años bien cumplidos, la impresión fue tan traumática que le dieron licencia para pasar un tiempo en el Carmelo de Alba de Tormes hasta recuperarse, según consta en su Carta de Edificación.
- [27](#) “La influencia de Teresa de Jesús, a quien Mariana conoció muy niña, fue decisiva para el desarrollo de su vida. La propia asimilación del concepto camino, como vía de perfeccionamiento, indica su aproximación al espíritu de la Santa abulense, que emularía en las sucesivas etapas de su obra fundacional”. (BARBEITO, Mujeres y Literatura, p. 315.
- [28](#) Pero las penalidades que soportó a lo largo de su vida acabaron pasándole factura y tuvo que estar ingresada en un sanatorio algún tiempo, por problemas neurológicos.

7. DEVENIR DEL CARMELO DE

SANTA TERESA DESDE 1941 A 1999¹

7.1. Vicisitudes conventuales.

Como queda dicho al final del apartado anterior, el 3 de julio de 1941, las Teresas tomaban posesión de su Carmelo de Ponzano, una vez rehabilitado. Asunción de San José lo relata así al escribir la Crónica:

“El mismo día que nos trasladamos, vino por la tarde el Sr. Vicario D. Manuel Rubio a bendecir el convento y sus dependencias, y al día siguiente, que era primer viernes de mes, después de reconciliar nuestra iglesia, dijo la primera misa acompañado de dos Padres Carmelitas Descalzos, que eran los Padres Ireneo de Sta. Teresa e Isaías de la Virgen del Carmen. [...] El 25 de ese mismo mes, en la fiesta de Santiago Apóstol, vino otra vez el Sr. Vicario General y nos puso la clausura papal, quedando todas encantadas”.

Ya se citaron los generosos obsequios de las Agustinas, sabedoras de las carencias con que iban a reanudar su vida las Carmelitas. Otras muchas dádivas que fueron recibiendo, también las da a conocer Asunción de San José:

“La Comunidad quedó con mucha falta de todas las cosas y sobre todo de muebles; pero Nuestro Señor nos fue proveyendo. La hermana de M. Nieves [de San Juan de la Cruz], Carmen Herrero, nos regaló una cómoda, sillas y unos estantes para libros; y, además, en unión con sus hermanos, el Crucifijo y candeleros del Altar Mayor; y su prima, unos floreros para el mismo. Cuando se casó el hermano de nuestra Hna. María [de la Eucaristía], regalaron una preciosa puerta para el Sagrario; y para la profesión solemne de las Hnas. Pilares², regaló su prima, Ana María de la Lama, cuatro hermosos candeleros para el camarín de nuestra Santa Madre [...]. En la profesión simple de las mismas Hermanas, también costearon sus madres un rico relicario de plata para el velo de nuestra Santa Madre. Esta reliquia que estaba en el oratorio del noviciado, nos la salvó D. Rafael Laínez³, un señor muy bueno y piadoso, que tenía un cargo en la Biblioteca Nacional y se dedicó a salvar obras de arte de los conventos e iglesias. Este señor nos salvó también las imágenes de nuestro Padre San José y de la Inmaculada, obras del insigne escultor Pedro de Mena, y otras varias imágenes y cuadros; además, papeles [...] que se encontró en las celdas, y nos confesó que había leído con gran edificación y provecho de su alma.

Enseguida que se quemó el Convento, entró nuestro lechero y pudo salvar el escapulario de Santo

Domingo y algunas cosas pequeñas de sacristía, amitos, corporales, purificadores, etc., y algunos trajes del Niño Jesús y cosas de labores. Mucho se lo hemos agradecido y pedido a Dios se lo premie.

Como ya hemos dicho, todas las reliquias se perdieron, excepto el velo de nuestra Santa Madre [...], una carta autógrafa suya y una copia del Camino de Perfección, que tiene enmiendas y la aprobación escrita de su letra; además, un tratado de letra de la Beata Ana de San Bartolomé y unas cartas suyas. Estos dos libros se conservaron en casa de las hermanas de Hna. Carmen Teresa, con un niño Jesús precioso, que era del Nacimiento. En casa de la hermana de Madre Asunción, se conservaron las imágenes de los cuatro Evangelistas; la Virgen del Torno, que trajeron las fundadoras de nuestra Comunidad, cuando vinieron de Ocaña; un San Juan Bautista y un devotísimo busto del Ecce-Homo, que tenemos en el Capítulo.

Además del copón que nos regalaron nuestras Madres de Betoño, nos han regalado otro las Madres de Guadalajara y uno pequeñito la Sra. Vda. de Baselga. Cálices, tenemos uno que nos ha regalado la Marquesa de Polavieja y otro Carmen Villaurrutia. [...] El Señor Vicario, D. Manuel Rubio, nos regaló una custodia, bancos para la Iglesia y fue mucho lo que se interesó y favoreció a la Comunidad, y en agradecimiento se le mandó Carta de Hermandad, sabiendo lo entusiasta que era de nuestra Sagrada Orden [...]”⁴.

Todo normalizado, al menos en apariencia, por orden del Obispo de Madrid-Alcalá, el 1 de julio de 1942 se establece en la Iglesia del Monasterio la por entonces recién creada Parroquia de San Juan de la Cruz⁵. Esta incorporación que, en principio preocupó a las Teresas, fue resolviéndose de modo que no alteró la vida regular del Carmelo e incluso les proporcionó la satisfacción de saber que contribuían a un servicio pastoral, cuyos frutos podían considerarse muy positivos.

Pero poco duró la tranquilidad. En 1944 se evidenció un problema de difícil solución. El dineral empleado en las obras de restauración no se correspondía con la solidez que cabía esperar. Apenas habían transcurrido tres años, cuando descubrieron con horror que era necesario “apuntalar varias piezas, porque el piso de las celdas amenazaba hundirse”

Menos mal que la intranquilidad duró poco, si bien las perturbaciones consecuentes fueron inevitables. El “Dios aprieta; pero no ahoga”, se evidenció con la intervención de manos amigas que resolvieron la crítica situación. Conocedor de que la Comunidad había gastado en la primera obra el capital disponible, se hizo cargo de la misma el Arquitecto Miguel Ángel García-Lomas, cuñado de María Dolores del Espíritu Santo, cuyos padres asumieron los costos en su totalidad. Las favorecidas responderían con el pago de un caudal inagotable: “Nunca los podremos olvidar en nuestras oraciones por todo lo que han hecho a la Comunidad. En agradecimiento, les dimos carta de hermandad, y en los capítulos conventuales la Madre Priora siempre los nombra entre los bienhechores”.

Años más tarde, hubo que realizar nuevas obras en la iglesia, como consecuencia de una invasión de termitas. Vuelve a participar de manera decisiva Miguel Ángel García Lomas, por entonces Director de Arquitectura, y en esta ocasión consigue ayuda estatal, encargándole los trabajos de rehabilitación al Arquitecto D. Antonio Vallejo. El 19 de marzo de 1963, puede celebrarse con gran solemnidad la restauración de la Iglesia de Ponzano. Predica el insigne teresianista Padre Efrén de la Madre de

Dios (OCD), Confesor de la Comunidad.

Sin embargo, no acabaría ahí el patrocinio de D. Miguel Ángel García-Lomas, puesto que poco tiempo después consiguió otra subvención del Estado para arreglar la parte del Convento que también tenía termitas, reponer el campanario, restaurar el Coro alto e instalar en unos cuartos disponibles encima del mismo el taller de encuadernación.

Broche definitivo de la gran labor realizada hasta concluir el Convento —tal como ahora podemos contemplarlo— fue el campanario. D. Casimiro Morcillo, entonces Arzobispo de Madrid, bendijo las nuevas campanas el 5 de diciembre de 1964. Recibieron los nombres de Santa María (la más grande) y San José (la pequeña).



Otras celebraciones.

Las Carmelitas Descalzas son muy dadas a las celebraciones, como inculcó en sus hijas la Santa Fundadora. Ponen sumo cuidado en solemnizar las fechas conmemorativas y las que señala la liturgia; pero a su vez aprovechan cualquier circunstancia venturosa para festejarla, como puede comprobarse en los casos siguientes:

◆ En 1947, el P. Silverio de Santa Teresa (OCD)[6](#) les hace una visita con motivo de su elección como Prepósito General de la OCD. El modo de celebrar este acontecimiento queda reflejado en sus crónicas de la siguiente forma:

“Con gran alegría recibimos su visita, hasta compusimos unos cantos expresándole nuestro gozo de tenerle por P. General. Su Reverencia, tan entusiasta de N. Sta. Madre y de sus hijas, se mostró sumamente complacido entre nosotras [...]”.

◆ También se recibe con alborozo el manuscrito original de las Moradas de Santa Teresa[7](#), que sale temporalmente de las Carmelitas de Sevilla, para su restauración en Roma. Al Carmelo de Ponzano llega el 27 de febrero de 1962.

◆ El IV Centenario de la Reforma coincide con obras en Ponzano:

“En la visita del brazo de nuestra Santa Madre, nos hicieron obra en la Iglesia. [...] Coincidió esta obra con los seis primeros meses largos del IV Centenario de Ntra. Sgda. Reforma. El día 24 de agosto lo celebramos por tanto en la intimidad de nuestra clausura. Vino el Padre Efrén, Confesor de la Comunidad, a decir la Misa, y dirigió una hermosa plática, aludiendo a la gran fiesta que se celebraba en todo el Carmelo y nosotras lo hacíamos con todo fervor de una manera silenciosa y escondida”.

El 19 de septiembre de 1962[8](#) llega a Ponzano el brazo de Santa Teresa, reliquia custodiada con carácter permanente en Alba de Tormes; y aunque siguen condicionadas por las obras de rehabilitación, también lo celebran en la intimidad; pero con diversas demostraciones de regocijo y veneración.

◆ El 27 de septiembre de 1970, Su Santidad Pablo VI proclama Doctora de la Iglesia a Santa Teresa de Jesús. Dice la cronista: “La Comunidad quiso celebrar este gran acontecimiento dedicando el mes de septiembre a honrar de modo especial a nuestra Santa Madre”. Entre otros homenajes, leen sus obras y componen cancioncillas. La que sigue es para ese día 27, a la hora de levantarse (seis y cuarto de la mañana):

Levántate ya, hermana, / y llénate de alegría,
el Carmelo está de fiesta / y de gala en este día.

A nuestra Madre Teresa / el Papa va a proclamar:

Santa y mística Doctora / de la Iglesia universal

◆ Un motivo de celebración anual lo constituye el 15 de octubre, festividad de Santa Teresa de Jesús; al que en 1973 se sumó la consagración solemne del altar de la Iglesia de Ponzano por el Cardenal de Madrid Vicente Enrique y Tarancón. Debido a las nuevas normas litúrgicas hubo que hacer obra; y esa transformación exigió volver a consagrarlo.

◆ El 15 de octubre de 1981, comienza la conmemoración del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, que concluirá obviamente en la misma fecha del siguiente año 1982. Durante todo ese período, las Carmelitas de la Comunidad de Ponzano van leyendo en el refectorio, una vez más, las obras de la eximia Fundadora. Es una forma de venerarla y a la vez nutrirse de su doctrina.

◆ Otro motivo de alegría lo constituye la llegada a España del Papa Juan Pablo II, el 31 de octubre de 1982. El entusiasmo es mayor, toda vez que al día siguiente, 1 de noviembre, se reunirá en el Monasterio de la Encarnación, de Ávila, con las Carmelitas Descalzas de diversos monasterios. La falta de espacio, sólo permitió que asistieran dos monjas de cada convento. Del de Ponzano salieron la Priora y —por sorteo— la Supriora. El resto de la Comunidad pudo ver todos los actos televisados, gracias a “un permiso especial”.

◆ Tuvo singular relevancia para las Teresas el III Centenario de su llegada a la Villa y Corte, como segunda fundación de Carmelitas Descalzas. (Vs. 4.1.-4.3.). El insigne teresianista P. Efrén de la Madre de Dios, puso de manifiesto una vez más sus dotes de orador carismático, en un triduo de misas celebradas los días 7 al 9 de septiembre de 1984. “En las homilias relató la vida de nuestra Madre Fundadora [Mariana Francisca de los Ángeles], exaltando sus virtudes y tantos dones como recibió del Señor. El último día habló de la Fundación y de la historia de la Comunidad”.

El día 10 fue el broche solemne. Para que el lector se haga una vaga idea de las galas y alegría rebosantes en el Convento, anotamos algunos detalles ilustrativos tomados del Libro de Becerro, que pone de manifiesto cómo donde falta el lujo suele abundar el ingenio:

“Unos días antes, adornamos los claustros con banderitas blancas y marrones con el escudo de la Orden. Pusimos un cuadro de la Venerable [Mariana Francisca de los Ángeles] en una especie de dosel, adornado con macetas. En una maceta pusimos un cuadro que nos regalaron nuestras Madres de Ocaña con la fotografía del Convento, destacando la puerta por donde salieron nuestras

fundadoras. En otra maceta, pusimos un pergamino que nos pintó una Hija de la Caridad, en el que figura la Santa Madre, la cúpula de este Convento, y pensamientos de la Santa Madre y de la Venerable. En el centro, debajo del cuadro, pusimos otro pergamino con estas palabras de la Madre Mariana poco antes de morir: “Amaos mucho unas a otras y vivid con mucha paz y caridad”. [...] El sábado día 9 nos despertaron cantando las siguientes coplillas:

Ya están llegando / nuestras fundadoras,/

alegres cantemos / hosanna a esta hora.

[...]

Ya tiene Teresa / nuevo palomar, /

“teresas” seremos / en este lugar

[...]

El día 10 fue la gran fiesta. [...]. En las tablillas cantamos lo siguiente:

Levantaos hermanas con alegría / [...]

Celebramos con gozo, entusiasmo y amor,

el tercer centenario de esta Fundación

[...]”

Y, como no podía ser menos, el 14 de abril de 1993, también se conmemoró festivamente el primer Centenario del traslado de las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa desde el Pardo al actual emplazamiento de Ponzano. (Vs. 5.1.)



Constituciones

Las Carmelitas Descalzas, como en general quienes se consagran a Dios dentro de la vida regular, son conscientes del valor esencial y fundamental de unas Constituciones adecuadas al carisma

elegido. Precisamente, en el último cuarto del siglo XX, los días 2 al 5 de noviembre de 1975, se celebró en Ávila una Asamblea General de todas las Prioras de la Provincia de Castilla, para tratar de las Constituciones. Reunía a setenta monjas. La Priora del Convento de Santa Teresa, de Madrid, María de la Eucaristía, asistió acompañada por María Teresa de San José. Fue presidida por el Padre General, el Provincial y el Secretario. Según consta en el Libro de Becerro, “predominó el deseo de mantenerse fieles al espíritu de la Santa Fundadora y sus deseos de hacer la Reforma, de volver a las fuentes de la Orden”.

Y tras reflexionar sobre el tema, la Comunidad de Santa Teresa, de Madrid, “unida a otras Comunidades, pidió directamente a la Santa Sede conservar las Constituciones de la Santa Madre, de 1581, adaptadas convenientemente, según las directrices del Concilio Vaticano II y el nuevo Código de Derecho Canónico”.⁹

El Cardenal Casaroli, en carta de fecha 15 de octubre de 1984, dirigida al Padre General de los Carmelitas Descalzos, le comunica la decisión de la Santa Sede de que “la legislación de las Carmelitas Descalzas se compondrá de las Constituciones de Alcalá de 1581, con las oportunas precisiones y capítulos adjuntos, anteceditos por un Proemio doctrinal”.

Aún transcurrirían seis años hasta la aprobación definitiva el 8 de diciembre de 1990. Al fin, como colofón de esta larga espera, consta en el Libro de Becerro: “El 8 de abril de 1991, en una sencilla ceremonia en el Coro, recibimos cada una un ejemplar de las Constituciones encuadernado por las hermanas”.

Para las Comunidades que prefirieron una vida regular algo más atenuada, la Santa Sede aprobó otro texto legislativo elaborado por los Padres de la OCD en 1991.

7.2. Más fundaciones transoceánicas¹⁰.

La ocupación japonesa en 1941, supuso múltiples calamidades y situaciones de riesgo para las Carmelitas Descalzas del Carmelo de Nuestra Señora y Santa Teresa del Niño Jesús, de Jesselton: “cambios de Conventos, privaciones sin número y, a causa de ellos, enfermedades en la Comunidad”. Una de las víctimas más afectada fue Casilda de Santa Teresa del Niño Jesús, que acabó con su cuerpo totalmente deformado. En cuanto a la M. Josefina María del Amparo, a sus años y con problemas de movilidad, el que la Comunidad se viera obligada a abandonar el Carmelo resultó otro verdadero calvario. María Teresa de la Virgen del Pilar había sido elegida Superiora en 1940; y tres años más tarde, Priora, lo cual supuso que parte de su trienio coincidiera con la ocupación japonesa.

Hasta 1945, en que la Armada australiana tras vencer a los japoneses entró en Borneo, no consiguieron la estabilidad. Fue en octubre de ese mismo año, cuando regresaron definitivamente al convento de Jesselton. Y, a partir de entonces, sintiéndose ya segura la Comunidad, no dudaría en aceptar las propuestas de otras fundaciones para difundir la Orden del Carmen Descalzo allende los mares.

Carmelitas Descalzas del Inmaculado Corazón de María, en Kuching (Sarawak)

Aunque supone un desgarramiento para la Comunidad de Jesselton, y de manera especial para Josefina María del Amparo, la evangelización está por encima de cualquier motivación afectiva e incluso práctica, y otro Carmelo en Kuching sería un importante bastión para el mensaje apostólico.

En 1940, Margarita María de Jesús había sido elegida Priora por primera vez. En su C.E. se dice: “En 1943, fue al locutorio un Padre que había estado prisionero por los japoneses en Kuching, con el encargo del Prefecto de Sarawak Monseñor Hopfgartner, pidiendo fundásemos en su Prefectura tan pronto como acabase la guerra”. Este llamamiento caló muy hondo en la Priora y no cejó hasta dar la respuesta adecuada. Obtenidas las correspondientes licencias, el 5 de diciembre de 1947, salieron a fundar el nuevo Carmelo: María Margarita de Jesús, Teresa del Niño Jesús, María Asunción de San José, Teresa Margarita del Sagrado Corazón, Encarnación del Santísimo Sacramento, Lucía de la Madre de Dios, Beatriz de Jesús y María Cecilia de Santa Teresa. Se puso bajo la advocación del Inmaculado Corazón de María e inauguró el 19 del mismo mes y año. Dos días después, se celebraron elecciones y recayó el cargo de Priora en Margarita María de Jesús; el de Supriora, en Teresa del Niño Jesús, que había sido la primera postulante de Jesselton. En el Rescrito de Roma, de fecha 12 de agosto, se hizo constar cómo la Comunidad debería “vivir solamente del trabajo de manos y de limosnas”. Esto es lo que se había pedido; pero supuso un enorme esfuerzo hasta lograr que acabara de construirse el pequeño Convento. Volvieron a sentirse ayudadas por la Providencia, mediante limosnas muy generosas y la aportación decisiva de la herencia que recibió de su padre la M. Margarita María.

Pero aún vino a sumarse otra dificultad más a la puesta en marcha de la nueva Fundación: faltaban vocaciones para cubrir el número de plazas con que debía contar la Comunidad. De ahí que el 2 de octubre de 1954, llegaron como «agua de mayo», cuatro Hermanas del Carmelo de Santa Teresa de Madrid: Margarita Teresa de Jesús, María Pilar de la Santísima Trinidad, Paz de Santa Teresita y Elena del Corazón de María. Su viaje bien merece que nos detengamos en aportar algunas pinceladas con respecto al mismo y a las ilusionadas protagonistas.

El Archivo de las CSTM, custodia otro documento verdaderamente sugestivo: la Relación del viaje de las Carmelitas Descalzas del Convento de Santa Teresa de Madrid a Kuching (Borneo) y de una hermana del Convento de Maliaño (Santander) con destino a Jesselton (Borneo). La narradora, Elena del Corazón de María, con la gracia peculiar que hemos apreciado en otras cronistas ocasionales, comienza relatando la salida de Madrid el 2 de octubre de 1954, y concluye con el feliz arribo a su destino, el 12 de octubre del mismo año. Esta última parte es la que se transcribe a continuación:

“[...] Nos esperaba el barco¹¹ que daría fin a nuestro largo viaje. Gentes por todas partes llenaban el puerto, mozos negros, cobrizos, chinos con su coleta, etc., etc..., queriendo llevar las maletas. Pronto cargó uno con ellas; y después de agradecer a nuestros bienhechores, sobre todo al Padre [Teijeira], cuanto habían hecho por nosotras, montamos en una gasolinera que nos acercó al barco. Por unas escalerillas que se movían bastante, subimos seguidas del mozo, que una a una fue llevando nuestras cuatro maletas y dejándolas en la cabina número 7 reservada para nosotras; quisimos darle dos dólares de propina, pero nos decía por señas y en inglés que quería ocho y no había medio de

hacerle marchar; temiendo nos diera algún susto, le dimos los ocho y nos dejó en paz. [...]

A eso de las cinco sonaron las sirenas empezando a andar el barco. El mar estaba tranquilísimo y no nos cansábamos de mirarlo. ¡Lleva tanto a Dios! Pronto nos vimos en alta mar y nos dispusimos a salir a dar una vuelta para saber donde estaba el comedor, etc... Enseguida lo encontramos y volvimos a nuestro cuartito, pues era donde mejor estábamos [...].

La Hermana María Pilar, por miedo a los vecinos, se acostó vestida y todas nos contagiarnos ¡y qué calor pasamos! Muy temprano nos levantamos y gracias a Dios acertamos, pues nos traían para tomar en la cama el primer desayuno. ¡Estos ingleses no piensan más que en comer! Té con leche y pastas. Apenas habíamos terminado, llaman a la puerta para que vayamos a tomar el “breakfast” al comedor, y no acababan de traernos platos! Lo primero una papilla de arroz completamente sosa, que al día siguiente nos enteramos que había que añadir la leche y azúcar, y así estaba muy buena, las demás cosas todas a estilo europeo y muy bien condimentadas y servidas. Lo más trágico era el entenderse con aquellos medio chinos, medio malayos, que si nosotras no sabemos inglés, el que hablan aquí es más ininteligible; ellos se reían y nosotras hacíamos lo mismo. Siempre después de las comidas, aprovechábamos ese ratito que no había nadie, para asomarnos a la barandilla que había en cubierta y disfrutar de la inmensidad del mar y vimos saltar los delfines alrededor del barco.

Todo el viaje siguió muy tranquilo. Seis horas antes de llegar a Kuching entrábamos en el río Sarawak y por estar la marea baja tuvimos que esperar. Mientras esperábamos que fuese hora empezó a llover de una manera torrencial; no se veía la orilla opuesta del río y además tuvimos que cerrar las ventanas del camarote, pues entraba el agua y había bastante calor; ahora vemos lo corriente que son esos chaparrones en Borneo. [...] A las tres y media reanudamos el viaje, las vistas eran preciosas, el río anchísimo bordeado de bosques espesísimos de toda clase de tonos verdes, pues aquí la vegetación, como ecuatorial, es frondosísima. A eso de las cinco y media empezamos a ver casitas de madera sobre patas que se levantan del suelo como medio metro, y mucha gente que a nosotras nos hizo decir: «¡Todo Kuching ha salido a recibirnos!». Gracias a Dios vimos la alta figura de nuestro confesor P. Harry y otro Padre, varias religiosas europeas de la Misión y Lizi, la demandadera de nuestras Madres. Al ver nuestras señas nos contestaron enseguida. Una vez que paró el barco, acercaron las escalerillas directamente al puerto, que, aunque es el más importante de Borneo, no se parece ni con mucho al peor de Europa, pues no podemos olvidar que estamos en tierra de Misiones.

Después de los primeros saludos en inglés, en español y en todos los idiomas, incluyendo el de las señas, montamos en los coches «europeos» de los Padres y de un señor inglés muy amable, que nos llevaron a la iglesia que aquí tienen las Misioneras Franciscanas de San José, también de Mill Hill, como los Padres. Vinieron a saludarnos los Hermanos de la Doctrina Cristiana irlandeses [...]. Casi enseguida llegó el Señor Obispo y fuimos a saludarle. Todos muy expresivos con las caras sonrientes y sin poder «encontrar palabras inglesas apropiadas para el caso» (gracias a que fue corto este rato). Nos dio su bendición y volvimos a coger los coches. Pronto nos encontramos en nuestro Convento; está en el lado derecho de la carretera y para llegar a él ha mandado hacer el P. Harry una entrada que quiere imitar los jardines de Europa, una especie de paseo con verde y flores, muy arregladito; nos hizo muy buen efecto.

Después de agradecer a los que nos habían acompañado todos sus servicios, entramos en la capilla [...]. Enseguida nos abrieron las puertas de clausura. ¡Qué alegría y qué emoción la de todas! [...]

El Convento estaba de fiesta, todo lo habían preparado con mucha ilusión y cariño, como en todas las ocasiones nos lo estaban demostrando. El claustro con bonitas guirnaldas y flores, así como el coro. En la puerta reglar hay un gran cuadro de Nuestra Santísima Madre, pues ese día estaba rodeado de flores con un gran letrero que decía: «¡Bienvenidas seáis, hijas mías!» [...]

Las recibidas con tanto entusiasmo eran portadoras de unas cualidades que garantizaban sus óptimas aportaciones futuras:

Margarita Teresa de Jesús es la más conocida de las que llegaron al palomar¹² de Kuching, debido a las diversas referencias hechas en torno a la misma. Novicia durante la Guerra Civil, la recordamos inevitablemente junto a su heroico padre; y al profesar, cuando la Comunidad se encontraba acogida en las Agustinas Recoletas de la Encarnación. Desde el regreso a Ponzano, una vez acondicionado el Convento, su vida monástica transcurrió felizmente, sin alteraciones, siempre a la escucha de la Voluntad divina. Ésta se le manifestó con la petición de ayuda que desde Kuching les hacía una Hermana tan querida para todas como era su tocaya Margarita María, con la que obviamente no había convivido en Madrid.

Pilar de la Santísima Trinidad, ya se dijo en otro lugar que era hermana carnal de María de la Eucaristía. Había entrado a engrosar la Comunidad acogida en el Monasterio de la Encarnación, y profesó en Ponzano. Kuching sería el último destino conventual. Su prometedor tránsito fue el 27 de enero de 2001, a la edad de 79 años.

Paz de Santa Teresita, que había profesado el 27 de febrero de 1943 en Ponzano, también se quedó en la Misión de Kuching hasta viajar a la Eternidad el 2 de julio de 1999.

Elena del Corazón de María profesó con la ilusión firme de servir al Esposo elegido el 5 de mayo de 1947. Cordial, divertida, incluso se dice que algo traviesa, y con una preciosa voz, llevó la alegría al Carmelo de Kuching y más tarde al de Miri, porque Margarita Teresa de Jesús quiso aprovechar tales cualidades para la nueva Fundación.

El impulso que supuso ese refuerzo cuádruple y la ingente labor realizada por Margarita María de Jesús hizo avanzar la Misión de Kuching a un ritmo vertiginoso. Incluso llegó a construir una nueva iglesia conventual, en la que de nuevo contó mayoritariamente con la generosa aportación de su familia. Llena de gratitud por los apoyos familiares y de sus hermanas Carmelitas, Margarita María de Jesús salió feliz al encuentro del Esposo el 23 de mayo de 1963.

Carmelo del Sagrado Corazón de Jesús, en Miri (Sarawak)¹³

Margarita Teresa de Jesús había prestado una ayuda valiosísima en Kuching, desempeñando todos los oficios. Al morir Margarita María de Jesús fue nombrada Superiora; luego, Priora durante dos trienios; de nuevo, Superiora y a la vez Maestra de Novicias. Tiempo después, le correspondería llevar a cabo otra empresa más difícil, pero de felices resultados para la propagación evangélica.

Anthony Lee, Obispo de Miri, puso especial empeño en realizar el proyecto que había alentado su

antecesor Anthony Galvin, de fundar una misión carmelitana en aquella Diócesis, para lo cual contaba con el beneplácito de la Madre Margarita María de Jesús. Pero la Priora Carmelita, como queda dicho, falleció el 23 de marzo de 1963, y en septiembre de 1976, el Obispo Galvin. Sin embargo, el deseo fundacional de ambos no caería en saco roto..

El 1 de julio de 1981, el Obispo Lee envía una invitación oficial al Carmelo de Kuching, proponiendo el establecimiento de una nueva Misión en Miri. El 20 de octubre de 1982, se desplazaron Margarita Teresa de Jesús y Josefina María de la Cruz, para ver in situ el lugar asignado. Volvieron complacidas, aunque con las dudas lógicas que suscitaba un paso de semejante envergadura. Fue decisivo el cambio de impresiones que mantuvo Margarita Teresa con su hermano Jesuíta Eduardo, al extremo de que ella misma aceptó encargarse de los pasos necesarios para la nueva Fundación.

Tras diversas vicisitudes, el 23 de mayo de 1985, salieron de Kuching con destino a Miri, Margarita Teresa de Jesús con cuatro cofundadoras. En un segundo grupo formado por otras tres, iría la también Carmelita procedente de Ponzano, Elena del Corazón de María. Mientras se realizaban las obras convenientes en el edificio destinado a convento, permanecieron alojadas en una cabaña. En ese tiempo de espera, Margarita Teresa fue elegida Priora. Al año siguiente, el 23 de mayo de 1986, entraron en el nuevo Carmelo; y tras el acondicionamiento del mismo por las religiosas, se celebró la inauguración el 6 de junio de 1986, fiesta del Sagrado Corazón, cuya advocación ostentaría. Ese día de gozosa celebración dio paso a la vida regular contemplativa, en la soledad del Carmelo, que tanto anhelaba la Comunidad.

El Priorazgo de la M. Margarita fue verdaderamente ejemplar para sus hijas y hermanas conventuales. El sentido ecuménico de que estaba imbuida, se pone de manifiesto en el deseo confiado a sus hijas de reunir a jóvenes de todas las razas dentro de aquella Comunidad conventual, en consonancia con la multirracial diócesis de Miri. Algo que define su afable personalidad y manera de entender el amor al prójimo es la importancia que concedía a lo que dio en llamar el Smiling apostolate, que puede traducirse como «Apostolado de la sonrisa». Consistía en que un rostro sonriente y piadoso arrancara la respuesta de otra sonrisa de cualquier rostro, ya fuera triste, tímido, enfermizo, joven o envejecido. Ella lo practicó hasta el último aliento, puesto que en el lecho de muerte “sonrió a todos aquellos que la visitaban”. Doctores, enfermeras y amigos se sentían fascinados por su bella sonrisa y comentaban, “Mother is always smiling”. Siempre cordial, llena de paz y sonriendo, entregó su alma a Dios el 19 de agosto del año 2000. El 21 de agosto, en un emotivo y solemne funeral, cuyo sermón pronunció el Obispo Anthony Lee, se celebraron conjuntamente sus Funerales y el Jubileo de Diamante.

Carmelo de la Inmaculada Concepción, en Malojloj (Guam)[14](#)

De Jesselton no sólo salieron fundadoras para otros Carmelos de Borneo.

La Madre Concepción de la Santísima Trinidad era Priora en Jesselton, cuando en 1958 moría Josefina María del Amparo; y lo seguía siendo en 1964, cuando el entonces Obispo de Guam, Monseñor Baumgartner, requiere una fundación de vida contemplativa para la isla. A sus cincuenta y

seis años, la Madre Concepción acepta el reto de fundar una nueva misión carmelitana y sale de Borneo con destino a Guam, en las Islas Marianas, el 17 de enero de 1966. Llega cuatro meses después, el 13 de mayo. “Desde entonces fue Priora de la Comunidad —con un intervalo de nueve años—, a la que ha sabido transmitir su profundo amor a la vocación carmelitana durante más de treinta años, un amor que ha echado raíces en las Hermanas de Malojloj [...]. La han querido siempre como a una verdadera madre, viendo en ella un alma profundamente espiritual, sacrificada, de una mente privilegiada y un corazón generoso. [...] Además, gente de todo el pueblo de Guam, de toda clase social, se acercaban a M. Concepción pidiendo consejo, contándole sus dificultades y preocupaciones. Dotada del don de Consejo, atendía a cuantos se acercaban a ella”. (C.E.)

Con graves problemas de corazón y en silla de ruedas, mantuvo las riendas del Carmelo con generosa entrega. Como anécdota, se cuenta que cada vez que regresaba del hospital donde había estado ingresada, decía en español: “¡Gracias a Dios, ya estamos en casa!”. Su dominio del inglés se evidencia en una autobiografía y diversos poemas que dejó escritos, como puede apreciarse en los siguientes versos:

In the midst of the Pacific Ocean

God picked a beautiful spot.

Where He an His most Holy Mother,

Would live among their chosen souls.

Let us all be one under their banner,

Be one in heart and mind and soul.

.....

7.3. A-Dios de algunas religiosas protagonistas de esta historia¹⁵

El «A-Dios» de las Carmelitas que refleja este apartado ha de interpretarse como ese tránsito feliz que en los santos se considera nacer a la vida verdadera, un morir que es nacer, de ahí que en cualquier santo lo que se celebra es el día de su muerte. Por eso tendría menos sentido aludir al adiós de estas monjas.

Sólo M^a Carmen del Niño Jesús procede del «exilio» del Pardo, donde profesó en 1890. Las demás, aunque muchas nacieron en el siglo XIX, todas profesaron en el XX y nos hemos referido a ellas, principalmente, por las experiencias en común durante la década de los años 1930. Ya hemos visto someramente a qué situaciones se enfrentaron durante la Primera República y sobre todo en la Guerra Civil, así como las consecuentes derivaciones. En las respectivas semblanzas hay constantes referencias al recuerdo imborrable de su estancia en el Monasterio de la Encarnación. Ese compás de espera hasta regresar al Convento destruido de Ponzano, gracias a la favorable acogida de las

Agustinas Recoletas, se convirtió en un período de fraternal convivencia, que siempre recordarían con gozo y gratitud.

Desde el momento en que las Agustinas Recoletas les cedieron una parte de su Monasterio para establecer la clausura y vida regular de la OCD, la Comunidad de Carmelitas de Santa Teresa no sólo se había reunido en su totalidad, sino que, como ya queda dicho, hubo profesiones y nuevos ingresos.

Finalmente, cumplida la lógica aspiración de regresar a Ponzano el 3 de julio de 1941, desde esa fecha participaron todas unidas de la feliz consecución, hasta el 12 de noviembre de 1943, en que muere (o nace) Josefa de San Miguel. Había merecido una especial dedicación desde las peripecias de la Segunda República y Guerra Civil, debido a la fragilidad de su salud mental. Asunción de San José se mostró siempre solícita con esta Hermana, como ya hubo ocasión de comprobar. A Ponzano llegó bastante deteriorada físicamente “y no podía dedicarse a los trabajos”. Su A-Dios, le permitiría gozar de la Paz, que había sido casi imposible para ella en este mundo.

Un año después, el 20 de marzo de 1944, fue la despedida de Teresa de San José, siempre tan entregada a los demás que no salió de Madrid para cuidar a su tío enfermo. Feliz por volver a Ponzano, mantuvo su proverbial generosidad hasta el A-Dios, como refleja la siguiente anécdota comentada por Nieves de San Juan de la Cruz en la C.E.: “la quise sacar al médico; pero me rogó que no lo hiciese hasta después del día de Inocentes, porque tenían mucho empeño las jóvenes que ese día hiciese la cocina con otras dos Hermanas, y si salía al médico se les aguaría la fiesta”. Esta acción tendría una importancia relativa, si no se diera la circunstancia de que los dolores de su última enfermedad eran insoportables.

Aún dentro de la década de los cuarenta, el 22 de agosto de 1948, emprendió su último viaje la simpática Decana M^a Carmen del Niño Jesús que, hasta ese momento, siguió procurando alegría a las hermanas conventuales. Sus Bodas de Oro coincidieron con la estancia en el Monasterio de la Encarnación. Se pone de relieve en la C.E. que, a pesar de padecer diabetes, sordera y unas cataratas que le impedían leer y escribir, “no por eso perdió su carácter animado y nos hacía reír en las recreaciones, contándonos sus peripecias, que tenía muchas que contar [...]. Con todo sosiego y una paz envidiable, se durmió en el Señor [...] a los 80 años de edad y 59 de bien aprovechada vida religiosa”.

El A-Dios de Ana María de la Presentación es el 5 de agosto de 1951. Entre achaques que dificultaban su movilidad, procuró seguir aportando las habilidades de organista y enfermera en que siempre había destacado, sin escatimar esfuerzos. La víspera de su muerte, coincidente con el santo de la Priora Nieves de San Juan de la Cruz, sorprendió a ésta tocando “la Marcha Real con muchos bríos y entusiasmo”, mientras le entregaban los regalos.

Asunción de San José dejaría su querido Carmelo de Ponzano un año después, el 25 de noviembre de 1952. Fue un libro vivo de continua ejemplaridad, como se puede observar a través de diversas actuaciones, desde su profesión en 1901. Por otra parte, tampoco hay que olvidar la faceta de cronista conventual, reflejada en gran parte de este compendio. Cuando el año 1951 se celebraron sus Bodas de Oro, compusieron para ella una biografía romanceada, en la cual se pone de manifiesto el profundo cariño, veneración e interés que había suscitado esa entrañable madre y maestra. De un

canto que le dedicaron el mismo día, con música del Himno a San Juan de la Cruz, la estrofa segunda evidencia cómo esperaba la muerte a la manera de su Santa Fundadora:

“Hoy su alma de amor encendida

Ya de Dios sólo ansía vivir

Y en Él sólo morar escondida

Y de amores divinos morir”.

El 7 de febrero de 1960, Carmen del Santísimo Sacramento sale a encontrarse con la Paz, que apenas pudo gozar por sus perturbaciones mentales, fruto quizás de un exceso de sensibilidad. De hecho, tanto le afectó la muerte de Julia del Corazón de Jesús, en Betoño, que al regresar a Madrid, hubo que internarla algún tiempo antes de reincorporarse a las Agustinas de la Encarnación, donde demostró su incondicional actitud de servicio y preocupación por cuantas la rodeaban. Y lo mismo evidenció en Ponzano, “siempre con gran interés en todas las oficinas donde la ponía la santa obediencia, hasta que se le manifestaron los síntomas de su grave enfermedad del corazón”. Cabeza y corazón no toleraron los sufrimientos que hubiera querido soportar por amor al Esposo divino.

Luisa de la Asunción se despide, con «deseos de cielo», el 19 de enero de 1965. Su salud se había ido resintiendo. Una hernia estrangulada exigió que la operaran inmediatamente, cuando contaba 83 años. Ya cumplidos los noventa, se la define como “una ancianita realmente encantadora” a la que sus Hermanas conventuales escuchaban con deleite, porque “sabía unir a unos muy profundos pensamientos, ocurrencias ingeniosas en su aplicación práctica”. Su hermana de sangre, Mercedes de Jesús, aún la sobreviviría quince años.

En la década de los setenta, la valiente navarra Antonia de la Inmaculada Concepción fue a reencontrarse con su paisana María Dolores del Corazón de Jesús. Alcanzó una gran longevidad, puesto que falleció el 19 de enero de 1973, a los ochenta y ocho años de edad, y eso como consecuencia de una gripe perniciosa que asoló el convento. Su C.E. contiene la siguiente reflexión: “¡Cuántas almas se habrá encontrado en el cielo salvadas por su abnegación total!, ¡Cuántas horas de trabajo, hecho por amor, en la cocina, en la huerta, se habrá encontrado apuntadas en el libro de la Vida!”.

María Cruz de Jesús va a reunirse con su tía y compañera de viaje, en 1937, el 13 de junio de 1976. No volvió a ser Priora desde el problemático Priorazgo que hubo de asumir durante la Guerra Civil. No quería desempeñar cargos representativos y en sus últimos años se atrevió a pedir que la dejaran tranquila “para poder llevar una vida más recogida”. Pero no obstante, como por otra parte deseaba servir a la Comunidad, “a pesar de sus años y ceguera, ayudaba en lo que podía”. Ejemplifica su biógrafa: “doblaba la ropa, nos daba las pinzas cuando tendíamos, no obstante el calor o el frío, que sentía muchísimo...”. Para ella, una de las mayores satisfacciones fue poder disfrutar de la liturgia en lengua castellana. “Lloraba de emoción al oír los textos de la Santa Misa. Hasta muy avanzada edad estuvo asistiendo a Maitines y Laudes”. El 7 de mayo de 1975, había muerto de un tumor cerebral Ángeles de la Eucaristía¹⁶, quien suscitara una gran preocupación en María Cruz de Jesús. Por esas fechas, cumplidos ya los noventa años, se le descubría a ella un cáncer en el pecho, que por su edad

consideraron los médicos no debía ser operado. Lo cierto es que le causó un terrible sufrimiento; pero “en medio de esta miseria física impresionaba verla siempre tranquila, siempre contenta, dando gracias a Dios”.

A Mercedes de Jesús le llega la hora del tránsito el 4 de diciembre de 1980, casi centenaria. Su hermana carnal Luisa de la Asunción se le había adelantado quince años. En la C.E. destacan los siguientes rasgos caracterizadores: “Era sumamente jovial. A pesar de su avanzada edad, demostraba gran entusiasmo por todo. La introducción de la lengua vernácula en la liturgia fue para ella causa de grande gozo y devoción. Rezaba con gran fervor los salmos y hasta los cantaba [...] como había dominado el Gregoriano”. Setenta y nueve años de vida religiosa le permitieron celebrar no sólo las Bodas de Oro, sino también las de Diamante. En esta última celebración, cuya homilía pronunció el Padre Efrén de la Madre de Dios, sorprendió a todos “la voz tan potente con que Hermana Mercedes pronunció la Renovación de sus votos”, habida cuenta de que ya contaba entonces noventa y cinco años.

Nieves de San Juan de la Cruz es uno de los «pesos fuertes», cuyo magisterio todavía recuerdan algunas religiosas de la Comunidad actual. Su A-Dios fue el 24 de abril de 1981, a los 81 años de edad. Hasta los setenta había sido Maestra de Novicias, sobreponiéndose a los graves achaques que iban minando su naturaleza. Era Priora por tercera vez, cuando propició en 1954 la salida de cuatro de las hijas más valiosas, para reforzar el Carmelo de Kuching (Vs. 7.2.). En septiembre de 1977, celebró sus Bodas de Oro, impedida en la cama y sin poder hablar; pero “todo estaba dulcificado por su paz y entrega total a la voluntad de Dios”. En medio de tantos padecimientos, a la afirmación de sus hijas conventuales: “Madre, V.R., no pasará por el Purgatorio”, contestó: “Así lo espero, si no, me llevaré un chasquito”.

Carmen Teresa de la Cruz, que había profesado el día de Navidad de 1938, salió en busca del premio eterno la víspera de Reyes de 1989. Una vez reincorporada con el resto de la Comunidad al Convento de Ponzano, desempeñó los oficios de Provisora, Enfermera, Sacristana, Tornera y, durante un trienio, Clavaria. De fuerte temperamento, luchó mucho por domeñar su carácter, lo que la hacía sentirse incómoda, aunque para las demás monjas fuera causa de benévola hilaridad. Su naturaleza se vio atacada por duras pruebas, una de ellas la falta de oído; pero “como tenía muy bien la cabeza y la vista, leía muchas vidas de santos”. Entre sus papeles encontraron una nota que decía: “Señor, quiero ser santa, andar siempre en tu presencia y procurar ser suave y contestar con dulzura, ejercitándome mucho en la caridad”. La celebración de las Bodas de Oro fue el último regalo de Navidades, que compartió con sus queridas Hermanas días antes del A-Dios.

María de la Eucaristía es la única y la última que corresponde a este apartado dentro de la década de los noventa¹⁷. Deja desoladas a sus Hermanas el 19 de diciembre de 1997. Ya se ha visto lo incidentado de su profesión el 12 de marzo de 1936 y cómo fue una de las religiosas que tuvo que quedarse en Madrid, para atender a un hermano suyo encarcelado. Por tanto, para ella debió de ser la realización de un sueño verse en Ponzano el 3 de julio de 1941, y a partir de ahí iniciar la vida regular de religiosa contemplativa dentro del Carmelo, a la que se había consagrado. Fue Priora durante 30 años, alternando al principio con el cargo de Maestra de Novicias, como recuerdan algunas de las Carmelitas que ella formó. En palabras de la Priora actual: “Mantuvo unida a la Comunidad en los años difíciles del Post-concilio y revisión de las Constituciones. Sus actitudes

fueron: fidelidad, firmeza, suavidad con las personas, caridad, sembradora de paz”.



De las protagonistas de esta sucinta historia, aún traspasarían la frontera de los siglos XX al XXI: Piedad de Jesús (†5 de junio del 2001), que había celebrado la profesión solemne en Betoño; María Jesús de la Santísima Trinidad (†1 de julio del 2003) y María Dolores del Espíritu Santo (†15 de mayo del 2007), cuya profesión solemne también fue en Betoño.

1 Fuente fundamental: L.B.

2 María Pilar de la Santísima Trinidad y María Pilar del Corazón de Jesús, ambas el 13 de octubre de 1941.

3 Rafael Laínez Alcalá pertenecía al Cuerpo Facultativo de Archivos y Bibliotecas. Hacia 1941, se le encargó que participara en la actualización del Catálogo Monumental y Artístico de España.

4 Al agradecer por escrito esta distinción, termina el Vicario: “Para todas mi gratitud y mi bendición. De toda esa Comunidad Hermano carmelitano, sanjuanista y teresiano. Manuel Rubio”.- Aquí se da por concluida la crónica de Asunción de San José que incluye el Libro de Becerro.

5 Este emplazamiento provisional se alargaría hasta el 6 de octubre de 1956, fecha en que celebró su inauguración con edificio propio en la Plaza de San Juan de la Cruz, donde se encuentra actualmente.

6 El Padre Silverio de Santa Teresa, de seglar Julián Gómez Fernández, había nacido en Escobados de Arriba (Burgos), el 8 de marzo de 1878. Hizo su primera profesión como Carmelita Descalzo en Larrea (Vizcaya) en 1896, siendo ordenado sacerdote en Burgos el año 1902. En 1906 es nombrado Director de la Revista Monte Carmelo (Burgos); y en 1913, Historiador Oficial del Carmen Descalzo. A él se deben las dos obras monumentales Biblioteca Mística Carmelitana en 20 vols. (1915-ss) e Historia del Carmen Descalzo en 15 vols. (1933-1952). Se le asignaron cargos tan relevantes como Definidor General (1937) y Prepósito General de la Orden (1947). Fue el Primer General del Carmen Descalzo que visitó a la Orden en Latinoamérica; y cumpliendo esa misión le sorprendió la muerte el 10 de marzo de 1954. Sus restos mortales descansan en el Teresianum de Roma, cuyo edificio fue construido por iniciativa suya. (Vs. Óscar I. APARICIO: “El P. Silverio y el teresianismo”).

7 En 1965, ocurriría lo mismo con el Camino de Perfección, custodiado en las MM. Carmelitas de Valladolid, que también se restauró en Roma.

8 El 7 de agosto de 1963, el Carmelo de Ponzano volvería a tener el privilegio de que les llevaran la reliquia del brazo de Santa Teresa.

9 Entró en vigor el 27 de noviembre de 1983.

- [10](#) Fuentes: L.B.; CARTAS DE EDIFICACIÓN; ELENA DEL CORAZÓN DE MARÍA: Relación del viaje...
- [11](#) En el Puerto de Singapur. Es el segundo puerto más grande en el mundo.
- [12](#) “Con toda propiedad se le puede llamar así, por su construcción de madera y aspecto tan pobrecito” (De la Relación...).
- [13](#) Miri es una ciudad de Malasia situada en el estado de Sarawak —lo mismo que Kuching— en la zona insular al norte de la isla de Borneo. Sarawak es uno de los dos estados de Malasia en la isla de Borneo.
- [14](#) Malojloj es una comunidad del municipio de Inarajan, perteneciente a Guam.
- [15](#) Fuentes: L.B. y Cartas de Edificación.
- [16](#) No se ha hecho referencia a la misma, por cuanto ingresó y profesó después de la Guerra Civil, cuando la Comunidad se encontraba acogida en las Agustinas Recoletas. Si bien sus cualidades, talento y actitud heroica ante la enfermedad, bien merecerían dedicarle mayor espacio.
- [17](#) Sólo falleció otra en los noventa, Rosario del Niño Jesús, que había profesado el 8 de septiembre de 1953, por lo que no hay referencias a la misma en este compendio.

8. EPÍLOGO

En el V Centenario del nacimiento de la Santa Reformadora Teresa de Jesús, el Carmelo de Santa Teresa, de Madrid, mantiene una admirable vitalidad a pesar de la crisis vocacional propia de nuestro tiempo. Bien puede atribuirse a la acción de las contemplativas protagonistas de esta historia, algunas de las cuales entraron en el siglo XXI, como acaba de indicarse, y de otras no incluidas por razones cronológicas al traspasar los límites fijados para esta publicación. La clave parece encontrarse en su intento de repetir el modelo propuesto por la Santa Fundadora nacida hace quinientos años. Por poner un ejemplo, me permito la licencia de citar el testimonio de entrega total a la voluntad divina, que ofreció hace apenas un lustro Margarita María de Jesús (†2-XI-2009), quien, con profunda fe y consciente alegría, proponía desde la atalaya de su cruel enfermedad, horizontes de grandeza incommensurable a cuantos recorrieran caminos de perfección.

Sumamente revelador es el propósito que encierra la siguiente conclusión de sus Hijas conventuales:

“nunca olvidemos los ejemplos de vida santa que nos han dejado Madre Margarita y otras Madres y Hermanas que nos han precedido [...] en este Carmelo en el corazón de Madrid”.^{[1](#)}

¹ De MARGARITA M^a DE JESÚS, Carmelita Descalza, Semblanza.

9. CRONOLOGÍA DE EFEMÉRIDES

COMPRENDIDAS EN ESTA OBRA

1515, 28 de marzo.- Nace posiblemente en Gotarrendura¹ (Ávila), Teresa de Ahumada, la que llegaría a ser Fundadora de la Reforma de la OCD, Santa y Doctora de la Iglesia.

1562.- Reforma de la Orden del Carmen Descalzo por Teresa de Jesús.

1562.- Fundación del Convento de Carmelitas Descalzas de San José, en Ávila, primero de la Reforma teresiana.

1569.- Quinta fundación de Carmelitas Descalzas, en Toledo.

1570, ca. 31 agosto – 1º septiembre.- Se celebra en Palacio la boda de Alonso de Ercilla con María de Bazán.

1571, 8 de octubre.- El matrimonio fija su residencia en la Plaza del Cordón (o del Conde de Puñonrostro).

1571, 31 de diciembre.- Francisco de Rojas y Sandoval, Marqués de Denia, arma a Alonso de Ercilla caballero de la Orden de Santiago, en la Iglesia de San Justo, de Madrid.

1575.- Décima fundación de Carmelitas Descalzas, en Beas de Segura.

1582, 4 de octubre.- Muere Teresa de Jesús. La reforma del calendario gregoriano, al día siguiente, conlleva el cambio de fecha al 15 de octubre.

1584, 28 de octubre.- Beatriz de Ovalle y Ahumada toma el hábito en el Monasterio de Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes, con el nombre de Beatriz de Jesús.

1594, 24 de noviembre.- Ante el peligro de una muerte inminente, Alonso de Ercilla (1533-1594), otorga amplios poderes a su esposa María de Bazán para cuanto “hiciera y ordenare”.

1594, 29 de noviembre.- Fallece en Madrid el poeta Alonso de Ercilla. De su único matrimonio, no queda descendencia.

1595, 16 de agosto.- María de Bazán firma una escritura con el Definidor Fr. Juan de Jesús María

(OCD), para realizar la Fundación de un Convento de Carmelitas Descalzas en Ocaña (Toledo). La autoriza Fr. Elías de San Martín, General de la Orden.

1595, 19 de agosto.- Ratificación de la escritura del día 16, otorgada por el Padre General y los Definidores ante el escribano Pedro Ordóñez, en Toledo.

1595, 30 de septiembre.- Se presenta en el Ayuntamiento de Ocaña la Real Provisión que aprueba dicha Fundación, así como la licencia del Cardenal Alberto de Austria, por entonces Arzobispo de Toledo².

1595, 22 de noviembre.- Obtenidas las necesarias autorizaciones, hacen su entrada en Ocaña las Carmelitas fundadoras del Monasterio, que se pone bajo la advocación de San José. La Priora, Madre María de San Jerónimo, procede del Convento de S. José, de Avila; la Subpriora, Isabel de la Cruz, del de Santa Ana, de Madrid.

1595, 26 de noviembre.- Se coloca con gran solemnidad el Santísimo Sacramento en el Carmelo de Ocaña.

1596.- El fallecimiento de D. Juan de Ovalle, permite que su hija Beatriz de Jesús, por deseo expreso de D^a María de Bazán, abandone Alba de Tormes y pase a formar parte de la Comunidad de Ocaña, donde ostentará sucesivamente los cargos de Supriora, Maestra de Novicias y Priora.

1599, 28 de mayo.- Los Padres Carmelitas Descalzos toman posesión de la Casa de D^a María de Bazán, donada por ésta para la Fundación de un Convento en Ocaña bajo la advocación de San Alberto, con el fin de que asistan convenientemente a sus Hermanas de Religión.

1603, 10 de marzo.- Fallece en Madrid doña María de Bazán. Conforme a lo dispuesto por ella, su cuerpo fue llevado al Convento de San José de Ocaña, donde serían sepultados posteriormente su marido y la hermana de éste doña María Magdalena de Zúñiga.

1607, 20 de junio.- Beatriz de Jesús es elegida Priora de la Comunidad de Carmelitas Descalzas de Toledo, por lo cual ha de salir de Ocaña, donde ostentaba el mismo cargo.

1614.- Reclamada por las Carmelitas de Ocaña, Beatriz de Jesús regresa al Convento de San José, para desempeñar nuevamente el cargo de Priora.

1615. 2 de abril.- Beatriz de Jesús es elegida Priora del Monasterio de Carmelitas Descalzas de Santa Ana, en Madrid, lo que supone su adiós definitivo a Ocaña.

1633.- Con motivo del Primer Centenario del nacimiento de Alonso de Ercilla, las Carmelitas Descalzas de San José, de Ocaña, elaboran el Libro de Becerro de su Convento.

1637, 14 de abril.- Nace en Madrid Mariana Francisca de los Ángeles, hija de Juan Blázquez Dávila y Melchora Merino.

1639, 16 de febrero.- Muere Beatriz de Jesús en el Convento de Santa Ana de Madrid. Su cuerpo permanece incorrupto hasta nuestros días.

- 1658, 15 de octubre.- Mariana Francisca Blázquez Merino ingresa en las Carmelitas Descalzas de Ocaña. Vestirá el hábito cinco días después, bajo el nombre de Mariana Francisca de los Ángeles.
- 1683, 2 de septiembre.- Licencia del Cardenal Luis Manuel Portocarrero para trasladar a Madrid la Fundación del Monasterio de Carmelitas Descalzas de Ocaña, que pasa a llamarse “de Santa Teresa”. Ocaña mantiene la advocación de San José.
- 1684, 9 de septiembre.- A las dos de la mañana, salen de Ocaña para el Convento de Santa Teresa de Madrid, situado al final de la calle de Barquillo, el primer grupo de Carmelitas.
- 1684, 10 de septiembre.- A las siete de la mañana se inaugura el nuevo Carmelo, bendecido por el Cardenal Portocarrero, quien dice la primera misa y pone el Santísimo Sacramento.
- 1689, febrero.- Fallece el Príncipe de Astillano, Fundador del Monasterio de Santa Teresa. En su testamento, deja el Patronato del Convento a la Católica Majestad de Carlos II.
- 1689, 12 de febrero.- Muere en Madrid Luisa de Orleáns, primera esposa de Carlos II.
- 1689, 15 de agosto.- Carlos II firma la escritura de posesión del Patronato Real del Convento de Santa Teresa.
- 1689, 28 de agosto.- Boda, por poderes, de Carlos II con Mariana de Neoburgo.
- 1695, 25 de junio.- Toma el hábito Mariana de Cárdenas, dama de la Reina. Era hija de los Condes de Villalonso y Marqueses de Mota. En el claustro adopta el nombre de Manuela de San Bartolomé. Su ingreso como supernumeraria fue causa de un enfrentamiento “muy sonado” entre el Padre General y el Nuncio.
- 1696, 16 de mayo.- Muere en Madrid la Reina Madre Mariana de Austria.
- 1697, 25 de octubre.- Muere Mariana Francisca de los Ángeles, a los sesenta años de edad y treinta y nueve de hábito. En el Convento de Ponzano se conserva su cuerpo incorrupto, salvado asombrosamente de diversos avatares.
- 1704, 4 de agosto.- Al apoderarse los ingleses de Gibraltar, entre otros desmanes profanaron la imagen de Nuestra Señora de Europa, a la cual cortaron las manos y la cabeza, que arrojaron al mar.
- 1713, 4 de agosto.- Pedro de Jesús y María entrega a las Carmelitas de Santa Teresa la imagen de Nuestra Señora de Europa, para que se custodie en su iglesia hasta que se recupere Gibraltar. Todavía se conserva.
- 1719.- Inauguración de la nueva Iglesia del Monasterio de Santa Teresa, de Madrid.
- 1773.- Se hace una copia del Libro de Becerro original, custodiado en el Convento de Santa Teresa, de Madrid, para el de Ocaña, que corresponde a la descripción hecha por el escribano José Martín Izquierdo. Original y copia se perdieron en ambos monasterios durante la Guerra Civil.

1779, mayo.- Las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, de Madrid, piden la exención de los Superiores de la Orden para quedar sujetas al Patriarca de las Indias o al Arzobispo de Toledo, con el fin de no verse obligadas a tener como únicos confesores a los Prelados Carmelitas.

1779, 23 de junio.- Breve Vineam Domini, mediante el cual se declara al Monasterio exento de la sujeción a los Prelados de su Orden, pasando a la del Arzobispo de Toledo.

1779, 30 de diciembre.- El Arzobispo de Toledo recibe la obediencia de las 16 monjas que componían la Comunidad.

1780, 8 de febrero.- Carta del Nuncio Nicolás Colonna, Arzobispo de Sebaste, al Cardenal Pallavicini, Secretario de Estado de su Santidad, donde hace referencia a las Constituciones que ha redactado para el Real Convento de Carmelitas Descalzas, de Santa Teresa, de Madrid, sujetas al Arzobispo de Toledo.

1808.- Con motivo de la Revolución Francesa, la Comunidad tuvo que abandonar el Convento durante ocho días. Fue saqueado, así como también el vecino Convento de Mercedarios de Santa Bárbara, de donde llevaron la urna pero dejaron abandonado el cuerpo incorrupto de la Beata Mariana de Jesús. Éste permaneció custodiado durante varios meses en el Carmelo de Santa Teresa.

1810, 10 de agosto.- Orden de José Bonaparte para demoler el Convento de Carmelitas de Santa Ana, en el lugar donde ahora se encuentra la Plaza del mismo nombre.

1810, septiembre.- Las Carmelitas de Santa Ana se alojan en el Convento de Santa Teresa, con motivo de la demolición de su Monasterio. Permanecerían algo más de cinco años.

1815, 21 de noviembre.- Las Carmelitas de Santa Ana convierten en monasterio una casa de su propiedad situada en el Paseo del Prado, y se trasladan al mismo en esta fecha.

1833, 4 de enero.- Por decreto de Fernando VII, su esposa la Reina María Cristina es asociada al trono como Reina Gobernadora.

1833, 24 de octubre.- Se proclama en Madrid Reina de España a Isabel II.

1833, 28 de diciembre.- En el Palacio Real de Madrid, se celebra la boda secreta de la Reina Gobernadora María Cristina de Borbón con Agustín Fernández Muñoz, al que más adelante se otorgaría el título de Duque de Riansares.

1835, 19 de agosto.- Decreto de la Reina María Cristina, en nombre de Isabel II, por el cual se prohibía que profesaran las monjas.

1836, 4 de marzo.- Decreto de Mendizábal para suprimir los conventos.

1836.- De nuevo han de ser acogidas en Santa Teresa, hasta 1851, las Carmelitas de Santa Ana, expulsadas por orden gubernamental.

1865.- El cólera asola Madrid. En el Monasterio de Santa Teresa, mueren doce religiosas en ocho

días.

1869, 18 de abril.- La Primera República (1868) determina que en esta fecha las Carmelitas de Santa Teresa tengan que abandonar el Convento de la calle de Barquillo. Son acogidas en el primer Monasterio de las Salesas, próximo al suyo, durante año y medio.

1870, octubre.- Las Carmelitas de Sta. Teresa pasan a ocupar un Convento desocupado por las Concepcionistas en el Real Sitio del Pardo. Permanecerán en él 22 años.

1877, 6 de junio.- Traslado del cuerpo de la Fundadora, Mariana Francisca de los Ángeles, desde Madrid al Pardo. Al realizar la identificación del cadáver, se comprueba que permanece incorrupto.

1886, 19 de octubre.- Primera piedra del nuevo convento, financiado en gran parte por los Marqueses de Vallejo.

1893, 14 de abril. La Comunidad de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa se traslada a Madrid y entra en su nuevo convento, situado ahora en la calle de Ponzano.

1893, 15 de abril.- Se dice la primera misa en la Iglesia (capilla provisional).

1893, 29 de septiembre.- Se fija para celebrar la inauguración y solemne consagración de la Iglesia el día de San Miguel Arcángel.

1894, 17 de mayo.- Traslado de los restos mortales de religiosas fallecidas en el Pardo, a los enterramientos del nuevo convento.

1899, 11 de enero.- Salen del Monasterio de Carmelitas Descalzas, de Madrid, con destino a la Fundación de Beas, la promotora de su restauración M. Justa de la Virgen del Pilar y otras seis monjas.

1901, 19 de junio.- Fallece en Beas la Madre Justa de la Virgen del Pilar.

1912, 23 de enero.- Muere el Padre Jesuita Isidro Hidalgo y Soba, considerado uno de los grandes benefactores de las Carmelitas de Santa Teresa. Había nacido en 1832.

1917, 22-24 de septiembre.- En el Monasterio de Santa Teresa, de Madrid, se celebra un triduo, con motivo de la beatificación de Ana de San Bartolomé.

1925.- Triduo en acción de gracias por la canonización de Santa Teresita del Niño Jesús.

1926, 22 de junio.- Su Santidad Pío XI aprueba las Constituciones ajustadas al nuevo Código. Las Descalzas de Santa Teresa fueron las primeras en adoptarlas.

1930, 9 de noviembre.- Salen del Puerto de Barcelona (de Madrid habían salido el día 6) siete Carmelitas de Santa Teresa, para fundar una Misión en Borneo.

1930, 18 de diciembre.- Llegan a su destino de Jesselton las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa,

donde las esperaba un humilde «palomarcito».

1931, 14 de abril.- Proclamación de la Segunda República. Las Teresas mantienen sucesivas ausencias fuera del Carmelo hasta el 20 de julio, en que se reincorporan definitivamente.

1931, 11 de mayo.- Desde las diez de la mañana se comienza la quema de iglesias, conventos y colegios católicos. Las monjas del Carmelo de Sta. Teresa abandonan precipitadamente su convento. Se reparten entre familiares y amistades de Madrid y provincias.

1931, 20 de julio.- En medio de constantes zozobras, logran retornar al Convento, coincidiendo con la festividad de San Elías. Pronto se unieron a la Comunidad las Hermanas que estaban fuera de Madrid.

1936, 16 de febrero.- Elecciones cuyos resultados conducirán a la Guerra Civil.

1936, 13 de marzo.- Incendian las iglesias parroquiales de San Luis y San Sebastián, de Madrid.

1936, 4 de mayo.- Se hace correr la infamia de que algunos católicos han repartido caramelos envenenados a los niños. Las Carmelitas se ven obligadas a abandonar el Convento. La madre de María Dolores del Espíritu Santo (Condesa de Santa Ana de las Torres), y el padre de la novicia Margarita-Teresa (D. Fernando Baselga) son maltratados brutalmente.

1936, 20 de julio.- Bombardeo del Cuartel de la Montaña. Por la noche, quema del Convento de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa.

1936, 15 de agosto.- Reunidas las Teresas en un piso de Lagasca, se presentan hombres armados, que las conducen en una camioneta a la calle de Goya nº 10, para registrarlas y tomarles declaración.

1936, 17 de agosto.- Las dejan en libertad aconsejándoles que no vuelvan a reunirse.

1936, 11 de septiembre.-Hacen prisioneras a la M. Asunción de San José y a las hermanas de velo blanco Dolores del Corazón de Jesús y Josefa de San Miguel. Las llevan a una comisaría y después a la Dirección de Seguridad; luego, al Convento de Capuchinas convertido en cárcel de mujeres.

1936, 6 de octubre.- La Pasionaria visita la cárcel de mujeres y les anuncia que todas las religiosas serán llevadas a trabajar en talleres, bajo el mando de milicianas. Esa misma tarde ponen en libertad a la Madre Asunción; y a las once de la noche a las Hermanas Dolores y Josefa.

1936, 7 de noviembre.- Muere mártir Fernando Baselga, padre de la novicia Margarita Teresa de Jesús.

1937, 19 de septiembre.- Las Teresas inician el exilio forzoso. El primer grupo que sale de Madrid lo componen: Asunción de San José, Nieves de San Juan de la Cruz, María Dolores del Espíritu Santo, Carmen Teresa de la Cruz, Josefa de San Miguel, Antonia de la Inmaculada Concepción y Dolores del Sagrado Corazón. Con ellas van dos religiosas del Sagrado Corazón.

1937, 6 de octubre.- Sale el segundo grupo formado por Julia Teresa de Jesús con Ana María de la

Presentación y Carmen del Santísimo Sacramento.

1937, 15 de octubre.- Las dos últimas en salir, formando el tercer grupo, son: la Priora María Cruz de Jesús, y su tía, la Decana de la Comunidad, M^a Carmen del Niño Jesús.

1937, 26 de octubre.- María Cruz de Jesús y M^a Carmen del Niño Jesús se reúnen en Betoño con las otras desterradas, en un Convento de Carmelitas Descalzas fundado por D. Lorenzo Rolland y Paret, que las acogen fraternalmente.

1937, 15 de noviembre.- Muere la Hna. Dolores del Sagrado Corazón. Había caído enferma en casa de su familia de Vidaurre (Navarra), el día en que iba a ponerse en camino hacia Betoño, para reunirse con las otras Carmelitas.

1937, 23 de diciembre.- Merced a la generosidad de las Carmelitas de Betoño, a partir de esta fecha, comparten el Convento las dos Comunidades. Aunque separadas, se reúnen en el coro y recreación. En estas condiciones permanecen las «asiladas» año y medio.

1939, 28 de marzo.- La liberación de Madrid determina que la Priora María Cruz de Jesús, y la Supriora Asunción de San José, se desplacen a Madrid, para ver el estado en que se encuentra el Convento de Ponzano.

1939, 21 de junio.- Fallece en Betoño Julia Teresa de Jesús, prima del fundador D. Lorenzo Rolland. Es enterrada en el Cementerio del Convento.

1939, 30 de junio.- Se reúne en Madrid toda la Comunidad de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa.

1939, 31 de julio.- Ante el deterioro del Convento, las Teresas piden ser acogidas por las Agustinas Recoletas del Monasterio de la Encarnación, de Madrid.

1939, 23 de agosto.- Las Agustinas Recoletas de la Encarnación permiten a las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, que vivan en clausura, compartiendo ambas comunidades el tiempo de recreación, así como algunos actos litúrgicos y celebraciones.

1941, 3 de julio.- Tras dos años de feliz convivencia con las Agustinas de la Encarnación, terminadas las obras de rehabilitación del Carmelo de Ponzano, las Teresas vuelven a tomar posesión del mismo.

1941.- Los japoneses se apoderan de Borneo, lo que supone amargas vicisitudes para la Misión de Carmelitas Descalzas de Jesselton, que hubieron de abandonar su Convento, aunque acabarían regresando a él.

1942, 1 de julio.- Por orden del Obispo de Madrid-Alcalá queda establecida en la Iglesia del Monasterio de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, la recién creada Parroquia de San Juan de la Cruz.

1944, 25 de mayo.- El deterioro de las vigas obliga a apuntalar el Convento de Ponzano. Se encarga de la obra el Arquitecto Miguel Ángel García Lomas, cuñado de María Dolores del Espíritu Santo.

Los padres de ésta, Condes de Santa Ana de las Torres, corren con los gastos consecuentes.

1947.- Es elegido Prepósito General el Padre Silverio de Santa Teresa. En el Convento de Ponzano se recibe su visita con gran alborozo.

1947, 21 de mayo.- Rescripto de la Sagrada Congregación de Religiosos, para fundar un Monasterio en Kuching.

1947, 5 de diciembre.- Obtenidas las correspondientes licencias, se trasladan de Jesselton a la nueva Misión de Kuching: María Margarita de Jesús, Teresa del Niño Jesús, María Asunción de San José, Teresa Margarita del Sagrado Corazón, Encarnación del Santísimo Sacramento, Lucía de la Madre de Dios, Beatriz de Jesús y María Cecilia de Santa Teresa.

1947, 19 de diciembre.- Inauguración del Carmelo de Kuching, dedicado al Inmaculado Corazón de María.

1947, 21 de diciembre.- Hechas elecciones en Kuching, recae el cargo de Priora en Margarita María de Jesús; y el de Supriora, en Teresa del Niño Jesús, la primera postulante de la comunidad de Jesselton, bautizada por Mons. Hopfgartner.

1954, 10 de marzo.- Muere en México, a los 76 años de edad, el Padre Silverio de Santa Teresa (OCD). Le sucede en el cargo de Vicario General el Padre Eugenio María del Niño Jesús.

1954, 2 de octubre.- Para reforzar el Carmelo de Kuching, salen del de Santa Teresa, de Madrid, las Hermanas Margarita Teresa de Jesús, María Pilar de la Santísima Trinidad, Paz de Santa Teresita y Elena del Corazón de María.

1956, 6 de octubre.- Se inaugura en su actual emplazamiento, con edificio propio, la Parroquia de San Juan de la Cruz.

1961, 5 de julio.- La Madre María Teresa de Jesús, perteneciente al Carmelo del Vedado, de La Habana, es acogida en el de Santa Teresa de Madrid, al formar parte de los religiosos expulsados por Fidel Castro. Regresaría a su convento el 30 de enero de 1964.

1962, 27 de febrero.- Recepción fugaz del libro original de las Moradas de Santa Teresa, custodiado en las Carmelitas de Sevilla, con motivo de su restauración en Roma.

1962, 24 de agosto.- El Convento celebra “en la intimidad” el IV Centenario de la Reforma carmelitana, debido a nuevas obras en la iglesia.

1962, 19 de septiembre.- Con motivo del IV Centenario de la Reforma carmelitana, al igual que otros conventos, el de Ponzano recibe el brazo de Santa Teresa, reliquia custodiada con carácter permanente en Alba de Tormes.

1963, 19 de marzo.- Se celebra con gran solemnidad la restauración de la Iglesia de Ponzano. Predica el P. Efrén de la Madre de Dios, confesor de la Comunidad. Entre otras personalidades, asisten Miguel Ángel García Lomas con su familia y el Arquitecto encargado de las obras Antonio

Vallejo.

1963, 23 de mayo.- Muere en Kuching la Madre Margarita María de Jesús, Primera Priora Cofundadora del Carmelo de Jesselton y Fundadora del de Kuching, en Borneo.

1964, 5 de diciembre.- D. Casimiro Morcillo, Arzobispo de Madrid, bendice las nuevas campanas, que reciben los nombres de «Santa María» (la más grande) y «San José» (la pequeña).

1970, 27 de septiembre.- Su Santidad Pablo VI proclama Doctora de la Iglesia a Santa Teresa de Jesús.

1973, 15 de octubre.- El Cardenal de Madrid Vicente Enrique y Tarancón consagra solemnemente el altar de la Iglesia de Ponzano, adaptado a las nuevas normas litúrgicas.

1975, 2 a 5 de noviembre.- Asamblea General en Ávila de todas las Prioras OCD de la Provincia de Castilla, para tratar de las Constituciones. Se reúnen setenta monjas. La Priora del Carmelo de Santa Teresa, de Madrid, María de la Eucaristía, asiste acompañada por María Teresa de San José. Predomina el deseo de volver a las fuentes de la Orden.

1981, 15 de octubre.- Apertura del año conmemorativo del IV Centenario de la muerte de Teresa de Jesús el 15 de octubre de 1582.

1982, 31 de octubre.- Toma tierra el avión en que llega a España el Papa Juan Pablo II.

1982, 1 de noviembre.- Juan Pablo II se reúne con las Carmelitas Descalzas de diversos conventos, en el de la Encarnación, de Ávila.

1983, 27 de noviembre.- Entra en vigor el nuevo Código de Derecho Canónico.

1984, 7-9 de septiembre.- Triduo de misas celebrado por el P. Efrén de la Madre de Dios, en el III Centenario del Monasterio de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, trasladado a Madrid el año 1684, que culminará con una solemne celebración el día 10.

1984, 15 de octubre.- Carta del Cardenal Casaroli al Padre General de los Carmelitas Descalzos, comunicándole la decisión de la Santa Sede de que “la legislación de las Carmelitas Descalzas se compondrá de las Constituciones de Alcalá de 1581, con las oportunas precisiones y capítulos adjuntos, precedidos por un Proemio doctrinal.”

1985, 23 de mayo.- Salen de Kuching las fundadoras del nuevo Carmelo de Miri, perteneciente como el de Kuching a Sarawak (Malasia).

1986, 6 de junio.- Inauguración del Carmelo de Miri, bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús.

1990, 8 de diciembre.- Es aprobado el texto actual de las Constituciones, pedido y adoptado por casi cien Comunidades. Para las demás, la Santa Sede aprobaría otro texto legislativo elaborado por los Padres Carmelitas en 1991.

1993, 14 de abril.- Conmemoración del primer Centenario del traslado de la Comunidad desde el Pardo al actual emplazamiento de Ponzano.

1 “El lugar del nacimiento oscila históricamente entre el caserón de la ciudad y la finca señorial de Gotarrendura, aldea de Ávila , donde sus padres solían invernar y celebrar los sucesos íntimos de la familia, residencia también de la abuela, D^a Teresa de las Cuevas, que le daría su nombre”. (EFRÉN: Tiempo y vida..., pp. 22-23)

2 Había recibido tal nombramiento en 1594, para sustituir a Gaspar de Quiroga. Nombrado Gobernador General de los Países Bajos en 1596, en 1598 renunció al Arzobispado y a los hábitos, con el fin de contraer matrimonio con su prima Isabel Clara Eugenia, cuya boda se celebró el 18 de abril de 1599.

10. BIBLIOGRAFÍA

Manuscritos:

ARCHIVO HISTÓRICO DE PROTOCOLOS DE MADRID.

- - Documentos que se citan.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA (BNE):

Mss. 2408, tº1, ff. 77 y 74; Mss. 2412, tº 5, ff. 271 y 256; Mss. 2413, tº 6, f. 246; Mss. 2414, tº 7, ff. 516, 507, 328: Correspondencia de Carlos de Gurrea, Aragón y Borja, Duque de Villahermosa, mantenida durante su gobierno en Flandes.

Mss. 7.018. Tomo misceláneo que contiene diversa información sobre monjas de Ocaña y de Toledo, en ff. 348-ss

Mss. 7691, f. 742: Carta del Príncipe de Astillano a María de Orozco y Luján.

Mss. 8.693: “Relación de la vida de ntra. Venerable madre Beatriz de Jesús, sobrina de ntra. Madre Sta. Teresa, que murió en este combento de Carmelitas descalzas de Sta. Ana de Madrid”. Anónima, letra del siglo XVII.

BREVES APUNTES DE ALGUNOS ACONTECIMIENTOS INTERESANTES DE LA COMUNIDAD DE CARMELITAS DESCALZAS DE SANTA TERESA DE JESÚS, DE MADRID. Años 1868-1943. Dedic. a la M. Nieves de San Juan de la Cruz. Mss. Anónimo (sólo se identifica el fragmento de M^a Carmen del Niño Jesús).

CARTAS DE EDIFICACIÓN de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa (antiguas).

ELENA DEL CORAZÓN DE MARÍA (OCD): Relación del viaje de las Carmelitas Descalzas del Convento de Santa Teresa de Madrid a Kuching (Borneo)... 1954. Manuscrita a máquina.

LIBRO DE BECERRO (Reconstruido), de las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, de Madrid.

MARIANA FRANCISCA DE LOS ÁNGELES: VIDA DE LA VEN. M. MARIANA FRANCISCA DE LOS ÁNGELES, escrita por ella misma. [Ocaña], 1677. Manuscrito hológrafo. 2 hs., 46 folios.

REYNA CERERO: Crónica “19 de septiembre de 1937”. Manuscrita a máquina.

VIDA DE MADRE JUSTA DE LA VIRGEN DEL PILAR, Restauradora del Convento de Beas de Segura. Anónima.

Impresos:

ALONSO DE LA MADRE DE DIOS, Fr.: Vida histórico-panegírica de... Mariana Francisca de los Ángeles... carmelita descalza en el Convento de Ocaña; fervorosa fundadora de el de Santa Teresa de Madrid... Madrid, Manuel Fernández, 1736.

ÁLVAREZ Y BAENA, Josef Antonio: Compendio Histórico de la Coronada Villa de Madrid... Madrid, Antonio de Sancha, 1786.

APARICIO, Óscar I.: “El P. Silverio y el teresianismo”, Teresa de Jesús, 188 (marzo-abril 2014).

ARAGONÉS DE LA ENCARNACIÓN, Adolfo: Ercilla–Ocaña, MDXXXIII-MCMXXXIII, Toledo, Talls. Gráfs. De Rafael Gómez-Menor, 1933.

BARBEITO CARNEIRO, María Isabel: Mujeres y Literatura del Siglo de Oro. Espacios profanos y espacios conventuales. Madrid, SAFEKAT, 2007.

———. María de Orozco (1635-1709). Madrid, Ediciones del Orto, 1997 (Biblioteca de Mujeres).

CARTAS DE EDIFICACIÓN de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa.

CRÓNICA DE MADRID. Madrid, Plaza & Janés, 1960.

EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTGER STEGGINK: Tiempo y vida de Santa Teresa. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1977.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (Vs. HISTORIA DE MADRID)

GARCÍA GUTIÉRREZ, Pedro F. / Agustín MARTÍNEZ CARBAJO: Iglesias Conventuales de Madrid. Madrid, Ediciones La Librería, 2011.

GEA, M^a Isabel: El Madrid Desaparecido. Madrid, Ediciones La Librería, 2003.

GONZÁLEZ DORIA, Fernando: Las Reinas de España. Madrid, Ed. Alce, 1979.

HISTORIA DE MADRID (Antonio FERNÁNDEZ GARCÍA, Director). Madrid, Instituto de Estudios Madrileños C.S.I.C., 2007.

INSTITUTO GEOLÓGICO Y MINERO DE ESPAÑA. Historia de un edificio. Textos: Pilar RIVAS QUINZAÑOS / Teresa RAÑÉ SAGRISTÁ. Madrid, Instituto Geológico y Minero de España, 2006.

MARGARITA M^a DE JESÚS Carmelita Descalza. Semblanza. Madrid, Carmelitas Descalzas de Santa Teresa de Jesús, [2011].

[MARIANA DE LOS ÁNGELES, Sor (OCD)]¹: Vida de la Madre Mariana Francisca de los Ángeles, Fundadora del Convento de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa de Jesús, de Madrid, por una Religiosa de dicha Comunidad. Madrid, Imprenta de Miguel Albero, 1926.

MATILLA TASCÓN, Antonio: Testamentos de 43 personajes del Madrid de los Austrias. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1983.

MEDINA, José Toribio: LA ARAUCANA DE DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA. Edición del Centenario; ilustrada con grabados, documentos, notas históricas y bibliográficas y una biografía del autor... Ilustraciones VI ("La viuda de Ercilla"), VIII ("El casamiento de Ercilla"); Documentos. Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1916.

MOTHER MARGARITA TERESA OF JESUS FOUNDRESS OF THE CARMELITE MONASTERY OF THE SACRED HEART OF JESUS. Miri Sarawak, Malaysia, [2000].

MUÑOZ JIMÉNEZ, José Miguel: "El Real Convento de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, de Madrid", Monte Carmelo, 95 (1987), n^o 3, pp. 495-505.

PANEDAS GALINDO, Pablo (OAR): Con María junto a la Cruz. Santa María Soledad y las Siervas de María: su espíritu. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1984.

RÉPIDE, Pedro de: Las calles de Madrid. Madrid, Afrodísio Aguado 1985.

SANTA TERESA DE JESÚS. OBRAS COMPLETAS. Transcripción, Introducción y Notas de EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS (O.C.D.) y OTGER STEGGINK (O. CARM.). Madrid, B.A.C., 1979, 6^a ed.

SILVERIO DE SANTA TERESA (O.C.D.): Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América, Vol. VII. Burgos, "El Monte Carmelo", 1937.

TUÑÓN DE LARA, Manuel: La España del siglo XIX. Barcelona, Ed. Laia, 1973.

UN CARMELITA DESCALZO: Mariana de los Ángeles. Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1976.

VALENTÍN DE LA CRUZ, Fray: Vida y mensaje de María de Jesús ("Letradillo" de Santa Teresa). Burgos, Ed. Monte Carmelo, 1976.

VICECONTE, Milena: "«No hay más que ver en el mundo». I panni ricamati del duca di Medina de las Torres da Napoli a Madrid", *Locvs Amoenvs* 12, 2013-2014, 115-129.

VIGNAU Y BALLESTER, Vicente: "La colgadura del Convento de las Carmelitas Descalzas de

Santa Teresa de Madrid”, Revista de Archivos Biblioteca y Museos (Tercera época), T. IV (1900), pp. 32-48).

[1](#) Se identifica esta autoría en UN CARMELITA DESCALZO (1976), p. 55.

11. ILUSTRACIONES



Escudo de la Orden del Carmen Descalzo



Transverberación de Santa Teresa, de Nicola Fumo. (Desde abril de 2015, estará expuesta temporalmente en el Museo de Bellas Artes, de Alcalá de Henares).



Venerable Madre Mariana Francisca de los Ángeles



Nuestra Señora de Europa



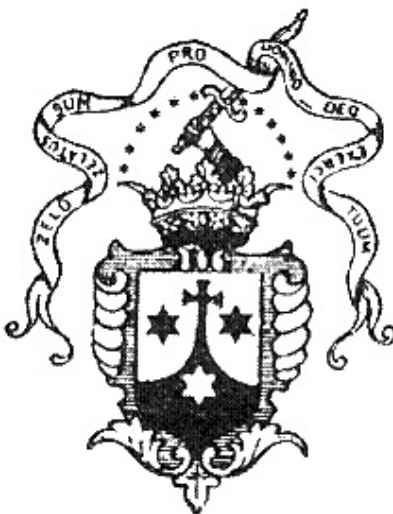
San José, de Pedro de Mena



Convento de San José de Ocaña



Convento de la calle del Barquillo



Este libro se acabó de imprimir
el 28 de marzo de 2015,
V Centenario del nacimiento de
Santa Teresa de Jesús